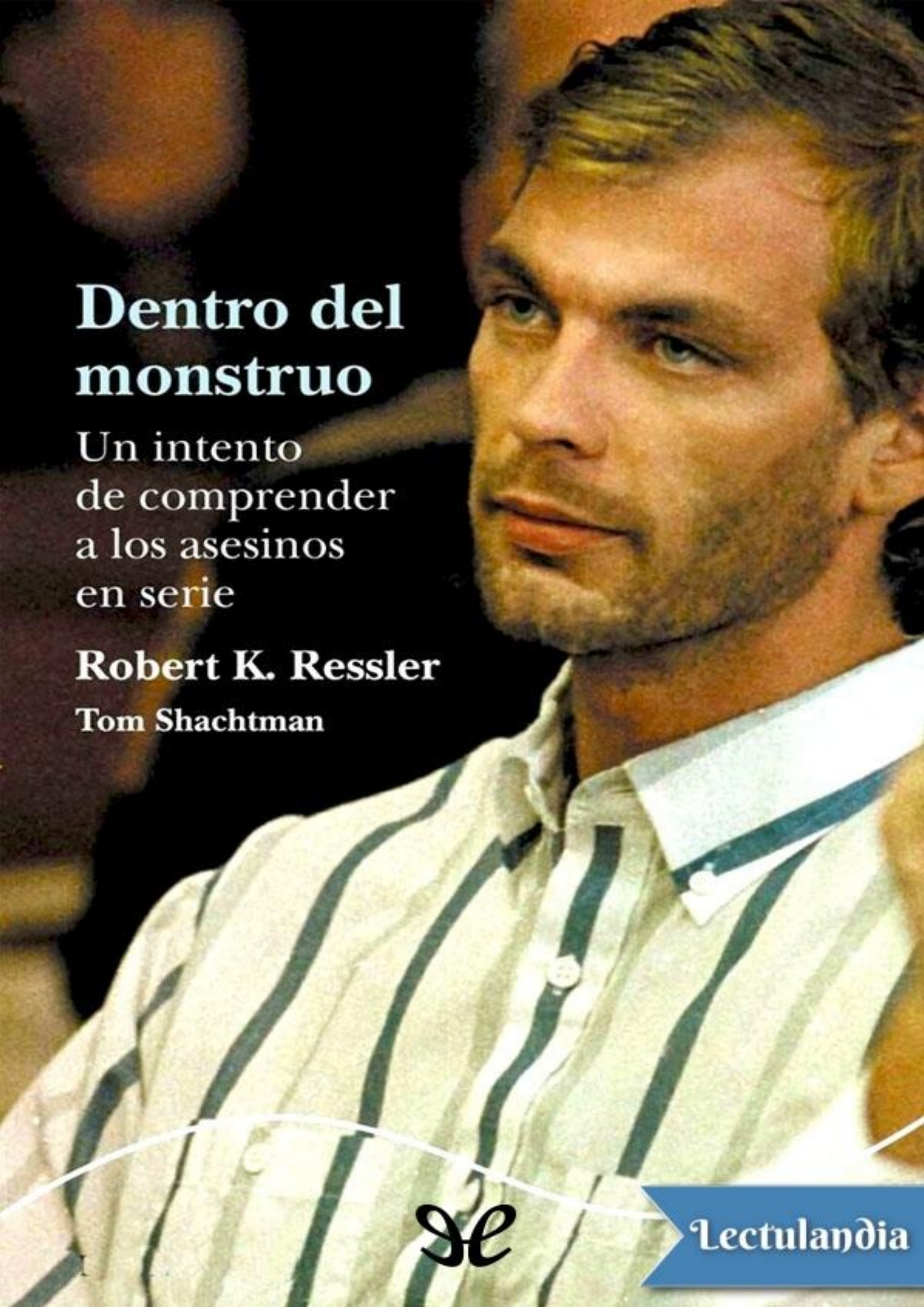

Dentro del monstruo
Un intento de comprender a los asesinos en serie
Robert K. Ressler
Tom Shachtman
Lectulandia

Robert K. Ressler es pionero y una autoridad en psicología forense. Dentro del monstruo reconstruye su participación en algunos de estos casos, que le han llevado del Reino Unido al Japón, pasando por Sudáfrica, e incluye además extensas y penetrantes entrevistas con dos de los más conocidos asesinos en serie de Estados Unidos, John Wayne Gacy y Jeffrey Dahmer, «el carnicero de Milwaukee». Este libro es un documento de primera mano absolutamente revelador.

Lectulandia

Robert K. Ressler y Tom Shachtman

Dentro del monstruo

Un intento de comprender a los asesinos en serie

ePub r1.0
Titivillus 02.07.16

Título original: *Dentro del monstruo*
Robert K. Ressler, 1998
Traducción: María Faidella
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Este libro cubre el período posterior a los dieciséis años que trabajé en la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI. Del mismo modo que acredité a muchas de las personas que me animaron a escribir mi primer libro, *El que lucha con monstruos*, deseo ahora dejar aquí constancia de quienes me han inspirado y apoyado en éste.

A muchos les he conocido en viajes de trabajo y en el curso de investigaciones en sitios lejanos. Thomas Müller, jefe del Servicio de Psicología Criminal, del Servicio del Ministerio Federal del Interior de Austria, que ha colaborado estrechamente conmigo en el trabajo que he desempeñado en varios continentes. Micki Pistorius, también psicóloga criminal, que dirige el Servicio de Psicología de la Policía de Sudáfrica, con quien trabajé en varios casos en su país. George Fivaz, inspector de la Policía Sudafricana, el teniente general Wouter Grové, el general S. Britz, el coronel Fisel Carter y los capitanes Frans van Niekerk, Johan Kotze y Vynel Viljoen fueron muy amables conmigo en mis visitas a Sudáfrica y fue un placer colaborar con ellos. Carlo Schippers, del Servicio de Inteligencia Criminal, Países Bajos; Ron MacKay, de la Real Policía Montada de Canadá; Bronwyn Killmier, de la Policía de Australia del Sur; Phill Pyke, Ann Davies, Gary Copson y Simon Wells, del Nuevo Scotland Yard y de la reciente Facultad Nacional del Crimen, Bramshill House, Inglaterra; y Kenneth John y John Bassett, del Nuevo Scotland Yard (jubilado), que a lo largo de los años me han ayudado tantas veces. A Masayuki Tamura, psicóloga y directora de la Sección de Entorno Social del Instituto de Investigación Nacional y de Policía Científica en Tokio, Japón, también le debo mi agradecimiento.

Craig Bowley ha trabajado infatigablemente conmigo en la investigación y la entrevista con John Wayne Gacy, y me ha ayudado numerosas veces en mi labor. Yuko Yasunaga, de Producciones «Y», me ha abierto las puertas de Oriente y me ha ayudado mucho en mis proyectos. Tom Mori, Mel Berger y Bob Katz, mis agentes, se han encargado de la publicación del libro y de las tareas relacionadas, desde mi retiro del FBI.

En el ámbito de la medicina, la psiquiatría y otros afines, deseo mencionar al doctor Derrick Pounder, jefe del Departamento de Patología Forense de la Universidad de Dundee, Escocia; al doctor Robert Simon, del Programa de Psicología y Leyes, de la Universidad de Georgetown; a Richard Walter, psicólogo de la cárcel de Jackson, Michigan; al doctor Park Elliot Dietz, del Grupo de Ayuda a los Amenazados; y los doctores Ann y Allen Burgess, de la Universidad de Pennsylvania y de la Northeastern. También quiero extender mi reconocimiento a Gavin de Becker y su equipo por su colaboración en el pasado, y a Roy Hazelwood, del Academy Group.

Finalmente, quiero expresar mi agradecimiento a amigos y colegas de las fuerzas del orden público y otros ámbitos, que me han apoyado durante la redacción de este libro: Joe Conley, Bob Taubert, Ray Pierce, John E. Grant, Vernon Geberth, Robert

Keppel, Bob Scigalski y John Dunn. También a Jon y Meredith Beckett; Jim y Mary Kent; Harlan y Sharon Lenius; Jeffrey Snyder; mis amigos escritores Ann Rule, Mary Higgins Clark y Steve Michaud; y, por supuesto, a mi coautor, Tom Shachtman. Por último, quiero dar las gracias a mi esposa, Helen; a mis hijas, Allison y Betsy; y a mi hijo, el teniente Aaron R. Ressler, de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos.

Introducción

Cuando hace seis años me retiré de la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI, no tenía la más mínima intención de pasarme el resto de mi vida plácidamente sentado en una mecedora. No es que fuera demasiado joven para malgastar el tiempo mejorando mi técnica en el golf, no; más bien aspiraba, después de veinte años perfeccionando mis conocimientos como investigador, experto en perfiles y especialista en asesinatos, a aplicar mi experiencia en otro campo y profundizar más aún en mi especialidad. Cuando trabajaba en el FBI, además de investigar, me dedicaba a la enseñanza; como adivinará cualquier profesor con deseos de superación, durante este período aprendí muchas cosas, no sólo de mis alumnos, sino también de la necesidad de seguir indagando, a fin de poder transmitir a éstos mis descubrimientos y mis conclusiones. Estaba, pues, decidido a seguir investigando y aprendiendo.

Tendría así también la posibilidad de hacer cosas distintas. El cargo que ocupaba en el FBI me ofrecía innumerables oportunidades para intervenir en casos relevantes, pero el campo de acción era limitado. En un juicio, por ejemplo, no habría podido intervenir como testigo experto de la defensa, sino sólo de la acusación. Fuera del FBI, sin embargo, pude hacerlo en el caso de Jeffrey Dahmer. No fue casual que mis antiguos colegas y otras personas de la policía criticaran mi participación en la defensa en aquel y en otros casos. Cuando lean los largos extractos de mi entrevista con Dahmer incluidos en este libro, comprenderán, sin embargo, hasta qué punto se puede aprender de él.

Como los lectores de *El que lucha con monstruos* ya saben, mientras trabajaba en el FBI llevé a cabo, con fines de investigación, una serie de entrevistas con asesinos convictos y encarcelados; los detalles y la transcripción de estas entrevistas no se han hecho públicos, en parte para preservar la intimidad de los entrevistados y en parte por motivos burocráticos. Como particular, no obstante, y gracias a mis largos años de relación con John Wayne Gacy, tuve la oportunidad de hacerle una larga entrevista de la que he extraído para el presente libro los fragmentos más notables acompañados de mis comentarios. Es una de las últimas entrevistas que Gacy concedió antes de que lo ejecutasen. Tanto la entrevista de Gacy como la de Dahmer ofrecen lúgubres y escalofriantes atisbos de la mentalidad homicida en acción y dejan entrever a la vez mi técnica para conseguir que estos «monstruos» hablen de sí mismos y de sus crímenes.

Otra idea general de mis métodos de trabajo la proporcionan los numerosos casos en los que he trabajado recientemente con criminales que se declaraban inocentes en virtud de un trastorno por estrés postraumático supuestamente originado por su participación en la guerra de Vietnam; los años en que trabajé como agente especial supervisor para la División de Investigación Criminal del Ejército de Estados Unidos tienen asimismo aquí su importancia (actualmente también estoy retirado del

Ejército). Estos casos se describen en lo que yo llamo «El extraño legado de Norteamérica en Vietnam».

Trabajando en el FBI jamás habría podido ayudar a la familia Hattori en el proceso civil por «muerte por negligencia» entablado a raíz del asesinato de Yoshi, su hijo adolescente, en Louisiana. El juicio atribuyó con éxito la responsabilidad de la muerte al hombre que había disparado y que (como O. J. Simpson) había sido declarado con anterioridad «no culpable» de asesinato por un tribunal de justicia penal.

Lo más importante es, tal vez, que, siendo empleado del FBI, me habría resultado imposible incumplir mi agenda y mis compromisos para viajar a Sudáfrica a fin de colaborar con el cuerpo de policía nacional en la resolución de una serie de crímenes espantosos. Aunque el gran número de casos sudafricanos se menciona relativamente poco, los asesinos capturados allí por la policía, con una breve intervención mía, se cuentan entre los más terribles de la historia del crimen. En el capítulo correspondiente, el lector advertirá que las características de una mentalidad homicida son evidentes incluso en una cultura tan distinta a la de Estados Unidos, el único país, según se ha dicho, donde existe el tipo de asesino que puede definirse como asesino en serie.

Mi condición de civil me permitió, asimismo, colaborar en la medida de lo posible en sucesivas investigaciones criminales en Japón, Gran Bretaña y otros países, tal como se describe en otros capítulos.

En pocas palabras: que, de haber seguido al servicio del FBI, es poco probable que hubiera tenido la oportunidad de la que he disfrutado desde entonces de convertirme en un detective internacional, un detective al que cada vez con más frecuencia recurren los cuerpos de policía de distintos rincones del mundo para que intervenga en algunos casos desconcertantes y misteriosos que cualquier investigador o criminólogo desearía descifrar.

Unas veces los casos llegaron a mis manos porque estaba en alguna parte dando una conferencia o un curso en una escuela de investigadores y un agente local solicitó mi colaboración. Otras, como en el caso del asesinato de Wimbledon Common, de Londres, ocurrió que casualmente me encontraba allí por otros motivos y me dejé reclutar muy gustosamente. Y luego están los casos, cada vez más frecuentes, en los que fueron los medios de comunicación quienes en primer lugar se pusieron en contacto conmigo para recabar mi opinión. El caso Nomoto es un buen ejemplo en este sentido: una cadena de televisión japonesa quiso saber qué pensaba yo de la prueba que había aparecido flotando en la bahía de Yokohama, quién creía que había podido atar los cadáveres de aquella manera, y yo di mi opinión. Cuando se emitió la entrevista, la información ayudó a la policía a obtener finalmente una confesión del médico que había matado a su mujer y a sus dos hijos.

A veces, la petición de los medios de comunicación me lleva a colaborar con las autoridades locales, sobre todo cuando hace falta elaborar un perfil; en general, soy

reacio a poner esta herramienta de investigación a disposición de un periódico o una cadena de televisión antes de entregarla confidencialmente a la policía. Me inclino por ayudar siempre a las fuerzas del orden antes que a los medios. Aunque me haya retirado del FBI, en el fondo seré policía hasta la muerte. En el capítulo dedicado a los casos de Gran Bretaña, verán los problemas que me acarrearon mi lealtad y mis escrúpulos.

Este libro es, pues, una descripción de mi vida profesional desde que dejé el FBI, y de mi prolongado viaje a la mente de los «monstruos» que cometen asesinatos múltiples.

1
El caso del médico arrepentido

A finales de noviembre de 1994, un equipo de la Nippon Television (NTV) se puso en contacto conmigo para solicitarme una entrevista acerca de un caso de asesinato que desde hacía un mes tenía en vilo a ciudadanos y fuerzas policiales en Japón. Deseaban que comentase el caso y aventurase el perfil del posible autor, o autores, del asesinato.

Acepté el cometido con agrado porque a lo largo de mi vida profesional he intentado siempre sondear en la psique del homicida. El interés se despertó en mí de niño y siguió fascinándome mientras cursaba estudios de criminología en la Universidad Estatal de Michigan, mientras trabajaba en la División de Investigación Criminal del Ejército de Estados Unidos y a lo largo de mi carrera profesional de veinte años en el FBI. Precisamente mientras ocupaba este último cargo entrevisté en la cárcel a más de un centenar de asesinos y llegué a ser uno de los primeros expertos del mundo en trazar perfiles psicológicos de criminales, lo que me permitió aplicar mis conocimientos a centenares de casos de asesinato no resueltos y en no pocas ocasiones ayudar a la policía local a identificar a un asesino y llevarlo ante la justicia. Como parte de mi intento de entender a los asesinos múltiples, a mediados de la década de 1970 acuñé el término «asesino en serie».

En Japón yo era una persona conocida por mis libros anteriores, en especial el autobiográfico *El que lucha con monstruos*, y por mis intervenciones en la televisión de aquel país. Llevaba ya varios años alejado del FBI y me ganaba la vida dando conferencias y ejerciendo de testigo experto en juicios penales y civiles, aunque de vez en cuando me requerían departamentos de policía, psicólogos criminales y agencias de noticias de todo el planeta para que colaborase en el esclarecimiento de casos que rehuían una explicación sencilla.

El siguiente relato de los hechos está basado en la información que se había hecho pública antes de que la Nippon TV despertara mi interés por el caso del médico arrepentido. No se había efectuado ninguna detención todavía.

El 3 de noviembre de 1994 el doctor Iwao Nomoto denuncia a la policía la desaparición de su esposa y de sus dos hijos. Nomoto es un médico eminente de treinta y un años, muy bien considerado en la ciudad de Tsukuba, a unos cincuenta kilómetros al norte de Tokio; su esposa, Eiko, trabaja en un centro de investigación médica; el matrimonio tiene dos hijos pequeños, un niño y una niña. El doctor Nomoto es el hijo menor de una familia acomodada y el segundo marido de Eiko, que había estado casada con el dueño de una tienda de pastas alimenticias. El matrimonio vive en una casa suntuosa en un barrio residencial privilegiado y los niños están matriculados en colegios caros. Sorprende que Nomoto, tan joven, sea jefe de

medicina interna del Hospital de Howarei, cargo que entraña gran responsabilidad. En el centro todos le consideran «un hombre sereno y tranquilo», un trabajador infatigable que se gana el afecto de sus pacientes. Declara a la policía que no está especialmente preocupado, ya que su mujer va con frecuencia a visitar a sus padres, pero a unos amigos les confiesa que tal vez haya huido de casa con los niños.

Aquel mismo día, antes de la denuncia a la policía, aparece flotando en la bahía de Yokohama una bolsa de basura de plástico blanco. En su interior se encuentra el cadáver de una mujer adulta que lleva varios días muerta. El cuerpo está atado con tres cuerdas alrededor de abdomen, piernas y pecho, cada una de distinto color. La mujer está además envuelta en plásticos, y entre éstos hay unas halteras puestas para que el cuerpo se hundiera. Va vestida con ropas normales, tiene los pies limpios y descalzos. El cadáver ha subido a la superficie porque los gases emitidos por la carne en descomposición han contrarrestado la fuerza de las halteras y han llevado la bolsa a flote. El reconocimiento preliminar de la policía determina que la causa de la muerte ha sido el estrangulamiento. En ese momento no se establece la identidad de la mujer pero, cuando el doctor Nomoto notifica la desaparición de su familia, se relacionan los hechos.

El 7 de noviembre el doctor Nomoto llama al laboratorio donde trabajaba su esposa, se identifica, dice que ésta lleva una semana desaparecida y pregunta cuál fue el último día que acudió al trabajo. Ese mismo día aparece otra bolsa de plástico que contiene el cuerpo de una niña muerta que aparenta entre dos y cuatro años en el momento del fallecimiento. De nuevo el cadáver está envuelto en plásticos y atado con cuerdas de distintos colores alrededor de las mismas partes del cuerpo, con unas halteras para hundirlo. También esta vez se determina que la víctima ha muerto estrangulada.

El segundo cuerpo es identificado como Manami, la hija de dos años de Iwao y Eiko. La policía empieza a investigar al doctor Nomoto, pero nadie puede creer que un médico respetado, miembro de segunda generación de la elite, pueda estar relacionado con el asesinato de su esposa y su hija.

Cuatro días más tarde una tercera bolsa aparece flotando en las aguas de la bahía de Yokohama. Esta vez contiene el cuerpo de un niño de un año, Yusaku Nomoto, de nuevo envuelto en plásticos, atado con cuerdas de distintos colores y con unas halteras como lastre.

Los asesinatos horrorizan y desconciertan a la opinión pública porque parecen obra de una secta enloquecida. El índice de criminalidad en Japón es considerablemente más bajo que en otros países desarrollados y un crimen como el perpetrado contra esta familia es un hecho poco corriente y desconocido desde hace mucho tiempo. Se empieza a sospechar que los asesinatos pueden ser un acto de venganza por algún suceso del hampa, tal vez relacionado con el mundo de la droga, o que los Nomoto hayan sido ejecutados por error y que el blanco fuera otra familia.

La relativa excepcionalidad del crimen, además del tradicional respeto por la

clase alta que existe en Japón, pueden ser las causas que justifiquen que la policía tratase con tanta delicadeza al doctor Nomoto durante este período y que no registrase su domicilio hasta el 18 de noviembre, seis días después del hallazgo del último cuerpo.

Unos días más tarde se presentó en mi casa la señora Yuko Yasunaga, acompañada de un equipo de la Nippon TV, con el ruego de que hiciese una evaluación del crimen y trazara el perfil del posible asesino (o asesinos) de la familia.

La señora Yasunaga sólo traía información del estado de los cuerpos de la familia Nomoto, de las cuerdas de colores y de cómo estaban atadas, amén de una cronología de los hechos que yo he utilizado para urdir la descripción que acaban de leer. Todo el material procedía de fuentes publicadas, artículos de periódicos u otras. Yo no contaba, pues, con informes policiales, autopsias detalladas, fotografías del lugar del crimen, inventarios del sitio en que se habían hallado los cadáveres ni de la casa de la familia Nomoto de donde procedían las víctimas, ninguna información esencial sin la cual no es recomendable intentar esbozar el perfil de un posible criminal.

Me dijeron que al doctor Nomoto lo había interrogado la policía, pero no estaba acusado de los asesinatos y las sospechas no se centraban en él. Según me dijo la señora Yasunaga, en todo el país se respiraba un sentimiento de perplejidad por los asesinatos y todos se preguntaban quién podía haberlos cometido y por qué.

Aunque receloso de la escasa información en que podía basar mis observaciones, me dispuse a analizar las pruebas.

Lo primero que me vino a la cabeza fue el lugar donde se habían recuperado los cadáveres y las condiciones en que fueron encontrados. Un investigador debe considerar estos detalles como si fueran, esencialmente, comunicados de la persona que ha cometido el asesinato. Sólo entonces puede empezar a entender lo que ha ocurrido y por qué.

—Sin profundizar en el tema —aventuré—, lo que veo es que el individuo tenía un enorme interés en sacar los cadáveres de la casa, separarlos del entorno familiar, del lugar del crimen. No quería que la policía los encontrase, de modo que los arrojó al agua e hizo que se hundieran. Los tres estaban en el mismo lugar. No le interesaba deshacerse de ellos en sitios distintos, sino hacerlo rápido.

El plan de desembarazarse de los cuerpos era importante porque decía algo sobre el estado mental del asesino. Que optara por deshacerse rápidamente de los cadáveres, de los tres al mismo tiempo, era muy significativo, y las demás pruebas revelaban también otras opciones.

—La manera de atarlos, con cuerdas de colores siguiendo el mismo orden en todos los cuerpos, me sugiere que es una persona muy metódica, un ser compulsivo. Una persona que tiene que hacer las cosas siempre del mismo modo. Este control sobre la manera de realizar un acto supone para él un bienestar psicológico. Luego, transporta las bolsas de plástico. Si hubiera atacado y abandonado los cuerpos en el

mismo lugar, tal vez mutilados o malheridos, sería un indicio de que se trata de un tipo de personalidad desorganizada. Pero no es éste el caso. Demuestra que es muy organizado.

Los asesinos organizados son conscientes de sus actos. No son perturbados mentales, en el sentido en que el profano concibe la locura, sino que por lo general se les considera competentes mentalmente para conocer y comprender sus actos.

Los cuerpos estaban limpios y no tenían heridas ni magulladuras, excepto las marcas del estrangulamiento. Otro indicio del *modus operandi* del asesino. Probablemente los crímenes no se habían llevado a cabo simultáneamente, y las víctimas desconocían lo que había ocurrido con las demás, porque no se apreciaban señales de resistencia. Si hubiera dado muerte a una de ellas mientras las demás estaban presentes, se habría originado un forcejeo que habría producido destrozos, y sin embargo no había ni rastro de pelea. Esto me sugiere que ejercía algún control sobre las víctimas, que probablemente le conocían.

A los entrevistadores les intrigó la idea de que las víctimas conocieran a su asesino, de modo que seguí en esta dirección para profundizar en los motivos del crimen. No había ninguna razón que justificase el asesinato: la mujer no había sido violada, ni los niños mutilados. No habían robado ni desvalijado la casa. De todo esto se concluye que el móvil del crimen sólo lo conocía su autor; era un homicidio con una causa personal. No se trataba del crimen violento originado por un arrebato pasional, sino de un asesinato organizado muy metódicamente.

Señalé que el individuo en cuestión estaba muy asustado, ya que quería deshacerse de los cadáveres de inmediato, pero enterrarlos lleva tiempo. Debía cavar tres hoyos, si no quería sepultar los tres en el mismo, y tenían que ser profundos porque si quedaban a cuatro o cinco centímetros de la superficie un perro podía desenterrarlos. Aunque se tomó su tiempo para matarlos, atarlos y envolverlos, tenía prisa por deshacerse de ellos y no podía entretenerse enterrándolos bien.

Japón es un país muy poblado. Es imposible desviar el coche de la carretera y ponerse a cavar hoyos. Hay muchas posibilidades de que alguien te vea, especialmente en el área metropolitana de una ciudad importante. Sospeché que el asesino había actuado de noche; probablemente había cargado los cadáveres en un coche o una furgoneta a las dos o las tres de la madrugada y se había dirigido a un lugar que normalmente estaba desierto. Un buen emplazamiento era la orilla del mar, adonde podía llegar con su automóvil, arrojar los cuerpos y seguir su camino. Era una manera segura de eliminarlos con rapidez.

La señora Yasunaga se interesó por la circunstancia de que las ataduras estuvieran hechas con cuerdas de colores distintos (un color en la parte inferior, otro en la parte central y otro en la parte superior) y que la misma secuencia se repitiera en los tres cuerpos. La opinión pública estaba intrigada, pues lo consideraba la prueba de un comportamiento insólito.

—Que atase los cuerpos es un indicio —afirmé ante las cámaras—, pero según

parece lo hizo cuando ya estaban muertos. La causa del fallecimiento fue el estrangulamiento. Entonces, ¿qué sentido tenía atarlos? ¿Todos de la misma manera? Se trata de un ritual, un ritual compulsivo, un ritual que nuevamente tiene un significado para el asesino. ¿Por qué metió los cuerpos dentro de una bolsa? No había ninguna necesidad. Podía haberlos arrojado al agua sin envolverlos. Esto me sugiere que podía haber una relación personal, que este individuo sentía afecto por sus víctimas y no quería imaginárselas en el agua, mojadas, mordisqueadas por los peces. Este intento de protegerlas, incluso una vez muertas, indica que el asesino conocía a sus víctimas.

Mi explicación tenía como objetivo una expresión que no llegó a salir de mi boca durante la entrevista, un término técnico: la «voluntad de deshacer». Para mí, las ataduras y las bolsas de plástico indicaban la presencia de cierto remordimiento por parte del asesino; incurrió en este ritual con el propósito de «deshacer» el crimen en un triste intento de restitución. William Heirens, el primer asesino que estudié, había vendado las heridas de las personas que había apuñalado una vez muertas. Otros asesinos han reaccionado de manera similar. Consideré que el autor de la muerte de la señora Nomoto y de sus hijos daba muestras de un remordimiento parecido.

Otro indicio era el hecho de que los cadáveres fueran hallados completamente vestidos. Si el asesino no quería que los identificaran, ¿no habría sido más lógico quitarles la ropa? De nuevo me pareció que esto nos daba una pista del estado mental del homicida.

—Quitarles la ropa y deshacerse de los cuerpos desnudos era degradante. Sería humillante cuando los encontrasen. Por esta razón les dejó la ropa. Esto indica cierta consideración (no tanta como para no matarlos), pero de nuevo esta consideración es […] el sentimiento psicológico de un afecto previo para con las víctimas.

Llegados a este punto, estábamos más cerca de identificar al asesino. Señalé que el motivo de los asesinatos probablemente estaba relacionado con la mujer y no con sus hijos.

—No es probable que esta persona quisiera matar a los niños. A lo mejor estaban jugando fuera, o haciendo cualquier otra cosa. No eran un estorbo para matar a su madre. El asesino podía haber matado a la mujer, llevársela y dejar a las criaturas solas para que las encontrasen y siguieran su vida, con su padre o con quien fuera. La preocupación por los niños es tal que el autor del crimen no quiere que vivan sin su madre, y le parece mejor enviarlos a todos al cielo o al otro mundo; que se vayan todos juntos antes que que los niños vivan sin su madre. Es un acto de consideración muy extraño, tal vez un insólito acto de amor; no del amor que nadie desearía, por supuesto, pero es innegable que al asesino le preocupa que estos niños tengan que crecer sin madre.

Repetí que estos razonamientos eran la base para concluir que las víctimas conocían muy bien al asesino.

—Las víctimas conocían al agresor. No hay señales de lucha, o muy pocas.

Cuando un desconocido aterroriza a alguien, siempre se encuentran heridas: cortes en las manos, contusiones en la cara al tratar la víctima de esquivar al atacante. Lo más probable es que los niños y la mujer conocieran a su agresor, porque no estaban asustados. Esto le habría permitido acercarse sin darles miedo, probablemente aparecer por detrás con la cuerda, en cuyo caso la muerte habría sido instantánea. Tampoco en los niños hay indicios de miedo ni de resistencia, lo cual demuestra que el agresor era una persona conocida.

A continuación la señora Yasunaga me pidió que trazara el perfil del posible asesino. Mi primera hipótesis era que se trataba de un ciudadano japonés, porque la presencia de un extranjero en el vecindario de la casa de los Nomoto habría sido advertida por los vecinos, y también porque, como ya había señalado, las víctimas conocían al atacante. También intuía que era de sexo masculino, porque la mayoría de los crímenes de estas características los cometen hombres y porque la fuerza y el peso requeridos para llevar a cabo los crímenes y deshacerse de los cadáveres eran superiores a los de la mayoría de las mujeres. Además, creía que el hombre había matado a las tres personas en solitario. Resumí así las características que había conjeturado.

—Se trata de un individuo que tiene una razón o un motivo para matar a estas personas, pero sólo él lo conoce. No se trata de una agresión sexual, ni tampoco de un robo. Tampoco nos enfrentamos a un loco o a un psicópata que cumple una misión divina o que actúa como consecuencia de una alucinación, porque en este caso se observaría un mayor desorden y los cadáveres se habrían encontrado en el lugar del crimen. Todo indica que se trata de una persona inteligente, organizada, muy compulsiva, que cometió el crimen con premeditación y planificación, pero que al mismo tiempo sentía miedo y quería deshacerse de las víctimas con la mayor prontitud posible. En cuanto a la edad […] entre los veinticinco y los cuarenta […]. Una persona que había estado antes en la casa y que era reconocida por las víctimas, que no le tenían miedo.

Insistí en que el crimen había sido planificado, no espontáneo.

—Se habría planeado durante días o semanas, pero no mucho más. No estamos investigando algo que surgió de improviso, sino de un plan […]. La casa no estaba destrozada, lo cual indica que tenía el plan en mente, posiblemente el reflejo de un problema mental. No es completamente psicótico, pero es posible que se venga abajo por la presión sufrida. Yo buscaría tensiones anteriores al crimen: problemas económicos, problemas conyugales, problemas en el trabajo; todos ellos están relacionados con el estrés y pueden llevar a que el juicio de una persona se debilite extraordinariamente.

Llegados a este punto de la entrevista, la señora Yasunaga me informó de que la policía estaba interrogando al doctor Nomoto. Ésta fue mi respuesta:

—Si la policía sospecha del marido en este caso, creo que es una conclusión muy lógica. En casos similares de homicidios familiares, excepto si hay una razón de peso

para no investigar al marido, por ejemplo que éste se encuentre en el momento del crimen a muchos kilómetros de distancia, el marido o el compañero que vive en la casa es el primer sujeto en el que hay que fijarse. Es esencial debido al evidente vínculo sentimental que existe entre marido y mujer, que a veces llega a ser tan pasional que el amor se convierte en odio. Teniendo en cuenta los indicios que he descrito hasta ahora (la aparente tranquilidad de las víctimas cuando les atacó el asesino), el marido es un sospechoso razonable.

Cuando la señora Yasunaga expresó su asombro por la posibilidad de que un miembro de la clase alta cometiese un crimen como aquél, le conté brevemente el caso del juez Robert Steele, de Cleveland, el argumento de mi libro *Justice is served*. Steele, un juez local muy respetado, había contratado los servicios de unos indeseables para que matasen a su esposa en el lecho conyugal, en su propia casa, y así él quedaría libre para casarse con otra mujer. A las fuerzas policiales nos costó más de ocho años condenar a Steele y sus cómplices por el asesinato. Para mí, el caso de Steele y otros similares que ocurren en Estados Unidos demostraban que incluso las personas que ocupaban cargos importantes y eran muy bien consideradas por la sociedad podían cometer crímenes atroces. Seguí con la entrevista para finalmente sacar una conclusión:

—El hecho de que una persona sea médico, abogado o juez, no tiene importancia. Las capas más altas de la sociedad también producen comportamientos homicidas, de modo que el marido es el primero que debe ser investigado. Si no es culpable, entonces tendremos que ir a buscar fuera de casa.

Mientras seguíamos comentando el caso, la noticia de que habían retenido al doctor para interrogarlo arrojó nueva luz sobre otras pruebas.

—No fue muy inteligente [meter los cadáveres dentro de bolsas], pero creo que hay que considerarlo desde el punto de vista de la motivación. Si de verdad esta persona había sentido afecto por su familia en algún momento, el hecho de meterlos en bolsas aun sabiendo que emitirían gases (un médico tenía que saberlo perfectamente), tal vez fuera una tentativa para que los encontraran al poco tiempo [cuando los cuerpos subiesen hasta la superficie por efecto de los gases] y pudieran así recibir adecuada sepultura.

En resumen, había llegado a la conclusión de que el médico era el principal sospechoso del caso, aunque advertí a la señora Yasunaga de que existía la posibilidad de que el asesino fuera otro miembro varón de la familia, tal vez un hermano, un tío o cualquier otro pariente o amigo de la familia.

Nos estrechamos la mano y el equipo prosiguió su camino. No dediqué más tiempo a repasar mentalmente la entrevista porque en el fondo no dejaba de ser una jornada laboral normal, con un tipo de razonamiento similar al de otros mil casos de mi vida profesional. Después de varias décadas de contemplar la mente criminal, puedo hacer mío el verso de José Martí: «Viví en el monstruo». Tal vez los crímenes de Nomoto fueran poco habituales en Japón, pero han ocurrido hechos similares en

otras partes y, habiendo estudiado estos crímenes anteriores, no me costó reconocer elementos comunes en los asesinatos de Nomoto y señalar su trascendencia. Puesto que contaba con una información limitada, hice todo lo que estaba en mis manos con la esperanza de que la entrevista ayudase a la policía y a la opinión pública a comprender la dinámica psicológica que según mi opinión sustentaba aquel crimen terrible.

Al día siguiente, casi la totalidad de la entrevista fue emitida por la Nippon TV en su programa informativo *NTV Wide,* de gran audiencia. El comentarista calificaba la entrevista de convincente, puesto que hasta entonces nadie había presentado razones lógicas de tanto peso como para sospechar que el doctor Nomoto podía ser el autor de los crímenes ni nadie había explicado los extraños elementos rituales que suponían las cuerdas de colores.

El día siguiente a la emisión de la entrevista, el doctor Nomoto confesó a la policía que había matado a su esposa y a sus hijos.

Mi opinión de lo ocurrido es que la emisión de la entrevista permitió a la policía enfrentarse al doctor Nomoto con mayor agresividad que en los interrogatorios previos. La sociedad japonesa es reacia a la actitud de enfrentamiento durante una conversación; por esta razón, la policía se había dirigido a él con rodeos para no acusarlo directamente, como probablemente habrían hecho los investigadores norteamericanos en la misma situación. Los razonamientos lógicos de la entrevista también ayudaron, en mi opinión, a que Nomoto pudiera explicar sus actos y circunstancias, que él mismo consideraba inexplicables o que eran tan íntimos que no creía a nadie capaz de comprenderlos.

No me atribuyo el mérito de haber resuelto el caso. Los casos siempre los aclara la primera línea de infantería —la policía local— y no los elaboradores de perfiles que avanzan educadas conjeturas, pero tuve la satisfacción de pensar que mi información había sido útil.

Al conocerse los hechos, se confirmó que los crímenes se habían ejecutado de una manera muy similar a la que yo había sugerido. La confesión de Nomoto contenía algunas declaraciones importantes: «No quería que mis hijos tuvieran una vida difícil. Lo pasé muy mal matándolos. Usé cuerdas, halteras y bolsas de plástico que tenía en casa. Respecto a la zona donde arrojé los cadáveres, fue fácil porque la conocía bien de mis tiempos de colegial. Debía unos cientos de miles al banco después de la compra de la casa. Hundí los cuerpos en el mar por la sencilla razón de que así es más difícil determinar la hora de la muerte».

Estas declaraciones confirmaban muchas de mis suposiciones. Tal vez la más importante e inesperada de mis predicciones era el motivo por el que había matado a los niños: para que no tuvieran que crecer sin madre. Nomoto confirmó esencialmente un razonamiento retorcido pero lógico. En el fondo de su mente sabía que sería acusado de asesinato (había dejado demasiadas pistas que le identificaban),

con lo cual los niños se verían obligados a crecer sin padres y con el conocimiento de que su padre había matado a su madre. Esta idea le parecía insoportable y mató a los niños para ahorrarles tan terrible circunstancia. Más tarde, según se publicó, dijo que «los niños tendrían un futuro desolador, sin madre y con un padre que era un asesino».

El posterior análisis del lugar del crimen proporcionó otros datos que condujeron a nuevas confirmaciones. Los pies limpios y descalzos de las víctimas indicaban que habían sido asesinadas en casa y luego trasladadas a otro lugar. La casa de la familia Nomoto estaba situada a poca distancia de una autopista que llevaba, a través de otras carreteras principales de fácil acceso, al lugar donde fueron arrojados los cuerpos al mar. Se calcula que el trayecto desde la casa hasta el puerto, con un tráfico escaso, duró aproximadamente una hora.

Ahora estamos en disposición de reconstruir el crimen.

Mañana del 29 de octubre. La noche anterior, Nomoto y su mujer han pasado varias horas discutiendo de dinero y otros asuntos. El fastuoso ritmo de vida que llevan, las inversiones inmobiliarias de Iwao, la afición por el juego que comparten marido y mujer les han llevado al borde del desastre económico. No va a ser fácil pagar el colegio de los niños y, si no lo hacen, todo el barrio se enterará de su pérdida de posición. Por otro lado, Eiko ha descubierto que su marido ha tenido muchas amantes y que a una de ellas le ha prometido matrimonio, razón por la que quiere divorciarse. La noche anterior al asesinato, ella insiste en que piensa exigirle una suma tan importante de dinero que va a quedar arruinado. El médico ha estado toda la noche cavilando sobre la situación. Durante varias semanas, a medida que se acercaba este momento crítico, había pensado en la manera de deshacerse de su mujer, pero no había sido capaz de hacerlo. Ahora no parece haber otra alternativa. Alrededor de las tres de la madrugada, se acerca a ella y la estrangula.

Ya no hay vuelta atrás, pero aún se esfuerza por determinar cómo seguirá adelante. Finalmente decide que los niños no deben sobrevivir y, dos horas después de matar a su esposa (es decir, no de inmediato, como ocurriría en un arrebato pasional), le da unas chocolatinas a su hijo de un año y luego le estrangula. Transcurrida una hora, hace lo propio con su hija y a continuación llama al hospital para anunciar que llegará tarde. Después acude al trabajo y tras pasar el día con normalidad, según sus colegas, regresa a casa. Nadie ha notado la ausencia de la mujer y los niños. Los cuerpos inmóviles empiezan a descomponerse. En su insólita acción de «voluntad de deshacer», ata ritualmente los cuerpos para que el *rigor mortis* no los deforme. Tal vez se distrae pensando que la mujer y los niños muertos aparentan estar dormidos. No aplica toda su inteligencia a la tarea de envolver y deshacerse de los cuerpos, ya que olvida que objetos tales como las halteras pueden ser una pista que conduzca hasta su casa y que las fibras adheridas a los cadáveres revelarán dónde han muerto las víctimas.

Esa noche se siente incapaz de hacer nada más, y al día siguiente se toma el día

de fiesta para ir al área de Shinjuku de Tokio, donde contrata los servicios de una prostituta. Este hecho demuestra que había una base sexual subyacente en los asesinatos. Regresa a casa alrededor de las diez de la noche.

Unas horas más tarde, a la una de la madrugada del 31 de octubre, se ve incapaz de seguir soportando la presencia de los cadáveres en su domicilio. Mete en el coche las bolsas de vinilo que contienen los cadáveres y enfila por varias carreteras hacia el lugar que había frecuentado en sus días de escuela, en una época mucho más feliz, sin la carga de esposa e hijos, hipotecas y matrículas de colegio, un divorcio amenazador y la ruina económica. Con un último esfuerzo, arroja al agua las bolsas con los cuerpos y las halteras y regresa solo a casa, quién sabe si abrumado por los remordimientos pero momentáneamente engañado por la idea de que ha puesto fin a sus problemas.

2
El extraño legado de Norteamérica en Vietnam

Este libro está compuesto principalmente de casos, como el del doctor Nomoto, en los que he participado directamente en los años posteriores a mi retiro de la Oficina Federal de Investigación (FBI) en 1990.

Algunos de los primeros casos tuvieron lugar en Estados Unidos y abarcaban gran variedad de delitos, desde el narcotráfico hasta el asesinato. Entre ellos, sin embargo, se repitió varias veces una misma característica: los sospechosos habían prestado sus servicios en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos.

Como ya saben los lectores de *El que lucha con monstruos*, yo había sido investigador y agente especial supervisor de la División de Investigación Criminal (CID) del Ejército de Estados Unidos durante diez años antes de incorporarme al FBI, y en los veinte años que trabajé en este último organismo seguí colaborando con el Ejército como oficial en la reserva. Pocos días después de retirarme del FBI, fui requerido al servicio activo con la CID a raíz de la operación militar que se denominó entonces «Escudo del desierto». Iraq había invadido a su vecino del golfo Pérsico y Estados Unidos, de acuerdo con otras naciones, enviaba fuerzas a aquella zona del mundo para intervenir en la agresión.

Aquellos días en la CID fueron muy emocionantes. Mi función era la misma que había desempeñado durante muchos años: impartía cursos de negociación para la liberación de rehenes, de perfil psicológico criminal y de otras técnicas de investigación y cumplimiento de la ley. Al hacerme cargo de estas responsabilidades, permitía a los miembros plenos de la CID del Ejército servir militarmente en el golfo Pérsico, como era en principio mi misión, ya que el objeto de las fuerzas en la reserva de Estados Unidos es especialmente ejercer una función de respaldo a los «regulares».

A diferencia del ambiente que se respiraba en otros conflictos anteriores, lo que percibí esta vez en los círculos militares fue una reacción de entusiasmo por la labor de Estados Unidos en su firme intento de defender el honor de sus compromisos y hacer algo bueno en el mundo oponiéndose al tirano Saddam Hussein. Muchos militares de carrera vieron entonces la oportunidad de disipar los prolongados vestigios de descontento que habían perseguido a las Fuerzas Armadas norteamericanas, y a sus detractores civiles, desde los días de la guerra de Vietnam.

A fines de mes me ofrecieron la oportunidad de continuar en el servicio activo en lo que muy pronto se convertiría en la «Tormenta del desierto», la acción militar que hizo retroceder al ejército iraquí hasta más allá de sus propias fronteras. Accedí a colaborar si era necesario; sin embargo, tenía muchas ganas de estrenarme en mi nueva actividad como especialista forense en conducta y criminólogo *freelance*, y no me requirieron para el servicio activo.

Entre mis primeros casos como consultor privado, hubo tres en los que mis conocimientos del Ejército me resultaron muy útiles, y los tres me devolvieron al lodazal de la larga y desastrosa intervención norteamericana en la guerra de Vietnam.

En el primer caso, un ayudante del fiscal de Albany, Nueva York, requirió mi colaboración en el caso de un hombre acusado de llevar droga en un avión que se dirigía a Estados Unidos procedente de Sudamérica.

El traficante basaba parte de su declaración de inocencia en que era un héroe militar que había recibido importantes condecoraciones. Según decía, había servido en la Marina y en el Ejército de Estados Unidos y había cumplido dos períodos de servicio en Vietnam: en Vietnam del Norte había sido retenido seis meses como prisionero de guerra. Afirmaba que aquellos seis meses en el infierno y las experiencias vividas en el campo de batalla le habían producido un trastorno por estrés postraumático (PTSD) y tenía la intención de alegar esto como causa de los delitos cometidos, a fin de que le absolvieran con motivo de su disfunción. Si el juez y el jurado creían esta declaración, había muchas posibilidades de que el acusado abandonara el juzgado como hombre libre. El ayudante del fiscal quería evitar una resolución así, pero antes tenía que averiguar lo que le había ocurrido realmente a aquel hombre en el campo de batalla. No era una tarea fácil, porque tanto los expedientes militares como la terminología psiquiátrica constituyen una maraña que sólo puede desenredar una persona con la experiencia necesaria. En esta época, transcurrido ya bastante tiempo desde que el servicio militar fuera obligatorio en Estados Unidos, la mayor parte del personal de Justicia, incluidos los fiscales, no había servido en el Ejército y por consiguiente tenía un conocimiento escaso o nulo de los registros y archivos militares.

El trastorno por estrés postraumático es un concepto reciente en la terminología psiquiátrica; en realidad, no se reconoció oficialmente hasta que en 1980 se publicó la tercera edición del *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, conocido como *DSM-III*. Durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial, existía lo que se conocía popularmente como «fatiga de combate» y, entre los profesionales de la salud mental, «neurosis de guerra», un trauma sufrido en el campo de batalla que inutilizaba a los hombres para comportarse después con normalidad. Un buen número de licenciamientos del Ejército se debió a esta enfermedad, y el problema sigue siendo grave para quienes participan en un combate, con las tensiones y horrores subsiguientes. En la década de 1950, cuando se publicó el *DSM-I*, existía la afección denominada «trastorno situacional transitorio», que a veces incluía el estrés de guerra. La sigla TSD, derivada de esta neurosis previa, se adaptó a una alteración que estaba brotando súbitamente entre los supervivientes norteamericanos de la guerra de Vietnam y que pasó a conocerse como PTSD o, en términos profanos, «el síndrome de Vietnam».

A lo largo de los años había descubierto que, si bien algunas personas sufrían realmente de trastorno por estrés postraumático (tenían dificultades para llevar una

vida normal después de haberse visto al borde de la muerte en una guerra o a raíz de otro suceso traumático), en otros muchos casos no eran más que tonterías, una forma de enfermedad fingida. En algunos círculos psiquiátricos, sobre todo aquellos que trataban con pacientes habituales de los hospitales para veteranos de guerra, se había puesto de moda diagnosticar PTSD. Otros psiquiatras igualmente cualificados que también trataban a veteranos habían visto pocos casos auténticos. Por otra parte, Estados Unidos había participado en otras guerras traumáticas a lo largo del siglo y, aunque se habían diagnosticado algunos casos de lo que entonces se llamaba «shock del campo de batalla», casi todos se recuperaron y volvieron a llevar una vida normal. ¿Tal vez la experiencia de luchar en Vietnam había sido mucho peor que la de luchar en Corea? ¿O en Europa o en las islas del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial? ¿Acaso los militares de los años sesenta y setenta eran más frágiles emocionalmente que los que habían servido en conflictos anteriores?

Durante el conflicto de Vietnam, el estrés de guerra se afrontó de una manera más positiva que en otros conflictos anteriores. Nuestros hospitales en las posiciones avanzadas estaban mejor equipados, y gracias a las evacuaciones en helicóptero los heridos recibían asistencia médica con mayor prontitud, con lo que el estrés era menor; el personal sanitario de estos hospitales estaba más sensibilizado ante la posibilidad de problemas psiquiátricos relacionados con la dolencia y aplicaban tratamientos para contrarrestarlos; por último, al personal militar que se encontraba en zona de combate se le recetaba una buena dosis de «D y R», es decir, descanso y recuperación, unas vacaciones para mitigar la tensión acumulada que inevitablemente se experimenta en el frente. En realidad, el número de hombres y mujeres relevados del servicio en la guerra de Vietnam por culpa de la «fatiga de combate» se había reducido respecto a las guerras anteriores.

No obstante, en el período siguiente al conflicto de Vietnam, muchos veteranos decían sufrir un enorme estrés y a muchos les diagnosticaron PTSD (por lo general, el diagnóstico se circunscribía a víctimas de desastres naturales, accidentes automovilísticos, etc. Robert L. Simon, médico y director del programa de psiquiatría y ley de la Facultad de Medicina de la Universidad de Georgetown, escribía en un libro reciente sobre esta enfermedad: «Con el auge de los litigios, el PTSD se ha convertido en una próspera industria»). Los veteranos que se encontraban en situación más delicada estaban ingresados en hospitales, pero, debido a la publicidad que se dio a los dictámenes médicos, empezaron a aparecer muchos que creían sufrir el trastorno, y más tarde algunos que descubrían que estaban afectados de PTSD sólo después de haber cometido actos delictivos y de haber sido detenidos por las autoridades civiles. Los abogados defensores se recreaban a menudo en el diagnóstico «médico».

En el caso del ex soldado de la Marina acusado de traficar con narcóticos, el alegato de la defensa fue que, al coger el avión en el que iba a introducir drogas en su país, creía que estaba otra vez en Vietnam, en una misión de combate aéreo, y por

consiguiente no podía ser considerado culpable de sus actos porque padecía un episodio de PTSD.

Cuando en la oficina del fiscal examinaron el expediente militar de aquel hombre, quedaron impresionados por la cantidad de medallas y condecoraciones recibidas, unas cuarenta, entre ellas la Cruz por Servicios Distinguidos, dos Estrellas de Plata, la Corazón Púrpura, la Estrella de Bronce y la Cruz de la Marina. Recelaron, sin embargo, porque la personalidad del hombre que se sentaba en el banquillo de los acusados no encajaba con tan brillante expediente.

Inicié una investigación visitando varios departamentos de distinciones honoríficas del Ejército de Tierra, de la Marina y del Cuerpo de Infantería de Marina, donde se puso de manifiesto que, efectivamente, los registros reflejaban lo que el hombre había declarado en el despacho del fiscal. Sin embargo, no eran lo que parecía.

Fue una suerte para la acusación que el ayudante del fiscal decidiera investigar más a fondo los registros, porque, si bien los archivos militares de Estados Unidos son un inmenso depósito de información sobre millones de hombres y mujeres que han pasado por la institución en algún momento su vida, están depositados en lugares muy distintos y no son descifrables fácilmente para quien es ajeno al sistema militar: números de código, denominaciones de especialidades de las distintas ocupaciones militares, siglas, abreviaturas, un lenguaje impenetrable. Los registros militares son el paradigma de la dificultad de la descodificación. No obstante, si uno está familiarizado con su manejo, puede llegar a obtener cierta visión general y extraer el oro que encierra la mina. Puede ocurrir también que un sexto sentido le permita intuir el tipo de información que debería hallarse en algún lugar determinado del registro e interpretar su posible ausencia.

Cuando se inició la investigación del hombre acusado de traficar con droga, yo también estaba impresionado por las medallas que, según su último expediente militar, había recibido. La Cruz por Servicios Distinguidos, la Cruz de la Marina, las Estrellas de Plata y la Corazón Púrpura no se otorgan por participar en un combate, ni siquiera por resultar herido de metralla. Este hombre era la persona más condecorada que había conocido. Por otro lado, poseía medallas del Ejército de Tierra, de la Marina y del Cuerpo de Infantería de Marina, hecho ciertamente poco habitual. Tal vez su afirmación de que padecía PTSD como resultado de la tensión sufrida en combate tuviera algún fundamento.

Más tarde, sin embargo, aparte de mis dificultades instintivas con una alegación de PTSD, surgieron problemas con los expedientes militares del pretendido héroe.

El personal de la central de la División de Investigación Criminal me prestó toda la ayuda necesaria para conseguir el acceso a los archivos adecuados. Al examinar los papeles que me habían facilitado los tres cuerpos, constaté que el sospechoso había circulado por el Ejército durante muchos años, desde 1955 hasta 1979, a veces en servicio, otras de baja militar, otras «reenganchado», como suele decirse, en

ocasiones por una prima. Sus salidas y entradas ofrecían, por sí solas, la oportunidad de crear la confusión en sus registros. Lo primero que levantó mis sospechas, sin embargo, fue que el hombre afirmaba haber sido retenido en un campo de prisioneros de guerra de Laos entre el 26 de mayo y el 9 de octubre de 1969. Para confirmarlo, me dirigí a la central de la División de Investigación Criminal, donde me confirmaron que no constaba que aquel hombre hubiera estado en ningún campo de prisioneros de guerra. Por otra parte, la Liga Nacional de Familiares de Prisioneros de Guerra y Desaparecidos en Combate, una agrupación de particulares, tampoco lo tenía registrado. ¿Pudo estar retenido en un campo de prisioneros y liberarse él solo, sin que ningún cuerpo del Ejército se enterase, y sin que su familia se pusiera en contacto siquiera con la Liga? No parecía muy probable.

Con mi sospecha parcialmente confirmada, fui a consultar el grueso de los registros. Tras examinarlos detenidamente con la colaboración del personal militar responsable de su confección, obtuve varios datos. La Cruz de la Marina que el sospechoso afirmaba haber recibido, si bien constaba en su expediente, no figuraba en un libro de registro de las cruces de la Marina que mantiene el Departamento de Condecoraciones Militares de este cuerpo del Ejército; estas cruces van firmadas por el presidente y no por un oficial de rango inferior, como el sospechoso afirmaba que estaba la suya. Los cinco racimos de hojas de roble anexados a su Corazón Púrpura también resultaron problemáticos. Esta medalla, junto con el número y la documentación correctos, había sido concedida póstumamente a otro soldado, pero los registros se habían modificado de tal manera que el traficante de drogas acusado terminó con la condecoración en su expediente. Según un anterior juego de registros fechado en 1968 (supuestamente después de su período de servicio en Vietnam), en aquel momento sólo era poseedor de una condecoración, la medalla del Ejército de Ocupación para Berlín. Este dato despertó mis sospechas porque estas medallas se concedieron a finales de la década de 1940, durante el llamado puente aéreo de Berlín, y el acusado no había ingresado en el Ejército hasta 1955. Por otra parte, los ficheros de un hombre que hubiera servido durante tantos años en las Fuerzas Armadas debían contener otros importantes documentos que allí no constaban.

El personal de los archivos y yo dedujimos que en algún momento de su carrera militar, probablemente poco antes de licenciarse definitivamente, el acusado había tenido acceso a sus propios registros mientras desempeñaba funciones administrativas. No cabía duda de que había aprovechado la oportunidad para concederse más condecoraciones que las que había ganado durante su carrera. Había intentado cambiar los años de servicio activo para conseguir un retiro anticipado (los militares empezaron a investigar este aspecto) y, manipulando los papeles, había conseguido colgarse en el pecho una hilera extra de medallas. Y esto no es todo. Algunas de aquellas condecoraciones habían pertenecido realmente a jóvenes valerosos que murieron haciendo méritos para recibirlas.

Esta prueba se presentó en el juicio y sirvió para debilitar sus pretensiones de que

padecía un trastorno por estrés postraumático. La tarea que llevé a cabo descifrando la jerga militar y la demostración de que sus actos heroicos eran falsos fueron cruciales para el juicio. Incapaz de valerse de su supuesta actuación en Vietnam como excusa, fue condenado por tráfico de drogas y enviado a la cárcel una larga temporada.

Alrededor de las tres de la madrugada del 23 de septiembre de 1986, el ex soldado William Reaves llama a un taxi desde una cabina telefónica de Florida central. Richard Raczkoski, ayudante del jefe de policía del condado, se acerca para hablar con él. Durante la conversación, a Reaves se le cae una pistola de los pantalones cortos. Los dos hombres se agachan para recogerla, pero Reaves la coge primero, dispara contra el policía y lo mata. Momentos después, capturan a Reaves y le acusan de asesinato en primer grado de un agente del orden. La investigación demuestra que cuando cometió el crimen estaba bajo los efectos del crack, que acababa de «pillarlo» y esperaba que el taxi lo recogiese con su alijo, que probablemente planeaba vender a otros. También pone de manifiesto que tiene a sus espaldas numerosos arrestos por atraco a mano armada y que es al parecer un delincuente profesional.

A finales de 1991, cuando tomé parte en el caso, se iba a celebrar el juicio por segunda vez para dictar una sentencia apropiada contra el acusado. El primer juicio había tenido lugar en 1987. Basándose en lo que había ocurrido entonces, Richard A. Barlow, el ayudante del fiscal encargado del caso, consideró la posibilidad de que Reaves alegara en su defensa que había sido un héroe militar en Vietnam y que su agresión al policía del condado no podía ser causa de ejecución porque le habían diagnosticado trastorno temporal por estrés postraumático. Se esperaba que la defensa alegara que, en el curso de la agresión mortal, Reaves había retrocedido mentalmente a los días de Vietnam y había matado a Raczkoski en un acto reflejo, creyendo que el policía era un enemigo vietnamita que le atacaba.

He aquí un nuevo giro de la historia larga, difícil y repleta de amarguras que fue la intervención de Estados Unidos en Vietnam: antiguos soldados intentando valerse de sus experiencias en el frente para justificar los daños que posteriormente infligirían a la sociedad. Una reacción así habría sido impensable después de la Segunda Guerra Mundial, porque en aquel conflicto tomaron parte tantos norteamericanos que las historias de falsos heroísmos no habrían resultado creíbles. En la intervención en Vietnam era muy distinto, porque la guerra había atrapado en su engranaje a una fracción menor de la población. Ya fuera porque los norteamericanos que estaban en sus casas ignoraban, en su mayoría, la rutina diaria de los soldados en Vietnam (y tal vez porque a mediados de los ochenta habían visto ya demasiadas películas en que veteranos traumatizados «representaban» su pasado trauma bajo nuevas malignas formas que perjudicaban a la sociedad), estaban dispuestos a creer a cualquier veterano que alegara un trauma o un servicio heroico pero no recompensado.

Barlow obtuvo el expediente militar de Reaves, pero al fiscal le pareció tan críptico que resultaba incomprensible y sin duda confuso para cualquier jurado. He

llegado a la conclusión de que los acusadores privados suelen tener dificultades para descifrar los informes, y a veces ni siquiera saben qué expedientes tienen que pedir exactamente al Ejército; por consiguiente, no es de extrañar que a veces pasen por alto una información que puede ser crucial. En este caso, Barlow contaba con los registros pertinentes y me pidió que se los descifrase, y también que los utilizara para poner a prueba la pretendida actuación heroica que alegaba Reaves.

En las largas conversaciones que Reaves mantuvo con un psiquiatra de la defensa, había afirmado que en Vietnam era francotirador, es decir, un soldado en una posición de gran riesgo, mucha soledad y grandes emociones. Por esta razón, afirmó, cuando se vio en una situación de tensión frente a un hombre con una pistola, actuó como lo hizo.

En este caso, la historia del trauma de guerra del acusado era de vital importancia. Concluí que un hombre tan traumatizado como Reaves, según su alegación, y que hubiera sobrevivido para contarlo, tenía que estar en posesión de innumerables distinciones y medallas. Más aún: para recibir tales medallas, sus hazañas habrían tenido que ser confirmadas por otros soldados. Y, si era francotirador, habría un rastro de papeles que certificarían su adiestramiento en puntería, su asistencia a escuelas especializadas, etcétera.

Reaves había sido juzgado en Vietnam por un tribunal militar en octubre de 1970 por no cumplir órdenes. Era éste un claro indicio de que su actuación en Vietnam distaba mucho de ser ejemplar y de que probablemente ni siquiera había sido francotirador, pues ningún oficial habría enviado a una misión arriesgada a un hombre que tenía fama de desobedecer órdenes.

En realidad, tal como descubrí cuando investigaba el caso, a una persona con las características de Reaves nunca la habrían seleccionado como francotirador: no era más que un recluta, no tenía carrera militar; la mayoría de los francotiradores eran suboficiales a los que se podía confiar una misión en solitario en el campo de batalla porque tenían una larga experiencia en combate. En Fort Hood, el campamento donde había hecho la instrucción, le evaluaron con un «regular», y en Vietnam, con un «satisfactorio», calificaciones un tanto bajas, en realidad tan bajas que habrían impedido su participación en un curso de adiestramiento como francotirador. Un francotirador debe ser una persona estable, y a Reaves jamás le habían concedido ninguna de las medallas habituales por buena conducta que reflejan tal estabilidad. Y esto no era todo: su expediente revelaba que no había recibido ninguna instrucción especializada como, por ejemplo, el curso de francotiradores de Quantico.

Había algunas menciones de servicio en Vietnam, pero no eran nada extraordinario. Por ejemplo, un soldado podía recibir una medalla del aire por veinticinco misiones de combate si había volado veinticinco veces como pasajero dentro del espacio aéreo de Indochina. Si por casualidad uno se subía a un avión y hacía varias veces el mismo trayecto entre dos ciudades que en aquel momento estaban bajo control de Vietnam del Sur, estos vuelos contaban para obtener la

medalla; no se trataba de hacer méritos saltando desde un helicóptero en una zona conflictiva bajo un intenso fuego enemigo. El heroísmo que se atribuía Reaves en nombre de la llamada del deber (y que dio como resultado la concesión de la medalla) estaba inflado, por no decir otra cosa. Pretendía también haber recibido otras medallas que más tarde había perdido o empeñado, pero esto no podía demostrarlo con ningún documento.

Con una completa investigación de campo, de nuevo valiéndome de las fuentes de la central de la División de Investigación Criminal, localicé a varios oficiales que habían participado en la guerra junto a Reaves, incluido su jefe de pelotón, que en Vietnam había tenido una relación directa con él. Uno de estos oficiales era en la actualidad un alto mando, pero me costó menos encontrarlo que a otro oficial que ahora era civil. Ambos estuvieron de acuerdo en que Reaves era cocinero y que nunca había ejercido como francotirador oficial (ni siquiera extraoficial). Tras largas entrevistas con los dos hombres, logré convencerlos de que acudieran a testificar en el juicio.

También yo declaré en el segundo proceso contra Reaves, y los oficiales del Ejército respaldaron mi testimonio con sus recuerdos del comportamiento de Reaves en el Ejército. Mi testimonio, según escribió Barlow posteriormente, fue «importante para el juez y para el jurado porque les ayudó a comprender las razones por las que se concedían algunas medallas y por qué al acusado no se le había distinguido con ciertas condecoraciones». El veredicto del jurado fue de 10 a 2 a favor de la pena de muerte, formalmente ratificada por el juez en marzo de 1992, porque (según me escribió Barlow más tarde) el juez había llegado a la conclusión de que «la actuación del acusado en Vietnam era una circunstancia atenuante insuficiente considerando las circunstancias del crimen y los antecedentes delictivos del acusado por robo a mano armada».

El hecho de que los asesinos en serie elijan prostitutas como víctimas obedece a varias razones. A las prostitutas, como vendedoras de sexo, a menudo se las considera desde un ángulo estrictamente carnal, y muchas veces el sexo es un factor de motivación para los asesinos en serie. Sin embargo, hay otras razones para que sean presa de una mente retorcida. Son mujeres a las que se puede acceder fácilmente porque hablan con desconocidos, cosa que no suele hacer quien no se dedica a esta actividad; convencer a alguien de que suba a un coche para ir a un lugar más íntimo suele ser extraordinariamente difícil; y finalmente, quienes deambulan por calles solitarias o andan dando vueltas por los barrios más sórdidos de una ciudad son más vulnerables a los abusos porque están fuera de los márgenes de la sociedad; cuando desaparecen, con demasiada frecuencia apenas se nota su falta; la alarma que acompañaría, pongamos por caso, a la desaparición de un ama de casa de clase media de una zona residencial en las afueras de una ciudad no se da cuando una prostituta deja de aparecer por los sitios que frecuenta. A veces, la policía ni siquiera sabe que ha desaparecido hasta que meses o años más tarde encuentran un cadáver. Los asesinos en serie saben que a estas víctimas no las echarán de menos en seguida, y a veces atacan a las prostitutas para encubrir mejor sus crímenes y entorpecer la persecución de la policía. Algunas víctimas de asesinos en serie como Jeffrey Dahmer y John Wayne Gacy eran hombres jóvenes de quienes se creía que se dedicaban a la prostitución, o que al menos habían sido inducidos a tener relaciones sexuales a cambio de dinero o cualquier otro artículo de valor. Del mismo modo, también eran prostitutas las víctimas de algunos asesinos en serie de Alabama, Florida, California y del estado de Washington.

Arthur Shawcross empezó a asesinar a prostitutas y mujeres que vivían en las calles de Rochester y alrededores, al norte del estado de Nueva York, en enero de 1988, y siguió matando a esa clase de mujeres, conocidas y desconocidas, hasta principios de 1990, cuando fue detenido.

Quince años antes de empezar a matar prostitutas, Shawcross había sido declarado culpable de homicidio involuntario de una niña y cumplió una condena de más de doce años de cárcel. No le habían condenado por asesinato en primer grado, aunque había matado a dos niños, porque los cargos fueron negociados. En la cárcel, su comportamiento fue bastante correcto (es decir, no mató a nadie más). Los criminales violentos incorregibles suelen portarse mejor en cautiverio que en libertad, porque la reclusión les aparta de las dos circunstancias que posibilitan sus crímenes: la oportunidad de disponer del tipo de víctimas que les excitan y la libertad para acosarlas. Ahora sé que por esta razón el recluso Shawcross daba la impresión de estar lo bastante cuerdo y equilibrado para que lo declararan apto para la excarcelación. En 1986, desoyendo las objeciones de muchos expertos que sostenían

que tras la fachada de «individuo normal» se escondía un «asesino psicópata», le pusieron en libertad. En el mundo exterior hizo su aparición entonces un hombre blanco panzudo, medio calvo, que arrastraba los pies, que rondaba los cuarenta aunque aparentaba más edad, y que parecía relativamente inofensivo. Las condiciones de su libertad condicional incluían la prohibición de consumir alcohol, acercarse a los niños, frecuentar prostitutas y llevar armas. Debía mantenerse en estrecho contacto con las autoridades pertinentes y éstas debían tenerlo bien vigilado. En efecto, a diferencia de otros casos de libertad condicional, fue controlado muy de cerca. Shawcross intentó instalarse en varias poblaciones cercanas a la frontera sur de Nueva York, junto a Pennsylvania, pero en todas ellas, cuando los vecinos averiguaban los crímenes que había cometido, emprendían una persecución (una vez incluso con antorchas), hasta que finalmente la comisión de excarcelaciones le ayudó a establecerse en Rochester; allí pudo asistir a sesiones de terapia y se tuvo buen cuidado de no notificar a las autoridades que había cumplido condena por asesinar brutalmente a una niña.

En Rochester, Shawcross se portó pacíficamente durante varios meses. Se casó por cuarta vez y trabó amistad con una mujer que tenía dos hijos pequeños, con los que le gustaba jugar. Trabajaba en una agencia de trabajo temporal y deseaba más que nada sacarse el permiso de conducir.

Cuando su amiga y otro empleado de la agencia le preguntaron por qué había estado en prisión, Shawcross les respondió que su familia había sido víctima de un accidente por culpa de un conductor borracho y que él había matado al hombre que había quitado la vida a su mujer y su hijo. La verdad era que su ingreso en la cárcel se lo había ganado a pulso por violar y sodomizar brutalmente a una niña de ocho años, y a continuación enterrarla en arena hasta asfixiarla. Anteriormente, en un impulso momentáneo, había matado a un niño de diez años con el que estaba pescando.

Estos impulsos incontrolables, había dicho Shawcross, le habían llevado a matar a aquellos niños a principios de los años setenta; los mismos impulsos afloraron de nuevo a finales de los ochenta, después de abandonar la cárcel, cuando, según contaría más tarde, empezó a matar a una serie de prostitutas y mujeres que vivían en la calle. Al principio, no encontraron a las víctimas hasta meses después de cometidos los asesinatos, y había pocos elementos que permitieran relacionarlos entre sí. A una víctima la habían estrangulado, a otra asfixiado, a una tercera la habían rajado de arriba abajo y le habían arrancado brutalmente los órganos internos. Al descubrir el cadáver de la cuarta mujer, la policía cayó en la cuenta de que todas las víctimas eran prostitutas y habían sido agredidas sexualmente antes o inmediatamente después de su muerte. Luego los asesinatos se sucedieron con más frecuencia: y los cadáveres se encontraban a las pocas semanas, y posteriormente, a finales del año 1989, a los pocos días de haber fallecido las víctimas.

Shawcross fue descubierto mientras volvía junto al cadáver de una de las mujeres que aún no había sido hallado por la policía. Durante el vuelo rutinario de un

helicóptero que vigilaba la zona, los agentes lo vieron masturbándose en su coche, adonde había regresado tras localizar el cuerpo. El interrogatorio dio paso inmediatamente a la confesión de un asesinato y, más tarde, de otros.

A principios de la década de 1990 Shawcross fue inculpado de once asesinatos: diez de ellos se habían cometido en el mismo condado y para éstos se fijó el juicio para el otoño siguiente. Los abogados de oficio que se le asignaron intentaron organizar una defensa enérgica afirmando que jurídicamente el acusado no estaba en su juicio cuando cometió los asesinatos. Se habló de trastorno de personalidad múltiple y de trastorno por estrés postraumático, causados, según pretendía la defensa, por las terribles experiencias que Shawcross había padecido en Vietnam, donde él afirmaba haber pasado trece meses cuando servía en las Fuerzas Armadas.

En interrogatorios previos, al preguntarle la policía cómo había podido ejecutar los asesinatos de una manera tan rápida y sencilla, y cortar después los cuerpos en pedazos para su más pronta descomposición, su respuesta fue: «Pregunten al Tío Sam». Aseguraba que los años pasados en el Ejército le habían enseñado a matar y a desmembrar cadáveres.

Posteriormente, tras una entrevista de varias horas, el psicólogo Joel Norris escribió que, entre los numerosos factores que afectaban a Shawcross, «jamás había visto ni oído hablar de un caso tan grave de estrés postraumático», un estrés «tan dominante que lo había dejado en un “estado de anestesia emocional”, entumecido psicológicamente, incapaz de relacionarse con nadie según un modelo funcional normal». Norris opinaba que Shawcross estaba «predispuesto al desarrollo de este estrés postraumático tan grave» por condiciones previas de índole bioquímica o incluso neurológica y genética. Esta valoración fue la que eligió la testigo estelar de la defensa en el juicio, la doctora Dorothy Otnow Lewis, que también entrevistó al acusado Shawcross extensamente, a veces bajo hipnosis.

En efecto, de niño Shawcross había sufrido graves lesiones y posiblemente también abusos (aseguraba que su hermana mayor le había practicado sexo oral cuando tenía nueve años, que su madre lo había sodomizado y que a los catorce había sido violado por un hombre), y, siendo recluta en Fort Benning, Georgia, sufrió una contusión de tercer grado al caérsele encima una escalera de mano. En mi opinión, es posible que algunas de estas alegaciones fueran verdad, pero otras fueron desmentidas por los familiares y podían muy bien ser mentiras o, más probable aún, fantasías de una mente rara.

Shawcross había ingresado en el Ejército huyendo de una existencia en la que se había visto cometiendo robos y matando animales por diversión, y más tarde comprometido en un matrimonio precoz que acabó en divorcio.

Shawcross sostenía que en Vietnam había aprendido a matar mientras formaba parte de la unidad de francotiradores detrás de las líneas enemigas, y que se había convertido en un monstruo. En un principio era un administrativo encargado de abastecimiento, y había llegado a armero especialista: como tal se desplazaba en

helicóptero a las bases de artillería de primera línea e inspeccionaba el armamento y los suministros. Aprendió a modificar las armas para hacerlas silenciosas y llegó a ser un experto en su uso. Viendo a tantos compatriotas abatidos a tiros, reaccionó emocionalmente lanzándose solo a la jungla (se convirtió en un «solitario fantasma de la jungla», según sus propias palabras) donde hizo uso de aquellas armas modificadas como francotirador.

El momento traumático de transformación, según el acusado, se produjo a quince kilómetros al oeste de Kontum, en una base de artillería conocida como la Montaña de la Superstición. Acababa de ver cómo mataban a unos soldados norteamericanos hallándose por casualidad sentado junto a cuatro ametralladoras M60, un tipo de arma que no había visto nunca. Sin embargo «lo monté todo en un momento y empecé a disparar; las balas iban en todas direcciones, pero exactamente donde yo quería que fuesen». Después de este episodio, decidió perfeccionar la técnica de matar y se adentró en la jungla para vengar a sus compañeros. Bebía vino de arroz, fumaba marihuana y comía animales que antes cocinaba en cajas revestidas de plomo. «Estaba fuera de la realidad, por decirlo de alguna manera», le dijo al psiquiatra como explicación de sus matanzas, las cuales, según confesó, incluían mujeres, aquella especie traicionera de mujer vietnamita que ocultaba municiones del Vietcong en los graneros de arroz y atraía con engaños a los soldados norteamericanos hacia las trampas con explosivos. A una la hundió en el lodo hasta la cabeza y la asfixió, a otra la acuchilló, y disparó contra una tercera. Arrancó la pierna de otra, desde la cadera hasta la rodilla, y la asó al fuego. Durante este acto, «había dejado de ser yo». Una vez hubo devorado la pierna achicharrada, practicó el sexo oral a una muchacha joven que no entendía lo que ocurría y luego la violó y la mató. Asesinaba a los niños porque los Vietcong los utilizaban como señuelos y como método para desmoralizar a los norteamericanos, que quedaban horrorizados al darse cuenta de que habían disparado contra unas víctimas tan jóvenes. Una noche, dijo Shawcross, mató a tiros a veintiséis personas. Era tan bueno con las armas que «de un disparo era capaz de quitarle algo de las manos a una persona situada a cien metros de distancia».

En la planificación de estrategias anterior al juicio, el ministerio fiscal vio con claridad que la defensa recurriría a los traumas militares de Shawcross para alegar trastorno por estrés postraumático, y por consiguiente locura, con la finalidad de que pasara el resto de sus días en un hospital psiquiátrico y no en la cárcel. Mi amigo y colega durante muchos años, el doctor Park Elliot Dietz, psiquiatra forense, que iba a testificar por el fiscal, filmó con una cámara de vídeo la entrevista que le hizo a Shawcross. A partir de esta conversación, Dietz llegó al convencimiento, reforzado tras revisar las entrevistas de la defensa, de que era necesario examinar los expedientes militares del acusado para determinar si existía alguna base real para justificar un trauma de guerra. Fue entonces cuando me contrataron para que investigara dichos expedientes. El teniente Eddie Grant de la Policía del estado de Nueva York, que había estudiado conmigo el año que pasó como miembro de la

policía en la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI cuando yo trabajaba aún allí, me recomendó como investigador en el caso Shawcross, al igual que había hecho el doctor Dietz. Después de aquel año, Grant prosiguió su carrera hasta convertirse en el principal experto en perfiles psicológicos de criminales del estado de Nueva York y no perdió el contacto conmigo aun después de retirarme yo del FBI.

Examinando los nutridos archivos que el Ejército conservaba sobre Arthur Shawcross, llegué muy pronto a la conclusión de que lo que éste le había dicho a la doctora Lewis, psiquiatra de la defensa, era absurdo a la vez que fraudulento. Si hubiera matado a tanta gente como francotirador, o hubiera sobrevivido a una masacre en la que murieron doscientos soldados de Estados Unidos, tal como él afirmaba, le habrían concedido tantas medallas como a Audie Murphy[1]. Las condecoraciones militares que Shawcross contaba en su haber no eran más que las otorgadas a todos los que habían participado en el conflicto de Vietnam, y no había recibido ninguna por su valor. Era significativo que tampoco tuviera ninguna por buena conducta, un tipo de medalla que se concedía rutinariamente. Si hubiera sido un armero de la categoría que él decía, habría participado en numerosos cursos de adiestramiento, y se mencionaría su labor y otros datos relevantes. Si hubiera sido capaz de dar en el blanco a mil metros de distancia, en los registros quedaría constancia escrita de tal hazaña demostrada en un campo de tiro, pero no figuraba nada de eso.

En una parte de su entrevista con el psiquiatra, Shawcross había descrito el arsenal completo, radios y otro equipamiento que había llevado a la zona de combate. Examinando la descripción de cada unidad, me di cuenta de que en total sumaban más de cincuenta kilos, peso excesivo para una persona que debía cubrir fatigosamente decenas de kilómetros a través de la jungla para disparar contra el enemigo; incluso aconsejé a la acusación que pidiera prestado un equipo de las mismas características a una armería cercana de la Guardia Nacional y si era necesario lo pesaran en una báscula durante el juicio para echar por tierra la alegación de Shawcross.

Más que dar la imagen de un buen soldado, el expediente de Shawcross mencionaba muchas veces el artículo 15, y esto significaba que sus superiores lo habían sometido con cierta frecuencia a «castigos no judiciales». La prueba definitiva de que sus historias bélicas no eran más que fantasías era que la unidad donde Shawcross estaba destinado, la Cuarta División de Infantería, estaba emplazada en una zona relativamente tranquila que sólo había conocido ocasionales bombardeos de mortero y jamás un combate cuerpo a cuerpo. Su especialidad militar era la de administrativo en el almacén de recambios de un depósito de abastecimiento de un campamento base. Roy Hazelwood, mi antiguo colega del FBI, había sido capitán de la policía militar en el mismo campamento base y me aseguró que allí siempre había visto muy poca acción. Y con toda certeza, por si fuera poco, el campamento jamás había sido invadido por el Vietcong, como aseguraba Shawcross.

El resultado de mi investigación desmentía tan rotundamente el heroísmo militar y el trauma que alegaba el acusado que, cuando la acusación comunicó cómo pensaba refutar las pretensiones de Shawcross, la defensa abandonó de inmediato sus tentativas de achacar su comportamiento al trastorno por estrés postraumático.

Esta renuncia hizo innecesaria mi comparecencia como testigo ante el tribunal. Como justificación del proceder de Shawcross, la defensa centró entonces su argumentación en el trastorno de personalidad múltiple y en los abusos sexuales que había sufrido de niño. El doctor Park Dietz, que cargó con la responsabilidad de presentar las pruebas psiquiátricas de la acusación, declaró su escepticismo ante la atribución de Shawcross de su desequilibrio mental a la infancia o a cualquier otro trauma, y lo calificó de asesino en serie con las mismas características que los demás asesinos en serie que él y yo habíamos analizado juntos y por separado a lo largo de los años.

El testimonio de Park Dietz fue espectacular, pero el momento culminante del juicio llegó con el interrogatorio de la doctora Dorothy Otnow Lewis. Fue inestimable. Declaró como testigo de la defensa y afirmó que Shawcross no era responsable de sus crímenes porque en el momento de cometerlos se encontraba en un estado de alteración mental, y por consiguiente debía ser declarado no culpable por causa de su locura y recluido en una institución psiquiátrica. Había entrevistado a Shawcross durante largas horas y basaba su testimonio en estas conversaciones, filmadas en vídeo. El fiscal, Charles Siragusa, demostró punto por punto que los hechos contradecían su testimonio. La doctora había afirmado, por ejemplo, que en las sesiones de hipnotismo con Shawcross no había ningún reloj; la acusación amplió una imagen de la cinta donde se veía que había un reloj de pared en la sala. La doctora afirmó entonces que sí había un reloj, pero que no funcionaba; entonces la acusación amplió otra imagen en la que se veía el reloj marcando una hora distinta de la primera imagen. La concesión más importante que le arrancaron a la doctora Lewis fue que no tenía ni la más mínima prueba de que lo que Shawcross le había contado de sus hazañas militares, hipnotizado o no, fuera verdad. Lewis sufrió ataques de furia no sólo fuera del estrado, ya que unas veces se negó a testificar, otras la emprendió a gritos con los miembros de la acusación porque cuestionaban su idea de que Shawcross era mentalmente incapaz por culpa de su infancia y los traumas de guerra.

Cuando el proceso tocaba a su fin, los abogados defensores llegaron al extremo de solicitar al juez que declarase nulo el juicio debido a la actuación de la doctora Dorothy Otnow Lewis en el estrado, solicitud insólita ya que era la testigo principal de la propia defensa. La doctora Lewis, por su parte, arremetió contra los abogados defensores por haberle mentido y por no ser capaces de presentar ciertas pruebas neurológicas que ella creía importante poner en conocimiento del jurado. La solicitud de anulación del juicio fue denegada y no prosperó legalmente ninguno de los cargos que la doctora Lewis presentó contra la defensa por pretendidas irregularidades.

El jurado asignado al caso Shawcross no deliberó más que seis horas y media antes de declararle culpable de homicidio en segundo grado por la muerte de diez mujeres. Como respuesta a algunas preguntas concretas acerca del veredicto, el representante del jurado argumentó ante el tribunal que «no estaba loco ni había padecido alteraciones emocionales graves».

Al igual que los otros dos acusados descritos en este mismo capítulo, Arthur Shawcross intentó echar arena a los ojos de la acusación, del juez y del jurado alegando que su comportamiento antisocial se debía a las experiencias traumáticas sufridas durante la guerra más controvertida de Estados Unidos. Me complace haber podido ser útil en los tres casos desmontando los argumentos de aquellos embusteros y a la vez contribuir mínimamente a salvaguardar el honor de miles de soldados norteamericanos que, habiendo sufrido el trauma de Vietnam, no han seguido el camino del delito, sino que han logrado salir del horror de la guerra y ocupar su lugar como miembros productivos de nuestra sociedad.

3
Un caso grave de error de identificación

En agosto de 1992, Yoshihiro Hattori, un joven de dieciséis años, llegaba a Estados Unidos procedente de Nagoya, Japón. Era un estudiante prometedor, el segundo de los tres hijos de una familia culta de clase media. Su padre era ingeniero, su madre ama de casa y su abuelo materno agente de policía. Yoshi iba a pasar un año en Baton Rouge, Louisiana, en un programa de intercambio de estudiantes de secundaria. Como tantos otros jóvenes japoneses, su vida estaba repleta de imágenes de la cultura norteamericana: películas, televisión y música de rock. Había estudiado inglés en el instituto, pero sus conocimientos del idioma no eran los de un especialista y esperaba mejorarlos durante sus estudios de un año en una escuela norteamericana. En Baton Rouge, Yoshi en seguida se hizo amigo de Webb Haymaker, su «hermano» de intercambio, de dieciséis años. Webb era hijo de dos profesores, Dick y Holley Haymaker, y vivía en los alrededores de la Universidad Estatal de Louisiana.

La tarde del sábado, 17 de octubre de 1992, Webb y Yoshi atravesaron la ciudad para dirigirse al distrito central de Baton Rouge, donde se había organizado una fiesta de Halloween para los estudiantes del programa de intercambio. Yoshi llevaba un disfraz muy llamativo: esmoquin blanco con camisa de volantes abierta, réplica del memorable atuendo que John Travolta lucía en la película *Fiebre del sábado noche*, mientras que Webb iba vendado y llevaba un brazo en cabestrillo, como si fuera la víctima resucitada de un accidente.

Quiso la mala suerte que intercambiasen el orden de los números al anotar la dirección de la casa particular donde se celebraba la fiesta, en East Brookside Drive, de manera que se presentaron inesperadamente en una casa que se encontraba a varios números del lugar al que se dirigían; la casa estaba decorada con motivos típicos de la festividad, y Yoshi y Webb no creían haberse equivocado de sitio.

La casa a la que habían llegado por error pertenecía a Rodney y Bonnie Peairs, una pareja que rondaba los treinta. Los dos habían estado casados anteriormente, y compartían la vivienda con tres niños procedentes de sus otros matrimonios. Rodney, que se definía a sí mismo como un «chico de campo», había nacido y crecido en una granja de Zachary, Louisiana, y por aquel entonces trabajaba en una tienda de comestibles cortando carne y ayudando al encargado. Bonnie, dos años menor, trabajaba ocasionalmente limpiando casas.

Cerca de las ocho, el elegante Yoshi tocó el timbre de la casa de los Peairs. Al oírlo, Bonnie Peairs, se acercó a la puerta del garaje, miró al exterior y, al ver a dos desconocidos, retrocedió y cerró de un portazo. Una vez dentro, gritó a su marido que fuera a por la pistola. Rodney se dirigió al armario donde guardaba un revólver Magnum 44, lo cogió y se encaminó hacia la puerta del garaje. En aquel momento, Yoshi y Webb estaban ya cerca de la calzada. Al oír la puerta que se abría, se dieron

la vuelta. Yoshi, con una cámara en la mano, se dirigió rápidamente hacia la puerta donde estaba Rodney y dijo: «He venido a la fiesta». Haymaker le gritó que se detuviera, pero Yoshi no le hizo caso. Peairs, que llevaba el revólver a un lado, en un lugar difícilmente visible, gritó entonces al joven que se le acercaba: *Freeze!*[2] Yoshi desconocía la expresión y no se detuvo. Se encontraba junto al parachoques trasero del Toyota de los Peairs y siguió avanzando. Rodney levantó el revólver a la altura del hombro y disparó. Yoshi estaba en aquel momento a poco más de un metro. La bala le atravesó el tórax causándole una herida mortal.

La policía local se llevó inmediatamente a Peairs, pero en seguida le dejó en libertad; las autoridades opinaron que no se había cometido un crimen, a pesar de que el joven Hattori estaba muerto y de que Peairs había admitido haber disparado la bala que lo había matado: según ellos, Peairs estaba en su derecho de disparar contra el intruso. Otras autoridades más lúcidas llevaron el caso directamente a un jurado de acusación.

Cuando los Peairs y las otras personas implicadas declararon ante el jurado, se despertó un efímero interés por el caso en la mayor parte de los periódicos metropolitanos de Estados Unidos, pero este interés se atenuó al cabo de uno o dos días porque en este país las muertes causadas por armas de fuego dejan de ser noticia muy pronto. Todos los años se producen unos veinticinco mil homicidios en Estados Unidos y aproximadamente en la mitad de ellos se utilizan pistolas. A esto hay que añadir la considerable cantidad de suicidios y accidentes también causados por las armas de fuego.

La noticia de la muerte del joven Hattori, sin embargo, desencadenó una gran alarma en Japón, donde son ilegales las armas de todo tipo y donde el año anterior sólo setenta y cuatro personas habían muerto, víctimas de un disparo, sesenta y siete de ellas relacionadas con el crimen organizado. Los programas informativos de la noche ocuparon el espacio de otras noticias con una clase de inglés, en la que se explicaba que en lenguaje de la calle la palabra *freeze* puede utilizarse con el significado de «no te muevas o disparo». Los periódicos y los servicios electrónicos de información rememoraron incidentes recientes en los que habían sido víctimas estudiantes de intercambio o turistas japoneses que se encontraban en Estados Unidos (una joven estudiante de dieciséis años había muerto apuñalada en Fremont, California, y a un grupo de estudiantes les habían atracado a mediodía en un parque público de Denver, Colorado). La violencia callejera era tan escasa en Japón que ni siquiera había una palabra que designara propiamente la acción de «atracar». El analista de los informativos de la Asahi Television, Takashi Wada, hizo el siguiente comentario: «América, ¡qué país! Ni siquiera es seguro pasear por la calle. Allí se vive siempre con el miedo en el cuerpo». Y el presentador de la *TBC Network*, Tetsuya Chikushi, señaló una razón implícita del asesinato: «En América, a esto le llaman libertad. El *lobby* de las armas de fuego dice que poseer armas es una cuestión de libertad. En mi opinión, es la peor enfermedad que sufre América. Armas de fuego

por todas partes; es como un cáncer».

El caso Hattori se convirtió en un foco de atención permanente en todo Japón. Era una atrocidad que un joven estudiante inocente que iba a una fiesta hubiera muerto a manos de un norteamericano con una pistola. El incidente parecía condensar todo lo que los japoneses consideraban malo y equivocado de Estados Unidos. A sus ojos, los norteamericanos eran un pueblo violento y, por si fuera poco, esta inclinación natural a la violencia explotaba demasiado a menudo por culpa de más de doscientos millones de armas de fuego en manos de particulares. El asesinato parecía a la vez demostrar el terrible poder del cine norteamericano, obsesionado por las respuestas violentas. Por otro lado, y nuevamente a su modo de ver, los asesinatos parecían una expresión de recelo, por no decir de odio, de los norteamericanos hacia los extranjeros, especialmente hacia los japoneses, que fueron enemigos suyos en la Segunda Guerra Mundial. Mientras en Florida unos jóvenes negros asesinaban a turistas alemanes y británicos, al parecer por el simple placer de matar, en otra ciudad del sur un norteamericano con el gatillo fácil se llevaba por delante a un adolescente japonés de lo más brillante que había tenido la osadía de querer pasar un año en Estados Unidos.

Los agentes que acudieron al lugar de los hechos interrogaron a los Peairs, pero el departamento de policía del municipio de East Baton Rouge no arrestó a Rodney, por lo menos no en aquel momento, y no lo hizo hasta que la presión ejercida por Yasuhiro Hamada, cónsul general japonés en Nueva Orleans, y por Edwin Edwards, gobernador de Louisiana, obligó al fiscal del distrito local a presentar cargos contra él por homicidio involuntario.

Siete meses más tarde, en mayo de 1993, se inició el proceso judicial contra Rodney Peairs. En la recusación perentoria para la constitución de los miembros del jurado, el abogado defensor de Peairs, Lewis Unglesby, logró excluir a todos aquellos que no creían en el derecho de tener armas de fuego en casa, con lo que se aseguró un jurado que defendía tal prerrogativa y del que se podía esperar una reacción de simpatía hacia el acusado por haber esgrimido la pistola. Unglesby calificó a Peairs de «propietario normal de una casa», un hombre corriente al que le gustaba ponerse azúcar en los cereales, buen mecánico, padre y marido cariñoso, que «lloró desconsoladamente» después del disparo. Intentó, en cambio, dar un aire amenazador a la descripción del aspecto y los movimientos de Hattori de aquella noche.

Todos los que le conocían, aseguró Unglesby, decían que Yoshi tenía una forma de andar «agresiva […] cinética […] inquieta […] amenazadora. Se le acercaba a uno con toda rapidez». El aspecto de Hattori asustó a los Peairs, dijo Unglesby, y el hombre apretó el gatillo porque se sintieron amenazados.

El fiscal del distrito de East Baton Rouge, Doug Moreau, argumentó que Peairs había obrado mal yendo al dormitorio a buscar la pistola, «sin que en ningún momento preguntase [a su mujer]: “¿Qué ocurre? ¿Quién hay ahí fuera? ¿Qué quieres que haga?”». Según Moreau, esta reacción invalidaba la defensa de Peairs de haber

hecho uso de una fuerza razonable para proteger su casa, pues éste en ningún momento se había parado a pensar cuál era la auténtica dimensión del problema antes de disparar deliberadamente a un humano.

Los expertos comentaron que durante el juicio el juez Michael Erwin dio pocas directrices al jurado acerca de en qué consistía legalmente una idea «razonable» de la necesidad de recurrir a la fuerza con resultado de muerte, en el caso de Peairs como medida de protección de su casa y de su familia. Como era de esperar, el resultado fue que se permitió a los miembros del jurado que decidieran por sí solos si el uso de la fuerza estaba justificado en aquellas circunstancias: su veredicto demostró que así lo creían.

Tras una semana de testimonios y discusiones, el jurado debía tomar una decisión; los doce miembros que lo integraban deliberaron durante tres horas y emitieron un veredicto de no culpable.

Algunos periódicos metropolitanos norteamericanos trataron con desdén la decisión del jurado y atacaron a Lewis Unglesby por haber defendido convincentemente que Peairs tenía el derecho de abrir la puerta empuñando una pistola. Según el decálogo de Unglesby, «a cualquier persona, desde un sacerdote hasta una niña exploradora, le pueden pegar un tiro por llamar a una puerta», sentenció el *New York Times*.

El sentimiento de rabia y de ultraje de los japoneses, que fue palpable tras el asesinato del joven Hattori, alcanzó su punto culminante después del juicio penal y la absolución de Peairs. A ojos de la población, la decisión del jurado de declararlo no culpable demostraba que los norteamericanos odiaban a todos los japoneses, que sentían gran pasión por las armas de fuego y que dispararían contra ellos incluso en circunstancias en que el uso de aquéllas fuera claramente improcedente. Y, por si fuera poco, el sistema judicial de Estados Unidos no imputaría a nadie la responsabilidad penal por la muerte a tiros de un muchacho. Estados Unidos no parecía haber progresado nada en los últimos cien años, desde que los pistoleros se tomaban la justicia por su mano en las poblaciones vaqueras del Oeste. Era fácil llegar a la conclusión de que a los norteamericanos no les interesaba la auténtica justicia; sólo querían proteger su estilo de vida violento. Los japoneses se quedaron atónitos al ver que algunos ciudadanos de Estados Unidos consideraban que Rodney Peairs era un héroe que había logrado defender su vida y su propiedad con la fiel Magnum 44, la pistola preferida de aquel héroe norteamericano, aquel policía extremadamente violento conocido como Harry el Sucio.

En junio de 1993, el gobierno japonés publicó un nuevo libro de modismos para los estudiantes y turistas que pensaran visitar Estados Unidos; encabezando la lista figuraba la palabra *freeze*.

El presidente Bill Clinton se puso en contacto telefónico con la familia Hattori y expresó sus condolencias a la vez que su tristeza por el fallo del juicio penal. El matrimonio Hattori quiso saber si les recibiría en la Casa Blanca y el presidente

aceptó. En noviembre de 1993, los Hattori visitaron el palacio presidencial y, además de enseñar al presidente fotografías de Yoshi, le presentaron un documento favorable al control de armas de fuego firmado por un millón seiscientas cincuenta mil personas. Esta petición, según se sabría más tarde, fue muy útil para el proyecto de ley Brady Bill, que exige un período de espera y la verificación de antecedentes antes de la adquisición de una pistola.

El matrimonio Hattori también fundó una institución benéfica llamada Fundación Yoshi, a la que contribuyó con noventa y cinco mil dólares de su propio bolsillo. Su objetivo era llevar jóvenes norteamericanos a Japón para que conociesen una sociedad pacífica y sin armas de fuego.

A raíz del juicio penal, por otra parte, los Hattori se convencieron de que podían y debían intentar que Peairs fuera declarado responsable de alguna manera y presentaron una demanda civil contra él por la muerte por negligencia de su hijo.

Llegado este punto, Charles Moore, el abogado que iba a representar a los Hattori en el caso civil, se puso en contacto conmigo para que le ayudara en su trabajo.

Permítanme que haga un aparte para afirmar categórica e inequívocamente que este caso, como todos aquéllos en los que he participado después de dejar el FBI, no solicité que me lo asignasen. Algunos antiguos colegas míos del FBI han hecho circular el rumor de que he ido en busca de trabajos de «testigo experto». No es así. Jamás he necesitado solicitar tales asignaciones. Mi reputación profesional me ha traído algunos casos, y mis intervenciones en ellos se han dado a conocer a su vez en la comunidad legal, por lo que a menudo me llama un nuevo cliente porque un abogado defensor o un fiscal para quien he trabajado anteriormente le ha recomendado mis servicios.

Cuando Charles Moore acudió a mí, sólo había oído hablar del caso Hattori por las noticias de la prensa. Antes de conocer los detalles, creía que podía tratarse de un accidente o de un homicidio justificado. Moore me explicó que el caso era mucho más complicado y accedí a examinar los hechos con otro investigador, Bob Taubert, experto en táctica y armas de fuego, que acababa de jubilarse tras una larga carrera en el FBI. Taubert se dedicaría a los aspectos físicos del caso —arma utilizada, posición del cuerpo— y yo lo estudiaría desde el punto de vista psicológico.

En Estados Unidos existen notables diferencias entre los juicios penales y los civiles. En el caso civil, la cuestión básica sería la misma que en el caso de homicidio involuntario: si Rodney Peairs había actuado razonablemente cuando recurrió a la fuerza con resultado de muerte contra Yoshi Hattori. En el juicio penal, sin embargo, el peso de la prueba recaía sobre el fiscal, que debía demostrar que Peairs era culpable más allá de toda duda razonable. En el caso civil, los demandantes, la familia Hattori, no tenían que demostrar la culpabilidad de Peairs más allá de toda duda razonable, sino que la «preponderancia» de las pruebas indicaba que éste era responsable de «muerte por negligencia» y que por consiguiente se le podía

considerar responsable de sus actos.

La ley clave en este juicio civil mencionaba el uso seguro de las armas de fuego. Tradicionalmente, Louisiana reconocía cualquier arma de fuego como «un instrumento peligroso» que requería de la persona que la manejara la obligación de proceder con extremada cautela. Según la ley, si una persona dispara intencionadamente a otra, esta persona es culpable de agresión y, a menos que el disparo esté justificado por alguna razón, es responsable de los daños y perjuicios. Por otro lado, si el acusado considera que el disparo estaba justificado, tiene que demostrarlo: exactamente lo opuesto al juicio penal, donde son la acusación o la parte demandante quienes tienen que demostrar que el acusado obró ilegalmente.

Peairs podía alegar defensa propia justificadamente si creía hallarse en «peligro inminente de perder la vida o sufrir daño físico importante» y que tenía que matar para evitar el daño; pero, para probarlo, tenía que demostrar que lo habían incitado a reaccionar por algo que la víctima hubiera dicho o hecho. Esta incitación debía estar «fundada en hechos que probablemente inducirían a emociones similares en hombres de prudencia razonable».

Se diría que la situación era favorable a los Hattori, pero la verdad es que los tribunales de Louisiana que habían juzgado casos similares habían decretado que, cuando un hombre se encuentra donde tiene el derecho de estar y está haciendo lo que tiene el derecho de hacer, y repentinamente es atacado por unos asaltantes que él cree que pueden causarle daño, está justificado que se defienda «con una arma que pueda causar la muerte a los asaltantes».

Muchas veces, en un juicio civil o penal, parece que la situación está igualada en ambas partes y que el resultado es cuestión de elegir entre dos explicaciones convincentes por igual. Sin embargo, no es así en absoluto; se trata de una impresión errónea, determinada porque las pruebas no han sido críticamente examinadas. A Taubert y mí nos correspondía hacer este examen de una manera considerablemente más crítica y experta, creo, que como lo habían hecho la policía y la fiscalía del distrito en el juicio penal.

Cuando examinamos los documentos y las pruebas de este modo, descubrimos datos que nos llevaron a un análisis de los hechos muy distinto acerca de lo ocurrido la noche del 17 de octubre de 1992. Aunque parezca que empiezo la casa por el tejado, permítanme que exponga la conclusión que sacamos: la muerte de Yoshi Hattori fue irracional e injustificada, consecuencia de una actuación negligente por parte del matrimonio Peairs.

Y ahora pueden acompañarnos a desandar el camino indagatorio que emprendimos para llegar a esta conclusión. La documentación del caso incluía las afirmaciones a veces contradictorias, las declaraciones a la policía y el testimonio judicial de Rodney y Bonnie Peairs. Digo «contradictorias» porque en muchos casos las versiones de un mismo recuerdo diferían radicalmente entre sí. Por ejemplo, en cierto momento, Rodney Peairs afirmó que en los dos años previos al suceso no había

disparado ninguna vez con la Magnum 44; en otra ocasión, que la había utilizado más de doscientas veces. Citaré otro ejemplo: en cierto momento, los Peairs dijeron que aquella noche no esperaban visitas, pero en una declaración posterior aseguraron que aguardaban a un posible comprador de la casa.

Encontramos cinco acciones de los Peairs que se podían considerar claramente «no razonables». Bonnie Peairs es la clave de buena parte de lo que ocurrió aquella noche. El primer acto no razonable fue su reacción exagerada frente a los movimientos pacíficos de Hattori y Haymaker. Bonnie Peairs creó y proyectó en su marido el miedo ante lo que ella percibió como una situación extraordinariamente tensa y confusa. Si cuando los dos desconocidos se acercaron a la puerta ella hubiera reaccionado con propiedad y de un modo más o menos sereno, la confrontación se podría haber evitado. Sin embargo, se quedó petrificada de terror y gritó a Rodney que fuera a buscar la pistola.

Al ser interrogada por el motivo de su reacción, declaró que era «porque vemos los programas de televisión y vemos lo que le ocurre a la gente», aunque inmediatamente añadió: «Siempre había dicho que llamaría a la policía, eso es lo primero que pensaba hacer. Pero me encontré con esto de repente y estaba medio muerta de miedo… Reaccioné automáticamente». Sin embargo, fue incapaz de explicar qué vio en Hattori que la llevara a estar medio muerta de miedo.

¿Acaso lo que inquietó y aterró tanto a Bonnie Peairs fue el hecho de que Yoshi fuera asiático? A la casa de los Peairs habían llamado otros desconocidos antes, por una avería en el coche, por ejemplo, y la familia siempre les había atendido con calma y les había facilitado la dirección o la ayuda requerida. En realidad Bonnie Peairs dijo posteriormente que su primer pensamiento al ver a Webb Haymaker vendado fue que tal vez «se había dado un topetazo». En el juicio testificó que en un principio abrió la puerta para ver si Haymaker necesitaba auxilio. La reacción de la pareja no se debió, pues, a un miedo generalizado a los desconocidos. El nerviosismo exagerado de su actitud podría haber sido similar de haber sido Yoshi un afroamericano, aunque es posible que no, ya que siendo blancos sureños habían vivido y trabajado toda la vida al lado de negros y estaban familiarizados con ellos. Unos meses antes, como recordaría Bonnie posteriormente, un hombre negro había llamado a su puerta bien entrada la noche en busca de gasolina, y en aquella ocasión ella habló con el desconocido. En cualquier caso, los Peairs no estaban familiarizados personalmente con nadie procedente de Japón ni de otro país asiático y bien podían tener un prejuicio importante contra ellos, tal vez por la reciente afluencia de vietnamitas a Louisiana para trabajar en la industria de la pesca del camarón.

Tampoco fue razonable que Bonnie y Rodney no intercambiasen pareceres sobre la necesidad de sacar un revólver para resolver la situación. De nuevo la reacción fue muy exagerada porque no había indicios de que los desconocidos llevaran armas o representasen una amenaza. En casa de los Peairs había por lo menos media docena de armas de fuego. El hecho de que eligiera el revólver fue irracional porque una

escopeta de calibre 12 —también tenían una a mano— habría sido más visible para el potencial atacante y, por consiguiente, más disuasoria. Lo que hizo Rodney Peairs fue armarse como si fuera Harry el Sucio empleando una fuerza excesiva e inapropiada. No era ésa la pistola que normalmente utilizaría un vecino para defender y proteger su casa y a su familia. Y no sólo eso: puesto que el revólver estaba ya cargado, nadie dedicó tiempo a pensar.

«No hizo falta que cogiera las balas y las metiera dentro. Si hubiera tenido que hacerlo, yo habría tenido que esperar unos minutos, pero Rodney bajó el estuche, lo abrió y sacó el revólver tan deprisa que no me dio tiempo a ponerme a su lado a mirar lo que hacía», recordaría Bonnie más tarde. La falta de tiempo para reflexionar intensificó la sensación de premura que desembocaría en una reacción inapropiada de uso de la fuerza.

En tercer lugar, no era razonable que la pareja no optase por otro método de protección. Si la situación les parecía extremadamente amenazadora, el mejor camino habría sido quedarse en el reducto seguro de la casa cerrada con llave y llamar a la policía. La reacción instintiva de la gente, cuando se siente en peligro, suele ser retirarse al dormitorio, apagar la luz y cerrar con llave, pedir ayuda por teléfono y no salir hasta que ésta llega. Peairs y su esposa eran perfectamente capaces de hacer algo así. En una declaración, Bonnie Peairs dijo: «La verdad es que siempre había pensado que, si alguna vez irrumpía alguien en casa, me iría al dormitorio de atrás, que es el lugar más alejado de la puerta de entrada, cogería el teléfono y llamaría a la policía». En efecto, la noche del suceso Bonnie se encerró con los niños en el dormitorio de atrás para protegerse, y recuerda bien que, en cierto momento, se encontraron todos allí, es decir, ella, Rodney y los niños. Sin embargo no se quedó, ni tampoco insistió a Rodney para que lo hiciera, sino que regresó a la parte delantera con su marido y se enfrentó a Hattori y Haymaker. Cuando descartó la idea de llamar a la policía y tomó el asunto en sus manos, el matrimonio Peairs actuó, una vez más, de una manera nada razonable.

En cuarto lugar, no fue razonable que, en lugar de permanecer a la defensiva dentro de la casa, salieran armados con una pistola y agravasen el conflicto. Era perfectamente factible evitar la amenaza, y sin embargo decidieron hacerle frente. Con su manera de manipular el revólver Magnum 44, Rodney agravó más aún la situación: tiró el martillo hacia atrás para poner el arma en simple acción, sin seguro, y mantuvo el dedo en el gatillo. Este paso era peligroso, porque la presión de diez kilos necesaria para disparar quedaba reducida a dos kilos, y aumentaba sobremanera el número de probabilidades de que en un acto reflejo se produjera un disparo. Si Peairs hubiera dejado el arma sin amartillar, en doble acción, la podría haber utilizado para desafiar la amenaza que percibía, pero habría necesitado un tiempo adicional para manipularla y este tiempo le habría permitido reflexionar si era conveniente disparar. Peairs, sin embargo, era relativamente negligente con las armas de fuego; dejaba el revólver cargado en un armario, y había otras pistolas repartidas por la casa.

En nuestra opinión, esas armas de fuego estaban señaladas para causar un desastre, y el desastre se produjo cuando Peairs mató de un disparo a Hattori.

En quinto lugar, Peairs obró de una forma no razonable disparando tan deprisa. Tanto Bonnie como Rodney declararon que Hattori se acercaba a toda velocidad y con paso implacable, y que por esa razón Rodney se había visto obligado a reaccionar en tres segundos o incluso menos. Esta afirmación, sin embargo, se contradice con la posición de Yoshi al caer y con las numerosas descripciones de su apariencia mientras se acercaba al garaje, según las cuales el muchacho se reía y sonreía, con la mano extendida y apartada del cuerpo. El cadáver estaba de espaldas. De haberse aproximado a Peairs precipitadamente, el impulso lo habría hecho caer hacia delante, y por consiguiente lo habrían encontrado boca abajo. Peairs discutió este razonamiento argumentando que la Magnum 44 tenía potencia suficiente para «abatir un ciervo», pero un manual estándar de armas de fuego indica que el impacto de la bala de una Magnum 44 es «menor que 1/20 de la velocidad de un hombre andando y aproximadamente 1/100 de la velocidad de un hombre corriendo», y llega a la conclusión de que estas balas «no tienen potencia para "derribar" en el sentido de volcar físicamente un objeto».

En realidad la Magnum 44 era para los Peairs lo que yo llamo un arma de fantasía, un arma de película. Sólo Harry Callahan el Sucio, el personaje que encarnó Clint Eastwood, ha podido definirla como «el arma de fuego más potente que jamás ha conocido el hombre». Es cierto que es un arma grande, pero no es capaz de derribar un ciervo. Aun así, como arma defensiva de uso doméstico es excesivamente destructiva: el nivel inmediatamente superior sería un lanzagranadas. Se adquieren estas armas defensivas para uso doméstico por una obsesión por la propia masculinidad, ya que se cree que la posesión de un arma potente implica ser más «macho». La personalidad de Peairs unida a un arma de tal calibre no podía por menos que desembocar en el desastre.

Probablemente el sentido de la virilidad malentendida de Peairs y su tendencia a la fantasía estaban detrás del *Freeze!* que le gritó a Hattori. Los policías de verdad no utilizan esta expresión; sólo lo hacen los de las películas.

Nuestra interpretación de lo que ocurrió durante el incidente es que Yoshi se acercó a Peairs más despacio de lo que declaró el matrimonio, que su actitud no era agresiva y que no representaba amenaza alguna para ellos. Por consiguiente, el uso de la fuerza mortal contra Yoshi no fue razonable ni justificado.

No fue tampoco razonable porque Peairs podía haber disparado un tiro para advertir a Yoshi, o para derribarlo, en lugar de matarlo. Peairs manejaba armas de fuego desde los doce años y dedicaba una buena parte de su tiempo libre a cazar, de modo que presumiblemente conocía mejor que la mayoría de la gente cómo debía apuntar para obtener el efecto deseado. Por otro lado, puede afirmarse casi con total seguridad que sabía lo que hacía cuando apuntó al tórax, porque con anterioridad había enseñado a su mujer a manejar armas pequeñas y había hecho hincapié en que,

para detener a un agresor, había que apuntar al centro del cuerpo y no a las extremidades.

No hay que olvidar que en aquel momento Peairs tenía otras opciones además de disparar. Su estatura y su fuerza eran superiores (medía casi un metro noventa y pesaba ochenta kilos, mientras que Yoshi medía un metro setenta y pesaba sesenta kilos) y con anterioridad había superado sin dificultad algunas situaciones violentas: había desarmado a hombres de constitución similar a la suya que le habían atacado con botellas rotas y cuchillos. Por consiguiente, habría podido dominar físicamente a Hattori sin necesidad de recurrir a la fuerza de las armas, o habría podido cerrar la puerta del garaje cuando Hattori se aproximaba. El hecho de que no considerase estas opciones fue lo que nos impulsó a calificar su comportamiento de negligente e irracional.

Peairs, sin embargo, era un enamorado de las armas y le entusiasmaba amenazar a la gente, a menudo con una pistola. Una vez, se acercó un perro a su casa y lo mató de un tiro. En otra ocasión, profirió amenazas contra el ex marido de Bonnie.

Haciendo uso de la pistola, Peairs decidió responder a una situación que le desconcertaba con un nivel injustificado de fuerza. En mis clases a los miembros de la policía militar, insistí a menudo en que, ante una situación de peligro, siempre hay que adoptar en principio un nivel de fuerza adecuado a la situación. El nivel inferior es, por supuesto, verbal. Peairs falló en este nivel porque su acto comunicativo no se dirigía a resolver pacíficamente la situación, sino que aumentó el grado de peligro cuando lo que dijo no fue comprendido. El siguiente nivel es el uso de la fuerza física. Como se ha demostrado anteriormente, Peairs podía haber dominado a Hattori, mucho menos corpulento, pero ni siquiera lo intentó. El tercer nivel, para los agentes de policía, es el uso de la porra o cualquier otro objeto que no sea un arma mortífera. Peairs habría podido reforzar su superioridad física con un rastrillo del garaje, una linterna grande o cualquier otro utensilio no letal, pero no lo hizo. Saltó directamente del primer nivel, el verbal, al cuarto, el recurso a una pistola para detener a Hattori.

Sin embargo, incluso en este nivel obró mal, porque, como solía recalcar yo en mis clases, la regla sin excepción es que jamás se debe disparar un arma para defender una propiedad. Si un sospechoso roba una cartera y sale corriendo, no se le abate de un disparo, sino que se le persigue y, si se le pierde la pista, mala suerte, porque su delito no justifica una herida por arma de fuego. Dejarle escapar, es cierto, no es lo que hacen los policías en las películas o en la televisión, pero eso es lo que ocurre en la mayoría de los enfrentamientos con la policía del mundo real. La regla es que un agente sólo puede disparar un arma para proteger su vida o la vida de otros que estén en peligro. En este caso, Peairs disparó a pesar de que no había ningún indicio de que su vida o la de su familia corrieran peligro inmediato, ni siquiera inminente.

Al leer los informes policiales y la transcripción del primer juicio también descubrimos que en aquel desafortunado incidente había intervenido un factor muy

común en el cumplimiento de la ley: la respuesta de la policía en el momento del suceso había sido muy cuestionable. Los agentes que acudieron al lugar de los hechos actuaron impulsivamente y se dejaron influir poderosamente por la versión que ofrecieron los Peairs de los acontecimientos. Trataron el caso como si fuera un homicidio justificado y se equivocaron al no hacer lo que precisamente era su deber, es decir, tratar el caso como un posible homicidio criminal.

Cuando la policía llega al lugar de los hechos, su primera obligación es proteger el lugar mismo, no emitir juicios. Su deber es acordonar la zona, no tocar nada, no permitir que nadie ponga orden y esperar hasta que se presenten los investigadores. Cuando éstos llegan (y no olvido que, cuando se trata de un departamento de policía pequeño, la investigación puede recaer en los mismos agentes que se presentan en el lugar de los hechos), deben tomar declaración, recoger el arma y tomar medidas de protección para balística, además de todos los pasos necesarios para el oportuno entendimiento de los hechos. Si los agentes que acudieron a la llamada en el caso Hattori hubieran seguido estos pasos, el arma se habría presentado como prueba y Peairs habría sido sometido a investigación; esta actuación podría haber dado lugar a varios procedimientos, como por ejemplo el examen de los rastros de pólvora en Peairs, o la indagación de por qué se encontró el cadáver de Hattori tendido de espaldas y no boca abajo.

El juicio civil se celebró en otoño de 1994 ante el juez del distrito del estado, Bill Brown, y no ante un jurado. Ni a mi colega ni a mí nos llamaron a testificar, pero el abogado Moore presentó argumentos basados en nuestro trabajo. En mi opinión, la eficacia de éstos, junto con la buena defensa del letrado, se reflejó en el desenlace del caso y en los comentarios del juez. El 15 de septiembre de 1994, el juez Brown dictó sentencia. «No había necesidad alguna de recurrir a un arma peligrosa», dictaminó ante una sala de justicia repleta. «No existía la menor justificación para matar en defensa propia o de la familia». Una «persona razonable», añadió el juez, si su mujer le decía que había un desconocido fuera de la casa, le habría preguntado: «¿Por qué dices que coja la pistola? ¿Qué has visto?». Pero Rodney no lo había hecho, declaró el juez, no había actuado con el «extraordinario cuidado» que la ley exige para el uso de armas de fuego personales, y por consiguiente era responsable de la muerte de Yoshi. El juez estableció con toda claridad que ni Yoshihiro Hattori ni la familia que lo acogía, los Haymaker, habían sido en ningún caso responsables de la muerte del muchacho, por lo que toda la culpa recaía en los Peairs, por mucho que éstos hubieran sido absueltos por un tribunal de justicia.

El juez Brown ordenó a los Peairs el pago de la cantidad máxima permitida por la ley estatal: 85 000 dólares por daño y sufrimiento de Yoshi, 275 000 para cada uno de sus progenitores por «muerte por negligencia», y 18 000 para cubrir los gastos del funeral; en total, 653 000 dólares.

El señor y la señora Hattori declararon a la prensa, a través de un intérprete, que tenían intención de donar todo el dinero a una fundación que constituirían a nombre

de su hijo y que tendría como objetivo promover el entendimiento entre los pueblos de Estados Unidos y Japón. Masaichi Hattori expresó su deseo de que en el futuro dejase de ser necesaria la celebración de un juicio similar. «Aunque la sentencia nos ha sido favorable, jamás podré llenar el vacío que hay en mi corazón», manifestó Mieko Hattori. Al mismo tiempo rogó a los norteamericanos que «redujeran en todo lo posible el número de armas de fuego».

4
Asesinatos en serie: un fenómeno social en expansión

La historia del asesinato en serie

El asesinato en serie como fenómeno social tiene solamente ciento veinticinco años de antigüedad y forma parte de una oleada de violencia que ha ido en aumento desde mediados del siglo XIX. Está relacionado con la creciente complejidad de nuestra sociedad, con nuestra interconexión a través de los medios de comunicación y con la alienación que sentimos muchos de nosotros. La violencia contra personas se extiende por todo el mundo a medida que culturas que antes estaban separadas y eran independientes se entrelazan unas con otras de una manera más intrincada que nunca. Lo que enturbia Estados Unidos (posiblemente el país más «avanzado» en cuanto a este tipo de violencia) se extiende a Gran Bretaña, a Japón, a la antigua Unión Soviética, a otros países altamente tecnificados e incluso a países menos desarrollados como Sudáfrica. Las mismas películas de acción y los mismos programas televisivos, los mismos teléfonos y otros equipos tecnológicos, y, muchas veces, los mismos materiales pornográficos acentúan la similitud de los aspectos más oscuros de las culturas entrelazadas, esos aspectos que parecen albergar en su interior las semillas de la violencia. La reciente popularidad de la que han gozado en Japón cómics para mujeres como *Amour*, centrados en la excitación erótica de la violación y la violencia sexual contra las mujeres (después, por cierto, de la prohibición de un cómic similar para hombres, titulado *Rape-Man*, porque exaltaba la violación), subraya esta interrelación de sexo y violencia. Los delitos violentos están en auge en Japón, por ejemplo. En los dos últimos años, se han producido asesinatos de dependientes de supermercado, de mujeres que ocasionalmente estaban solas en bloques de apartamentos, de media docena de adultos en casa de un supuesto vidente, de niños pequeños, de prostitutas. Allí donde la gente se sienta apartada de la sociedad, donde los vecinos apenas se conozcan entre sí, donde las familias no mantengan una relación estrecha, donde los adolescentes deambulen por calles peligrosas, donde la violencia aparezca como respuesta viable a los problemas, el aumento vertiginoso de los asesinatos en serie será una consecuencia preocupante.

Antes de que yo acuñase la expresión «asesino en serie» a mediados de la década de 1970, a estos crímenes se les denominaba «asesinatos cometidos por desconocidos», para diferenciarlos de aquéllos en que las víctimas morían a manos de una persona conocida, por lo general de la familia.

Una de las razones por las que Jack el Destripador aterrorizaba a los que oían o leían cosas de él cuando estaba en activo era que mataba a personas desconocidas, de lo que se desprendía que cualquier individuo normal y corriente que saliera a dar un

paseo por la noche debía temer a cualquier extraño que se cruzara en su camino. En aquella época, los crímenes de este tipo eran totalmente insólitos, en Gran Bretaña y en cualquier otro país. Los grandes asesinos particulares de la historia (en contraposición a los militares) habían sido del tipo Barba Azul: mataban a sus esposas, una tras otra, o masacraban a su familia. Para la mayoría, los componentes emocionales de la violencia dentro de la familia resultaban comprensibles; la mayoría, en algún momento de su vida, había considerado la posibilidad de levantar una mano furiosa contra su cónyuge o su hijo, y podía entender que este arrebato de furia desembocara en un crimen. Los componentes emocionales del asesinato cometido por un desconocido, por el contrario, resultaban incomprensibles.

En la Edad Media, esta incapacidad para comprender tales crímenes hizo que se atribuyeran a hombres lobo o a vampiros. Antes de la era Freud, las causas sobrenaturales eran la única explicación lógica para asesinatos excesivamente brutales, desangramientos y otros actos monstruosos semejantes. La gente veía en tales actos la presencia de elementos demoníacos, y yo no diría que estaban equivocados por completo, ya que aún ahora, cuando tratamos de explicarnos el comportamiento de un individuo como Jeffrey Dahmer, pensamos que, por lo menos en parte, tiene algo de satánico, puesto que escapa a toda explicación racional. Podemos achacar estos actos a la conducta humana llevada al extremo, pero, aunque demostremos que tales conductas tienen su origen en la infancia y en presiones genéticas, la explicación no resulta convincente. Después de todo, si pensamos en la familia Dahmer, Jeffrey tenía un hermanastro menor que creció en la misma casa y jamás cometió ninguna atrocidad.

La incapacidad para comprender la violencia contra desconocidos es un elemento que, a posteriori, demuestra claramente que el camino seguido por los investigadores en el caso de Jack el Destripador era erróneo. No hace mucho visité los lugares donde este asesino había cometido sus crímenes, en compañía de John Grieve, director del servicio de inteligencia del Nuevo Scotland Yard, y aprendí muchas cosas sobre este caso. Seguimos los pasos de Jack el Destripador y vimos que algunos de los lugares aún seguían allí —un bar donde había recogido a algunas víctimas—, mientras que otros habían sido demolidos. Basándome en el recorrido, llegué a la conclusión de que la policía se había equivocado al determinar el tipo de sospechoso, porque concentró sus esfuerzos en buscar entre individuos de clase alta: médicos, políticos e incluso un miembro de la realeza. Sin embargo las víctimas, los lugares que frecuentaban y las circunstancias que rodeaban los crímenes daban a entender que el autor de los delitos pertenecía a la misma clase social que las víctimas prostitutas; si el asesino hubiese pertenecido a una clase más alta, los vecinos habrían advertido y comentado su presencia en la zona.

También me pareció evidente que Jack el Destripador era un asesino «desorganizado», un hombre perturbado, y cada vez más perturbado con cada nueva víctima. La intensificación de la violencia, las amputaciones y el desorden general

que reinaba en el lugar de los hechos eran buena prueba de ello. Si se trataba de un perturbado cuyo estado mental empeoraba progresivamente, es probable que tocara fondo completamente y que se volviera demasiado loco para seguir cometiendo crímenes, por lo que habría terminado suicidándose o encerrado en un manicomio. En cualquiera de los dos casos, habría desaparecido de la sociedad. El suicidio o la reclusión de por vida explicarían que jamás fuese capturado.

Sólo la locura, pensaba la gente en los años veinte, podía explicar un comportamiento como el del asesino en serie norteamericano, Albert Fish, que mató y devoró parte de los cuerpos de entre ocho y quince niños, o el del italiano Vincent Verzeni, que entre 1867 y 1871 asesinó a varias jóvenes y luego se bebió su sangre. El eminente «mentalista» Richard Krafft-Ebing examinó a Verzeni y dictaminó que estaba cuerdo a pesar de sus hábitos excesivamente particulares.

Lo más importante que hizo Krafft-Ebing respecto a Verzeni fue clarificar el importante componente sexual de sus crímenes. Lo describió así:

> *Tan pronto como sujetaba a la víctima por el cuello, experimentaba una excitación sexual. Le daba exactamente igual que las mujeres fueran viejas o jóvenes, feas o hermosas, para sentirse excitado. Por lo general, le satisfacía el simple hecho de presionarles la garganta y las dejaba vivir; en los dos casos de asesinato, la satisfacción sexual se demoró en llegar y siguió apretando hasta que murieron. Este acto de estrangulamiento le proporcionó una gratificación superior a la de una masturbación.*

Los asesinatos de Jack el Destripador, aunque no incluían el coito, eran también sexuales, puesto que el arma homicida era un cuchillo y la acometida con el cuchillo en el cuerpo sustituía a la acometida del pene. La mayoría de los policías y psiquiatras no han comprendido la trascendencia psicológica del uso del cuchillo o de otros objetos extraños. En mi libro *Sexual Homicide: Patterns and Motives* [Homicidio sexual: modelos y motivos], analicé con detenimiento este asunto y a esta práctica de recurrir a tales sustitutos del pene la denominé «necrofilia regresiva», término que ha sido aceptado en los círculos profesionales de criminología. En la mayor parte de los asesinatos en serie, entonces y ahora, el arma predilecta ha sido el cuchillo, seguido por el método de estrangulación y, en tercer lugar, la asfixia. Los asesinos en serie no suelen utilizar pistolas, ya que éstas matan a distancia y ellos buscan la satisfacción personal de matar con sus propias manos.

La satisfacción personal para Jack el Destripador (y para otros de su índole) se producía al ver derramarse la sangre de su víctima. En el caso de Jack hubo signos aún más evidentes de que los crímenes eran sexuales, pues a varias de sus víctimas les extrajo el útero tras haber abierto la cavidad corporal con el cuchillo. A la última víctima no sólo le extirpó el útero, sino que también le cortó las orejas y la nariz y las colocó sobre un seno mutilado a modo de grotesca imitación de una cara.

Puesto que la satisfacción que se obtiene de tales crímenes es sexual, siempre existe la probabilidad de que el agresor ataque de nuevo, pues el impulso sexual persiste después del hecho. Ésta es también una característica de la naturaleza serial

de los asesinatos. En Alemania, el «Acuchillador de Berlín» clavaba repetidamente el cuchillo en el abdomen de las jóvenes que atacaba, y el «Apuñalador de caderas de Metz» agredió en esta parte del cuerpo a veintitrés muchachas como mínimo, utilizando un huso como sustituto de su pene. Un imitador del criminal de Metz, el «Destripador tirolés», apuñalaba a sus víctimas en los genitales.

Antes y después de Jack el Destripador, sin embargo, en los Estados Unidos se dieron asesinatos de las mismas características que, con la perspectiva actual, habrían sido clasificados como asesinatos en serie de índole sexual. Earle Leonard Nelson, conocido como el «Hombre gorila», estranguló a veintidós víctimas en un año: veinte mujeres, una muchacha de catorce años y un bebé de ocho meses. En 1880, en Boston, Jesse Pomeroy asesinó a veintisiete criaturas, niños y niñas, que contaban entre siete y diez años de edad, y en Chicago, Herman Mudgett asesinó en 1890 a un número parecido de víctimas.

Es importante destacar que el componente sexual de estos asesinatos no está relacionado con una sexualidad normal, sino que engloba un amplio espectro de satisfacciones perversas de carácter sexual. La venganza, la expresión de poder y la dominación son elementos que están presentes, entre otros similares, en el acto de matar, así como la necesidad de humillar sexualmente a la víctima e incluso de degradarla a una categoría inferior a la de objeto. Cuando los asesinos agreden o mutilan un cuerpo, están expresando su deseo de despojarle de todo vestigio de humanidad. En muchas ocasiones, al ser detenidos, expresan su sorpresa de que la sociedad se preocupe tanto por sus víctimas, por las que ellos no sienten más que desprecio.

Los ejemplos de los asesinatos en serie han puesto de manifiesto que se trata de un fenómeno casi exclusivamente urbano. Las grandes ciudades ofrecen un gran número de posibles víctimas, pero también muchas oportunidades para que el asesino se mezcle entre la muchedumbre, se oculte y mantenga su anonimato. En los pueblos, cualquier acontecimiento o conducta personal que se aparte de la normalidad es advertido inmediatamente y la noticia se propaga a toda velocidad. Esta circunstancia conduce rápidamente a la policía hasta el potencial asesino en serie antes de que aumente el número de víctimas.

Si repasamos el historial de un asesino en serie, descubrimos que muchos elementos conductuales que hemos logrado asociar a la personalidad de estos criminales estaban ya presentes en quienes cometieron crímenes similares en el pasado. Analicemos el caso de Vacher, el «destripador» francés de la década de 1890. Tras su detención, la policía descubrió que en su juventud Vacher torturaba y mataba animales, era conocido por masturbarse frecuentemente en público y participaba en prácticas sexuales poco comunes, amén de haber estado recluido varias veces en instituciones mentales. Todos estos factores se registraron posteriormente en otros asesinos en serie. En la adolescencia, Vacher sufrió intensos arrebatos de cólera que

intranquilizaron a sus compañeros de milicia, pero aún no se desahogó con ningún intento de asesinato. La mayoría de los criminales que responden a este patrón no manifiestan un comportamiento homicida antes de los veinte años, y sólo después de que su vida sexual haya sufrido algún tipo de trastorno o frustración. En el caso de Vacher, el detonante pudo ser la negativa de una joven a casarse con él; después de agredirla, dejó su casa e inició un largo viaje por todo el país, durante el cual cometió los once asesinatos. Todas las víctimas —mujeres y hombres jóvenes— fueron violadas después de su muerte.

La desfiguración de los genitales de las víctimas parece haber sido característica de los asesinos en serie en la época previa a la divulgación de las teorías de Freud. Un oficinista británico llamado Alton, un asesino rumano llamado Menesclou, otro europeo apodado «Gruyo el Destripador», todos ellos extirpaban los órganos sexuales de los cuerpos de sus víctimas.

Otros asesinos en serie del pasado, como el alemán Fritz Haarmann, contaban con un historial que coincidía con la infancia de otros asesinos más recientes. Haarmann, que posteriormente fue declarado culpable de veinticuatro asesinatos, había tenido problemas en la escuela por su comportamiento y por su bajo rendimiento escolar, y le habían arrestado y encarcelado por agresión sexual a menores, indecencia y homosexualidad. Peter Kürten, el «Vampiro de Düsseldorf», cometió alrededor de 1920 numerosos actos de incendio provocado antes de empezar a matar mujeres; el incendio provocado es un delito que suele preceder a otros crímenes aún más violentos y personales y que tiene definidas connotaciones sexuales. Asesinos posteriores como David Berkowitz, el «Hijo de Sam», recordarían haber provocado cientos de incendios y masturbarse mientras contemplaban las llamas. Kürten confesó al psiquiatra: «El resplandor del fuego me producía placer; un placer tan grande que me satisfacía sexualmente». Kürten también enviaba cartas provocadoras a la policía, las cuales, según confesaría después, le reportaban una satisfacción sexual complementaria. Su auténtico deseo era, sin embargo, trascender los crímenes individuales y aniquilar comunidades enteras con fuego y dinamita.

Muy pocos de aquellos primeros asesinos en serie fueron objeto de un informe completo que determinara documentalmente sus fantasías —elemento muy importante del homicidio sexual—, pero los que hablaron con médicos, abogados y otros confidentes, dejaron relatos que parecen una copia de los que posteriormente oiría yo de labios de los criminales de mediados del siglo XX que entrevisté en la cárcel. Kürten es una representación anticipada de vampiros modernos como Richard Trenton Chase, en cuya persecución colaboré en California en la década de 1970 y al que más adelante entrevisté en la cárcel. El extraño criminal conocido como «Sargento Bertrand», que vivió en Francia a mediados del siglo XIX, dijo a la policía que había empezado a masturbarse a la edad de nueve años, y que sus actos iban acompañados de fantasías sádicas contra mujeres. Más adelante, se imaginaba a sí mismo asaltando cadáveres femeninos. A los trece o catorce años, «durante el acto de

la masturbación, la imaginación me transportaba a una habitación repleta de mujeres que estaban a mi disposición. Mentalmente las torturaba a mi antojo de todas las maneras posibles. Las imaginaba muertas delante de mí y después profanaba sus cuerpos». Posteriormente comenzó a exhumar cadáveres de los cementerios y a cometer actos sexuales con ellos. Bertrand fue arrestado antes de que empezara a matar mujeres para proveerse de cadáveres recientes con los que satisfacer sus deseos. Compárese su confesión con la de Edmund Kemper, el asesino de mujeres que afirmó ante un psiquiatra: «Tengo fantasías de asesinatos masivos: grupos selectos de mujeres a quienes puedo reunir en una misma habitación, matarlas y hacer el amor de una manera apasionada y salvaje con sus cadáveres. Quitarles la vida a ellas, a seres humanos vivos, para luego tomar posesión de todo cuanto les pertenecía. Todo sería mío. Todo».

Haarmann —como Albert Fish, en cuya habitación la policía encontró, al arrestarlo, recortes de prensa del caso Haarmann— cometió sus crímenes definitivos después de fantasear sobre ellos durante años. Lo mismo puede decirse de Peter Kürten, que fue ejecutado en 1931 por una serie de setenta y cinco crímenes e intentos de asesinato. John George Haigh, que se confesó culpable de haber matado a nueve personas y fue ejecutado en 1949, reconoció que antes de iniciar su serie de crímenes había tenido sueños en los que bebía sangre.

Es interesante constatar que los asesinatos en serie como fenómeno social desaparecieron prácticamente durante la Segunda Guerra Mundial, momento en que las muertes se producían a una escala mucho mayor, en todos los frentes y tras las líneas de batalla de todo el mundo.

Finalizada la guerra, sin embargo, se reanudaron los asesinatos (especialmente en Estados Unidos, aunque también en otros países) y desde entonces se han incrementado con una celeridad considerable.

Tal vez la razón sea que en la sociedad moderna muchos jóvenes fueron niños solitarios. Se volcaron en la fantasía como resultado de los malos tratos físicos y psíquicos sufridos en la infancia, y en la edad adulta fueron mentalmente incapaces de participar en una relación sexual normal, basada en el mutuo acuerdo. La fusión mortal de impulsos sexuales e impulsos agresivos que caracteriza a los asesinos en serie parece darse en las sociedades más modernas, especialmente en las que también parecen proporcionarles víctimas en forma de prostitutas callejeras, niños relativamente desprotegidos cuando juegan en los parques o van y vienen del colegio, o grupos de adolescentes rebeldes desapegados de su familia y de la escuela. Ted Bundy logró encontrar a más de treinta jóvenes blancas y atractivas, todas ellas morenas y peinadas con raya en medio, que no fueron reacias a concertar una cita con un desconocido. En la década de 1930, o incluso en la de 1950, pocas mujeres jóvenes en Estados Unidos habrían estado tan dispuestas a tener una aventura con un extraño. Andrei Chikatilo, de la Unión Soviética, tuvo a su alcance un número similar de jóvenes dispuestas a las que abordó, sedujo y mató en el curso de las décadas de

1970 y 1980.

En China, Luo Shubiao mató por lo menos a trece prostitutas en Guangzhou antes de ser detenido y ejecutado a principios de 1995, y la policía de la misma provincia china de Guangdong está buscando a otro asesino, considerado del tipo de Jack el Destripador, cuyas víctimas ya ascienden a nueve: prostitutas asesinadas cuyos cuerpos han sido mutilados. De la misma manera, asesinos como Dennis Nilsen, John Wayne Gacy y Jeffrey Dahmer encontraban a sus víctimas potenciales en bares o zonas de ocio destinados especialmente a una clientela homosexual.

El caso de la británica Beverly Allitt ilustra varios puntos de gran importancia. Esta asesina tenía la más moderna población cautiva de víctimas potenciales, un práctico centro comercial, donde, con una sola visita, disponía de todo un criadero para el maltrato y la mutilación. Este caso es, asimismo, un ejemplo de que la violencia se extiende desde Estados Unidos a Gran Bretaña. Por lo menos es un ejemplo de los métodos retorcidos de que se valen los criminales para llamar la atención del mundo.

En mayo de 1993, la enfermera pediátrica Beverly Allitt, una mujer que rondaba la treintena, fue declarada culpable del asesinato de cuatro niños y de muchos otros intentos en un período de cincuenta y ocho días del año 1991, mientras los niños estaban bajo su cuidado en el pabellón número cuatro del Hospital del Distrito de Grantham y Kesteven. Los ciudadanos británicos se horrorizaron de los actos perpetrados por Allitt y se mostraron más afectados que con los asesinatos de homosexuales cometidos por Dennis Nilsen y otros criminales. Sin embargo, en los hospitales de Estados Unidos se habían dado siete casos similares de «ángeles de la muerte» en años anteriores, todos ellos con características de lo que en psiquiatría se conoce como «síndrome de Munchausen por poderes». La persona que sufre el síndrome de Munchausen, más conocido, simula síntomas inexistentes y se lesiona deliberadamente para llamar la atención, aunque eso acarree una intervención quirúrgica dolorosa. En la versión «por poderes», el agresor lesiona a otro, muchas veces un niño, para atraer la atención sobre sí mismo. En los primeros casos descubiertos, se trataba de madres que hacían daño a sus propios hijos, pero más tarde se descubrió que este síndrome estaba en el origen de algunos casos en que personas responsables de cuidar niños, o ancianos o incapacitados, hacían daño a los que estaban a su cargo.

En algunos de los casos ocurridos en Estados Unidos, las enfermeras u otros empleados del hospital habían inyectado veneno, desmontado respiradores o realizado cualquier otra acción capaz de disparar el timbre de alarma del «código azul» y requerir así la intervención de los especialistas en emergencias. El agresor lo hacía para «salvar» al paciente y quedar como un héroe. A veces, los agresores fracasaban «valerosamente» en su intento de reanimar al paciente que ellos mismos habían atacado. He visto muchos casos como éstos. Con el tiempo, el «asesino héroe» sería tipificado en el *Crime Classification Manual* del FBI.

En el síndrome de asesinato en serie de Allitt reconocí un elemento especialmente familiar y espeluznante: el asesino que se une a la búsqueda de la víctima desaparecida, o que se presenta como voluntario para colaborar con la policía en la persecución del criminal; es éste un componente de la excitación sexual que el asesino experimenta con sus crímenes. Antes de ser arrestado, Wayne Williams, el asesino de niños de Atlanta, se había unido al rastreo del autor desconocido de la

muerte de sus propias víctimas.

Allitt había frecuentado repetidamente, como paciente, uno de los pabellones del Hospital de Grantham en 1986, cinco años antes de que comenzaran los asesinatos. Por aquel entonces aún era estudiante de enfermería y acudía regularmente a la unidad de accidentados con diferentes lesiones, principalmente en las manos. El personal fisioterapeuta le trataba las lesiones, pero empezó a sospechar de sus relatos de cómo se las había producido y llegó a la conclusión de que algunas veces eran autoinfligidas.

Entre 1987 y 1991, fue a urgencias veinticuatro veces y estuvo enferma en aún más ocasiones: llegaría a contabilizar noventa y cuatro días de baja en 1990. Algunos fisioterapeutas comunicaron los hechos a las autoridades del hospital, pero las quejas se desvanecieron en el aire y Beverly Allitt fue contratada para trabajar en el pabellón número cuatro. Previamente habían rechazado su solicitud de empleo otros hospitales, y en el Grantham sólo la aceptaron en el pabellón de pediatría.

La enfermera Allitt, una mujer rechoncha de cara risueña, que había nacido y crecido en la zona rural cercana al hospital, se convirtió en la favorita de algunas familias de los niños. Una de ellas incluso la eligió como madrina de una niña que había sobrevivido en un parto de mellizas; más tarde se descubriría que Beverly había matado a la otra, y que su actuación había causado daños cerebrales irreversibles en su ahijada. Cuando los bebés fallecían, Allitt se mostraba aún más próxima a los familiares, compartiendo su dolor y su duelo.

Los ciudadanos británicos no podían hacerse a la idea de que una asesina en serie anduviera suelta por un hospital de su país cuando poco antes se habían documentado casos, todos ellos reflejados en titulares por la prensa, en Estados Unidos y Austria. Cuando en abril de 1991 las autoridades hospitalarias tuvieron conocimiento de que en el pabellón número cuatro la tasa de niños fallecidos era insólitamente elevada, no llamaron a la policía. Allitt había matado a tres niños con inyecciones de insulina o potasio, causándoles un fallo cardíaco, y había levantado sospechas, pero las autoridades del centro no pudieron o no quisieron comprender la situación. Su inactividad permitió que Allitt deambulara por el pabellón dieciocho días más. Cuando la destituyeron de su puesto de enfermera, había matado a otro bebé de quince meses y lesionado a tres niños más.

En el curso del interrogatorio, Allitt, lejos de confesar, pregonó su inocencia y aturdió a los representantes de la ley con sus expertos conocimientos del hospital y de las técnicas de tratamiento de niños enfermos. Ni siquiera los padres de los niños asesinados aportaron datos de utilidad: seguían creyendo que el hospital y la enfermera Allitt habían actuado heroicamente al tratar de salvar a los niños de una muerte inminente. Hasta que los médicos forenses y los patólogos no examinaron a los niños fallecidos y a las víctimas supervivientes y dictaminaron que se les había inyectado sustancias venenosas, la policía no pudo profundizar en sus investigaciones. Se descubrió entonces que Beverly Allitt era la única persona

presente cada vez que un niño sufría un paro cardíaco o cualquier otro episodio casi fatal. Cuando la policía quiso examinar el libro de asignación de guardias, un registro que indicaría quién estaba de servicio en el momento de las muertes, se dio cuenta de que había desaparecido. Posteriormente lo encontró en poder de Allitt, aunque en realidad ya no era exactamente el mismo, pues las páginas que supuestamente la incriminaban habían sido arrancadas.

Allitt apenas si pudo asistir a su juicio en 1993; en los dos años transcurridos, se había vuelto anoréxica y había perdido tanto peso (pesaba menos de la mitad que en el momento de su detención) que corría peligro de muerte. De nuevo intentaba atraer la atención, esta vez «sin poderes». Fue declarada culpable y sentenciada a pena de cárcel.

Posteriores investigaciones demostraron que las malas condiciones del hospital podían haber favorecido el comportamiento de la asesina. El pabellón estaba permanentemente desprovisto de médicos y enfermeras con la preparación adecuada, y el número de empleados era inferior a la media regional y nacional. La moral era baja y el nivel de comunicación entre empleados, insuficiente, por no hablar de la gestión del suministro de medicamentos. Allitt, apenas sometida a supervisión, se las había ingeniado con facilidad para conseguir insulina y potasio en la farmacia del hospital, y para inyectar a sus pequeños pacientes estas sustancias venenosas en potencia. Era perentoria, de hecho, la necesidad de llevar a cabo una investigación pública de la increíble falta de supervisión y la incapacidad de reaccionar con celeridad ante una serie inusitada de fallos cardíacos en pacientes infantiles. El escándalo originado por la investigación y su oportuno desarrollo salpicó a las máximas autoridades de Gran Bretaña, incluido el primer ministro John Major.

El caso más estremecedor de asesinatos en serie en la historia de Gran Bretaña fue tal vez el del matrimonio formado por Frederick y Rosemary West, de Gloucester. Fred West fue acusado de matar brutalmente a diez mujeres y muchachas en el curso de los veinte años que precedieron a su detención. Confesó algunos de los crímenes y se suicidó en su celda el 1 de enero de 1995. Su esposa fue juzgada entonces por complicidad en algunos de los asesinatos y de única autora en otros, y en noviembre de 1995 la declararon culpable de tres de los homicidios, uno de ellos perpetrado mientras Fred cumplía condena por otro crimen. Aparte de la crueldad manifestada, en la que se incluía la tortura prolongada de las víctimas con el fin de aumentar el placer sexual de los agresores, los asesinatos se distinguieron particularmente por la elección de las víctimas. Dos de ellas eran familiares de Fred West, su hijastra y su primera esposa; otra era la niñera de su hija; una cuarta, la primera hija de Fred y Rosemary. No se denunció la desaparición de varias de las víctimas, y algunas no eran de la región de Gloucester, de modo que la policía no tenía ningún motivo para buscarlas en aquella zona. Las mujeres que no pertenecían a la familia procedían de entornos deprimidos y habían sido secuestradas cuando hacían autoestop o esperaban

en la parada del autobús. Los West fueron astutos y enterraron y ocultaron los cadáveres perfectamente para evitar la aparición accidental de alguna prueba que desencadenara su persecución.

Tsutomu Miyazaki, hijo de una familia de clase media muy respetada, fue detenido en julio de 1989 como sospechoso de haber abusado de una niña; en marzo de 1990 confesó haber secuestrado, matado y descuartizado a cuatro niñas entre 1988 y 1989. El editorial de un periódico comentó: «Es estremecedor que el autor de los asesinatos fuera un joven con un entorno familiar relativamente bueno. Muchos ciudadanos pensarán que en cierto modo proceden de un entorno similar al de Miyazaki; una honda impresión ha calado en los japoneses, a lo largo y ancho del país».

Miyazaki, de veintiséis años, tenía una malformación; sus manos eran deformes de nacimiento y no podía girar las palmas hacia arriba ni coger los objetos como los demás. Trabajaba como ayudante en la imprenta que dirigía un amigo de su padre, editor de un periódico, y vivía con su hermana en una construcción anexa justo detrás de la casa de sus padres en Itsukaichi, Tokio.

En julio de 1989, un hombre de treinta y cinco años, padre de dos niñas, oyó a su hija mayor contarle desconsolada que un desconocido se había llevado a su hermana pequeña mientras estaban jugando en un parque cerca de su casa. Corrió al lugar que le señalaba la niña y encontró un coche, del que anotó la matrícula; un poco más allá, vio al hombre sacando fotos a su hija de seis años. La niña, desnuda, jugaba en un arroyo del bosque. Al acercarse el padre, el desconocido echó a correr hacia los árboles, pero el padre le gritó que tenía el número de su matrícula y llamaría a la policía si no le entregaba el carrete de fotos que tenía en la cámara. El hombre, Miyazaki, se sentó y se puso a suplicar insistentemente que no llamase a los agentes, pero el padre esperó pacientemente hasta que éstos llegaron.

Unos días después de iniciarse el interrogatorio, Tsutomu Miyazaki confesó haber secuestrado y asesinado a Ayako N., una niña de cinco años que llevaba dos meses desaparecida.

Al principio Miyazaki declaró que la primera muerte había sido casi accidental, pues la provocó un arrebato momentáneo de cólera cuando la niña se burló de sus manos deformes, tras lo cual él había reaccionado estrangulándola con ellas. Del mismo modo, cuando empezó a declarar a la policía acerca de otra víctima, dijo que se había topado con ella por casualidad; después modificó la versión y admitió que había ido a un bloque de apartamentos con la idea fija de encontrar una niña para secuestrarla, matarla y abusar de ella. Afirmó también que elegía niñas para sus fines sexuales porque sus imperfecciones físicas le impedían interesar y atraer a mujeres adultas para una relación sexual basada en el mutuo acuerdo.

La detención y el interrogatorio de Miyazaki condujeron a la resolución de una serie de secuestros que llevaban sembrando el pánico entre la población japonesa desde 1988. La mayoría se habían producido en un radio de veinte kilómetros de la casa de Miyazaki, casi siempre mientras las niñas estaban solas y sin nadie que las

vigilara, aunque cerca del bloque de apartamentos donde vivían. Todos habían tenido lugar después del fallecimiento del abuelo de Miyazaki, la única persona que había tenido cierta influencia emocional sobre el joven. Miyazaki estaba tan encariñado con su abuelo que, cuando éste murió, se comió las cenizas. El primer asesinato se cometió tres meses después de su fallecimiento.

En las semanas siguientes, la policía halló nuevas pistas que, sumadas a las declaraciones, relacionaron a Miyazaki con el asesinato violento de otras niñas. Los crímenes no habían pasado inadvertidos, sino todo lo contrario, ya que el asesino se había mofado de la familia de las víctimas. En una ocasión depositó lo que parecían ser las cenizas de la niña junto a la puerta de la casa familiar, con una carta que describía cómo había sido asesinada. La familia de otra de las víctimas recibió una carta igualmente macabra. En los dos casos, iban firmadas con un nombre de mujer.

A medida que se sucedían los crímenes y se intensificaba la persecución de la policía, el comportamiento de Miyazaki se volvió más atroz (asó las manos de su última víctima y se las comió) y el escarnio a las familias fue en aumento. Se había inventado un personaje femenino llamado Yuko Imada, un juego de palabras a costa de la expresión japonesa «ahora te lo digo», pero que literalmente significa «ahora tengo el valor». Bajo la forma de Yuko Imada, en las cartas que escribía se atribuía de distintos modos la responsabilidad de las muertes, aunque decía que éstas eran obra de una tercera persona, pues otros asesinos le imitaban; decía también haber identificado un cadáver determinado y que enviaba los huesos porque deseaba que su víctima tuviera el funeral que se merecía, y que el hijo de Yuko Imada («al que perdí […] a la edad de cinco años en un accidente por culpa de mi negligencia») sería enterrado junto con otra de las víctimas. Cada vez dedicaba más tiempo a sus cintas de vídeo y menos a su trabajo como impresor.

Cuando la policía registró su habitación de seis tatami[3], descubrió en ella una abrumadora colección de seis mil cintas de vídeo, la mayoría de ellas de ciencia ficción y dibujos animados, algunas de porno *splatter*, un género en el que el derramamiento de sangre va asociado a la sexualidad, y otras de pornografía infantil. También encontraron pilas y más pilas de libros de cómics, muchos de ellos centrados en actos de sadismo contra niños, así como revistas pornográficas, muchas aún dentro de su envoltorio de celofán.

Miyazaki era un hombre de hábitos regulares (el día diez de cada mes iba a la tienda donde vendían los números recién salidos de sus cómics favoritos): un hombre que parecía diluirse en la nada, que pasaba la mayor parte del tiempo solo, y cuya apariencia, aparte de sus manos deformes, pasaba inadvertida.

A pesar de haber sido descrito como un solitario con una infancia problemática, Miyazaki establecía algún contacto con la sociedad que le rodeaba. Intercambiaba vídeos con otros aficionados y frecuentaba asociaciones de coleccionistas. La policía acabó por encontrar grabaciones de las cuatro niñas asesinadas, en fragmentos intercalados entre episodios de programas que Miyazaki había grabado en casa;

también encontraron la cámara con la que había filmado los cadáveres. «Quería hacer mío el cuerpo [de la niña muerta]. El cuerpo se desintegra y desaparece, pero, si lo filmaba en vídeo, lo podría ver siempre que quisiera», declaró a la policía.

Con la publicación de estas revelaciones, el caso se apoderó no sólo de los titulares, sino también de la imaginación de la ciudadanía, donde quedó grabado. Fue portada de los periódicos más importantes del país quince días consecutivos y tema de principal interés varios meses más. Como reacción a la información que la investigación sacó a la luz, se retiraron de circulación categorías enteras de vídeos considerados peligrosos y se abrió un examen de conciencia colectivo acerca de la naturaleza de una sociedad capaz de engendrar a un depredador de niñas.

Después de su confesión, Miyazaki fue recluido y examinado por un gran número de psicólogos y psiquiatras. Uno de ellos diagnosticó un trastorno de personalidad que le impedía sentir compasión por los demás seres humanos. Otro determinó esquizofrenia y debilidad mental. Otros diagnósticos apuntaron a un trastorno de personalidad múltiple, basándose en la personalidad de Yuko Imada, así como en la identidad de «persona fría» que el propio Miyazaki reconocía, junto con la de «un joven que mata por impulso». Las alteraciones de personalidad, según este diagnóstico, explicarían los lapsos de tiempo que se observaban en las cartas de Imada y otros aspectos extraños de su confesión. Durante el juicio de Miyazaki, celebrado en Tokio en 1996, me dediqué a observar con atención e intenté comprender las similitudes y diferencias entre los agresores de niños norteamericanos y los japoneses. Al igual que la mayoría de los agresores que entrevisté en Estados Unidos, Miyazaki demostraba una gran displicencia por el desarrollo del juicio. Daba la impresión de que no le interesaba lo que sucedía y a menudo garabateaba unos extraños dibujos que más tarde me permitieron examinar. A los expertos en salud mental que testificaron se les veía mal preparados para explicar el estado de ánimo de Miyazaki y se basaron en trastornos mentales tradicionales para describir el comportamiento y la motivación del acusado.

La primera vez que oí hablar de este caso sentí una gran pesadumbre. Pensaba en las investigaciones sobre agresores de niños que se habían llevado a cabo en Estados Unidos y en las características de las personas que los secuestraban y abusaban de ellos. Hasta entonces, éste había sido un tema tabú en Japón; en un país donde los niños merecen tan alta consideración, era impensable que alguien se pudiera comportar de una manera tan espantosa con ellos. Estoy convencido de que, si un tema tan espinoso se hubiera discutido sin tapujos, se habrían podido tomar medidas que quién sabe si no habrían evitado esta tragedia.

En la personalidad de Miyazaki reconocí rasgos de muchos otros asesinos estadounidenses a los que había investigado o entrevistado. En realidad, los detalles de su vida y de sus crímenes encajaban infaliblemente en los patrones de comportamiento observados en agresores de niños de otras culturas.

En Estados Unidos, el Centro Nacional de Niños Desaparecidos y Explotados se

había convertido en un centro de procesamiento de información de esos crímenes y de los problemas que plantean a la sociedad. Durante algunos años he sido consultor del centro y he colaborado en la investigación de patrones y motivos y en la clasificación de los agresores. Las publicaciones del centro habrían podido constituir un buen medio de información sobre las actividades e inclinaciones de estas personas trastornadas que secuestran, maltratan y agreden sexualmente a niños, así como de los pasos a seguir para protegerlos de estos abusos.

Si bien mucha gente tiene fantasías sexuales con niños, sólo unos pocos llegan a ser pedófilos y un número menor aún llega al extremo de abusar sexualmente de niños prepubescentes. El doctor Nicholas A. Groth divide a los agresores sexuales en dos categorías: los que están obsesionados con los niños como compañeros sexuales y los que experimentan una regresión temporal a tal comportamiento. Los agresores obsesivos, sugiere Groth, no sólo prefieren a los niños como compañeros, sino que se identifican estrechamente con ellos. Un ejemplo de esta categoría fue «la bestia de Jersey», en Inglaterra, que durante más de veinte años abusó de niños y niñas en esa pequeña isla del Canal de la Mancha, sin llegar nunca a matarlos. El doctor Park Elliot Dietz y mi antiguo colega del FBI Ken Lanning los dividen en dos categorías diferentes: situacional (los que abusan de niños sólo en ciertas situaciones de tensión) y preferencial (los que siempre eligen a niños). Estos últimos, escribe Lanning, «observan una conducta sexual altamente predecible».

Dentro de la categoría «preferencial», Lanning ha distinguido tres arquetipos de comportamiento principales para caracterizar al agresor. El arquetipo «seducción» responde al del adulto que corteja al niño prodigándole atenciones; los que responden a esta categoría pueden abusar repetidamente de niños, pero es menos probable que los maten. El arquetipo «introvertido» es el del agresor que «carece de las habilidades relacionales necesarias para seducir» niños, según definición de Lanning: merodea por parques infantiles, a veces se exhibe ante ellos o les hace llamadas telefónicas obscenas. El peor arquetipo es el del «sádico», que para excitarse o gratificarse necesita infligir daño y sufrimiento al menor. Un ejemplo de este último caso es el de John Wayne Gacy (en el capítulo siguiente se ofrece una entrevista con él). Estos agresores son los que con mayor probabilidad secuestran y matan. Miyazaki pertenece a la categoría de sádico, con fuertes connotaciones del introvertido, y presentaba todas las características previamente estudiadas en otros integrantes del grupo «sádico-preferencial».

En primer lugar, estos individuos manifiestan unos patrones de comportamiento duraderos y constantes. La característica principal es que suelen contar con alguna experiencia de abuso sexual en la infancia. Aunque públicamente se conocen pocos detalles de la vida de Miyazaki, es muy posible que se llegue al conocimiento de que fue objeto de abusos en la infancia, tal vez por parte de su padre, quien se suicidó después de que los psiquiatras declararan a su hijo lo bastante cuerdo para ser juzgado.

Normalmente estos individuos han tenido una relación social limitada en su adolescencia; así ocurre en el caso de Miyazaki, como revelan los relatos de sus compañeros de escuela y de instituto. Algunos recuerdan que, aunque solían incluirlo en sus conversaciones y salidas, él se negaba a acompañar a otros muchachos de su edad en las actividades de cada día.

Otra característica es que corren riesgos considerables para encontrar niños para su gratificación. Sus ataques, como en el caso de Miyazaki, requieren un alto grado de planificación, y a menudo se llevan a cabo con gran habilidad y astucia. Miyazaki corría un gran riesgo al frecuentar los parques infantiles de las urbanizaciones residenciales, pero esto le permitió finalmente atraer a un gran número de víctimas sin ser descubierto.

El agresor sexual sádico suele ser un hombre soltero mayor de veinticinco años. Es difícil que contraiga matrimonio, debido a sus dificultades para las relaciones sexuales con personas de edad semejante. Por lo general, vive solo o con sus padres y raramente sale con alguien. Siente un interés excesivo por los niños y por todas sus cosas, y se identifica con ellos. De nuevo podemos ver que Miyazaki encaja en el patrón, por el interés que demuestra por las revistas de historietas dirigidas principalmente a un público infantil. La mayoría de las personas tiene fantasías sexuales, pero es capaz de llevarlas a cabo, por lo menos en parte, dentro de los límites de una relación sexual normal y consensuada. El interés que en Miyazaki despertaban los materiales pornográficos (para él, los tebeos y otros objetos infantiles eran eróticos) deriva de su incapacidad para satisfacer sus fantasías en una relación normal.

A veces, en conversaciones o en escritos, el agresor sádico preferencial se refiere a los niños como seres limpios, puros e inocentes, y otras como objetos o posesiones. En las notas que hacía llegar Miyazaki a los padres de los niños asesinados, y también en sus declaraciones a la policía, abundaban ambos tipos de caracterización. Con estos escritos, además, martirizaba a los familiares de los niños que previamente había torturado y matado.

En Estados Unidos hemos investigado muchos más casos de agresores sexuales de niños que en Japón, y de estos estudios se han derivado otros arquetipos adicionales. Casi todos los agresores de esta clase han experimentado en su infancia algún tipo de violencia física, psicológica, emocional o específicamente sexual. No sabemos si en su juventud Miyazaki sufrió realmente abusos o si no se trató más que de una percepción, pero sus características sugieren la posibilidad de que así fuera; en un determinado momento, por ejemplo, culpó de los asesinatos a su padre. Hay que puntualizar, sin embargo, que, si Miyazaki fue víctima de abusos, se trataría de una circunstancia en todo ajena a la manera usual de educar a los niños en Japón, donde a éstos se les ve como seres preciosos y normalmente se les llena de mimos para que se porten bien. Parte de la problemática situación en Japón se deriva de que, al haberse dado pocos casos de agresión sexual infantil, no se ha investigado lo suficiente y las

autoridades judiciales tienen poca experiencia en esta materia.

Otro aspecto pendiente de la investigación en Estados Unidos, en los casos más oscuros de quienes llegan al extremo de matar a niños, es la falta de remordimientos: los agresores no admiten que sus actos son moralmente reprobables, porque se sienten impulsados a cometer el crimen.

Por esta última razón, no se puede afirmar que exista un tratamiento efectivo para estas personas. No hay ninguna posibilidad de rehabilitarlas porque sus fantasías no se pueden borrar ni alterar. Por lo general, de esto se deriva que el único camino es apartarlas definitivamente de la sociedad y recluirlas en la cárcel o en una institución psiquiátrica segura, sin perspectivas de rehabilitación o de obtener la libertad condicional.

En Estados Unidos, a un asesino de las características de Miyazaki no se le juzgaría como criminal psicótico, pues en los crímenes se observaban los elementos de planificación y ocultación de cadáveres que dan fe de un propósito de cometer asesinato y de ocultación de pruebas. En Japón, sin embargo, el equilibrio mental de Miyazaki en el momento de los asesinatos fue el tema principal del juicio, que contó con la asistencia de grupos de psiquiatras que argumentaron por ambas partes. Cualquiera que fuera el veredicto final sobre el estado mental del acusado, sin embargo, está fuera de toda duda que jamás se le debe permitir que vuelva a disfrutar de libertad.

Es bien conocido el ciclo por el que niños que han sufrido abusos cometen a su vez abusos cuando son adultos. Mis indagaciones y las de otros investigadores de Estados Unidos demuestran que en la infancia de la mayoría de los asesinos en serie, así como en la de los agresores sexuales, se observan rasgos evidentes de familias desestructuradas, educación inadecuada y violencia familiar.

Son muchos, en realidad, los aspectos de nuestra sociedad, tanto en Oriente como en Occidente, que contribuyen al desarrollo de una cultura de la violencia personal en la que se extiende el número de crímenes como el asesinato múltiple, la violación y otros igualmente violentos. Las familias desestructuradas o en las que se infligen malos tratos son el principal factor, pero detrás de ellas hay una cultura que celebra la violencia y la agresión en películas, programas de televisión, videojuegos, libros y cómics. Sin duda hay demasiados productos de entretenimiento que destacan el comportamiento agresivo y el derramamiento de sangre como único método para corregir la situación a la que se enfrentan los héroes o las heroínas, demasiados productos que glorifican la pérdida injustificada de una vida. Antes estos productos se ridiculizaban como basura que sólo se producía en Estados Unidos, pero en los últimos años la exaltación de la violencia se ha convertido en tema principal de los productos de ocio fabricados y distribuidos también en otros países.

Un tercer factor que contribuye a la expansión de la violencia es la facilidad de acceso a las armas. Si bien es cierto que la mayoría de los asesinos examinados en

este libro no utilizaron armas de fuego para matar a sus víctimas, todos los años en Estados Unidos decenas de miles de personas masacran a sus semejantes con una pistola. La presencia de tantas armas de fuego en hogares propensos a la violencia incrementa las posibilidades de que una riña sin importancia derive en fatales consecuencias. El nivel de violencia fomentado por la cantidad de armas de fuego existentes en nuestra sociedad afecta, además, a la percepción de los individuos que pueden acariciar la idea del asesinato múltiple. Es algo que les sugiere que la violencia es aceptable en una sociedad así.

5
Entrevista con un monstruo: John Wayne Gacy

Después de retirarme del FBI, la correspondencia que había mantenido con varios célebres asesinos encarcelados siguió su curso; la razón principal fue que, como ellos insistían en ponerse en contacto conmigo por carta y por teléfono, me pareció que valía la pena responder. Había dejado el FBI, pero no mis esfuerzos de toda la vida por comprender las tortuosas sendas de la mente criminal. En realidad, desde que dejara el FBI había diversificado mis actividades y era consultor en media docena de países de distintas partes del mundo. Mantener el contacto con los asesinos que había conocido seguía formando parte de mi actuación profesional.

El más notorio de los asesinos con quienes me carteaba era John Wayne Gacy, que en 1980 fue declarado culpable de los asesinatos de treinta y tres muchachos entre 1972 y 1978, año en que fue detenido. En cifras absolutas, Gacy se encontraba entre los asesinos en serie más terribles, responsable de más muertes que ningún otro criminal antes que él. Jeffrey Dahmer tal vez despertó más interés en los medios de comunicación cuando fue detenido en Milwaukee en la década de 1990 por diecisiete asesinatos, porque desde el año 1978 la atención de los medios por este tipo de delitos había crecido considerablemente; pero lo cierto es que John Wayne Gacy había matado al doble de muchachos que él.

Como ya saben los lectores de *El que lucha con monstruos*, la primera noticia que tuve de Gacy y sus asesinatos fue a través de una emisora de radio cuando en diciembre de 1978 me dirigía con mi familia a una celebración navideña en Chicago. Estaban desenterrando entonces a las víctimas de debajo de su casa de Des Plaines, Illinois, y me presenté rápidamente en el lugar de los hechos en busca de más detalles de la investigación. Mi relación con John Wayne Gacy, sin embargo, se remontaba a la época de nuestra infancia, según descubrimos más tarde, ya que nos habíamos criado a cuatro manzanas de distancia. Gacy me recordaba de cuando él hacía el reparto de la tienda de comestibles de la cadena *IGA*, donde mi madre solía comprar, y se acordaba de mi casa por unas macetas especiales que teníamos en el patio; además, los grupos de *boy-scouts* a los que pertenecíamos por separado se reunían semanalmente en la misma casa de campo, cerca de unas instalaciones deportivas, y frecuentábamos el mismo cine.

Los crímenes de Gacy eran aterradores. Era un hombre divorciado al borde de la cuarentena, contratista de obras de rehabilitación de edificios, que atraía a los jóvenes a su casa con la promesa de un empleo, o con la oferta de una relación sexual remunerada, y luego los embaucaba para maniatarlos o para inmovilizarlos bajo el efecto del alcohol o de las drogas; a continuación los torturaba y los mataba estrangulándolos con una cuerda o por asfixia. Veintinueve de ellos fueron enterrados debajo de su casa, y a los otros cuatro los arrojó a un río cercano. Cuando fue

detenido, en un principio confesó su culpabilidad, pero posteriormente siguió el consejo de sus abogados y negó su confesión (que no se había grabado ni tampoco estaba firmada, aunque había testigos) y declaró que los asesinatos eran obra de sus empleados de la empresa de construcción, los cuales, según dijo, compartían la casa con él.

No se sospechó de Gacy hasta diciembre de 1978, cuando un muchacho de la localidad desapareció después de que le vieran en su compañía, porque desempeñaba un papel activo en la comunidad: en especial disfrazándose periódicamente de payaso para divertir a los niños en los hospitales o a los adultos en las cabalgatas. También frecuentaba los círculos políticos: una vez coordinó un encuentro de veinte mil descendientes de polacos, y durante el acto fue fotografiado con la primera dama de Estados Unidos, Rosalyn Carter.

Seguí de cerca la investigación a través del jefe de policía responsable del caso, Joe Kozenczack, y como Gacy había viajado mucho por su trabajo, contemplé la posibilidad de que hubiera cometido otros homicidios cuando se encontraba lejos de su centro de operaciones, aunque este punto no se mencionó en el proceso. Algún tiempo después del juicio y de la condena, me puse en contacto con Gacy y fui a entrevistarle junto con unos colegas de la Unidad de Ciencias de la Conducta. Encontramos a un hombre con exceso de peso, inteligente y elocuente, con aspecto de haber sentado la cabeza en la cárcel y de haberse adaptado a sus insólitas circunstancias. Mantuve el contacto con él principalmente en un intento de que nos ayudara a resolver una serie de casos de jóvenes desaparecidos en los estados a los que él había viajado en sus años activos como asesino en serie.

Cuando se trata de sacar información a una persona, suele dar buen resultado ofrecer algo a cambio. De ahí que le dijera a Gacy que me parecía que la policía había pasado por alto la posible intervención de sus empleados en los asesinatos. Lo que en realidad había ocurrido era que la policía y el fiscal del distrito, que tenían pruebas abrumadoras de la culpabilidad de Gacy, decidieron dejar de lado y no rastrear los indicios que pudieran implicar, o no, a otras personas en los asesinatos. Es éste un procedimiento común en los casos de envergadura: lo más importante tiende a oscurecer los detalles menores. En esta ocasión, Gacy era sin ningún género de dudas el principal y probablemente único autor de los delitos, pero la investigación de algunas pistas que sugerían que otras personas podían haberle ayudado a atraer a los jóvenes a la casa con fines sexuales, de tráfico de drogas o de tortura, si no asesinato, apenas prosperaron. Se trataba de una negligencia menor en un caso muy serio. Sin embargo, y para mi vergüenza, en los años posteriores a mi retiro del FBI, Gacy se valió de mi argumento e intentó hacer una montaña de un grano de arena enviando una nota de prensa que decía: «Robert Ressler, el agente especial retirado del Centro Nacional de Detención de Criminales Violentos del FBI afirmó que la policía de Des Plaines había hecho un “trabajo chapucero” en su investigación…». Cuando recibí la llamada de los periodistas, les rogué que tuvieran en consideración la fuente de la

noticia y les comuniqué mis auténticas impresiones sobre los hechos.

La correspondencia de Gacy en la década de 1990 llevaba el logo «Ejecuten la justicia, no a la gente»; no dejaba de mandarme cartas y recortes de prensa y de alentarme a visitarlo. Así lo hice algunas veces, en parte porque tanto él como Craig Bowley, un productor de documentales de televisión que también le conocía, querían que mi entrevista fuese el plato fuerte de un largo documental sobre el hombre y sus crímenes. Gacy confiaba en que, en cierto modo, esto lo exculpara.

La entrevista se celebró en mayo de 1992. En este momento Gacy, tras trece años de reclusión en la cárcel y en instituciones psiquiátricas, se encontraba en el corredor de la muerte y su ejecución estaba prevista tan pronto como se hubieran agotado todas las posibilidades de apelación. En los trece años transcurridos desde su arresto, jamás había concedido una entrevista a los medios de comunicación, si bien había hablado con psicólogos, psiquiatras, abogados, agentes del orden y particulares. Aquélla sería la primera vez. Creía que la prensa le había tratado injustamente y por esta razón no quería hablar con ninguno de sus representantes; sin embargo, confiaba en mí porque nunca le había ocultado nada, incluso cuando no estaba de acuerdo con él, y respetaba mi amplio conocimiento de los procesos mentales de las personas que matan, así como la sensibilidad con que siempre había tratado este asunto.

En una visita previa que hicimos al Centro Correccional de Menard, Illinois, con el propósito de organizar la entrevista, Gacy quiso hacernos una exhibición de poder y pidió el almuerzo para Craig y para mí. Llamó al guarda con un chasquido de dedos y se dirigió a él como si fuera el camarero de un restaurante de lujo; unos minutos más tarde, nos sirvieron tres platos de pollo frito, y Gacy esperaba habernos impresionado con su habilidad para manejar la situación aun desde el corredor de la muerte. Más tarde supimos que otros dos reclusos que estaban también en el corredor se habían privado del almuerzo para que él pudiera impresionarnos; sin duda tendría que devolverles el favor en la moneda de la cárcel: comida para sus compañeros en circunstancias similares, cigarrillos, sellos, drogas o favores sexuales; en qué consistió el canje, nunca llegué a saberlo.

El día de la entrevista, intentó demostrar asimismo su poder haciéndonos esperar un buen rato, ya que quería leer el apartado que yo le había dedicado en *El que lucha con monstruos,* publicado en Estados Unidos unos días antes.

Éstas fueron, pues, las circunstancias de la primera entrevista que el más famoso asesino en serie de la historia de Estados Unidos concedía a los medios de comunicación. Durante todo el tiempo, Gacy se mostró animado; las palabras salían como un chorro de su voz entrecortada. A continuación se reproducen algunos extractos de la entrevista y unos comentarios sobre lo que *realmente* nos estaba diciendo.

RESSLER: Entonces, ¿podemos decir que ésta es la primera vez que hablas con los medios desde que te detuvieron? ¿O desde antes del juicio?

GACY: Exacto. No quería saber nada de ellos porque no estaba de acuerdo en cómo llevaban el asunto.

No hablaban de los hechos, sólo hacían sensacionalismo, como les convenía.

RESSLER: Entonces, queda bien claro que es la primera vez que hablas públicamente del caso, ¿no es así?

GACY: Exacto. Siempre lo dejé todo en manos de mis abogados. Me dijeron que tratara de pasar desapercibido y de mantenerme a distancia; y los medios han utilizado esto contra mí. Han creado una imagen de monstruo inventado que ha durado doce años. Y yo nunca he hecho el menor comentario. No tenía ninguna necesidad de hablar con los medios por la sencilla razón de que lo que buscaban era sensacionalismo, estaban buscando al monstruo.

RESSLER: Cuando dices «una imagen de monstruo inventado», ¿a qué te refieres?

GACY: Pues a la idea de que soy un espeluznante asesino homosexual, y a todas estas estupideces; pintaron una imagen de mí como si me dedicara a rastrear las calles acechando a chicos jóvenes para degollarlos. Si pudieras consultar mi agenda, mi agenda de trabajo, verías perfectamente que yo nunca hice nada de esto.

RESSLER: Vamos a ver. Cuando viajabas, ¿ibas solo o te acompañaban otros empleados?

GACY: Casi siempre viajaba con otro empleado; y cuando iba con un empleado, todo se documentaba. Como sabes, tengo la manía de anotarlo todo. Los registros del negocio confirman dónde estaba, con quién, en qué hotel me alojaba, las comidas que hacía. Todo estaba ahí. Y todos estos archivos los confiscó el departamento de policía de Des Plaines el 29 de diciembre de 1978. Y con esto habría bastado para demostrar que yo no estaba en Illinois cuando se cometieron los dieciséis asesinatos, o sea, cuando finalmente establecieron las fechas en que habían ocurrido los crímenes. Así que sólo con eso […]. Si [mis abogados] hubieran buscado una coartada que demostrara que yo no estaba involucrado en los crímenes, la habrían encontrado con sólo mirar los registros. Pero ellos decidieron que querían seguir con la alegación de enajenación mental.

A lo largo de los años, uno de los objetivos primordiales de mis entrevistas con John Wayne Gacy fue conseguir su colaboración para que las fuerzas del orden pudieran resolver ciertos casos de asesinato ocurridos en otros estados a los que él había viajado por motivos de trabajo. Los asesinos en serie actúan sobre dos bases: impulso y oportunidad. La cantidad de crímenes cometidos por Gacy indican que su impulso era muy fuerte; y, en todo caso, tenía más oportunidades de cometer crímenes equivalentes estando fuera de su ciudad. Los viajantes y otros hombres perfectamente normales frecuentan cuando están de viaje bares y otros establecimientos en busca de compañía femenina (y a veces masculina) para una relación esporádica. Es muy probable que Gacy hiciera lo mismo. No obstante, él siempre negó haber cometido asesinatos mientras se hallaba de viaje. Formaba parte de su actitud general de negación, de no aceptar la menor implicación en los crímenes aunque, como demostraban las pruebas, tenía una gran cantidad de cadáveres enterrados debajo de su casa. En los extractos siguientes, se han modificado los nombres de algunas víctimas y de los posibles cómplices de Gacy.

RESSLER: Vamos a ver. En cumplimiento de la orden de registro, encontraron una gran cantidad [de cadáveres] en el sótano de tu casa, ¿verdad?

GACY: Sí. Me había ofrecido a vender la casa a la empresa porque no creía que hubiera nada en el sótano. Nunca puse la menor objeción a que bajaran al sótano: mucha gente tiene la falsa idea de que aquélla era una casa normal donde se vivía. Ya sabes, uno trabaja de nueve a cinco, va a casa, cena, bebe algo, duerme allí y se divierte allí. La casa de Summerda le no se utilizaba para este propósito. La casa de Summerda le estaba alquilada a PDM Contractors; la sala de estar era la recepción y el comedor de la casa hacía de sala de reuniones.

RESSLER: Entonces, ¿no vivías regularmente en la casa?

GACY: No. Pasaba en ella digamos que una tercera parte del tiempo.

RESSLER: ¿Del año?

GACY: Sí.

RESSLER: ¿Alguien más tenía llaves?

GACY: Había doce llaves repartidas.

RESSLER: ¿Doce juegos de llaves?

GACY: Doce juegos, sí. Todos los que trabajaban en PDM Contractors tenían un juego de llaves de la casa para que pudieran entrar y salir cuando quisieran.

RESSLER: ¿Cuántos cadáveres encontraron en la casa, y dónde?

GACY: Según tengo entendido, había un total de veintinueve; o encontraron veintiocho, veintiséis de ellos, no, veintisiete debajo de la casa.

RESSLER: ¿Y el resto?

GACY: Uno estaba debajo del camino de entrada principal, otro debajo del garaje. Esto hace un total de veintinueve.

RESSLER: Hablemos del caso Piest [Robert Piest fue la última víctima]. ¿Tuviste algún contacto con Robert Piest?

GACY: Nunca tuve ningún contacto con Robert Piest, nunca hablé con ese muchacho. ¿Ves? Éste es el equívoco que ha divulgado el fiscal, que yo había hablado con Robert Piest.

En conversaciones previas (sin cámaras), Gacy me había dicho que el día en que desapareció Piest el muchacho había ido a verle a su furgoneta en el estacionamiento de la tienda que estaba reformando, y le había rogado que le contratase temporalmente para el verano. Posteriormente, Gacy admitió que se lo había llevado a casa, que habían jugado al billar americano y que le había enseñado trucos de magia, incluido uno que requería ponerse unas esposas. Por esta razón, en la entrevista insistí en centrarme en Piest.

RESSLER: Finalmente te detuvieron por la desaparición de Piest y resultó que…

GACY: Te estás adelantando. El 12 de diciembre, no, el día siguiente, el 13 de diciembre, la policía se presentó en mi casa porque quería hablar conmigo, y Baker estaba allí.

RESSLER: ¿Quién es Baker?

GACY: Era un empleado de PDM.

RESSLER: ¿Qué edad tenía entonces? ¿Quién era?

GACY: Tenía veinte años, verás; cuando ocurrió el incidente, el argumento del fiscal fue que Robert Piest había venido a la furgoneta, después había ido a mi casa y, una vez allí, fue violado y asesinado. Que yo sepa, nunca lo violaron. Si lees el informe de patología verás que ni el examen de la zona anal ni el de la zona bucal revelaban signo alguno de ulceración ni de rozaduras. Nadie abusó sexualmente de él. Yo no tuve relaciones sexuales con Robert Piest, y sin embargo me acusaron de secuestro y de abuso sexual y actos indecentes con un menor. Todo el argumento del fiscal se basó en la teoría sexual y yo siempre he discrepado.

RESSLER: ¿Discrepas de los aspectos sexuales del caso?

GACY: Absolutamente.

RESSLER: Vamos a ver, aquella tarde Piest acabó en tu casa, ¿no es así?

GACY: Robert Piest acabó en mi casa, pero el asunto es que dicen que fue allí por cuestiones de sexo. Y

cuando fue a la casa, no sé si habló con otros contratistas o no. Estaba en la casa aquel día por la noche, ya se lo dije a la policía al día siguiente, y no tuve relaciones sexuales con él, ni nada parecido. Pero el caso es que estaba en la casa cuando los agentes vinieron al día siguiente.

RESSLER: Y entonces, ¿en qué parte de la casa se encontraba?

GACY: En el desván.

RESSLER: ¿En el desván de la casa?

GACY: Sí.

RESSLER: Bien. Entonces, cuando se encontraba en la casa, ya no estaba vivo. ¿Lo estaba o no lo estaba?

GACY: No, en aquel momento ya no estaba vivo.

RESSLER: Los motivos de que estuviera en la casa, entonces… La gente ha dicho que estaba allí por motivos sexuales. La razón principal era que había ido a buscar trabajo. Por lo que hemos visto, Piest era un joven decente que buscaba empleo. ¿No fue a la casa en busca de drogas, sexo u otra cosa?

GACY: No. Mira, si vas a hacer caso de lo que dice el fiscal, ¡demonios!, creo que en un informe decían que me había relacionado sexualmente con mil quinientas personas distintas. En otro, que me había relacionado con mil quinientas personas distintas en un período de seis años, de 1972 a 1978. En el informe de la jefatura de policía del condado de Cook, si no recuerdo mal, resulta que decía que me lo había hecho con seiscientas personas; y entonces le dije a mi abogado: «Será mejor que haga una lista, no sea que se hayan olvidado de alguno». Es ridículo. Lo que yo digo, la gente no se para a pensar que con estas cifras, están hablando de mil quinientas personas en seis años, o sea sólo 2190 días; esto significa que conseguí encontrar a alguien para tener relaciones sexuales cada día y medio, o, en el caso de las seiscientas personas, cada tres días. ¿Cómo iba a trabajar catorce, dieciséis o hasta dieciocho horas diarias, siete días a la semana, y practicar el sexo con tanta gente desconocida?

RESSLER: Los medios de comunicación te han calificado de asesino homosexual. ¿Cuál es tu posición respecto a la homosexualidad?

GACY: No tengo nada en contra. Soy un liberal convencido. Me da igual la etiqueta. De hecho me dan igual todas las etiquetas.

RESSLER: ¿Te declaras homosexual?

GACY: No, no soy homosexual en absoluto. No tengo nada en contra de lo que hacen, y no niego que tengo relaciones sexuales con hombres, pero en realidad soy bisexual.

RESSLER: ¿Eres bisexual?

GACY: Exacto. Mi preferencia son las mujeres; me he casado varias veces y tengo hijos, y no veo nada malo en eso. Lo hincharon de una manera desproporcionada porque, repito, así reforzaban el punto de vista sexual del caso. No soy homosexual en ningún sentido de la palabra. Me casé dos veces, sólo que ninguno de los matrimonios funcionó bien. Se fueron a pique porque yo era un adicto al trabajo, no descansaba ni un día a la semana.

Gacy sentía una necesidad imperiosa de negarlo todo, y sobre todo la idea de que era homosexual. En nuestras conversaciones previas, sin embargo, me había indicado que la actividad homosexual era para él un asunto de conveniencia: era la clase de persona que trabajaba fácilmente ochenta horas a la semana, y con esta agenda tan apretada no le quedaba tiempo para salir con mujeres. A las mujeres hay que cortejarlas: llevarlas a un buen restaurante, mandarles flores, llamarlas por teléfono, y, siendo el galanteo una tarea de dedicación casi absoluta, no encajaba en sus planes. Le resultaba mucho más fácil ligar con un chico joven que le hiciera sexo oral, y además le salía más barato; esto le permitía aguantar unas semanas más y dedicarse de lleno al trabajo. Entonces, ¿por qué no buscaba los servicios de una prostituta, igualmente accesible? Hacía todo lo posible para negar su homosexualidad, como si

encontrara en ella algunos aspectos censurables. Gacy afirmaba que había realizado misiones secretas para el condado de Cook y que había estado con la Marina en Vietnam. Ninguna de las dos afirmaciones era cierta, pero sentía la necesidad de demostrar que era muy hombre, muy machote, aventurero y amante del peligro. Pero las historias que contaba eran pura ficción, al estilo de la vida secreta de Walter Mitty.

La realidad es que era un «mentiroso en serie» manipulador y mentía acerca de casi todo. Yo diría que Gacy se odiaba a sí mismo por su homosexualidad. Todo parece remontarse a su padre, que cuando era pequeño solía decirle: «Si no eres bueno, nunca llegarás a nada», y algunas veces «Eres un mariquita», o «Me parece que de mayor serás mariquita». A pesar de que nunca tuvo una relación cordial con su padre, aún sentía la necesidad de ser aceptado por él. El padre moriría mientras Gacy estaba en la cárcel, y, a pesar de lo mal que se había portado con él durante tantos años, John quiso asistir al entierro. Se disgustó profundamente cuando la petición le fue denegada. Seguía sintiendo la necesidad de ser aceptado y no quería que aquello que le llamaba su padre se convirtiera en una profecía que acarreara su propio cumplimiento. Por eso se sentía muy cómodo proclamando su bisexualidad. En realidad se casó para cubrir y legitimar su situación en la comunidad. Posteriormente, su segunda esposa anunciaría públicamente que su actividad sexual había sido muy escasa. Del primer matrimonio tuvo hijos, pero en el segundo los adoptaron. Con los años, Gacy se fue apartando cada vez más de la heterosexualidad y se acercó al ambiente gay. En los últimos tiempos, incluso empezaba a frecuentar abiertamente algunos bares gay. Se odiaba a sí mismo por su homosexualidad.

En el siguiente fragmento de la entrevista, Gacy admite y niega al mismo tiempo su culpabilidad en la muerte de cinco jóvenes.

RESSLER: ¿Había alguien más en la casa cuando la policía fue a indagar acerca de Robert Piest? ¿Además de los agentes y tú?

GACY: Baker llegó a los pocos minutos, pero le ordenaron que se quedase fuera. Yo les dije que le permitieran entrar. ¿Lo ves? Si de algo me podían acusar era de cómplice en el encubrimiento.

RESSLER: ¿El encubrimiento de qué?

GACY: Del asesinato de Piest.

RESSLER: ¿Del asesinato?

GACY: Porque yo estaba en la casa. Yo sabía que él estaba allí, y lo encubrí, pero yo no…

RESSLER: Entonces, ¿cuál es tu opinión de cómo lo mataron en la casa y de cómo fue a parar al desván?

GACY: ¿De cómo lo mataron?

RESSLER: Sí.

GACY: Creo que lo estrangularon.

RESSLER: ¿Quién?

GACY: Me parece que fue Baker. Pero es otra vez lo mismo, ya lo he dicho, la complicidad. Y esto, ¿sabes?, me pondría en un…

RESSLER: Entonces, ¿cómo lo bajaron del desván? ¿Cómo lo sacaron de la casa?

GACY: ¿Cómo lo sacaron?

RESSLER: Sí.

GACY: Baker subió al desván, lo bajó y lo metió en el portaequipajes del coche.

RESSLER: ¿Y quién lo sacó de allí?

GACY: Yo.

RESSLER: ¿Tú? ¿Y adónde lo llevaste?

GACY: Al puente de la 1-55.

RESSLER: ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo lo sacaste del coche y lo arrojaste al río?

GACY: Abrí el portaequipajes y lo tiré.

RESSLER: Caramba.

GACY: Tampoco fue tan complicado.

La entrevista ofrece un registro fascinante de cómo niega y razona un asesino en serie, y de sus tentativas para que el dedo señale a cualquier otro que no sea él. Entre los criterios básicos para reconocer el comportamiento de un psicópata se encuentran la negación, la mentira continua y el intento permanente de manipulación. Es típico de la forma en que una personalidad psicopática lo niega absolutamente todo. Aquí, el asesino trata siempre de matizar para dar a cada detalle un giro que le favorezca. Muchos asesinos en serie niegan su responsabilidad, creyendo que mientras sigan mintiendo podrán seguir con vida.

En el ámbito político, todos hemos visto a alguno de sus representantes pillado con las manos en la masa, y sin embargo negando hasta la saciedad ser culpable de algo. Los verdaderos psicópatas tienen esta misma habilidad: mantienen una apariencia de frialdad, imaginándose que la responsabilidad de demostrar las pruebas recae sobre la sociedad, y que, mientras ellos no confiesen su culpabilidad, será la sociedad la que tenga que trabajar arduamente para demostrar que son culpables. El logo de las cartas de Gacy («Ejecuten la justicia, no a la gente») es un ejemplo de cómo, al igual que una rata acorralada, pasa al ataque de su agresor (en este caso, la sociedad).

Los razonamientos y las negaciones de los hechos de Gacy son muy reveladores precisamente por su incoherencia.

GACY: Lo que aquí estamos… hemos estado aclarando es que ellos quieren hacerte creer que yo, y sólo yo, fui quien cometió los crímenes, pero yo no tuve nada que ver con el asesinato de nadie. Había cuatro sospechosos más, o tres que conozcamos. Creemos que había cuatro personas involucradas, tres de las cuales serían Baker, Chandler y Sandler. Todos trabajaban juntos. Yo solía ir a la ciudad, ¿sabes? Cuando regresaba a casa, encontraba ropa por ahí, ¿sabes?, abrigos y chaquetas, pero nunca lo relacioné con que pudieran ser de una víctima o de lo que fuera. Pensaba que era algún empleado que dejaba ropa en la casa. Tal vez fue una ingenuidad por mi parte, y, si quieres culparme de esto, entonces supongo que podrías acusarme de cómplice de encubrimiento. Pero yo no tenía conocimiento de lo que ocurría en la casa mientras estaba fuera. Sin embargo, en lugar de investigar a fondo, como ya dijiste en 1984, la policía de Des Plaines hizo una investigación chapucera. Quizá no sea ésta la mejor manera de decirlo, pero el caso es que tenían otros sospechosos y con su estrechez de miras se dijeron: «Es la casa de Gacy; lo más fácil es cargárselo a él».

RESSLER: Has admitido que conocías a cinco de las víctimas. ¿Quiénes eran esos cinco?

GACY: Pues serían Robert Piest, y luego John B., John S., Gregory G. y Rick J. No, perdona, Rick J., no.

Serían Robert Piest, John B., S. y G., y el nombre que le pusieron más tarde al identificado como número 9, que después fue Tim M. Supuestamente era de 1972.

RESSLER: ¿Dices que conocías personalmente a esos cinco? ¿Qué clase de relación tenías con ellos?

GACY: Los conocía personalmente. B. había sido empleado mío. S. es aquél con quien se supone que estuve involucrado en el asunto del coche, y el fiscal intentó sostener que yo me había llevado a John S. a la casa, y que estuvimos bebiendo juntos, supuestamente (aquí también le añaden sexo), y después fue torturado, supuestamente. Yo no sé quién lo torturó, pero que yo sepa allí nadie torturó a nadie. Mi conocimiento personal del caso S. es que, cuando regresé a casa, S. y Baker estaban allí. Es lo mismo que dije bajo los efectos del suero de la verdad. Estaban en la casa. Me tomé unas copas y me fui a la cama. Cuando me desperté por la mañana, Baker dormía en el sofá y S. estaba muerto en el suelo. Me fui a trabajar y después ya no estaba.

RESSLER: ¿Dónde estaba? ¿Adónde fue a parar?

GACY: Supongo que al sótano.

RESSLER: ¿Viste cómo se lo llevaban allí?

GACY: No. Yo no estaba presente. Ni lo cargué yo.

RESSLER: Cuando lo viste muerto, ¿estaba en el suelo?

GACY: Estaba muerto en el suelo, sí. En el pasillo.

RESSLER: ¿Le comentaste a alguien lo que habías visto?

GACY: No. En otras palabras, mantuve la boca cerrada porque no quería verme involucrado.

RESSLER: ¿Qué me dices de B.? ¿Cuál era tu relación personal con él?

GACY: B. había trabajado una temporada para PDM Contractors; lo que mucha gente no entiende es que, si alguien trabajaba para mí, esto no significa que tuviera contacto con él, porque indirectamente tenía a setecientas personas trabajando para mí; y, si ahora mismo se me acercasen, a algunos no los conocería porque venían a través de un subcontratista. B. había trabajado directamente para nosotros arreglando tejados. Se presentó con tres amigos suyos [para cobrar un talón] y se puso agresivo diciendo que, si no le daba el cheque, él y los tres tipejos me romperían el culo.

Salieron todos de casa y se fueron a una sala de billares; se armó una pelea y John resultó herido, porque parece que le partieron un taco en la cabeza a alguien. Se fue de allí. Yo había salido de casa y estaba fuera. Me dirigí hacia John B. que estaba ahí, de pie en la calle. Entonces yo… Él se bajó del coche y se acercó; yo me había detenido en un semáforo y él, que se había bajado del coche, se montó en el mío y nos fuimos a casa. Estuvimos hablando y yo le vendé la frente, o el brazo, o donde fuera que se había cortado.

Tuvimos una larga conversación y él volvió otra vez al asunto del cheque, que, si no se lo daba, me daría una patada en el culo. «Haré que te arresten», le dije yo, porque no tenía por qué aguantar aquello. Bebimos más. Yo le advertí de que, si no se calmaba, le echaría de la casa. Finalmente se calmó relativamente y después no sé muy bien cómo fueron las cosas. Los dos íbamos bastante pasados porque estábamos fumando hierba y bebiendo. Él estaba atado. Yo le había cogido las manos y se las había sujetado con su propio cinturón, y le dije: «Cuando te tranquilices, te desataré». De modo que lo dejé y me fui a dormir. Esto es lo único que sé.

RESSLER: Cuando volviste a verlo, ¿cuál era su estado?

GACY: Bueno, cuando volví a verlo fue por la mañana, cuando vino Baxter; y estaba muerto. Fue a parar a una bolsa de plástico y después arrojado a la basura; como teníamos que ir al trabajo, lo dejamos allí.

¿No es increíble? El indicativo de una mente anormal. Gacy trata a un joven que acaba de fallecer como si fuera un gato muerto que se echa a la basura. Su razonamiento es que deshacerse del cadáver y no pensar en el asesinato es un comportamiento aceptable. Y éste es un claro indicio de un ser sin verdadera ética ni moral: sin carácter, en el antiguo sentido de la palabra. Un indicio en consonancia con su manera de enfrentarse a otros aspectos de la vida, pues Gacy hacía trampa con los

impuestos, mentía a sus esposas, empleaba tácticas comerciales poco éticas y a veces hasta ilegales. En la época en que lo detuvieron, en cierto sentido se había convertido en un ser incapaz de decir la verdad acerca de nada.

RESSLER: ¿Qué me dices de Greg G.?

GACY: El hecho de que tuviera un pasado o un historial como travestido y chapero no hizo más que abonar las teorías del fiscal. Mira, Bob, yo creo que lo que ellos querían, que lo que el fiscal intentaba hacer era que su declaración resultara más efectiva cargándome todas las culpas diciendo que el trasfondo era sexual. El hecho de que encontraran desnudos los cadáveres no demuestra que hubiera sexo.

RESSLER: Pero [Greg G.] también fue a parar al sótano, ¿no es cierto?

GACY: Es cierto. Según tengo entendido, era el cadáver número 19.

RESSLER: ¿Presenciaste su traslado al sótano?

GACY: No. Lo vi muerto en la casa, pero yo no tuve nada que ver. Como ya te he dicho antes (y tú y yo hemos hablado muchas veces del tema a lo largo de los años), sí, conocía a esos cinco, pero a este tipo no lo maté.

RESSLER: John, ¿puedes hablarme de Tim M., el último de esos cinco que, según dices, conociste?

GACY: Tim M., sí. Aunque es el último, en realidad es el primero. El nombre de Tim M. no se lo pusieron hasta 1988. Antes se le conocía como el desconocido número 9; y lo enterré yo mismo en el sótano.

RESSLER: ¡Ah!

GACY: Es lo único que sé de él.

RESSLER: ¿Cuáles fueron las circunstancias?

GACY: Lo mataron en la casa en defensa propia.

RESSLER: ¿Quién lo mató, entonces?

GACY: Yo lo acuchillé.

RESSLER: ¿Y fue… en un principio fue defensa propia? ¿Por qué? ¿Te estaba atacando, tal vez?

GACY: Se me acercó con un cuchillo. Yo se lo quité y se lo clavé en la mano. Eso lo mató.

RESSLER: Entonces, ¿tú mismo lo enterraste en el sótano?

GACY: Exacto. Si te fijas, está bajo cemento.

RESSLER: Entonces, ¿cómo es posible que tú sepultases al primero en el sótano y después los otros veinte y pico acabaran enterrados allí también? ¿Sabía alguien lo que habías hecho con el primero y te copiaron la idea?

GACY: Sí, es posible, puesto que bebíamos y nos colocábamos juntos, sí.

RESSLER: Entonces se lo contaste. ¿Crees que los demás siguieron tu iniciativa de utilizar el sótano como cementerio?

GACY: Sin ninguna duda.

Los razonamientos de Gacy revelan incoherencias internas. Si una persona relativamente normal se va a dormir y al despertarse encuentra un cadáver, su reacción será chillar, sobresaltarse, llamar a la policía o salir huyendo, pero Gacy se comporta como si no ocurriera nada extraordinario. Nótese cómo su forma de hablar parece ensayada: tiene una respuesta para cada acusación o cada prueba, y verbaliza las respuestas como si fueran mantras, palabras recitadas para crear un efecto mágico sobre sí mismo o sobre su interlocutor.

En el extracto siguiente, Gacy trata de justificar el uso de las esposas para

inmovilizar a sus víctimas y el célebre truco de la cuerda, que consistía en convencerlas de que le permitieran ponerles una cuerda alrededor del cuello, con la que las estrangulaba con gran facilidad.

RESSLER: Háblame de las esposas.

GACY: No eran esposas de verdad.

RESSLER: El truco de las esposas siempre aparece en la literatura, los libros y los juicios.

GACY: Sí, es verdad. El truco de las esposas y el truco de la cuerda.

RESSLER: Y el truco de la cuerda.

GACY: Sí. ¡Nunca falla! A ver, el truco de las esposas. El 30 de enero de 1979, un mes y medio después del registro, les permitieron presentar los objetos confiscados en la casa, y en aquella lista figuraban unas esposas con su llave dentro de una funda. Eran unas esposas de broma compradas en la avenida Wabash en noviembre de 1977. Tenían menos… tenían menos de un año, así que la teoría del fiscal de que yo había esposado a todo el mundo no es posible, porque en aquel tiempo aún no las tenía.

RESSLER: ¿En qué consistía exactamente el truco de las esposas?

GACY: El truco de las esposas, por lo que he oído… cuando lo hacíamos en el típico número de las comedias Keystone[4], teníamos un billete de diez dólares ampliado, y un tío lo coge… Se deja el billete en el suelo, y un tío lo recoge, pero cuando se agacha para cogerlo, viene otro y se lo quita…

RESSLER: ¿Es un número de payasos?

GACY: Exacto. Así es como lo hacíamos en el espectáculo. Y el otro payaso, el que hacía de policía tonto, te esposaba con las manos a la espalda. Y ya está. Y por eso, en el juicio se afirmó que había utilizado… que se habían utilizado las esposas con todas las víctimas; y no es verdad.

RESSLER: ¿Y el truco de la cuerda?

GACY: El truco de la cuerda era… tal como lo he descrito, es simplemente un torniquete. Se lo he explicado y se lo he demostrado. Entonces sólo tenía un rosario en la mano, y cogía… lo único que hay que hacer es ponerse un rosario alrededor de la mano, pasar un palito por el lazo y luego cogerlo por ahí y retorcer.

RESSLER: ¿Con qué objeto?

GACY: Es un torniquete. Vamos, para cortar el aire. Vamos, que si vas a matar a alguien, se lo pones alrededor del cuello y lo haces girar tres o cuatro veces, o las que sea, hasta que la persona deja de moverse. Pero ¿ves lo que dijeron luego? «Pues Gacy hizo esto, Gacy hizo lo otro». En fin, ellos fueron los únicos que me metieron estas ideas en la cabeza de si se hizo o no. Porque ahora resulta que fui yo quien lo declaró. Y yo no hice tal declaración.

John Wayne Gacy siempre ha proclamado su cordura y no se ha acogido a la definición legal de enajenado mental que no es responsable de sus crímenes. En el fragmento siguiente se advierte su necesidad de que no le llamen enajenado mental y de rechazar todo diagnóstico que pueda decirle algo de sí mismo.

RESSLER: Entonces, ¿por qué aceptaste la alegación de enajenación mental [en la que se querían basar tus abogados]?

GACY: Yo no sabía que, en el estado de Illinois, la alegación de enajenación mental significa que, si te declaras no culpable porque no estás bien de la cabeza, aceptas que cometiste los crímenes pero que en aquel momento estabas loco, o sea que ya no se trata de inocencia o culpabilidad. Lo que intentan así es que todo el juicio se limite a decidir si la persona está mal o bien de la cabeza. Y, demonios, a ver cómo me iban a declarar loco a pesar de los trece médicos. Fue como jugar una partida de ajedrez.

RESSLER: Entonces, te reconocieron minuciosamente, ¿verdad?, los médicos del fiscal y de la defensa, ¿no es así?

GACY: Yo no diría que me «reconocieron minuciosamente», porque me pareció que eran unos bichos raros. Mi opinión personal es que la alegación de enajenación mental no compete en absoluto a los tribunales, ni al sistema legal ni a nada. Creo que ni siquiera debería existir.

RESSLER: ¿Te hicieron pruebas?

GACY: Te vas a llevar una sorpresa. Si Jeffrey Dahmer no ha superado el test legal de la enajenación mental, que Dios bendiga al que la supere. Quiero decir que…, que debe de ser un fuera de serie. Si Jeffrey Dahmer no lo pasa, no lo pasa nadie. Y para mí, es una argucia psicológica…, pero el caso es que hacen como si la alegación de enajenación mental fuera algo excepcional […].

RESSLER: ¿Qué postura adoptaron los psiquiatras de la defensa? ¿Cuál era tu problema según ellos? ¿A qué conclusión llegaron desde los presupuestos de…?

GACY: ¡Qué demonios era! Así de repente, no me acuerdo. Personalidad límite y comportamiento antisocial. No entiendo cómo alguien puede ser antisocial cuando participa en tantas actividades públicas como yo.

RESSLER: ¿Y lo de la personalidad múltiple?

GACY: Una mañana vino a verme [el psiquiatra] y le dije: «¿Qué tal está, doctor? ¿De qué quiere que hablemos?». Era un paranoico. Puso la espalda contra la pared. No quería que cerraran la puerta. Yo estaba allí sentado tranquilamente y él estaba muerto de miedo. Le dije: «¿De qué quiere hablar hoy? ¿Quiere hablar con Gacy, el político? ¿El payaso? ¿El padre de familia? ¿El hombre de negocios?». Al día siguiente leí en el periódico: Gacy tiene cuatro personalidades. Hasta qué punto tengo una personalidad múltiple o soy más de una persona, conscientemente no lo sé. No tengo sueños, no tengo pesadillas ni nada que lo haga suponer. Cuando entramos en este terreno, creo, como he dicho, que la locura no tiene nada que ver. No tengo una personalidad múltiple. No tenía ninguna razón para cometer los asesinatos. En la medida en que soy bisexual, si quería una relación sexual, Baker y Chandler estaban dispuestos a hacerme una mamada cuando yo quisiera, con tal de que les diera droga; y no están muertos.

¿Es posible que Gacy tuviera, en efecto, una personalidad múltiple? Ciertamente entra dentro de las posibilidades psiquiátricas que en un momento determinado estuviera en un estado mental A, cometiera un asesinato en el estado mental B y se despertara otra vez en el estado mental A desconociendo los actos de la personalidad B. El diagnóstico de la personalidad múltiple, según el *DSM-IV*, hace hincapié en la negación por parte de una personalidad de los actos cometidos por la otra, y sin lugar a dudas ésta era la actitud de Gacy. Por otro lado, Gacy sentía un fuerte deseo de legitimidad (levantar un negocio, tener una familia, participar en política) que se opondría casi radicalmente a la personalidad asesina. Sin embargo, ni en sus comparecencias ante el tribunal ni en las entrevistas que le hicieron los psiquiatras y otras personas relacionadas con programas de salud mental, se produjo ninguna situación en que dominara una personalidad excluyendo a la otra, como se ha observado repetidamente en casos reconocidos de trastorno de personalidad múltiple. No obstante, aún es viable diagnosticarlo como tal, porque, mientras Gacy se encontraba entre rejas, o apartado de la sociedad en un hospital psiquiátrico, las tensiones que caracterizaban su vida en el exterior se mantenían a raya; controlaba perfectamente las situaciones y parecía desenvolverse bastante bien. No había necesidad, en esos momentos, de que se interpusiera la personalidad asesina.

Fuera, sin embargo, no sólo debía afrontar las tensiones, sino también las tentaciones y las oportunidades. En el pasaje siguiente se entrevé de qué manera estas tentaciones incidían en Gacy y cómo aprovechaba las oportunidades.

RESSLER: ¿Es fácil captar a una persona joven, digamos un adolescente, recoger a un muchacho como éste en la calle y llevárselo, por ejemplo, a algún lugar para tener relaciones sexuales con él?

GACY: En mis encuentros de los años setenta, cuando trabajaba hasta tarde, si me surgía alguna oportunidad… Vamos a ver, ya sé que el fiscal quiere que digas que yo merodeaba por las calles oscuras, siempre al acecho, los alumbraba con una linterna, los esposaba y me los llevaba: esto no ocurrió nunca. En primer lugar, no tenía tiempo para hacerlo. Mis encuentros siempre fueron por casualidad. Si uno se detenía junto a un semáforo y había alguien esperando el autobús, y uno se ofrecía a llevarlo y le preguntaba adónde iba… podía conseguir cualquier cosa, ¿sabes?, drogas o cualquier cosa. Así funcionaba. Siempre intentan culpar a la persona de más edad, pero las más de las veces resulta que es la persona joven la que busca que le hagan caso; se escapan de casa porque necesitan afecto. Como ya sabes, yo me fui de casa a los diecinueve años porque no me llevaba bien con mi padre: era demasiado dominante. Yo era «tonto y estúpido y jamás llegaría a nada». De modo que dije: «Al infierno con todo», y me largué. En cuanto a cómo se capta a un joven, ¡uf!, prácticamente en cualquier sitio, haciendo autoestop, o merodeando por los restaurantes o las estaciones de autobuses, o sitios así. Los encuentras desde los quince para arriba, hasta, diría, los veintitrés, prostituyéndose, intentando sacar un dólar, cinco dólares, diez dólares, lo que sea. Están dispuestos a hacer casi cualquier cosa, y no se trata sólo…, no se trata sólo de sexo. Porque he tenido algunos encuentros con desconocidos y hemos tenido largas conversaciones sin que hubiera ninguna relación sexual de por medio. Se trata de darles cinco dólares, una comida, y que sigan su camino. Y yo les decía que se quitaran de la calle, porque…

RESSLER: Y sin embargo has dicho, me parece, que te habías aprovechado de algunos de estos jóvenes con fines sexuales.

GACY: No me aproveché. Yo no siento que me haya aprovechado de ellos, porque se estaban vendiendo.

A lo largo de los años, Gacy me habló con frecuencia de que su infancia no había sido normal, tanto en el aspecto físico como en el mental; tales recuerdos revelan, aunque sea mínimamente, que la base de sus problemas reside en aquella infancia.

GACY: A los diez años, me dijeron que tenía el corazón ensanchado y con deformación de cuello de botella. Pues bien, por esto me desmayaba a menudo. Cuando me lo diagnosticaron, pudimos determinar que había muchas cosas que no podía hacer. No me dejaban correr, no me dejaban jugar. O sea que era más o menos un niño enfermizo. En la escuela, no me permitían hacer gimnasia ni tampoco podía participar en ninguna actividad deportiva. A los diecisiete años, me diagnosticaron también una epilepsia psicomotora.

RESSLER: ¿Tomabas alguna medicación para la epilepsia?

GACY: Phenobarb y Dilantin.

RESSLER: ¿Tuviste algún episodio?

GACY: ¿Ataques?

RESSLER: Sí, ataques de este tipo.

GACY: Sí. Según el médico, eran ataques. Decían que cuando sufría alguno, mi fuerza aumentaba ochocientas veces. El único ataque epiléptico que sufrí, me acuerdo de que solíamos salir dos parejas y, pobres, no debía de ser la mejor compañía del mundo. Me dio el ataque, me desmayé y me desplomé sobre el regazo de la chica y tuvieron que llevarme al hospital.

RESSLER: Bien. ¿Y abusos sexuales, malos tratos físicos o psicológicos? De niño, quiero decir. Empecemos por los sexuales. ¿Alguna vez alguien abusó sexualmente de ti?

GACY: A los tres años, una chica de quince.

RESSLER: ¿A los tres años?

GACY: Exacto. Una chica de quince. No sé si le puede llamar abuso. Jugaba a papás y mamás y yo era el bebé. Me desvistió y se puso a jugar con mi pene.

RESSLER: Caramba.

GACY: Entraron los padres y terminó el juego. ¿Cómo iba yo a saber lo que hacía la chica, si tenía tres años?

RESSLER: Claro.

GACY: A los nueve años, había un contratista que…

RESSLER: ¿Un contratista de obras?

GACY: Trabajaba en la casa de al lado y a veces me llevaba a dar un paseo. Siempre se empeñaba en enseñarme llaves de lucha libre y me sujetaba la cabeza con las piernas; lo hizo muchas veces. Después pasaba por casa y les pedía permiso a mis padres. Mi padre lo conocía, ¿sabes? Bueno, no personalmente, pero lo había visto en la [empresa] 22 Construction, porque habían hablado de algunas cosas, y este hombre solía…, supongo que ya lo habrás leído en los libros, pero lo entendieron todo al revés. Mi padre no fue detrás de él, ni le amenazó, ni nada parecido. Un día vino a casa a buscarme y mi madre me dijo: «Ha venido Fulanito a buscarte para llevarte a ver unas obras». Y yo respondí: «No quiero ir con él. Siempre acabo con la cabeza metida entre sus piernas». Cuando regresó mi padre, mi madre se lo contó todo y él respondió: «Tendré que hablar con él». Y le dijo: «No vuelvas nunca más a esta casa a buscar a mi hijo». En aquel momento, yo no lo entendía como algo sexual. Me enseñaba llaves de lucha libre y constantemente tenía la cabeza entre sus piernas o sus brazos. Siempre me compraba helados y otras cosas.

La historia del contratista de obras es muy poderosa y Gacy me la ha contado tantas veces que he llegado a considerarla esencial para su personalidad, tanto si es inventada como si ocurrió realmente. Contiene indicios de homosexualidad, de dominio sobre otro hombre y de trucos que se practican sobre otros, pero, sobre todo, incluye un contratista de obras, actividad que él desarrollaría más tarde, y por supuesto, incluye a su padre. La realidad psicológica es que, cuando Gacy fue mayor, invirtió los papeles, de modo que, en sus crímenes, John el niño víctima se convirtió en John el agresor. Mucha gente vive, en la infancia, sucesos traumáticos que moldean su personalidad: para Gacy, éste pudo ser uno de estos sucesos.

RESSLER: En mi opinión, uno de los rasgos más importantes de tu personalidad es que te satisfacen el poder y el control; por ejemplo dirigiendo tu negocio, el dominio y el control que allí ejerces y los buenos resultados obtenidos. Esto ha sido un elemento psicológico importante de tu vida, ¿me equivoco?

GACY: Yo no…

RESSLER: ¿El éxito?

GACY: Mira, Bob, yo creo que esto me viene de la infancia. Mi padre me decía que era tonto y estúpido y que nunca llegaría a nada. Por esto, todo lo que emprendo lo hago al cien por cien. Yo lo veo así: si te metes en algo, hazlo bien.

RESSLER: Un adicto al trabajo, ¿no?

GACY: Sí. Daba el ciento diez por ciento de mí. Estaba envuelto en política, participaba en actividades cívicas; incluso, a los veintidós o veintitrés años, fui nombrado Hombre del Año en Springfield, Illinois. Allí colaboré en numerosos proyectos. Después me mudé a Waterloo, Iowa. Me nombraron Hombre del Año porque, además de trabajar todo el tiempo, también era miembro de los Jaycees[5]. Y dirigí la campaña para aumentar el número de afiliados. Naturalmente, nos valíamos de la pornografía.

RESSLER: ¿Ah, sí?

GACY: Organizábamos despedidas de solteros. Fue así como la asociación pasó de ciento cincuenta a cuatrocientos socios.

RESSLER: ¿Alguna vez te ha interesado esa clase de pornografía basada en la violencia, como el sadomasoquismo?

GACY: No. No, no, nunca. En primer lugar, no me gustan esas historias de sumisión. A mí me va el sexo oral y anal, o el sexo oral y vaginal. De la misma manera que no practico deportes acuáticos, no me interesa el rollo sadomasoquista de las cadenas y los látigos y todas esas porquerías. No.

RESSLER: ¿Y el potro?

GACY: La verdad es que ni siquiera podría tener una erección entre cadenas y potros.

RESSLER: Háblame de tu padre, John. Has dicho que nunca podías complacerle, que hablaba de ti en términos despectivos.

GACY: Tampoco le odiaba.

RESSLER: Pero tuviste una educación difícil con él, ¿no?

GACY: Mi padre procedía de Inglaterra, tenía una educación limitada, pero hacía lo posible para sacar adelante a la familia y tenía una gran voluntad y unas opiniones muy firmes. También era alcohólico, debo decirlo.

RESSLER: ¿Era agresivo contigo? ¿Te pegaba de vez en cuando?

GACY: Cuando bebía, era como una persona completamente distinta. De niños, mi padre nos pegaba a todos siempre.

RESSLER: ¿Eran palizas fuertes o sólo…?

GACY: El que vivía en casa de mi padre tenía que aceptar sus reglas. Si volvías pasada la medianoche, es que tramabas algo. No te creía. Si estabas fuera después del anochecer y no dejabas un número de teléfono, era que te traías algo entre manos. Había que hacer todas estas cosas. Si hablabas por teléfono más de diez minutos, «escríbele una carta», te decía. Tenía unos valores muy conservadores.

RESSLER: John, se ha dicho que, cuando estabas en Las Vegas, trabajaste en una funeraria; en un depósito de cadáveres, para ser más exactos. ¿Es cierto?

GACY: Trabajaba sólo como vigilante de noche. No tenía nada que ver con los cadáveres. Todas estas habladurías de que yo había dormido con los muertos o que practicaba el sexo con los cadáveres, no hay nada de cierto en ellas.

RESSLER: ¿No vivías en el depósito?

GACY: Sí, vivía allí, pero no en la sala de embalsamamiento. Tal como lo decían, ya ves, parecía que dormía en las criptas con ellos. Y nunca me subí encima de un ataúd ni nada parecido. Es ridículo. Es otra vez lo mismo, ¿lo ves? También aseguraban que pasé toda la noche con Robert Piest. Y yo nunca pude pasar la noche con él porque a Robert Piest ya se lo había llevado Baxter. Era materialmente imposible. Si quieres decir que dormí en la misma casa que un cadáver, de acuerdo, lo acepto; pero en la misma habitación, no. Además, los muertos no molestan; es de los vivos de quien hay que preocuparse.

En la cárcel, Gacy volcó parte de su prodigiosa energía en la pintura; incluso, con el tiempo, empezó a vender algunos cuadros. No eran grandes obras de arte, pero estaban pintadas por un asesino múltiple y ejercían cierta fascinación sobre mucha gente. En algunas de las telas aparecían payasos (a mí me regaló dos) y también pintó muchas con el tema de los siete enanitos. Para animarle a hablar, a veces llevaba la conversación hacia sus trabajos artísticos.

RESSLER: Tus cuadros han mejorado con los años.

GACY: Creo que de cada cuadro he aprendido algo.

RESSLER: Has mejorado la técnica, ¿eh?

GACY: Sí.

RESSLER: Permíteme que te haga una pregunta. ¿Por qué los siete enanitos? ¿De dónde viene eso?

GACY: En 1947 vi por primera vez la película *Blancanieves y los siete enanitos*. En el teatro Montclair, aunque no te lo creas, porque mi tío Art trabajaba allí; era el aparcacoches. A partir de ahí empecé a pintar los siete enanitos. Me acordaba de la canción «Ay ho». Pero en realidad, en la vida, si uno se fija en la distinta personalidad de cada uno de los enanos y estudia un poco cualquiera de las obras de *Disney*, juntar a los siete enanitos fue un gran esfuerzo que le llevó tres años. Supongo que por la misma razón me siento próximo a Miguel Ángel, porque era un adicto al trabajo, y Leonardo da Vinci también. Mira, la gente siempre me pregunta quiénes son mis artistas favoritos y por qué; y yo no sabía que Miguel Ángel era homosexual, y me da lo mismo que lo fuera o no. Era un adicto al trabajo: era escultor, era pintor y

también hacía muchas otras cosas. Da Vinci era un inventor. Y yo, en mi vida… ya sabes que yo soy carpintero, «un rudo carpintero de oficio», pero también soy alicatador, de lo que sea, pongo baldosas, pongo azulejos. Y he hecho de todo: pintar, decorar, empapelar; he hecho murales, he asfaltado. Me he diversificado dentro del sector, aunque supongo que esto me viene de mi padre, porque él era igual. Mi padre era aprendiz de mucho y maestro de nada, pero fue controlador de montaje de proyectos de misiles teledirigidos más de treinta años. Era un hombre trabajador; nunca salió mucho, bebía en casa. A mí nunca me tiró demasiado la bebida. Sólo cuando Chandler y Baker entraron a trabajar conmigo, empecé a tomar pastillas y abusé de ellas. No sabía en qué me metía. Al principio fueron uno o dos valiums por la mañana, para relajarme, porque, con la de trabajos que llevaba, estaba muy tenso; tenía que estar en todas partes y hacerlo todo, siempre me ha gustado controlar las cosas. Consideraba que, si me contrataban, tenía que hacer acto de presencia. Pero, cuando uno tiene cinco obras en marcha, no puede estar en todas partes, aunque yo lo intentaba; ya te lo he dicho, soy un adicto al trabajo. Pero así empecé: «Venga, tómate un par de *valiums*, te ayudará a relajarte». Y empecé con dos valiums, y luego cuatro. Al final, en 1977 o 1978, estaba en los ciento treinta miligramos al día. Por aquel entonces, ya estaba muy fatigado, ¿sabes?

RESSLER: ¿Consideras que eras un adicto?

GACY: Totalmente. En 1978 estaba completamente enganchado, sin ninguna duda.

RESSLER: Muchas veces hablas de tu pérdida de memoria. ¿Es posible que las drogas y el alcohol contribuyeran en alguna medida?

GACY: Sí, hay muchas cosas que he olvidado, que no puedo recordar. Por ejemplo, si pienso en mi infancia, tengo las imágenes presentes; sin embargo quiero recordar cosas de los años setenta y no me vienen a la memoria a menos que me den un indicio o me pongan algo delante que me permita evocarlo; de esta manera, aún puedo recordar bastante, y no son cosas que se puedan falsear. Es decir, que necesito algo que me dé la idea, que me permita recordar algo. En otras palabras, si tuviera los archivos de mi trabajo, aquellos archivos, podría dar más detalles de los hechos si supiera los lugares, las fechas y las horas. Es lo que he intentado hacer con las víctimas. He mirado todo… No sé si sabes que aquí tenemos las fotos de todas ellas; y aunque no te lo creas, me he pasado doce años examinando estas fotos. Aquí hay una foto de todas las víctimas juntas. Y miro las fotos y no tengo ningún recuerdo de ninguno de ellos. No los he visto en mi vida, jamás los conocí.

Las autoridades permitieron a Gacy tener las fotos de todos los jóvenes asesinados como parte del material para su propia defensa. Sin embargo, la forma de guardar estas fotos en su celda, en un álbum, tenía, en mi opinión, oscuras implicaciones. Para Gacy, aquellas fotos eran pornográficas. Mirándolas podía revivir sus crímenes, la manera en que había matado a cada uno de los jóvenes, y excitarse sexualmente. La posesión de aquel material en la celda fue un último ejemplo de cómo este asesino paranoico era capaz de engañar a las autoridades.

Después de finalizada la entrevista, Gacy dejó de ser buen corresponsal. Se había enfadado porque en *El que lucha con monstruos* no se proclamaba su inocencia, y las pocas cartas que recibí de él tras la publicación del libro eran para preguntar cuándo pensaba revisarlo para que se ajustara a su realidad.

Incluso escribió al FBI protestando de que el libro no describía adecuadamente su inocencia. Fue grotesco. Gacy pisaba un terreno más firme cuando volvió a escribir al FBI para quejarse de que mi antiguo colega John Douglas hubiera afirmado que había tenido un *vis à vis* con él, cosa que no era cierta. En efecto, los registros de la cárcel demostraron que Douglas jamás había entrevistado personalmente a Gacy.

Pasó el tiempo. Joe Kozenczack se jubiló y pasó a dedicarse a la investigación privada, y nuestra amistad prosiguió. Aún ahora nos consultamos el uno al otro y colaboramos esporádicamente en algún caso muy alejado del primero que nos puso

en contacto. Joe opina, y yo coincido con él, que Gacy es responsable de muchos otros homicidios cometidos en distintos lugares del país, además de aquellos de los que fue declarado culpable. Las autoridades responsables del proceso judicial, sin embargo, no aceptan esta posibilidad, y rechazan asimismo perseguir a quienes pudieron haber sido cómplices de Gacy.

En 1994 se agotó el tiempo de John Wayne Gacy. La noche del 9 al 10 de mayo de 1994, en que Gacy iba a ser ajusticiado con una inyección letal, yo estaba en un motel de otro estado. Me di cuenta de que era el aniversario de su primera detención, acaecida en 1968 en Iowa, por sodomía. Puse la CNN para conocer detalles de las últimas tentativas para detener la ejecución, pero recapacité: «No voy a quedarme aquí sentado esperando a que ocurra», y cambié a otro canal, donde emitían una película antigua. Me quedé, sin embargo, dormido con la televisión encendida. De madrugada, cuando aún estaba oscuro, me desperté sobresaltado. Respiraba con dificultad, entrecortadamente, como tras una pesadilla, pero no había tenido ninguna. Tenía palpitaciones, estaba sufriendo un extraño ataque de ansiedad. Di unas vueltas por la habitación, me bebí un vaso de agua y pensé que tal vez tuviera un ataque al corazón. Me senté en la cama y volví a poner la CNN. En aquel momento decían: «A tal y tal hora, John Wayne ha sido ejecutado», y la hora que anunciaron coincidía al minuto con el momento en que me había despertado aquel extraño sobrecogimiento. No puedo decir si John Gacy, de camino al infierno, pasó por mi habitación dispuesto a asustar al cazador de asesinos en serie que se había criado sólo a cuatro calles de él, pero fue una extraña experiencia.

6
Entrevista con un caníbal: Jeffrey Dahmer

En enero de 1991, unos meses después de mi retiro del FBI, la Universidad de Wisconsin me invitó a dar un curso de elaboración de perfiles criminales y sobre abuso sexual infantil en Milwaukee, en colaboración con mi antiguo colega Ken Lanning. Para nosotros era un encargo rutinario y no me detuve a pensar en las consecuencias hasta que por los titulares de la prensa me enteré de que el verano de aquel mismo año habían detenido en Milwaukee a Jeffrey Dahmer. Dahmer estaba acusado de haber cometido diecisiete asesinatos en aquella zona y en los alrededores de la casa donde había transcurrido su infancia, en Bath, Ohio. Para mí fue una grata sorpresa recibir una carta, el mes de agosto, de un investigador que había asistido al curso y que en aquel momento participaba activamente en el esclarecimiento del caso Dahmer. «No se puede figurar hasta qué punto han sido útiles sus explicaciones para abordar los sucesos ocurridos recientemente en Milwaukee —decía—. No sólo para mí, sino también para los demás investigadores que también han participado [en el caso Dahmer], ha sido de gran ayuda saber qué debíamos buscar».

Más tarde, mi intervención en el caso Dahmer fue más directa y personal. En otoño coincidieron en ponerse en contacto conmigo la defensa y un policía que pasó mi historial profesional al fiscal. Mi amigo Park Dietz iba a presentarse por la acusación, pero en aquella ocasión mi opinión difería de la suya y acepté asesorar a la defensa. No es que creyera que Dahmer fuera inocente de sus crímenes desde el punto de vista legal o médico, pero me parecía que existían circunstancias atenuantes que permitían plantear un caso de locura. En mi opinión, Dahmer no respondía ni al perfil clásico del criminal «organizado» ni al del «desorganizado»; mientras que un asesino organizado sería legalmente cuerdo, y un asesino desorganizado sería, para la ley, claramente demente, Dahmer era ambas cosas y ninguna de las dos, una especie de criminal «mixto», por lo que cabía la posibilidad de que un tribunal considerase que no estaba en su sano juicio cuando cometió algunos de sus últimos asesinatos.

Era improbable que me llamasen a testificar en este caso, debido a la presencia de reconocidos psiquiatras por ambas partes. Sin embargo, mi opinión difería incluso de la de los profesionales más expertos, ya que mi especialidad son los aspectos criminales de la conducta y no sus desviaciones. La sorprendente noticia «Ressler testigo de la defensa» hizo arquear las cejas a más de uno. El fiscal del distrito del condado de Milwaukee, E. Michael McCann, que representaba a la acusación, se opuso enérgicamente a mi testimonio. Llegó a decir al tribunal que hasta mis antiguos colegas de la Unidad de Ciencias de la Conducta ponían objeciones a mi comparecencia. Circuló el rumor de que yo había pedido intervenir en el caso. No es cierto. Como ya he explicado anteriormente, en mi carrera profesional fuera del FBI jamás he solicitado comparecer como testigo experto, pero con cierta frecuencia me

he visto inesperadamente requerido para hacerlo. Este rumor, iniciado por mis antiguos colegas de la Unidad de Ciencias de la Conducta, me ha seguido acompañando desde entonces, e incluso se sacó a relucir en un caso de asesinato en Texas, en un intento de evitar que testificara para la defensa. Los celos profesionales son duraderos y no es fácil erradicarlos.

En cuanto a lo de ser testigo de la defensa, un experto, para mí, sólo tiene una opinión, y debe estar dispuesto a darla y a no modificarla, sea cual sea la parte que lo reclama. En el caso Dahmer, mi postura no era ni a favor ni en contra de la inocencia del acusado. No podía salir en defensa de sus acciones o su comportamiento, como tampoco podía excusar de ningún modo que matara a diecisiete seres humanos; sin embargo, creía firmemente que mis conocimientos podían proporcionar la base necesaria para una justa sentencia. Por esta razón accedí a colaborar con Gerard P. Boyle, el abogado defensor de Dahmer.

Si acepté, fue por la alegación que Gerry Boyle quería que Dahmer presentase. El 13 de enero de 1992 Boyle anunció a la prensa y al tribunal que Dahmer, que en un principio se había declarado «no culpable por enajenación mental», ahora se declaraba «culpable pero enajenado». La alegación «culpable pero enajenado» está prevista por la ley de Wisconsin, aunque no por la de otros muchos estados. En virtud de ella, fuera cual fuera el resultado del juicio, Dahmer pasaría el resto de sus días recluido en una institución segura. Si la defensa ganaba el caso, la institución sería un hospital psiquiátrico; si perdía, sería la cárcel. «Éste es un caso sobre el estado mental [de Dahmer]», anunció Boyle a la prensa.

Precisamente para evaluar el estado mental de Dahmer me programaron, para la semana siguiente al comunicado, una entrevista de dos días con él. Para prepararme, visité su apartamento acompañado de varios agentes de la comisaría de policía de Milwaukee y revisé las pruebas. Examiné la información disponible sobre el hombre y sus crímenes, a fin de facilitar a Boyle una evaluación de Dahmer dentro del amplio contexto de los asesinos en serie y de los patrones por los que generalmente se rigen.

Criado en una familia de clase media de una pequeña ciudad de Ohio, Dahmer sólo tenía dieciocho años cuando mató por primera vez: fue en 1978, cerca de su casa de Bath. Transcurrieron ocho años antes de que sintiera la necesidad de matar de nuevo, pero luego la frecuencia de los crímenes se aceleró: uno en 1986, dos en 1988, uno en 1989, cuatro en 1990 y ocho en 1991. Finalmente, un joven de color llamado Tracy Edwards logró huir de él y parar a un coche de policía para que le ayudara a quitarse las esposas con las que Dahmer le había inmovilizado.

Una vez detenido, la policía halló en su apartamento restos humanos, fotografías de las víctimas y gran cantidad de macabros trofeos de los jóvenes asesinados, además de pruebas de canibalismo y tortura. La investigación demostró que la policía había tenido numerosas oportunidades para atraparle antes de su última escalada criminal. En 1988, por ejemplo, un joven laosiano pudo escapar de su apartamento. Dahmer le había llevado allí con la promesa de hacerle unas fotos a cambio de

dinero, y luego había intentado drogarle hasta dejarlo inconsciente. Dahmer, con antecedentes de delitos relacionados con el alcohol, fue condenado entonces por agresión sexual en segundo grado. Estando en libertad bajo fianza en espera de la condena, cometió otro asesinato. Cuando se dictó sentencia, en lugar de recluirle en la cárcel, se le impuso una condena de un año de prisión en régimen semiabierto y la obligación de asistir a un cursillo sobre alcoholismo. Por aquel entonces, había varias denuncias de jóvenes desaparecidos en la zona en que Dahmer había recogido al joven laosiano, y también pruebas suficientes para relacionarlo directamente con tres de ellos. Las autoridades policiales, sin embargo, no ataron cabos. (Si hubieran aplicado convenientemente el sistema de análisis criminal del Programa de Detención de Criminales Violentos del FBI, tal vez hubieran visto la relación con más claridad y habrían evitado el asesinato de más jóvenes).

Cuando Dahmer, en condición de régimen semiabierto, solicitó la libertad bajo palabra, incluso su padre, uno de sus más acérrimos defensores, escribió al juzgado oponiéndose a su excarcelación antes de que finalizara el programa de tratamiento, pero aun así fue puesto en libertad. A partir de entonces la vorágine de asesinatos se aceleró como nunca. Las autoridades tuvieron como mínimo dos oportunidades más para cogerle. El 8 de julio de 1990, una de sus víctimas en potencia se puso a gritar con tal fuerza que Dahmer no tuvo más remedio que dejarla marchar; el incidente fue denunciado a la policía, con la descripción de un agresor llamado Jeff y la dirección de su apartamento, pero no se llevó a cabo ninguna investigación. La segunda oportunidad se dio a finales de mayo de 1991, cuando Dahmer secuestró en un centro comercial a otro muchacho laosiano que resultó ser el hermano pequeño del que tres años antes había conseguido escapar de él. Esta vez, el joven también pudo huir, después de haber sido violado, y salió corriendo desnudo a la calle, donde se congregó una multitud que le prestó auxilio hasta la llegada de la policía. Dahmer se presentó en el lugar unos minutos más tarde. Por increíble que parezca, los policías y los bomberos que acudieron a la llamada de urgencia se dejaron convencer por él: les aseguró que el muchacho era su amante y que estaba muy borracho. Los policías llegaron al extremo de acompañar al laosiano a casa de su agresor, donde éste les mostró la documentación del muchacho y una de las fotos que le había sacado antes de drogarlo. La policía no hizo caso del hedor que impregnaba el apartamento y se marchó dejando a Dahmer con su víctima; unos minutos después, el muchacho era estrangulado.

Cuando finalmente, en el verano de 1991, le detuvieron por asesinato, al principio intentó negar sus crímenes, pero el cúmulo de pruebas encontradas (un bidón lleno de restos humanos, cráneos puestos a secar y barnizados, centenares de fotos, y muchas otras) le hizo cambiar de idea y facilitó una detallada descripción de los asesinatos. No sólo confesó el asesinato de los jóvenes, sino también una serie de prácticas espantosas que incluían copulación con los cadáveres, canibalismo y prolongadas torturas como preludio de los asesinatos. Dahmer martirizó a algunas de sus víctimas

trepanándoles el cráneo y vertiendo ácido directamente sobre el cerebro.
Imaginen, si así lo desean, una voz grave y sonora, aparentemente lacónica, reposada y fluida, pero con signos evidentes de una gran tensión y de esfuerzo por controlar lo que está diciendo. La voz y la expresión eran diametralmente opuestas a las de John Wayne Gacy. A Dahmer, había que arrancarle las palabras, una o dos cada vez, una frase a lo sumo. Para animarle a proseguir, yo murmuraba monosílabos de asentimiento después de cada frase, pero los he eliminado de la transcripción para facilitar la lectura. Dahmer quería dar la impresión de que colaboraba y de que recordaba lo que había hecho con cierta objetividad, como si el autor de los asesinatos hubiera sido otra persona muy distinta.

Tengan presente que mi cometido no era conseguir que Dahmer admitiera sus crímenes (puesto que ya había confesado), sino intentar comprender la motivación de éstos y su estado mental en el momento de cometerlos. Al inicio de nuestra conversación, traté de convencerle de su posición privilegiada a la hora de aportar información útil para prevenir futuros crímenes perpetrados por otros, y que sus declaraciones serían una ayuda inestimable para la preparación de Boyle, su abogado, de su defensa en el juicio. Terminados los preámbulos, nos centramos en sus primeros recuerdos relacionados con la violencia.

RESSLER: Retrocedamos a la época de Bath, Ohio, cuando cometiste tu primer delito, y quitaste la vida a un ser humano. ¿Antes de eso…?

DAHMER: No hubo nada.

RESSLER: ¿Ninguna agresión, ni nada parecido?

DAHMER: No. Violencia contra mí, sí. Fue a mí a quien atacaron, sin motivo.

RESSLER: ¿Puedes describir brevemente lo que ocurrió?

DAHMER: Había ido a visitar a un amigo y volvía de noche a casa; vi que se me acercaban tres chicos del instituto, estudiantes de último año. Tuve la sensación de que iba a ocurrir algo, y no me equivocaba: uno de ellos sacó una porra y me golpeó en la nuca. Así, sin motivo. Sin decir nada, sólo pegar porque sí. Eché a correr.

RESSLER: Supongo que te llevaste un buen susto.

DAHMER: Sí.

RESSLER: ¿Se te quedó grabado mucho tiempo?

DAHMER: No hasta… Sí, por lo menos un año.

RESSLER: Por lo tanto, ésta fue la primera vez que te viste envuelto en algún episodio violento, y fuiste tú quien recibió. Hablemos un poco de tu familia, de la ruptura de tu familia. Es doloroso para mucha gente, para la gente que ha hecho lo mismo que tú, y puede convertirse en un elemento importante de su vida. Permíteme que te haga una pregunta: ¿en algún momento sufriste alguna agresión sexual por parte de algún miembro de tu familia?

DAHMER: No.

RESSLER: ¿Ni dentro ni fuera de la familia?

DAHMER: No.

RESSLER: Entonces, en tu caso, ésta no fue la causa. He oído hablar de tu interés por diseccionar animales y cosas por el estilo. ¿Cuándo empezó esta afición?

DAHMER: A los quince o dieciséis años. Iba por temporadas.

RESSLER: Esto fue después de que aquellos muchachos te golpearan, ¿verdad?

DAHMER: Pues… sí.

RESSLER: ¿Tu afición empezó en la clase de biología de la escuela?

DAHMER: Creo que sí. Nos hicieron diseccionar un lechón.

RESSLER: ¿Cómo describirías tu fascinación por, bueno, por la desmembración [Dahmer se ríe] de animales? ¿Me entiendes?

DAHMER: Pues… uno fue un perro grande que encontré en la carretera. Iba a separar la carne, blanquear los huesos, reconstruirlos y venderlo. Pero no llegué a hacerlo. No sé cómo empecé a meterme en esto; es una afición un poco rara.

RESSLER: Sí que lo es.

DAHMER: Sí.

Algunos entrevistadores tratan de mantener una actitud objetiva cuando dialogan con una persona en una situación como ésta: creen que, si hacen lo contrario, es decir, si muestran conformidad o repulsa ante sus actos, interrumpirán el flujo de su discurso. Mi técnica es otra. Cuando algo me parece extraño y considero que es el momento de decirlo, lo digo abiertamente. En este caso, creo que a Dahmer le ayudó pensar que yo también recordaba con sorpresa los extraños asuntos en que se había visto envuelto y de los que ahora quería distanciarse.

RESSLER: Volviendo al perro, me parece recordar que pusiste la cabeza en un palo y lo dejaste detrás de tu casa.

DAHMER: Fue una broma. Encontré al perro y lo rajé para ver cómo era por dentro. Después, no sé por qué, se me ocurrió que sería divertido clavar la cabeza en una estaca y dejarla en el bosque. Llevé a uno de mis amigos y le dije que me lo había encontrado entre los árboles. Sólo para darle un susto.

RESSLER: ¿Qué edad tenías entonces?

DAHMER: Creo que dieciséis.

RESSLER: ¿Qué año era?

DAHMER: A finales de los setenta.

RESSLER: Muy interesante.

En aquel tiempo, yo estaba en la Academia del FBI, en Quantico, pero había trabajado varios años como agente en la zona de Cleveland y conservaba ciertos vínculos allí. La policía de Ohio me había enviado un serie de fotografías de animales descuartizados y decapitados clavados en estacas en un círculo en una zona boscosa. Querían saber si sugerían alguna actividad de culto satánico y si yo podía darles alguna pista de la personalidad de quienes podían cometer actos como aquéllos. En aquel momento, no tenía información suficiente para sacar conclusiones y creí que eran gamberradas de adolescentes. Durante la entrevista con Dahmer, sin embargo, me inquietó la idea de que quizá estuviera entonces asomándome a una fase del desarrollo de la mente de quien más tarde sería uno de los peores asesinos en serie del país… sin saberlo. Aunque hubiera considerado, sin embargo, la posibilidad de que el autor del círculo de cabezas de perro se convirtiera en un grave peligro para la sociedad, no habría ocurrido nada, porque se trataba de un menor y sus auténticos

delitos aún estaban por desarrollar. En el curso de la entrevista, quise saber si Dahmer había tenido algo que ver con el incidente y él le negó toda relevancia.

DAHMER: No estaba metido en nada de ocultismo, sólo fue una broma.

RESSLER: Entonces, ¿no tuviste nada que ver con el grupo de aquellas cabezas…?

DAHMER: No. ¿Dónde fue?

RESSLER: Al sur de Cleveland, no sé exactamente dónde.

Estábamos ahora preparados para adentrarnos en un terreno más importante, el de los asesinatos. En el diálogo siguiente advertirán que Dahmer aplica el pensamiento mágico a la narración de cómo abordó a su víctima, como si los acontecimientos conspirasen para que todo ocurriera. Quien piensa de este modo pretende exonerarse de la responsabilidad de sus actos. Dahmer tiene una imagen fija en la cabeza, el momento de recoger a un autoestopista, y cuando ésta empieza a materializarse en la vida real, se siente arrastrado por los acontecimientos y tiene que llegar hasta el final.

RESSLER: Tenías unos dieciocho años cuando cometiste el primer asesinato, ¿no es cierto? Descríbemelo brevemente. Era un autoestopista, ¿no?

DAHMER: Antes llevaba un par de años teniendo la fantasía de encontrar a un autoestopista guapo y [pausa dramática] gozar sexualmente de él.

RESSLER: ¿De dónde la sacaste? ¿De una película o de un libro, tal vez?

DAHMER: No. Me vino de dentro.

RESSLER: De dentro.

DAHMER: Ocurrió por casualidad una semana que no había nadie en casa. Mi madre estaba fuera con David, en un motel a unos ocho kilómetros; yo tenía el coche, eran más de las cinco de la mañana y regresaba a casa después de haber bebido. No buscaba a nadie, pero más o menos a un kilómetro de casa, lo vi. Ahí estaba, haciendo autoestop en la carretera. No llevaba camisa y era guapo. Me sentí atraído por él. Detuve el coche…, no, pasé por delante de él, frené y pensé: «¿Qué hago? ¿Le hago subir o no?». Le pregunté si quería fumar un poco de hierba y él respondió: «¡Estupendo!». Fuimos a mi habitación, bebimos unas cervezas y en el rato que pasamos juntos vi que no era gay. No…, no sabía cómo retenerle si no era cogiendo la barra de las pesas y golpeándole en la cabeza, y eso fue lo que hice; luego lo estrangulé con la misma barra.

RESSLER: A ver, un momento. Has dicho que las fantasías… ¿duraron mucho tiempo? Tenemos que remontarnos… al primer paso… ¿Cuándo?

DAHMER: Diecisiete.

RESSLER: Buscando en tus recuerdos, ¿tienes alguna idea de de dónde te vino esta fantasía a la cabeza, la de tomar físicamente a alguien por la fuerza? ¿También había asesinato de por medio? ¿Quitabas la vida a alguien?

DAHMER: Sí, sí. Todo… todo giraba alrededor de tener un dominio absoluto. El porqué, o de dónde me vino esto, no lo sé.

RESSLER: ¿Te sentías fuera de lugar en tus relaciones con la gente, como si no fueras capaz de tener una relación duradera?

DAHMER: En el pueblo donde vivía, la homosexualidad era el máximo tabú. Nunca se hablaba de eso, nunca. Yo sentía deseos de estar con alguien, pero nunca conocí a nadie que fuera gay, por lo menos que yo supiera; sexualmente era muy frustrante.

RESSLER: Bien. Dices que el joven estaba a punto de marcharse, que tú no querías de ningún modo que se fuera y que la única manera de retenerle era golpeándolo. Cogiste la barra y ¿qué? ¿Le dejaste

inconsciente? ¿Qué sucedió después?

DAHMER: Cogí la barra y lo estrangulé.

RESSLER: ¿Y después? ¿Hubo actividad sexual antes de eso?

DAHMER: No. Yo estaba muy asustado por lo que había hecho. Anduve un rato de un lado para otro por la casa. Al final me masturbé.

RESSLER: ¿Estabas excitado por lo que había ocurrido? ¿Por tenerlo allí?

DAHMER: Por tenerlo cautivo.

Dahmer sigue tratando de escandalizarme con su homosexualidad y su perversa gratificación sexual, pero no pienso dejar que lo consiga. Por otro lado, quiero que sepa que sigo sus razonamientos y los entiendo.

RESSLER: Bien. Estaba inconsciente, o muerto; lo tenías en tus manos porque sabías que no podía ir a ninguna parte. ¿Era esto lo que te excitaba?

DAHMER: Exacto. Más tarde bajé el cadáver al sótano. Me quedo allí pero como no puedo dormir, vuelvo a subir a la casa. Al día siguiente, tengo que pensar en una manera de deshacerme de las pruebas. Compro un cuchillo, un cuchillo de caza. Por la noche vuelvo a bajar, le abro el vientre y me masturbo otra vez.

RESSLER: ¿Te excitó sólo el físico?

DAHMER: Los órganos internos.

RESSLER: ¿Los órganos internos? ¿La acción de destriparlo? ¿Te excitaste al abrir el cuerpo en canal?

DAHMER: Sí. Luego le corto un brazo. Luego todo el cuerpo en pedazos. Meto cada trozo en una bolsa y después todo en tres bolsas grandes de plástico para la basura. Pongo las bolsas en la parte trasera del coche y me voy a tirar los restos a un barranco, a quince kilómetros de mi casa. Son las tres de la madrugada. Voy por una carretera comarcal desierta y, a mitad de camino, me para un policía, por ir demasiado a la izquierda. El agente pide refuerzos. La patrulla. Son dos. Me hacen la prueba de alcoholemia. La paso. Iluminan el asiento trasero con la linterna, ven las bolsas y me preguntan qué es. Les digo que basura, porque cerca de mi casa no hay ningún vertedero. Me creen a pesar del olor. Me ponen una multa por circular demasiado a la izquierda… y vuelvo a casa.

Nota tangencial: esta descripción de cómo iba a deshacerse del cadáver me recordó un caso ocurrido en Japón, en el que descubrieron unos restos humanos, metidos en bolsas de basura, en el parque público de Inokashira de Tokio. La forma de deshacerse del cadáver les pareció única, y fue objeto de asombro y de numerosos comentarios. Pero este método ya lo conocían Dahmer y otros asesinos en serie de Estados Unidos. Lo que para un observador es totalmente extraordinario, muchas veces no lo es en absoluto; sólo que los conocimientos de la mayor parte de la gente de la calle son escasos.

RESSLER: ¿Estabas nervioso cuando te paró la policía?

DAHMER: Nervioso es poco.

RESSLER: Pero al parecer no notaron tu nerviosismo. Podían haber seguido con las bolsas, por ejemplo. Pero continuaron su ronda.

DAHMER: Sí.

RESSLER: ¿Y después qué hiciste con las bolsas?

DAHMER: Las volví a dejar en el sótano. Cogí la cabeza, la lavé, la puse en el suelo del cuarto de baño,

me masturbé y eso; luego volví a meter la cabeza con el resto de las bolsas, abajo. A la mañana siguiente… teníamos una gran tubería de desagüe enterrada que medía unos tres metros de largo. Metí las bolsas ahí, aplasté la entrada de la tubería hasta cerrarla y las dejé unos dos años y medio dentro.

RESSLER: ¿Cuándo volviste a buscarlas?

DAHMER: Después del ejército, después de trabajar un año en Miami. Mientras la familia estaba fuera, trabajando, abrí la tubería, cogí los huesos, los rompí en trozos pequeños y los esparcí por la maleza.

RESSLER: ¿Por qué rompiste los huesos?

DAHMER: Para acabar definitivamente con todo. El colgante que él llevaba, y las pulseras…, cogí el coche y me fui a un puente que estaba a unos ocho kilómetros y los arrojé al río.

RESSLER: ¿No conservaste nada de aquel episodio?

DAHMER: No. Quemé las ropas.

RESSLER: No quiero que me describas cada uno de los casos, pero me gustaría centrarme en algunos porque tengo unas cosas que preguntarte.

En este apartado, Dahmer no sólo habla del siguiente homicidio, sino también de su peculiar orientación sexual. Escuchando sus palabras, recordé a un asesino en serie británico, Dennis Nilsen, cuyas relaciones con sus víctimas masculinas tomaban el mismo giro: la negativa a la penetración y el uso del cuerpo de la víctima como objeto sexual y no como pareja de una relación basada en el mutuo acuerdo, indicio de una orientación sexual mucho menos normal que la homosexualidad convencional. En una entrevista en la *Central Television*, Nilsen afirmó que, para él, el momento más excitante del patrón sexo-asesinato era cuando levantaba el cuerpo inerme y veía las extremidades colgando, lo cual representaba el poder y el dominio que ejercía sobre la víctima, y la pasividad de ésta.

RESSLER: El siguiente homicidio, ¿cuándo ocurrió?

DAHMER: En 1986. Invité a un chico que había conocido delante de un bar gay, detrás del Hotel Ambassador, a pasar una noche de sexo y emociones. Ya había empezado a dar píldoras a la gente.

RESSLER: ¿Qué tipo de droga usabas?

DAHMER: [Marca de somnífero]. Píldoras para dormir.

RESSLER: ¿Cómo te aficionaste a ellas?

DAHMER: Llevaba un tiempo yendo a la sauna y la mayoría de los que conocía allí quería sexo anal; a mí esto no me interesaba, prefería encontrar una manera de quedarme toda la noche con ellos, de pasar un buen rato sin necesidad de esto, y como trabajaba en el tercer…

RESSLER: Entonces, ¿es todo una cuestión de dominio?

DAHMER: Sí. Como trabajaba en el tercer turno, fui al médico y le dije que tenía problemas para dormir durante el día. Me recetó las píldoras y empecé a tomarlas.

RESSLER: ¿Por esto pediste la receta? ¿Para disponer de una poción del sueño?

DAHMER: Mmm-hmm.

RESSLER: ¿Y entonces empezaste a experimentar con ella en la sauna y a dársela a otros?

DAHMER: Mmm-hmm. Les ponía unas cinco píldoras.

RESSLER: ¿Dónde se las ponías? ¿En la bebida? ¿Qué efecto notabas en ellos?

DAHMER: Generalmente se quedaban inconscientes unas cuatro horas.

RESSLER: ¿Cuál era la dosis normal?

DAHMER: Una.

RESSLER: Así pues, ¿aumentabas cinco veces la dosis para conseguir un efecto más rápido?

DAHMER: Mmm-hmm.

RESSLER: ¿Cuánto tardaban en perder el sentido?

DAHMER: Más o menos media hora.

RESSLER: Entonces tenías que entretenerles durante media hora hasta que se quedaban fritos. Tengo entendido que tuviste algunos problemas en la sauna.

DAHMER: Se quejaron de mí y pusieron como excusa que era alcohólico [para retirarle su carnet de socio].

RESSLER: ¿Era tu plan consciente aprender a utilizar estas drogas?

DAHMER: Exacto. Y tener control sobre los demás sin hacerles daño.

RESSLER: En aquella época, ¿tenías intenciones de llevarte a alguien a casa?

DAHMER: No, en absoluto. Por eso empecé a utilizar el maniquí. ¿Sabía esto? Buscaba la manera de satisfacerme sin hacer daño a nadie.

RESSLER: Entonces el maniquí era un sustituto.

DAHMER: Sí. Empezó gradualmente. Primero iba a los *sex-shops*, después empecé a beber otra vez, y fue aumentando.

RESSLER: ¿Intentaste apartarte de todo esto?

DAHMER: Sí. Durante dos años. Alrededor de 1983 empecé a frecuentar la iglesia con mi abuela. Quería enderezar mi vida. Iba a misa, leía la Biblia, intentaba apartar todo pensamiento relacionado con el sexo, y durante esos dos años salí adelante. Pero una noche en que estaba en la biblioteca local, leyendo un libro y pensando en mis cosas, se me acercó un chico, me tiró una nota en el regazo y se alejó apresuradamente. La nota decía: «Si bajas al lavabo de la planta baja, te haré una mamada». Y yo pensé: «Esto es ridículo, haría falta más tiempo». Me lo tomé a broma y no le di más importancia. Pero efectivamente, unos dos meses después empecé otra vez, el impulso, la compulsión. Aumentó el deseo sexual. Volví a beber y a frecuentar los *sex-shops*. En aquel tiempo tenía controlado el deseo, pero quería encontrar la manera de saciarme sin hacer daño a nadie. Así que me hice socio de la sauna, iba a bares gay e intentaba obtener satisfacción con el maniquí. Luego ocurrió el incidente del cementerio. Leí la esquela de un joven de dieciocho años y me presenté en el tanatorio. Vi el cadáver y era un hombre muy atractivo[6]. Cuando lo hubieron enterrado, cogí una pala y una carretilla con la intención de llevarme el cadáver a casa. Alrededor de medianoche me dirigí al cementerio, pero el suelo estaba helado y tuve que abandonar mi propósito.

RESSLER: ¿Cómo se te ocurrió la idea de apoderarte de un cadáver?

DAHMER: El maniquí no me satisfacía. Aquello no funcionaba, de modo que empecé a frecuentar la sauna. Durante un tiempo estuvo bien, pero luego me expulsaron y empecé a recorrer los bares.

RESSLER: ¿Descubriste que en los bares era fácil conseguir que alguien se fuera contigo? ¿Que al final de la noche, un poco por inercia, acabas con alguien?

DAHMER: Exacto. Él era un muchacho muy guapo. Le invité a acompañarme a la habitación del hotel. Estuvimos bebiendo. Yo tomaba ron 151 de alta graduación, ron y cola. Le hice beber a él también y se quedó dormido. Yo seguí bebiendo y debí de quedarme en blanco, porque no recuerdo nada de lo que ocurrió hasta que me desperté por la mañana. Él estaba tumbado de espaldas, con la cabeza colgando del borde de la cama; yo tenía los antebrazos llenos de contusiones y el muchacho tenía algunas costillas rotas y otras lesiones. Al parecer, le había golpeado hasta matarle.

RESSLER: ¿No tienes ningún recuerdo de haberlo hecho?

DAHMER: No recuerdo haberlo hecho y no tenía ninguna *intención* de hacerlo. Recuerdo que busqué la botella vacía de 151 y no estaba en ninguna parte. Supongo que la arrojé por la ventana. No tengo ni idea de lo que ocurrió.

RESSLER: Entonces, ¿estabas ido?

DAHMER: Totalmente ido.

Es un rasgo común entre los asesinos múltiples creer que no tienen ningún recuerdo del momento en que matan, aunque con frecuencia es lo contrario: no pueden olvidar el momento del crimen, se sienten gratificados por el acto y desean repetirlo. Las explicaciones psiquiátricas convencionales del estrés y el trauma coinciden con esta idea: que en un momento de máxima tensión se crea un estado disociativo, y que éste es la causa del vacío de memoria. Hay que destacar que la situación es muy parecida a la de John Gacy: sin embargo, si éste negaba totalmente saber cómo había ido a parar un cadáver a su casa o a su habitación, Dahmer, a pesar de que no recordaba haber cometido el asesinato de la habitación del hotel, estaba seguro de ser su autor.

RESSLER: Entonces te despiertas por la mañana y te lo encuentras muerto. ¿Qué haces a continuación?

DAHMER: Estaba completamente horrorizado. No tenía intención de hacer nada. Así que se me ocurrió que… tenía que hacer algo con el cadáver. Lo encerré en el armario, me fui al centro comercial y compré una maleta grande con ruedas en la parte inferior. Lo metí dentro. Reservé la habitación para otra noche. Me quedé ahí sentado inmóvil, aterrorizado, pensando qué demonios iba a hacer. Luego por la noche, la noche siguiente, a la una de la madrugada, abandoné el hotel, cogí un taxi, pedí al taxista que me ayudara a meter la maleta en el portaequipajes, y me dirigí a casa de mi abuela. Escondí la maleta en la despensa del sótano y lo dejé allí aproximadamente una semana.

RESSLER: ¿Y no despedía ningún olor? ¿O…?

DAHMER: No, porque era noviembre. Hacía frío. Era la semana de la fiesta de Acción de Gracias y no podía hacer nada porque iban a venir unos familiares de visita.

RESSLER: ¿Qué te impulsó a llevarte el cadáver? ¿Por qué no lo dejaste en la habitación?

DAHMER: Porque estaba a mi nombre.

RESSLER: Entonces, si hubiera estado a nombre del chico, ¿habrías abandonado el cadáver en la habitación?

DAHMER: Claro.

RESSLER: Sigamos. Tienes el cadáver escondido allí abajo una semana más o menos. ¿Cuál es el paso siguiente?

DAHMER: Mi abuela sale un par de horas para ir a la iglesia, y yo bajo a buscarlo. Cojo un cuchillo, le rajo el estómago, me masturbo, luego separo la carne y la meto en bolsas, y éstas dentro de tres bolsas más, cubro el esqueleto con una colcha y lo hago pedazos con un mazo. Lo envuelvo todo y el lunes por la mañana lo echo a la basura. Excepto el cráneo. El cráneo me lo guardé.

RESSLER: ¿Cuánto tiempo lo conservaste?

DAHMER: Una semana. Lo metí en lejía concentrada para blanquearlo. Quedó limpio, pero demasiado frágil y lo tiré.

RESSLER: ¿No te dio miedo echar todo aquello a la basura? Si los basureros lo hubieran encontrado, te habrías visto metido en un buen lío, ¿verdad?

DAHMER: No sabía qué otra cosa podía hacer. Por eso lo metí dentro de tres bolsas. Después de aquello, tenía la moral tan hecha polvo, y el deseo, la compulsión, eran tan fuertes que continué del mismo modo.

RESSLER: ¿Y tu abuela nunca se imaginó que ocurría algo raro?

DAHMER: Sólo se quejaba de algunos malos olores.

RESSLER: En cierto momento te fuiste de su casa. ¿Por qué?

DAHMER: Pensé que, después de ocho años con ella, era hora de tener mi propia casa, donde no me viera tan restringido. Seguía pasándole el alquiler, limpiándole el patio, quitando la nieve, y ella me preparaba la comida; cuando tuve mi propia casa, todo funcionaba de maravilla. Nos ayudábamos mutuamente.

RESSLER: ¿Y dónde estaba esa primera casa?

DAHMER: En la calle Veinticuatro. Allí es donde saqué aquella foto [de la primera víctima laosiana]. No quería hacerle ningún daño.

RESSLER: Era muy joven, ¿no? ¿Cuántos años tenía?

DAHMER: Trece, catorce. Creí que era mayor. Ya sabe, un asiático puede tener veintiún años y seguir teniendo cara de niño.

RESSLER: Así es. ¿Qué te impulsó?

DAHMER: Era un domingo por la mañana. Había salido a dar un paseo. Necesitaba actividad sexual. Lo vi, era muy atractivo. Le ofrecí cincuenta dólares por sacarle unas fotos. Él aceptó. Le hice dos fotografías, le di una bebida y creí que estaba inconsciente. Se escapó, y se presentó la policía.

RESSLER: Ahí te salió el tiro por la culata, veo. La policía te detuvo. Esto ya es historia.

DAHMER: Mmm-hmm. El agente y yo volvimos al apartamento. Registraron la casa. No encontraron el cráneo que tenía en una cómoda del vestíbulo. Pero encontraron todo lo demás.

RESSLER: ¿Cómo es posible que no lo vieran?

DAHMER: Estaba debajo de la ropa. En Ohio se les pasaron por alto las bolsas de basura, y ahora no veían el cráneo.

RESSLER: Una negligencia por parte de la policía. Si lo hubieran encontrado, las cosas habrían cambiado considerablemente, ¿verdad?

DAHMER: Sí. Y salir del hotel como lo hice. No era nada normal. Cuestión de suerte.

En el diálogo siguiente, observarán que Dahmer deliberadamente interpreta mal lo que yo le digo. Yo estoy diciendo que la voluntad de los homosexuales de relacionarse con desconocidos es una práctica peligrosa para ellos, pero él interpreta toda referencia al peligro como peligro para él, no para otros.

RESSLER: La mayor parte de tus víctimas las sacabas de bares gay, de barrios gay. ¿Qué opinas de su disposición a relacionarse con desconocidos? ¿No crees que es un comportamiento peligroso?

DAHMER: Sí, lo pensaba, pero la compulsión pasaba por encima de todo.

RESSLER: Según parece, habías elaborado un plan muy detallado para convencer a la gente de que se fuera contigo. Es de suponer que si, cuando salías por la noche, llevabas ese plan en la cabeza, es que estabas seguro de que lo conseguirías.

DAHMER: Sí.

RESSLER: Pero algunas veces no funcionaba. ¿Por qué?

DAHMER: Algunas veces, muy pocas, estaba muy borracho, y me llevaba a alguien que no era tan atractivo como había creído, y por la mañana tenía resaca y se iba. Otras veces no quise matarlos, pero es que no quería estar con ellos. Esto me ocurrió tres o cuatro veces. Otras noches, no quería estar con nadie y volvía a casa a ver un vídeo o leer.

RESSLER: No tenías muchas cintas de vídeo, ¿verdad?

DAHMER: A lo largo de los años debo de haberme gastado *miles y miles* de dólares en vídeos pornográficos.

RESSLER: Pero la policía no encontró ni mucho menos nada que pudiera parecer una colección.

DAHMER: A medida que pasaban los años, fui dejando de lado las cintas y las revistas que no me atraían, ni a mí ni a mis gustos. Aparte de las películas porno, las del Jedi [trilogía de *La guerra de las galaxias*], el personaje del Emperador, con su control absoluto, encajaba perfectamente en mis fantasías. En aquel tiempo, me sentía tan absolutamente corrupto que me identificaba por completo con él. Supongo que a mucha gente le gustaría tener el control total, es una fantasía muy común.

RESSLER: Esta idea de dominación y control, ¿consideras que fue en aumento desde la segunda víctima

hasta la última?

DAHMER: Mmm-hmm.

RESSLER: Y empezaste a perfeccionar tu técnica de llevarte chicos a casa.

DAHMER: Se convirtió en el impulso y el foco de mi vida, lo único que me proporcionaba satisfacción.

RESSLER: Has mencionado que habías tenido algunos escarceos con las ciencias ocultas. ¿Era un intento de conseguir más poder?

DAHMER: Sí, pero no fue nada serio. Hice algunos dibujos. Iba a librerías especializadas en ciencias ocultas y compraba material, pero nunca hice ningún ritual con las víctimas. Probablemente lo habría hecho seis meses más tarde, si no me hubieran detenido.

RESSLER: Tengo una copia de un dibujo tuyo. Es toda una fantasía, ¿eh?

DAHMER: Habría sido una realidad, con seis meses más.

Dahmer quería construir lo que él unas veces llamaba «centro de poder», y otras «templo», formado por una larga mesa en la que colocaría seis calaveras. Dos esqueletos completos la flanquearían, uno a cada extremo, sostenidos por una peana o suspendidos del techo. Una gran lámpara se erguiría en el centro de la mesa y extendería seis globos de luz sobre las calaveras. La escena se completaría con unas estatuas de quimeras. El propósito de Dahmer era crear un entorno desde donde conectar con otro nivel de percepción o del ser, a fin de conseguir el éxito en el amor y las finanzas.

RESSLER: ¿Pensabas comprar todo ese equipo?

DAHMER: Sí. Ya tenía las lámparas y los esqueletos.

RESSLER: ¿Alguna vez creíste que podías conectar con algún poder del más allá?

DAHMER: Nunca estuve seguro. No tenía ninguna experiencia en esto, pero…

RESSLER: El hecho de que conservaras los esqueletos, los cráneos, el pelo, las partes del cuerpo…, dime, ¿qué había detrás de todo esto?

DAHMER: Conservar los cráneos era una manera de sentir que por lo menos había salvado algo de su esencia, que no había sido un desperdicio total matarlos. Los esqueletos iba a utilizarlos para el templo, pero ésta no fue la motivación para matarlos; se me ocurrió después.

RESSLER: ¿Por qué pensabas que algo muerto te permitiría conservar el dominio, mantener una relación? ¿Porque eran inanimados y…?

DAHMER: No. Pero estaba obsesionado con este aspecto del asunto.

RESSLER: Parece que tolerabas mal que la gente se marchara.

DAHMER: Eran ligues de una noche. Siempre me dejaban claro que tenían que volver al trabajo. Y yo no quería que se fueran.

RESSLER: ¿Crees que eso era realista? ¿No pensaste nunca, en lugar de esos finales violentos, en unirte a alguien con quien tuvieras un interés mutuo para establecer una relación permanente? ¿Una especie de matrimonio?

DAHMER: No podía. Cuando fui a vivir al apartamento, ya estaba metido hasta el cuello en cierta manera de hacer las cosas. Además, nunca conocí a nadie que me inspirara la confianza suficiente para mantener este tipo de relación.

RESSLER: Entonces, el hecho de que tuvieras ese tipo de comportamiento… ¿no podías compartirlo con otra persona?

DAHMER: No.

RESSLER: ¿Y renunciar a él? ¿Hacer borrón y cuenta nueva, con un compañero?

DAHMER: Es exactamente lo que estaba pensando la noche que me detuvieron. Lo tenía todo listo para echarle ácido.

RESSLER: ¿Por eso compraste cuatro cajas?

DAHMER: No lo llegué a usar. Dieciséis galones.

RESSLER: ¿Ésa era la razón? ¿Liquidarlo todo, cerrar este capítulo?

DAHMER: No lo sabía. Sabía que tenía que irme del apartamento y estaba considerando si podía conservar los cráneos o abandonarlo todo.

RESSLER: ¿Te producía sensación de pérdida la idea de deshacerte de todas esas cosas?

DAHMER: Sí, mucho. Por eso dudaba entre hacerlo o no.

RESSLER: Vamos a considerar la otra cara de la moneda: si hubieras conocido a alguien con quien te lo pasaras bien, que fuera compatible contigo y con el que te pusieras de acuerdo para planificar una vida en común, ¿habrías sido capaz de deshacerte de todo esto? ¿Lo habrías hecho? ¿Aun después de, pongamos por caso, la décima víctima? ¿O tras la número doce o catorce?

DAHMER: Esa persona habría tenido que ser completamente complaciente, dispuesta a hacer todo lo que yo quisiera, y no existen muchas personas así.

RESSLER: Es cierto.

DAHMER: Y si lo hubiera encontrado…, no sé, tal vez uno de los chicos que hacían *striptease*; pero es muy difícil encontrar a alguien así.

RESSLER: Entonces, ¿me estás diciendo que lo habrías preferido, pero que era imposible encontrar a alguien dispuesto a ese tipo de arreglo?

DAHMER: No me quedaba tiempo para andar buscando. Trabajaba seis días a la semana, tenía limitaciones de tiempo, y quería soluciones inmediatas.

Llegados a este punto de la conversación, Dahmer optó por abandonar el tema de una relación homosexual más convencional y prefirió contarme que en una de sus aventuras fue nada menos que *él* quien fue drogado, y tan borracho que se encontró atado y con una vela metida en el ano. Demasiado ebrio para recordar cómo era su agresor, recordaba no obstante haberse sentido víctima, aunque aseguraba que ni el secuestro ni la sensación de ser víctima tuvieron influencia en sus crímenes posteriores. Atajé su divagación para regresar al tema principal, sus técnicas mortales. Me interesé por sus intentos de convertir a los muchachos en zombis practicándoles orificios en la cabeza (con un taladro) e inyectándoles ácido suave en las cavidades del cerebro con una jeringa de cocina. Su propósito era matar el intelecto de la víctima y conservar el cuerpo vivo y obediente. Tales actos son, a mi parecer, la expresión definitiva de la incapacidad de Dahmer de relacionarse normalmente con otros seres humanos. Curiosamente, Park Dietz y yo habíamos sido consultores de la acusación (la familia de la víctima) en un juicio civil contra Robert Berdella que se celebró en 1991-1992. En aquel caso, el asesino había intentado convertir a sus víctimas en lo que él denominaba «juguetes sexuales». Berdella les inyectaba tranquilizantes para animales que obtenía en farmacias veterinarias.

RESSLER: Con el primer muchacho al que intentaste convertir en zombi no te salió bien. ¿Volviste a intentarlo?

DAHMER: Lo intenté otra vez; doblé la dosis y el resultado fue fatal. Esta vez no hubo estrangulamiento.

Luego intenté [inyectar] agua hirviendo. Más tarde se despertó. Estaba muy aturdido. Le di más píldoras y volvió a dormirse. Esto fue la noche siguiente. De día lo dejaba allí.

RESSLER: ¿Le habías atado?

DAHMER: No. Estaba siempre acostado. Aquella noche murió.

RESSLER: Falleció. ¿Y qué me dices de [nombre de otra víctima]?

DAHMER: Le puse la primera inyección cuando estaba drogado, me fui a por una cerveza y cuando regresé…

RESSLER: ¿Eso fue antes o después de que viniera la policía?

DAHMER: Antes. La primera inyección fue antes. Salió del apartamento. Me lo volvieron a traer, creyendo que estaba borracho. Le puse la segunda inyección, y eso fue fatal.

RESSLER: ¿Fue inmediato o…?

DAHMER: Inmediato.

RESSLER: Entonces la víctima…

DAHMER: Era el hermano del que [había fotografiado]. Fui a dar una vuelta al centro comercial y me topé con él. No lo conocía a través de Adam. ¿Cuántas posibilidades había de que ocurriera algo así? Astronómicas.

RESSLER: Sí. Muchas casualidades, quién sabe por qué. Éste es importante, vamos a repasarlo con detalle. ¿Dónde le conociste? ¿En el centro comercial? ¿Ibas a menudo al centro comercial a buscar contactos?

DAHMER: No. Iba a tomarme una cerveza y a comer pizza. Yo ya me iba y él llegaba. Le ofrecí cincuenta dólares, le saqué dos fotos en el apartamento, le di la bebida y después hice la trepanación.

RESSLER: ¿Hasta dónde perforaste?

DAHMER: Sólo hasta el hueso. Le inyecté. Estaba dormido y salí a tomar una cerveza rápida al bar de enfrente antes de que cerrasen. Cuando volvía, le vi sentado en la acera y alguien había llamado a la policía. Tuve que pensar deprisa: les dije que era un amigo mío que se había emborrachado y me creyeron. En mitad de un callejón oscuro, a las dos de la madrugada, con la policía acercándose por un lado y los bomberos por el otro. No podía ir a ninguna parte. Me pidieron el carnet de identidad y se lo enseñé. Trataron de hablar con él y les respondió en su lengua. No había rastros de sangre; le examinaron y se creyeron que estaba completamente borracho. Me dijeron que me lo llevara adentro; él no quería entrar, pero un agente le cogió por un brazo, el otro por el otro y lo subieron al apartamento.

RESSLER: ¿Le examinaron? ¿Miraron si tenía heridas?

DAHMER: En realidad, no. Sólo tenía un rasguño. Le tumbaron en el sofá y echaron un vistazo al apartamento. No entraron en mi dormitorio. Si lo hubieran hecho, habrían visto el cadáver [de una víctima anterior] que aún estaba allí. Vieron las dos fotos que le había sacado antes al muchacho, que estaban encima de la mesa del comedor. Un agente le dijo al otro: «¿Lo ves? Ha dicho la verdad». Y se marcharon.

He aquí un ejemplo clásico de desenlace trágico. Cuando se fue la policía, Dahmer mató a su víctima y después mató a muchas más antes de que le detuvieran. Con un poco de práctica y de educación en elaboración de perfiles criminales, y algún asesoramiento sobre el lugar de los hechos, se habría dado un gran paso para impedir que la policía cometiera la serie de errores que permitieron a Dahmer matar a aquel muchacho. No obstante, aunque culpo a las fuerzas del orden por no haber entendido el caso de aquella joven víctima «ebria» y por no efectuar más que un registro superficial del apartamento, incapaz de descubrir pruebas que estaban a unos centímetros de distancia, hay que admitir que en aquella situación Dahmer fue lo bastante inteligente y persuasivo para convencer a la policía de que no ocurría nada

anómalo en su domicilio ni en su relación con el joven. Muchos asesinos en serie son personas encantadoras y convincentes.

Aquel primer día, tras muchas horas de entrevista, decidimos aplazarla hasta una segunda sesión que tendría lugar al día siguiente. El resto de la conversación es el tema del siguiente capítulo.

7
Entrevista con un caníbal. Segunda parte

En la segunda sesión intenté sacar a Jeffrey Dahmer una información más concreta de la relación entre sus fantasías y el proceso de matar. Muchos asesinos en serie, por ejemplo, conservan trofeos o recuerdos de sus víctimas. Dahmer había llevado esta tendencia mucho más allá que otros criminales. Cuando empezamos la entrevista, le hice notar que de las paredes de su apartamento colgaban numerosas fotografías de esbeltos modelos masculinos, y le comenté que daba por supuesto que no conocía a aquellos hombres y que básicamente eran sus compañeros de fantasía. Dahmer estuvo de acuerdo con mi apreciación. A continuación le pregunté si las poses de las víctimas en sus fotografías imitaban algunas de las que se veían en la pared.

DAHMER: Era para dar más realce a su físico.

RESSLER: Antes y después de su muerte, ¿no?

DAHMER: Exacto.

RESSLER: ¿Qué significado tenía esto para ti?

DAHMER: Era una manera de ejercer el control, de que tuvieran el aspecto que yo deseaba.

RESSLER: Entonces, para ti también era importante conservar las fotos.

DAHMER: Las utilizaba para masturbarme.

RESSLER: Tenías montones. ¿Y no las escondías? Las tenías esparcidas por encima de la mesa y…

DAHMER: Antes sí, pero en esa época [de la detención] me estaba volviendo muy descuidado.

RESSLER: ¿Dónde las escondías antes?

DAHMER: Tenía una caja pequeña, de una de las alarmas que compré, y las metía allí.

RESSLER: Pero con el tiempo empezaste a dejarlas tiradas por todas partes. ¿Las vio la policía?

DAHMER: No. Estaban en un cajón.

RESSLER: Veo que también conservabas los permisos de conducir. ¿Por que te los quedabas?

DAHMER: El número de víctimas iba creciendo y no encontraba el momento de deshacerme de ellos.

RESSLER: ¿Tenías un esqueleto entero prácticamente montado?

DAHMER: Sí. Pero el pegamento no servía y tenía pensado unir las partes con estaño, pero no llegué a hacerlo.

RESSLER: Sin embargo, ésa era tu intención, ¿no? ¿Por lo del dominio?

DAHMER: Sí.

Muchos asesinos en serie llegan a creer que no van a atraparles, en especial si las autoridades no han reparado en las pistas que por descuido, o a veces incluso voluntariamente, han dejado tras de sí. El convencimiento se intensifica cuando triunfan momentáneamente sobre la policía, como en el caso de Dahmer. Entonces desarrollan una actitud de omnipotencia personal: han cometido el último crimen y se han salido con la suya, y la evidencia les demuestra que pueden seguir actuando. Esta actitud es crítica para su éxito y para su perdición. Les ayuda a seguir durante mucho

más tiempo, pero a la larga los vuelve imprudentes. Entonces les atrapan.

RESSLER: Volviendo al muchacho del apartamento: cuando se marchó la policía, ¿no se te ocurrió pensar que tendrías problemas?

DAHMER: No. No lo pensé.

RESSLER: ¿Creíste que ya había pasado el peligro? ¿No pensaste que corrías un riesgo, que podían regresar y encontrarlo? ¿Que tendrías que sacarlo a toda prisa?

DAHMER: Ya estaba muy… perjudicado, de modo que decidí matarlo y correr el riesgo.

RESSLER: ¿Cuánto esperaste para descuartizarlo y deshacerte del cadáver?

DAHMER: Hasta el día siguiente.

RESSLER: ¿Cuánto tardaste?

DAHMER: Unas dos horas.

RESSLER: ¿Sólo?

DAHMER: Tenía mucha práctica. Es un trabajo sucio. Trabajaba deprisa.

RESSLER: ¿Siempre en la bañera?

DAHMER: Sí.

RESSLER: Y te deshiciste de él. ¿Arrojaste mucho por el retrete? ¿No se atascaba?

DAHMER: No, jamás se me atascó.

El orgullo perverso de Dahmer de su propia destreza y la prosaica narración de unos detalles tan truculentos son suficientes para revolverle el estómago a cualquiera, pero sólo reconstruyendo con él los hechos podía albergar esperanzas de hacerle hablar lo suficiente para hacerme una idea más precisa de su personalidad y de sus extraños actos. No me faltaba experiencia en personas descuartizadas en la bañera porque había estudiado a algunos asesinos como Nilsen y Bardella, que seguían la misma técnica para facilitar sus crímenes. A veces, en estos casos, los médicos forenses se maravillan de la precisión del asesino al diseccionar, y aconsejan a los investigadores que busquen al agresor entre médicos o carniceros. Sin embargo, normalmente se equivocan porque no tienen en cuenta un importante dato psicológico: cuando un asesino se distancia del horror del crimen cometido y de la humanidad de sus víctimas, es capaz de descuartizar sin la carga emocional que afectaría a una persona normal en el proceso de, digamos, seccionarle el brazo a otra. Cuando cortamos un muslo de pollo para preparar la cena, no pensamos en las ramificaciones humanas de nuestra acción. Los asesinos que han llegado al punto de deshumanizar a sus víctimas, pueden descuartizarlas con la misma indiferencia.

Pregunté a Dahmer si había leído algo de otros asesinos en serie como Gacy y me respondió que, cuando había oído hablar de éste por primera vez, él ya había matado a varias personas. No puedo asegurar si mentía o no, porque es frecuente que los asesinos lean sobre los crímenes de otros asesinos, y, aparte de la satisfacción que les produce ver que actúan de la misma manera, a veces aprenden sus técnicas.

A continuación verán que, cuando le pregunto si torturaba a sus víctimas, se niega intencionadamente a reconocer que verter ácido en el cerebro pueda ser considerado

una tortura por la mayoría de los seres humanos pensantes normales.

RESSLER: ¿Fue torturado alguno de aquellos muchachos?

DAHMER: Jamás. Jamás.

RESSLER: ¿Se trataba siempre de anular su conciencia con las drogas y a la larga con la muerte?

DAHMER: Quería que fuese lo menos doloroso posible.

RESSLER: ¿Cuándo tenía lugar normalmente la actividad sexual?

DAHMER: Después de drogarlos.

RESSLER: ¿Crees que era realista mantenerlos en aquel estado?

DAHMER: Drogados no. Por eso empecé con las trepanaciones. Drogarlos no funcionaba.

RESSLER: ¿Tenías reparos en hacerles daño? Cuando estaban conscientes y les hacías daño, ¿te preocupaba?

DAHMER: Por eso no pude seguir con [nombre de la víctima].

RESSLER: ¿Con el martillo?

DAHMER: Con el mazo…

RESSLER: ¿Le golpeaste con fuerza?

DAHMER: Sí. Le di fuerte.

RESSLER: Pero ¿no se quedó inconsciente?

DAHMER: No. Y acabó llamando a la policía. Pero no le creyeron. Estaba a unos tres kilómetros de mi casa y me lo traje otra vez. No. Le hice callar. Llevaba el cuchillo, pero fui incapaz de utilizarlo.

Llegado este punto de la conversación, Dahmer, casi inesperadamente, pasa a dar una explicación de su canibalismo.

RESSLER: ¿Alguna vez les mordiste?

DAHMER: Sí, sí. Al primero, el de la calle Veintiséis.

RESSLER: ¿Puedes contármelo?

DAHMER: Cuando ya estaba muerto le mordí el cuello.

RESSLER: ¿Una sola vez?

DAHMER: Apenas.

RESSLER: ¿Lo repetiste? ¿Y qué había detrás de eso, cuál era la motivación?

DAHMER: Pues… una práctica sexual perversa.

RESSLER: ¿Lo repetiste?

DAHMER: No.

RESSLER: ¿Sólo aquella vez?

DAHMER: Sí. Aparte de comer.

RESSLER: ¿Y qué te impulsaba a eso?

DAHMER: La sensación de que pasaban a formar parte de mí.

RESSLER: ¿De dónde sacaste eso? ¿Lo leíste en algún sitio?

DAHMER: No. Era algo interior. Bueno, tal vez había leído algo sobre el canibalismo, pero no fue por eso. Se trataba de dar un paso más, una escalada.

RESSLER: ¿Con cuál de las víctimas empezaste?

DAHMER: Con M. Fue después [del laosiano]. Creo que el tercero del apartamento.

RESSLER: Más o menos el número siete.

DAHMER: Supongo.

RESSLER: ¿Cómo ocurrió?

DAHMER: Mientras lo desmembraba. Guardé el corazón. Y los bíceps. Decidí ponerlos…, los corté en pedazos pequeños, los lavé, los metí en bolsas de plástico herméticas y las guardé en el congelador; buscaba algo más, alguna cosa nueva para satisfacerme. Después lo cociné, y me masturbé mirando la foto.

RESSLER: ¿Y después? ¿Este ritual tuvo algún tipo de efecto positivo?

DAHMER: Mmm-hmm. Tenía la sensación de que formaban más parte de mí. Sexualmente estimulante.

RESSLER: Bien. Guardaste el corazón, y todo eso. ¿Hiciste lo mismo con algún otro?

DAHMER: Sólo con el último. Guardé el corazón y los bíceps.

RESSLER: ¿Te comiste el corazón más tarde?

DAHMER: No. Me detuvieron.

RESSLER: Pero ¿había algo sexual?

DAHMER: Sí.

Para empezar una conversación de tema espinoso, a veces es mejor hacer una incursión inicial, después divagar hacia otros asuntos y finalmente volver a la cuestión que nos ocupa. Dahmer quería aclarar un punto en especial que quería que todo el mundo supiera y le animé a hablar de ello.

RESSLER: ¿Nunca sentiste ninguna inclinación por los niños? ¿Cuáles eran tus preferencias?

DAHMER: Los hombres hechos y derechos.

RESSLER: ¿De tu misma edad?

DAHMER: Mmm-hmm.

RESSLER: Blancos, negros y morenos.

DAHMER: Ésta es la cosa. Todo el mundo cree que era una cuestión racial, pero todos eran diferentes. El primero era blanco, el segundo era un indio norteamericano, el tercero era hispano y el cuarto era mulato. El único motivo de que ligara con hombres negros era que en los bares gay eran mayoría y siempre me topaba con muchos.

RESSLER: ¿Siempre salías por una zona a la que podías ir andando desde tu casa? ¿Y esa zona es predominantemente negra?

DAHMER: Negra, y también hispana. Si hubiera podido entablar conversación con un blanco muy atractivo, me lo habría llevado [al apartamento]. Pero nunca me ocurrió tal cosa. Siete eran negros, de los diecisiete.

RESSLER: Entonces era una cuestión de zona, ¿no es así?

DAHMER: Sí. Espero que haya quedado claro.

RESSLER: ¿Te han acosado en la cárcel por este motivo? ¿Los negros te acosan?

DAHMER: Sí. Creen que… se trata de algo racial.

Seguimos comentando su elaborado sistema de seguridad, su método de guardar pruebas tales como fotografías en cajas cerradas bajo llave, de envolver cuidadosamente las partes del cadáver en bolsas de congelación. Le preocupaba que irrumpieran en su apartamento y descubriesen sus trofeos. Sin embargo, en varias

ocasiones alguien había entrado en su casa y visto lo que podían ser pruebas comprometedoras.

DAHMER: Sí, [el administrador del edificio] entró, abrió el congelador y vio la carne. Pero estaba empaquetada y le dije que la había comprado. Otra vez un muchacho murió asesinado en su apartamento y el agente vino al mío a interrogarme.

RESSLER: ¿Entraron en tu apartamento? ¿Por qué querían interrogarte? ¿Como testigo?

DAHMER: Exacto. Creí que me estaba interrogando por algo que había hecho yo. Pero no vieron nada.

RESSLER: ¿Y qué ocurrió con el administrador del apartamento? ¿Vio algo en la nevera?

DAHMER: Esta vez, no. Aunque con M…, no había terminado de descuartizarlo porque tenía que irme a trabajar y la mitad del cuerpo aún estaba en la bañera. Olía mal y llamó a la policía por la noche, mientras yo estaba en el trabajo. Derribaron la puerta, la puerta del apartamento que estaba a dos puertas del mío, creyendo que había muerto alguien dentro.

RESSLER: Tengo la impresión de que mucha gente ve cosas y no se da cuenta de lo que ve, como ocurrió con las bolsas de basura que llevabas en el asiento trasero del coche. La policía no estaba lo bastante preparada. Igual que con el [segundo] chico laosiano; si a los policías les hubieran enseñado a ser más observadores, todo se habría terminado ahí. ¿No es cierto?

DAHMER: Probablemente.

RESSLER: Y si aquella noche [la policía] hubiera dicho: «Tenemos que echar un vistazo a su dormitorio». ¿Se lo habrías permitido?

DAHMER: No habría tenido más remedio.

RESSLER: ¿Qué habrías hecho si te hubieran pedido tu consentimiento? «Me gustaría echar un vistazo a la casa. ¿Le importa que pasemos?».

DAHMER: Me habría inventado alguna historia. Qué tenía fotos que me daba vergüenza que vieran. Cualquier mentira para salir del apuro.

RESSLER: Entonces, no te habrías negado ni opuesto. ¿Sólo habrías intentado convencerles de que no entraran?

DAHMER: Sí. Habría intentado convencerle.

RESSLER: ¿De dónde has sacado esta tranquilidad? En situaciones así, la gente se pone a temblar.

DAHMER: La primera vez que vinieron temblaba… Bueno, no lo sé.

RESSLER: Parecías muy sereno allí en la calle, con el muchacho laosiano; estabas tranquilo y sosegado.

DAHMER: La situación era tan abrumadora que… No sé de dónde he sacado esta tranquilidad. ¡No lo sé!

RESSLER: En aquel momento, ¿creíste que todo había terminado?

DAHMER: Sí, estaba completamente seguro, por la manera de actuar de los policías.

RESSLER: Pero tu única alternativa era salir como alma que lleva el diablo, ¿y eso no hubiera sido…?

DAHMER: No habría sido nada inteligente. No podía hacerlo.

RESSLER: Cuando el administrador del apartamento entró…, varias veces, ¿no?, y olía mal, ¿qué ocurrió?

DAHMER: Dije que era por culpa del congelador, o de la pecera.

RESSLER: ¿De la pecera? ¿Era una excusa creíble?

DAHMER: Yo creo que no. Pero, según parece, se la tragó.

La vez que Dahmer abrió un armario y el administrador olió el contenido de un barril de plástico con capacidad para más de cien litros, lleno de la solución de ácido que utilizaba para disolver los huesos, el administrador a punto estuvo de desvanecerse.

Él le explicó que allí vertía el agua sucia de la pecera y el hombre se lo creyó. Poco después, tiró el barril con su contenido y se agenció un enorme bidón azul de petróleo.

RESSLER: ¿Qué había dentro?

DAHMER: Los torsos sin cabeza.

RESSLER: ¿Cuál era tu intención? Ese bidón azul, ¿era para guardarlos y procesarlos más tarde?

DAHMER: Era para el ácido. Para tratar los torsos.

RESSLER: ¿Pensabas deshacerte de ellos o aprovechar el esqueleto?

DAHMER: Iba a deshacerme de ellos.

RESSLER: ¿Querías conservar alguna parte, los huesos?

DAHMER: No. Todo lo que metía en el bidón era para tirar.

RESSLER: Para tirar. Muy bien. ¿Por qué guardabas recuerdos de unos y no de otros?

DAHMER: Al principio guardaba algo porque no practicaba la técnica del ácido. Más tarde, guardaba los cráneos, excepto dos. Intenté secarlos en el horno, pero puse la temperatura demasiado alta y se resquebrajaron.

RESSLER: ¿Qué quieres decir con que se resquebrajaron?

DAHMER: Después de una hora a ciento veinte grados, oí un ligero estallido. Abrí la puerta y vi que el hueso se había desmoronado porque la humedad del interior había salido demasiado deprisa. Quedaron inservibles. Los otros, los guardé. Y también tenía dos esqueletos completos.

RESSLER: ¿Cuál era el propósito de las lámparas?

DAHMER: Eran globos azules. Apagaba la luz de arriba y conseguía dar una atmósfera misteriosa y oscura al escenario. Efectos especiales.

RESSLER: ¡Vaya escena!

DAHMER: Como en las películas del Jedi.

RESSLER: ¿Y la idea de barnizar los cráneos? ¿Qué había detrás de eso?

DAHMER: Darles un aspecto más uniforme. Después de unas semanas, algunos no estaban tan blancos como los otros y tenían una aspecto artificial, como fabricados para un anuncio.

RESSLER: He visto fotos y es verdad, casi parecía una campaña comercial. ¿Los sacaste alguna vez? ¿Los tenías fuera?

DAHMER: Hace mucho tiempo. Una vez me llevé a casa a un muchacho de Chicago. Los vio y creyó que eran comprados.

RESSLER: ¿No se inquietó?

DAHMER: Me preguntó si me iban las ciencias ocultas y le respondí que no. Que los había comprado a lo largo del tiempo.

RESSLER: ¿Se lo creyó? ¿Fue el único que los vio?

DAHMER: Mmm-hmm. Era un chico muy guapo. Se pavoneaba de haber ganado el concurso *leather* de Chicago.

RESSLER: Lo guardabas todo en el apartamento: huesos, cráneos, miembros, cabezas… ¿No tenías miedo de que alguien entrase en el apartamento?

DAHMER: Sí. Por eso extremé las precauciones con el sistema de seguridad.

RESSLER: Algunos tenían las plantas de los pies rebanadas. ¿Por qué?

DAHMER: Eso era simplemente para que el ácido tuviera una mayor superficie para desintegrar la carne. La piel de la planta de los pies normalmente es muy gruesa.

Dahmer estaba un poco sorprendido de mis preguntas, y también de que me mostrara comprensivo con su necesidad de deshacerse de los cadáveres de una manera eficaz. Incluso insinuó que yo habría sido un buen asesino en serie. Le respondí que llevaba mucho tiempo entre criminales y nos reímos. Aproveché este momento de aparente camaradería para obtener información de unas prácticas que no había contado a nadie. Por ejemplo, recurriendo a mis conocimientos de la evolución seguida por otros asesinos, di por supuesto que Dahmer habría intentado beber sangre de sus víctimas. Admitió que lo había probado «por curiosidad», pero la experiencia no le había gustado ni tampoco le había parecido estimulante (y yo sabía que su criterio para seguir con una práctica era descubrir que le excitaba).

Seguimos hablando de dos casos que no terminaron en homicidio. En el primero, un hombre joven había sobrevivido a «la bebida» en casa de la abuela y Dahmer le permitió marcharse, pero más tarde el muchacho tuvo que ser hospitalizado y denunció el incidente a la policía, que no hizo un seguimiento muy bueno del asunto. A continuación sigue la narración, palabra por palabra, del segundo caso.

RESSLER: ¿Qué pasó con aquel muchacho que golpeaste con un martillo?

DAHMER: Se marchó furioso, diciendo que iba a llamar a la policía. Quince minutos más tarde, regresó. Llamó a la puerta y le dejé entrar. Dijo que necesitaba dinero para el teléfono, o el taxi, o no sé qué. Me pareció increíble. Que volviera. ¿Puede creérselo?

RESSLER: ¿En lugar de ir a la policía o…?

DAHMER: Tenía miedo de dejarlo marchar otra vez, y forcejeamos sobre la alfombra unos cinco minutos. Los dos estábamos agotados. Le calmé. Estuvimos en el dormitorio hasta las siete de la mañana. Intenté calmarlo; me prometió que no llamaría a la policía. Subimos andando hasta esquina de la calle Veintiséis con Wisconsin, le paré un taxi y aquélla fue la última vez que le vi.

RESSLER: Es extraño que no presentara una denuncia.

DAHMER: Lo hizo, pero les contó una historia absurda de que yo le había aporreado y no le creyeron.

Muchas veces los asesinos tratan de achacar sus actos al alcohol o a las drogas. Si bien es cierto que las sustancias tóxicas pueden liberar a la gente de sus inhibiciones, casi nunca son la «causa» de actos criminales. No obstante, las preguntas acerca del alcohol y las drogas facilitan a menudo que el asesino hable de sus crímenes.

RESSLER: Beber más de la cuenta ha sido un problema constante en tu vida, ¿verdad?

DAHMER: Sí. Era mi manera de sobrellevar la vida familiar. El divorcio. Y los golpes. Bebía para borrar la memoria. Durante un tiempo funcionó. Y funcionó mejor aún en el ejército.

RESSLER: ¿Siempre habías bebido cuando te llevabas a las víctimas?

DAHMER: Mmm-hmm.

RESSLER: Pero no hasta el punto de perder el sentido, porque has dicho que te gusta controlar lo que sucede a tu alrededor. Y cuando se bebe demasiado, se pierde el control.

DAHMER: Sí. Sólo bebía cerveza.

RESSLER: Cuando salías a buscar a alguien, ¿habías bebido antes?

DAHMER: Sí. Cerveza. Y luego seguía bebiendo toda la noche.

RESSLER: ¿Y cuando volvías a casa y, digamos, antes de cometer el asesinato?

DAHMER: Siempre tenía cerveza en la nevera.

RESSLER: ¿Y después?

DAHMER: Mmm-hmm. También.

RESSLER: Y cuando descuartizabas los cuerpos, ¿seguías bebiendo?

DAHMER: Sí, seguía.

RESSLER: ¿Puede decirse que te mantenías en un estado de semi…?

DAHMER: En un estado de borrachera.

RESSLER: ¿Lo sentías como una necesidad?

DAHMER: Así parecía todo más fácil.

RESSLER: ¿Te producía placer el acto de cortar en sí?

DAHMER: Al principio, sí. Luego pasó a ser una rutina.

RESSLER: ¿Y la actividad sexual después de la muerte?

DAHMER: Placentera.

RESSLER: ¿Y con los restos?

DAHMER: No era tan placentero como cuando los tenía enteros.

Le pregunté si sabía que lo que hacía estaba mal, por ejemplo en el caso de la primera víctima, el autoestopista. Aceptó que lo sabía, lo que en parte explicaba por qué habían transcurrido ocho años entre la primera y la segunda víctima. El asesinato había sido «real», aunque se entremezclara con la fantasía, y, según sus propias palabras, le «pegó un susto de muerte». Observó que este crimen había ocurrido pocos meses después de la desintegración de su familia, que le había «deprimido» mucho.

RESSLER: ¿Has sabido siempre, desde el principio hasta el final, que lo que hacías estaba mal?

DAHMER: Sí, sí.

RESSLER: ¿En algún momento llegaste a decirte: «Esto es una locura»?

DAHMER: ¿Que perdía el control? Sí. Cuando empecé con lo del taladro. Fue en el número doce, o por ahí.

RESSLER: ¿En aquel momento eras consciente de que…?

DAHMER: De que aquello ya era demasiado.

RESSLER: ¿Que se te escapaba de las manos?

DAHMER: Sí.

RESSLER: Pero ¿te dijiste: «No volveré a hacerlo»?

DAHMER: No. Quería ver si conseguía la técnica del zombi.

RESSLER: ¿Por qué crees que la dominación, el control, el poder sobre los demás era tan importante para ti? Para la gente corriente, son factores importantes, pero no hasta el extremo que los llevaste tú.

DAHMER: Si hubiera tenido intereses y aficiones normales, como el deporte y esas cosas, si no hubiera estado tan obsesionado por hacer lo que hacía, probablemente no habrían sido tan importantes. ¿Por qué lo eran? No lo sé. [Larga pausa]. Supongo que me hacían la vida más atractiva, o más plena.

RESSLER: De acuerdo. Pero se trataba de un poder y un control… fuera de control. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¿Te dabas cuenta de que eso no era realista?

DAHMER: Ahora sí.

RESSLER: ¿En algún momento llegaste a dudar de tu propia capacidad? Un momento en que te dijeras: «Lo que quiero, no lo lograré nunca. Estoy perdiendo el tiempo».

DAHMER: Sí, pensé algo así cuando empecé con la técnica del taladro. Antes de eso, no.

RESSLER: Cuando empezaste con lo del taladro, ¿tuviste la sensación de que iban a cogerte?

DAHMER: No. Creía que podía evitar que me descubrieran. Fue después de perder el trabajo cuando se me empezó a desmontar todo.

RESSLER: ¿Fue poco antes de que te detuvieran?

DAHMER: Tal vez un mes.

RESSLER: ¿Por qué perdiste el empleo?

DAHMER: Porque les llamé una noche, cuando estaba con el levantador de pesas negro. Creía que aún me quedaba un día de baja por enfermedad, pero no era así. Decidí pasar la noche con él, porque pensaba que al día siguiente aún tendría el trabajo. Fue por eso.

Seguimos hablando largo y tendido de sus llamadas para comunicar que estaba enfermo. Insistí en ese punto porque tenía la teoría de que habría valido la pena contrastar las fechas de las bajas de Dahmer y las de las denuncias de desaparición de personas, para descubrir si había otras posibles víctimas cuyo asesinato no hubiera confesado. Insistí también porque opinaba que los registros de baja (o de vacaciones) de un sospechoso deben consultarse siempre que una oleada de crímenes o violaciones afecte a una comunidad.

Volvimos al tema principal: las prácticas de Dahmer con los cuerpos sin vida. Intentó conservar máscaras faciales siguiendo las instrucciones de una revista de taxidermia, pero el resultado fue que «se enmohecieron un poco» y las tiró. Tenía la fantasía de montar un esqueleto completo, barnizar los huesos, poner corchetes para que los huesos quedaran unidos entre sí. Comenté que podía haber comprado un esqueleto en una tienda de artículos para estudiantes de medicina, pero respondió que, de haberlo hecho, el resultado «no habría sido un recuerdo de alguien: habría sido un desconocido». Se interesaba por los esqueletos, los cráneos y otras partes del cuerpo porque eran elementos del «centro de poder» que urdía en sus fantasías. Pero ¿cuál era el objeto de este centro de poder?, le pregunté.

DAHMER: Intentaba crear una especie de conjuro o ritual, utilizar el poder, el poder espiritual. En aquel tiempo, creía que estas cosas eran posibles, pero no lo sabía.

RESSLER: Y ahora, ¿qué piensas de aquellas ideas?

DAHMER: Que eran ridículas. Ahora es evidente.

RESSLER: Entonces, te habrías sentado en la silla, concentrado en la escena. Y luego ¿qué habrías hecho? ¿Meditar?

DAHMER: Exacto.

RESSLER: ¿Y lo de las lentes de contacto amarillas?

DAHMER: Los dos protagonistas de estas películas [*El retorno del Jedi* y *El exorcista III*] llevaban unas lentes tintadas en los ojos que emanaban poder. Formaba parte de mi fantasía.

RESSLER: ¿Las llevabas [las lentes de contacto] a veces, o no?

DAHMER: Sólo en los bares.

RESSLER: ¿Te hacía comentarios la gente?

DAHMER: Lo notaban, y me decían que tenía unos ojos muy bonitos. Llevarlas no me daba sensación de poder, pero cuadraba con mi fantasía.

Hablamos de lo que yo califiqué «sus descuidos», por ejemplo, salir a tomarse una cerveza cuando el muchacho laosiano estaba dormido y dejar que saliera a la calle. Admitió que había sido un error, como también lo había sido dejar manchas de sangre en la pared de su apartamento. Aquello había sido, dijo, por una «punción rápida en una arteria» de un hombre, antes de que éste muriera: la sangre había salido a chorro y él no se lo esperaba. También quedaron restos en la alfombra. Dahmer se justificó diciendo que «se concentraba tanto» que estas cosas le importaban muy poco. Había llevado la alfombra a la tintorería varias veces, con la excusa de que la mancha roja era colorante alimenticio que usaba en su trabajo, una mentira que el encargado no puso en duda.

Introduje el tema de la elección de las víctimas. Los hombres que Dahmer recogía en las galerías comerciales o por la calle no siempre eran gays. Su respuesta fue que le daba lo mismo, puesto que lo que a él le interesaba era el físico y, en cualquier caso, las actividades sexuales no eran consensuadas, porque tenían lugar cuando la víctima estaba inconsciente o muerta. Según dijo, de cada tres personas que abordaba en un centro comercial, una accedía a acompañarlo a su casa para que le fotografiara; en los bares, la proporción era de dos por cada tres. Con uno de los últimos, Dahmer se confundió con las copas de «la bebida», se la tomó él y al despertar se encontró con que su pareja se había ido llevándose trescientos dólares.

Seguí con la lista entera de crímenes para descubrir algún indicio de su estado mental en la época de cada uno de ellos. Para mí, el acontecimiento clave era lo que había ocurrido en el Hotel Ambassador en 1986. Me interesé por cómo era su vida en aquella época.

DAHMER: Por aquel entonces había dejado de intentar resistirme a los deseos, pero, cuando conocía a alguien, después lo acompañaba otra vez a su casa y me tomaba [el somnífero recetado]. Me limitaba a pasar una noche de sexo con ellos. La violencia no entraba para nada en mis planes.

RESSLER: ¿Era cuando vivías con tu abuela?

DAHMER: Sí, cuando vivía en su casa.

RESSLER: Así pues, habías intentado resistirte una temporada pero volviste a ceder.

DAHMER: Sí. Pero sólo iba a los bares, a los *sex-shops*, a la sauna…

RESSLER: Pero esta vez te despiertas y el chico está muerto. Desde entonces hasta enero de 1988 pasan dos años, pero desde enero de 1988 hasta marzo de 1988 pasan sólo dos meses. Lo que ocurrió en el Ambassador, ¿te pareció agradable…

DAHMER: No.

RESSLER:… o terrible?

DAHMER: Terrible.

RESSLER: ¿Por qué razón?

DAHMER: No lo había planeado. Para mí fue una sorpresa encontrarme con lo ocurrido.

RESSLER: Vamos a ver. El de enero de 1988, el primero en dos años, ¿tenías algún plan antes de salir y encontrarte con él?

DAHMER: No, no había planeado salir en busca de nadie, pero por casualidad estaba en la parada del autobús. Y después ya no me preocupé por ir de bares. El plan que tenía primero era éste: salir y tomarme unas copas por ahí.

RESSLER: Así pues, no saliste con la idea de conocer a alguien y llevártelo a casa.

DAHMER: El plan era beber y después volver a casa. Había un espectáculo de *striptease*.

RESSLER: Y que él te acompañara a casa de tu abuela, ¿qué fue? ¿Un cúmulo de circunstancias?

DAHMER: Sí. Nos desnudamos. Estuvimos en la cama, acariciándonos. Nos masturbamos. Y… lo encontré tan atractivo que quise conservarlo. Por eso le preparé la bebida. Eso fue todo.

Observen que, de nuevo, en la mente del criminal los acontecimientos se precipitan, por lo menos en parte, por la actuación de la víctima: en cierta medida, la culpa de su propia muerte. Las siguientes preguntas tenían por objeto discernir qué crimen en concreto había sido planeado y cuál espontáneo. Revisamos todos los casos en una secuencia temporal. El siguiente había sido en marzo de 1988.

RESSLER: ¿Dónde le encontraste?

DAHMER: Yendo de copas. Llevaba toda la noche bebiendo y ya me iba a casa. Cuando salí, él estaba en la puerta. Allí lo vi y le hice el ofrecimiento.

RESSLER: ¿Y otra vez a casa de la abuela, las drogas y todo lo demás?

DAHMER: Mmm-hmm, el mismo plan.

RESSLER: Mientras os dirigíais a casa de la abuela, ¿sabías cómo iba a terminar aquello?

DAHMER: Mmm-hmm.

RESSLER: ¿En aquel momento sabías…?

DAHMER: En aquel momento… sí, sin duda. El plan… Mmm-hmm.

RESSLER: Después pasa un año. Estamos en marzo de 1989. Aquella vez, cuando saliste de casa, ¿ibas en busca de alguien?

DAHMER: Sí, sí. Fue al final de la noche. Los bares ya estaban cerrando. Estaba a punto de irme y fue él quien me dio conversación, lo que era… poco frecuente. Le pregunté si quería ir a mi casa y aceptó. Después es lo mismo de siempre.

RESSLER: ¿Planeabas hacerlo?

DAHMER: Sí, sí. Buscaba a alguien para llevármelo conmigo.

RESSLER: ¿Sabías que se cometería un homicidio?

DAHMER: Cuando le conocí, sí. Antes no. Como ya he dicho, yo ya me iba para casa y él intentó ligar conmigo.

El siguiente crimen se produjo catorce o quince meses más tarde. ¿Cuáles habían sido las circunstancias?, pregunté.

DAHMER: Lo encontré delante de un bar. Se dedicaba a la prostitución y era muy guapo. Le ofrecí dinero, fuimos a casa, y… el mismo plan.

Nos enzarzamos en una discusión sobre nombres, fechas, lugares, circunstancias. Él respondía a mis preguntas con un «Exacto», o «Mmm-hmm» o «Esto fue en Milwaukee». Era terrible oírle responder con tanta parquedad, porque parecía que estuviéramos en la lavandería, comprobando las prendas por si había quedado alguna

en la lavadora. Por ejemplo, hablando de uno de los asesinatos, Dahmer condensó los actos de premeditación, relación y asesinato en esta concisa afirmación: «Salí a buscar a alguien pero no sabía si lo encontraría; encontré a uno y entonces lo planeé». Recordaba con toda precisión dónde y en qué circunstancias había conocido a sus víctimas, y no había olvidado ni sus nombres ni cómo eran. El rasgo psicológico principal era que calificaba los asesinatos de «planeados» cuando salía en busca de una víctima, y de «espontáneos» cuando las encontraba de manera más o menos fortuita (aunque en los lugares que frecuentaba eran muy habituales los arreglos de ese tipo, y por consiguiente había una expectativa razonable de lo que podía ocurrir).

RESSLER: Cuando fuiste a Chicago, ¿habías quedado con alguien?

DAHMER: Sí.

RESSLER: ¿Pensabas que la cita podía terminar en homicidio?

DAHMER: Sí, probablemente.

Me interesaba saber qué papel desempeñaba la fantasía en la preparación de un crimen. Para los asesinos en serie, el problema es que la realidad (el asesinato de una víctima) nunca está a la altura de sus mejores fantasías. La ficción es siempre superior, porque se refina y perfecciona constantemente; por eso siempre va por delante de los asesinatos. Pregunté a Dahmer si, en medio de una serie de crímenes, antes de salir a la caza de una víctima fantaseaba sobre lo que ocurriría.

DAHMER: Sólo… mirando fotos de víctimas anteriores. Vídeos, películas pornográficas, revistas. No tenía ninguna fantasía elaborada antes de salir.

RESSLER: Pero utilizar estas cosas, los cráneos y cosas por el estilo, era una continuación [de la fantasía].

DAHMER: Exacto.

RESSLER: ¿En algunos momentos las fotos y los restos dejaban de estimularte y sentías el deseo de salir y volver a hacerlo? ¿Era consciente este deseo de…?

DAHMER: Sí. Las fotos no eran tan gratificantes como tener a alguien en persona.

RESSLER: Entonces, sólo te valías de las fotos y la pornografía para llenar los huecos entre…

DAHMER: Exacto.

RESSLER:… entre sucesos.

DAHMER: Sí.

RESSLER: ¿Qué sentías cuando contemplabas los cadáveres y los restos?

DAHMER: Mirar las fotos no era tan bueno como tenerlos en persona, pero sentía la satisfacción de tener, por lo menos, algo que me los recordara.

RESSLER: Hacia el final, cuando se empezaron a acumular las cosas, ¿pesaban más las dificultades que las satisfacciones?

DAHMER: Hacia el final, sí. Con… [nombre de una víctima].

RESSLER: ¿Empezabas a cansarte de la rutina?

DAHMER: Por esto compré el bidón.

Le pregunté de nuevo por sus preferencias sexuales, si todas las veces habían sido

iguales, qué tipo de persona habría deseado como compañero sexual.

DAHMER: Me habría gustado tener, como en el vídeo, un hombre blanco bien desarrollado y complaciente con mis deseos. Habría preferido tenerlo vivo y que estuviera siempre a mi lado.

RESSLER: ¿Que saliera a trabajar y que llevara una vida normal, o que sólo estuviera contigo?

DAHMER: Que sólo estuviera conmigo.

Menos preferible, pero aún deseable, dijo Dahmer en respuesta a otras preguntas, habría sido dejar a alguien en «estado zombi». Bajando la escala, dijo que habría preferido «lo que he estado haciendo», es decir, ligar con hombres en los bares y llevárselos a casa para matarlos. Bajando más aún en la escala de las preferencias, sin embargo, dijo: «Nada». Ni sexo homosexual normal ni sexo heterosexual normal, ninguna pareja. O, en todo caso, la pornografía.

RESSLER: ¿Y después?

DAHMER: Celibato.

RESSLER: ¿Ni la angustia mental ni las provocaciones te harían…?

DAHMER: Celibato, sin ninguna actividad sexual.

RESSLER: Ni necesidades apremiantes ni compulsiones.

DAHMER: Exacto. Éste era el estado que intentaba alcanzar los dos años en que fui a la iglesia con la abuela.

RESSLER: ¿Intentabas deliberadamente alcanzar ese estado porque sabías que así no te meterías en líos?

DAHMER: En efecto, en efecto.

RESSLER: En la época en que cometiste los crímenes, ¿creías que en cierto modo estaban justificados? ¿Que tenías derecho a hacer lo que hacías?

DAHMER: Siempre intentaba no llegar a conocer demasiado bien a la persona. Así se parecían más a un objeto inanimado. Los despersonalizaba. Pero siempre supe que lo que hacía no estaba bien. Tenía sentimientos de culpa.

RESSLER: ¿Alguna vez pensaste que el otro había hecho algo mal y que tú tenías justificación para…?

DAHMER: No. Esto es lo que creía Palermo, el psicólogo forense. Que lo hacía para librar el mundo de malvados. Y no, no lo hacía por eso.

RESSLER: Nada de psicologías profundas, ¿eh? No siempre funcionan. Tal vez Palermo leyera mi libro.

Nos reímos y dimos por terminadas las sesiones. Dahmer aceptó volver a recibirme después del juicio para que yo siguiera con las entrevistas y la investigación. Parecía haber disfrutado con mi compañía. Le dije que se cuidara y que fumaba demasiado. Me respondió que si cogía un cáncer y se moría, solucionaría el problema a todos los que no sabían qué hacer con él.

Después de la entrevista, para mí estaba claro que Dahmer tendría que estar encerrado hasta el fin de sus días, pero que el lugar idóneo para apartarlo de la sociedad era un hospital psiquiátrico, no la cárcel. Era un enfermo mental, aunque a veces pareciera estar en su sano juicio y racionalizara su conducta.

Nuestra sociedad no parece reconocer grados en la enfermedad mental; cuando alguien está loco, esperamos que tenga los ojos desorbitados, que babee y que no

controle sus facultades. Sin embargo hay muchos perturbados que parecen seres humanos cuerdos y funcionales, a pesar de que en lo más profundo, a un nivel más primario, exceden los límites de la cordura: en mi opinión, Dahmer era uno de ellos.

Mis sesiones con él, junto con las de los psiquiatras, sirvieron de base para su defensa, aunque las estratagemas legales y las duras negociaciones por ambas partes impidieron que me llamaran al estrado durante la celebración del juicio.

En el proceso, E. Michael McCann, el fiscal del distrito del condado de Milwaukee, sostuvo que Dahmer estaba en su sano juicio cuando cometía los crímenes porque, aun siendo sus actos tan abominables, era consciente de lo que hacía y era capaz de distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal; incluso había hecho todo lo posible para ocultar los crímenes porque, decía McCann, sabía que actuaba mal. Entre los testigos expertos presentados por el fiscal se encontraba el doctor Park Dietz, quien definió a Dahmer como persona en su sano juicio por el grado de premeditación en la elección y búsqueda de las víctimas y el grado de control demostrado para engañar a la policía, deshacerse de los cadáveres, etcétera.

Gerry Boyle, por la defensa, alegó que, si bien Dahmer era consciente de lo que hacía y sabía distinguir el bien del mal, era incapaz de adaptar sus actos a lo que sabía que estaba bien. Después amplió esta definición de demencia argumentando que Dahmer sufría específicamente de necrofilia y, por consiguiente, legalmente no era responsable de sus actos y debía ser internado en una institución para enfermos mentales. El recurso táctico a la necrofilia tuvo, sin embargo, un efecto contraproducente, ya que el fiscal respondió que el acusado había tenido relaciones sexuales con las víctimas cuando aún estaban vivas y además había usado preservativos. El fiscal tuvo la oportunidad de insistir, asimismo, en el aspecto del control, y señaló que Dahmer dominaba tan bien sus impulsos que sólo mataba donde y cuando quería. La ley de Wisconsin es muy explícita en su declaración de que, si alguien es dueño de sus actos, debe considerarse en su sano juicio.

Un jurado de no expertos corroboró esencialmente que una persona, para ser considerada enferma mental, debe comportarse como tal la mayor parte del tiempo. Por consiguiente, consideró que Dahmer estaba legalmente en su sano juicio al cometer los crímenes. Una vez emitido este veredicto, el jurado tuvo que considerar a Dahmer culpable de quince asesinatos y fue condenado a quince cadenas perpetuas, lo que equivaldría a unos 936 años de cárcel. En Wisconsin no existe la pena de muerte.

En los años que pasó en la cárcel, según Boyle, su abogado, se negó a aceptar protección especial e insistió en mezclarse con los demás reclusos. A finales de noviembre de 1994, fue asesinado por un preso negro, tal como había temido. Fue apaleado en el baño hasta la muerte por Cristopher J. Scarver, que también cumplía cadena perpetua por asesinato. Scarver había sido condenado a pesar de haber afirmado que unas voces le decían que era el Hijo de Dios y le advertían de si podía o no confiar en una persona.

Para muchos la muerte violenta de Dahmer fue un final apropiado; hubo otros, sin embargo, entre ellos algunos columnistas, que se enfurecieron porque Scarver había privado a los ciudadanos del derecho de tener a Dahmer purgando durante muchos más años los crímenes cometidos.

En mi opinión, ni Dahmer ni Scarver tendrían que haber sido encarcelados, sino recluidos de por vida en una institución psiquiátrica.

El problema, en realidad, es que personas como Dahmer plantean un dilema a la sociedad, que no ha desarrollado un modo adecuado de tratarlas. Centrarse en conceptos como el bien y el mal no es ni una aproximación siquiera a la compleja realidad de lo que hizo Dahmer. En la década de 1970, le pregunté al asesino en serie Edmund Kemper si su personalidad y sus problemas se incluían en el *DSM-II*, y me respondió que no creía que se incluyeran hasta que el *DSM* entrara en su sexta o séptima edición…, una edición que no se publicaría hasta bien entrado el siglo XXI.

8
Los casos de Coleherne y de Wimbledon Common

Asesinatos de homosexuales en el distrito de Kensington (1993)

El día de Año Nuevo de 1993, un residente de Southend tomó una extraña determinación: matar a un ser humano. Tardó varios meses en decidir cuándo, dónde y cómo, pero a principios de marzo actuó. Después de que encontraran a Peter Walker, director de teatro del West End, muerto en su piso del barrio de Battersea, en el sur de Londres, una voz anónima masculina llamó por teléfono al periódico sensacionalista *The Sun*, se atribuyó la autoría del asesinato y reconoció que lo había cometido para cumplir una promesa de Año Nuevo. Según dicen, éstas fueron sus palabras: «Lo até y lo maté. Era homosexual y un pervertido». El autor de la llamada también mostró su preocupación por el destino de los dos perros de Walker.

Cuando la policía examinó el lugar de los hechos, encontró detalles extraños, pero no las pistas habituales. Walker estaba desnudo cuando lo asesinaron. Tenía la cabeza embutida dentro de un preservativo y, acurrucados contra el cuerpo, dos ositos de peluche que sin duda el asesino había depositado allí después de la muerte. Antes de ser estrangulado, lo habían amordazado con preservativos anudados y también esposado. En el plástico no había ninguna huella dactilar, ni tampoco en ninguna parte del piso. No hallaron rastros de sangre. Las esposas eran de tipo común y podían adquirirse en una gran cantidad de establecimientos. Nadie había visto a ningún desconocido entrar o salir del apartamento. Parecía casi un crimen perfecto. La investigación rutinaria de la vida cotidiana de la víctima determinó que Walker, de cuarenta y cinco años, era homosexual y frecuentaba bares gay.

La segunda víctima fue hallada en un apartamento de Wealdstone, al norte de Londres, a finales de mayo. Christopher Dunn, de treinta y siete años, era bibliotecario. Llevaba únicamente un arnés de cuero y un cinturón claveteado. Estaba esposado a la cama y tenía los pies atados. Había indicios de tortura y sus tarjetas de crédito habían desaparecido. La cuerda de nilón utilizada para atarlo también era de tipo normal y podía comprarse en cualquier parte y, al igual que a las esposas, resultó imposible seguirle el rastro. Tampoco esta vez se encontraron huellas dactilares ni otras pistas, pero tras el asesinato habían retirado dinero de la cuenta bancaria de la víctima. Ya que para esto hacía falta el número secreto, la policía desarrolló la teoría de que Dunn había sido torturado para que lo revelara. También esta vez se averiguó que se trataba de un homosexual que frecuentaba bares de clientela gay.

Pocos días después del crimen, se recibió una segunda, vejatoria llamada, esta vez en comisaría: la voz se atribuyó la autoría y se admiraba de cómo era posible que la policía no hubiera advertido que este crimen estaba relacionado con el primero. La

llamada dejaba claro que podría haber más víctimas.

Mi buen amigo Ken John, de Scotland Yard, fue asignado al caso. A lo largo de casi dos décadas yo había ido con regularidad a las Islas Británicas para impartir clases en Bramshill, la escuela de policía, y en calidad de consultor de Scotland Yard y otros departamentos de todo el Reino Unido, y había establecido muchos lazos de amistad entre las autoridades policiales. Conocí a Ken en un curso de dos semanas sobre negociación para liberación de rehenes, organizado por el Nuevo Scotland Yard, en el que yo daba una conferencia y a la vez participaba como alumno en las demás clases para obtener una certificación del Yard en este campo. Ken y yo hicimos buenas migas desde el primer momento y pasamos muchas horas juntos, intercambiando información sobre la actuación policial en Gran Bretaña y en Estados Unidos. En 1993, Ken era inspector jefe de investigadores y comandante del distrito de Kensington de Londres, corazón de la comunidad teatral y homosexual. Estaba a punto de jubilarse y, como tantos otros policías responsables, no deseaba apartarse del servicio dejando un caso importante sin resolver. La policía distribuyó carteles entre los distintos establecimientos gay; uno de ellos solicitaba información que pudiera conducir a la policía hasta el asesino; otro, cuyo objetivo era prácticamente el mismo, indignó a la comunidad porque instaba a los homosexuales a comunicar a los agentes del orden los nombres de sus parejas ocasionales.

La información recabada demostró que ambas víctimas habían sido clientes habituales del Coleherne, un bar situado en Brompton Road, en el barrio de Earls Court, del oeste de Londres, propiedad de la compañía cervecera Brass. La clientela de este bar la componían homosexuales interesados en el sexo duro, sadomasoquista. Tras sus cristales oscurecidos se concertaban numerosas citas entre desconocidos. Hombres vestidos de cuero buscaban en él un compañero ocasional que compartiera su inclinación por los látigos, los azotes y la sumisión.

La noticia de que ambas víctimas habían sido clientes del Coleherne hizo estremecer a Ken John y a muchos agentes de policía que llevaban más de una década de servicio, pues recordaban, como tantos otros investigadores expertos en mentalidad criminal de cualquier país, que los dos asesinos en serie más notorios de Inglaterra habían frecuentado este bar en busca de sus víctimas. Dennis Nilsen, que asesinó a quince jóvenes homosexuales a principios de la década de 1980, había encontrado allí a sus víctimas, así como Michael Lupo, «el Lobo», que mató a otros nueve a finales de la década de 1980. Los dos casos habían saltado a los titulares de la prensa británica y en su momento habían causado una ola de terror dentro del colectivo homosexual. Los dos criminales estaban aún entre rejas, de modo que el asesino no podía ser ninguno de ellos, pero había alguien más que andaba suelto, rastreando y matando homosexuales.

Cuando se hizo patente la relación entre los dos crímenes y que su autor tenía el propósito, por lo menos aparentemente, de seguir sembrando el caos, se produjo una reacción de pánico justificado entre la población homosexual de Londres que añadió

tirantez a su, ya de por sí, frágil relación con la policía.

La primera semana de junio de 1993, se encontró una tercera víctima asesinada en Kensington. Perry Bradley III era un hombre de negocios norteamericano de treinta y cinco años, hijo de Perry Bradley, el fallecido recaudador de fondos para el Partido Demócrata de Texas. A diferencia de las dos víctimas anteriores, Bradley guardaba silencio sobre sus tendencias homosexuales; los clientes del Coleherne, sin embargo, le reconocieron porque había ido al bar muchas veces.

El escenario del crimen era similar a los otros: una víctima desnuda, amarrada a la cama y estrangulada con una cuerda de nilón. Sus tarjetas de crédito habían desaparecido. No había ninguna huella dactilar ni otras pistas que revelaran la identidad del asesino, pero el cadáver estaba dispuesto en una postura ritual que parecía una provocación a la policía: encima del cuerpo habían dejado una muñeca.

Después de esta muerte empecé a colaborar en el caso, porque el asesino volvió a llamar a los medios de comunicación y a la policía reivindicando el crimen y, según parece, mencionó mi nombre, o por lo menos un libro del que yo era coautor. La llamada constituía esencialmente un desafío a la policía para que presentara su valoración de los crímenes, con aproximadamente estas palabras: «En el lugar de los crímenes hay pistas que les pueden llevar a descubrir mi identidad». El asesino casi suplicaba que le informaran sobre el curso de la investigación. Irritado porque la policía no le hacía partícipe del progreso de sus indagaciones y porque no relacionaba lo que él consideraba evidente, quiso provocarla diciendo que era un auténtico asesino en serie, pero que, según «el manual del FBI», para ser calificado como tal había que asesinar por lo menos a cuatro personas; y, ya que estaba decidido a ser un asesino en serie, habría más muertes. «Tengo el libro —amenazó—. Sé a cuántos hay que matar».

El que lucha con monstruos, el manual *Sexual Homicide*: *Patterns and Motives* [Homicidio sexual: modelos y motivos] y el *Crime Classification Manual* del FBI acababan de publicarse en el Reino Unido, y yo soy el autor principal de los dos primeros y coautor del tercero. La última parte del comunicado del asesino se hizo pública, y puesto que mis libros habían tenido cierta resonancia en el Reino Unido, se me dio bastante publicidad (mala). ¡Algunos medios de comunicación afirmaron que yo era responsable de los asesinatos!

Varios periodistas británicos, en especial de periódicos sensacionalistas, se pusieron en contacto telefónico conmigo (en Estados Unidos). El tema central de la mayoría de las llamadas era éste: si el asesino había leído *El que lucha con monstruos*, y el libro le había incitado al crimen, ¿no debería retirarse de los estantes de las librerías para que nadie más lo leyera y se convirtiera en un asesino?

Era realmente una pregunta del tipo «¿Cuándo dejó de pegar a su mujer?», ¡tan tendenciosa que resulta prácticamente imposible responderla sin parecer culpable de algo! No obstante lo intenté. Expliqué a quienes me llamaron que, en primer lugar, no había una prueba directa de que el asesino tuviera alguno de mis libros, pues «el

manual del FBI» podía referirse a publicaciones muy diversas. En segundo lugar, el inspector Ken John tenía en su haber los tres libros, y me había comentado que los había encontrado muy útiles para su trabajo; así pues, la posesión de estos libros mal podía considerarse una incitación a la violencia. En tercer lugar, y lo más importante, una mente enferma podía apoderarse de mi material y darle la vuelta de manera que pareciera la base para cualquier atrocidad que pudiera cometer; en realidad, muchas mentes enfermas se habían basado en la Biblia para cometer sus asesinatos, y jamás nadie había propuesto que la retiraran de las librerías.

También aclaré a los representantes de los medios de comunicación que las llamadas del asesino a la policía no eran más que una manera de atraer la atención y dominar así sus propios sentimientos de inadaptación. Convirtiéndose en la pieza central de la persecución de la policía, el asesino obtenía una gratificación aún mayor que con sus crímenes de naturaleza sexual.

Por la misma época, me llamó Ken John para pedirme que colaborara en el caso. Me proporcionó un resumen general de los hallazgos de la policía hasta entonces. En mi opinión, el asesino era un hombre solitario de entre treinta y cuarenta años (la complejidad de los crímenes y la ocultación de huellas indicaban que pasaba de los treinta), probablemente sin empleo y que se desenvolvía cómodamente en el ambiente gay.

Al mismo tiempo, Ken se había puesto en contacto con Dick Walter, un psicólogo de Michigan que trabajaba en el sistema carcelario estatal, y con Paul Britton, uno de los expertos en mentalidad criminal más importantes del Reino Unido. Todos los perfiles psicológicos proporcionados coincidían y fueron muy útiles para conducirles hasta el asesino.

La captura del criminal, sin embargo, fue mérito del buen trabajo de la policía y de la esforzada colaboración de los integrantes de la comunidad homosexual, si bien no fue posible hasta después de otros dos asesinatos.

Andrew Collier, de treinta y tres años, natural de Dalston, al noreste de Londres, era encargado de una residencia de ancianos. Conoció al asesino en el bar Coleherne, el mes de junio, y le invitó a su apartamento.

La escena del crimen de esta cuarta víctima revelaba más detalles de su autor que los anteriores. La imagen que ofrecía el cadáver era insólita y repulsiva: el gato de Collier, con el pescuezo retorcido, tenía los colmillos puestos sobre los testículos al descubierto del cuerpo de su dueño. A Collier le habían estrangulado después de cierto forcejeo; tenía las manos esposadas a la espalda y estaba sobre la cama con las piernas extendidas. Esta vez encontraron una huella ajena en el apartamento, en la repisa de la ventana.

Tras la muerte de Collier, el asesino llamó a la policía y dijo: «Si no me detienen, tendrán uno por semana. Al principio era como un ejercicio para ver si era posible, si lograba salir indemne». En una segunda llamada, unos días más tarde, afirmó: «Siempre he soñado con cometer el crimen perfecto». Y preguntó a las fuerzas del

orden: «¿Por qué no han relacionado aún los cuatro asesinatos?».

Aquella misma noche el asesino volvió al Coleherne y salió de allí en compañía de Emanuel Spiteri, un chef de origen maltés que vivía en una habitación de alquiler en Catford, al sudeste de Londres. Cometió un nuevo crimen y volvió a llamar a la policía en tono recriminatorio: «He matado a otro hombre. ¿No lo han encontrado todavía?». Poco después la policía halló a Spiteri esposado y estrangulado como las anteriores víctimas.

El quinto asesinato obligó a Scotland Yard a hacer un comunicado público de amplio alcance. Iba a celebrarse la gran marcha anual de gays y lesbianas en Londres y la policía temía que cundiera el pánico y que hubiera otros asesinatos, probablemente por mimetismo. Por esta razón dio una conferencia de prensa y distribuyó fotografías de los cinco hombres asesinados, así como algunos detalles de las circunstancias que habían rodeado su muerte, e incluso pidió públicamente al asesino que volviera a ponerse «en contacto con ellos con carácter de urgencia».

No hubo más asesinatos porque la policía tuvo un golpe de suerte. Tras calcular que la ruta más probable desde el Coleherne hasta el apartamento del chef era el metro, los agentes se dirigieron a la estación de Charing Cross y solicitaron a las autoridades las cintas de vídeo grabadas por las cámaras fijas de vigilancia que controlaban el andén y otras zonas. Las cintas se borraban rutinariamente varios días después de su grabación, pero consiguieron que se las cedieran poco antes de reutilizarlas. En ellas se veía a Spiteri en compañía de otro hombre, y la imagen de éste se enseñó a los clientes habituales del Coleherne y se difundió ampliamente.

En este momento, un hombre llamado Colin Ireland acudió a su abogado para comunicarle que era el hombre identificado por la policía en la grabación y que, aunque había estado en compañía de Spiteri, no le había acompañado a su habitación.

Su declaración podría haber dado resultado, pero las huellas dactilares de Colin coincidían con las halladas en la repisa de la ventana del apartamento de la cuarta víctima. Ante la evidencia, acabó por confesar. Había matado a cinco hombres, a cuatro de ellos en un breve período de diecisiete días entre mayo y junio.

En muchos aspectos, Ireland encajaba con el perfil que los criminólogos profesionales habíamos anticipado. Tenía treinta y nueve años y era un solitario sin empleo, una persona que iba dando tumbos por la vida con un historial de violencia y de relaciones sexuales turbulentas. Era hijo ilegítimo de un dependiente de kiosco de prensa y se crió bajo la tutela de su madre y de sus abuelos en Dartford, Kent. Según confesó a la policía, cuando era niño le amedrentaban sus compañeros de escuela: «Era un mequetrefe larguirucho y esmirriado, y siempre me llevaba la peor parte».

Su expediente reflejaba que había sido condenado por delitos de allanamiento de morada, robo y extorsión, todos ellos cometidos antes de cumplir los veinte. En virtud de estas condenas fue a parar dos veces al reformatorio, y después se marchó a Francia con la intención de alistarse en la Legión Extranjera, pero le rechazaron a pesar de que por aquel entonces ya era un hombre fornido que medía casi un metro

noventa. Había desarrollado cierto gusto por la indumentaria militar y por el adiestramiento de supervivencia, y acampaba en la zona de los pantanos de Essex. Había trabajado de bombero voluntario, de cocinero jefe en un restaurante y de camarero en un local gay.

A los veintisiete años se casó con una mujer siete años mayor que él, y paralítica de cintura para abajo como consecuencia de un accidente de automóvil. El matrimonio acabó en divorcio. Después Ireland empezó a mudarse con frecuencia y se aficionó a acampar. Empezó a obsesionarle alimentarse sólo de productos frescos y beber agua pura embotellada. Contrajo matrimonio por segunda vez, que de nuevo acabó muy pronto en divorcio.

Ireland se presentó como voluntario en un refugio para indigentes y al poco tiempo le nombraron subdirector, cargo que parecía idóneo para él. El director recordaría más tarde que Ireland tenía mucho en común con los «huéspedes», era un personaje popular y se comunicaba bien con ellos. Pero la que era novia de Ireland en aquel tiempo afirmaría: «Nunca sabía de qué humor estaría al cabo de un momento. Tan pronto era amable como muy desagradable». Hablaba de sus fantasías de matar gente. Su novia le dejó cuando le rompió el dedo a uno de sus antiguos pretendientes.

En diciembre de 1992, tras conocerse que había maltratado a uno de los residentes, Ireland recibió presiones para abandonar el cargo de subdirector del refugio. Según comentó posteriormente, aquél era el único trabajo que le había entusiasmado de verdad. Se trasladó entonces a un centro de formación para adultos y allí se le asignó una ocupación de muy baja categoría que consistía en desguazar palés de madera. El director del refugio, que había seguido en contacto con Ireland, recordaba que en aquella época «estaba afligido y frustrado; no sabía qué hacer con su vida».

Luego llegó el Año Nuevo y su decisión de convertirse en asesino. Planeó meticulosamente los crímenes valiéndose de los conocimientos adquiridos en los cursos de supervivencia. Llevaba un equipo completo para el asesinato que consistía en esposas, cuerda, bolsas de plástico y ropa de recambio. Antes de cada misión criminal, se vaciaba los bolsillos y dejaba únicamente el dinero, para evitar que algún objeto identificador se le cayera en casa de la víctima. En cada caso utilizó un par de guantes distinto. Las víctimas esperaban actos de servidumbre y sexo duro, por lo que no era difícil convencerles para que se dejaran poner las esposas y, así, inmovilizarlos. A una de las víctimas la eligió porque llevaba unos guantes colgando del bolsillo posterior, lo que en el ambiente homosexual significaba que era un «sumiso». Después de matar a cada víctima, limpiaba meticulosamente todas las superficies y tiraba todos los restos de comida (para evitar que quedara alguna huella dental). Se llevaba incluso la vajilla y los cubiertos que había tocado para tirarlos después a la basura. Esperaba hasta mediodía para salir con aire despreocupado del apartamento de la víctima, vestido con la ropa de recambio que había traído consigo, y atravesaba Londres hasta una estación donde pudiera coger un tren hasta su

domicilio de Southend; durante el trayecto, se deshacía de las pruebas, es decir, de la ropa, de la vajilla y de las tarjetas de crédito rotas en pedazos. Financiaba los asesinatos con el dinero que extraía de la cuenta de las víctimas: previamente las torturaba para sonsacarles el número secreto. Algunas murieron sin decírselo.

Según explicaría Ireland más tarde, en el caso de Collier había depositado el gato sobre su cuerpo porque, al registrar sus efectos, había descubierto que era seropositivo. En el caso de Bradley, su tercera víctima, le dejó quedarse dormido; más tarde confesó a la policía: «Estaba ahí sentado en la habitación pensándomelo, y en cierto momento se me ocurrió que podía dejarlo correr. Luego pensé: "Es más sencillo matarlo". Me acerqué a la cama y estreché el nudo de la cuerda». En cuanto a la huella de la repisa en casa de la cuarta víctima, suponía que la había dejado cuando los dos hombres se habían asomado a la ventana después de oír un fuerte estruendo en la calle.

En cuanto a los motivos, Ireland fue menos expresivo. «Creo que en mi interior sentía una hostilidad general hacia la gente. Este sentimiento de aversión fue creciendo dentro de mí. Fue una rápida degradación hasta llegar al punto máximo. No sé explicarlo de otra manera». Negó que fuera homosexual y que tuviera algún resentimiento especial contra los homosexuales, pero afirmó que los había seleccionado como grupo de víctimas potenciales porque le parecían los más vulnerables, y porque la gente tenía menos simpatía por los hombres homosexuales que por las mujeres. Dijo que los odiaba y que no había tenido relaciones sexuales con las víctimas.

A pesar de su negativa, parecía probable que Ireland fuera homosexual o bisexual de la misma manera que reclamaba John Gacy este territorio, y que hubiera cometido los crímenes tras haber fantaseado con otros similares durante muchos años. No cabía duda de que era inteligente, ya que había pensado y planificado cuidadosamente los asesinatos y el modo de evitar que lo descubrieran, pero aquella aceleración a la que se había visto impelido (cuatro en diecisiete días) hacía pensar que su situación se estaba volviendo desesperada y que no habría podido ir mucho más lejos sin ser identificado o sin suicidarse.

En diciembre de 1993, Colin Ireland fue declarado culpable de los cinco asesinatos y condenado a cinco penas de cadena perpetua. Mi opinión es que Scotland Yard realizó una labor magnífica en este caso, que dirigió con eficacia y con gran respeto a la sensibilidad de la comunidad homosexual. Se utilizó adecuadamente el perfil psicológico y se hizo todo lo posible para disponer de todos los recursos que contribuyeran a la investigación. Ken John pudo jubilarse con su último gran caso resuelto y tuvo la amabilidad de comunicar a los periodistas que mi colaboración y la de otros estudiosos de la mentalidad criminal había sido muy positiva para llegar a su feliz conclusión.

Por cierto, el registro de la residencia y de los objetos personales de Colin Ireland reveló que en el momento de la detención no tenía ninguno de mis libros en su poder.

Si en algún momento los tuvo, por supuesto, nadie lo sabe.

Menos de dos semanas antes de mi prevista llegada a Londres para la gira de promoción de *El que lucha con monstruos*, una joven madre llamada Rachel Nickell fue brutalmente asesinada. El crimen se produjo alrededor de las diez de la mañana del 15 de julio de 1992, en los límites del parque público, de cinco kilómetros cuadrados, de Wimbledon Common, a la luz del día y en presencia de Alex, el hijo de Rachel, que aún no había cumplido los tres años.

Sin duda el agresor desconocido espiaba a Rachel Nickell, de veintitrés años, a Alex y a su perro desde un montículo contiguo a Windmill Wood. Cuando madre e hijo de adentraron en un bosquecillo umbrío, les salió al encuentro, apartó al niño de un golpe y apremió a Rachel con la punta de un cuchillo de caza para desviarla diez metros de la senda bosque adentro. Luego le asestó cuarenta y nueve puñaladas que le afectaron todos los órganos vitales y le causaron la muerte. Mientras aún agonizaba, le dio la vuelta, le bajó los pantalones vaqueros y las bragas y la penetró analmente con el mango del cuchillo.

Luego huyó. Unos minutos más tarde, un hombre que paseaba con su perro se topó con el cuerpo de la mujer, al que Alex estaba abrazado. El niño estaba cubierto de sangre y decía: «Levántate, mamá. Levántate». Éstas fueron las únicas palabras que, aterrorizado, fue capaz de pronunciar en el curso de las veinticuatro horas siguientes.

Habiéndose producido en un lugar muy público, con sus características demoníacas, y siendo el agresor tan notoriamente depravado, el asesinato de Rachel Nickell causó una gran alarma entre la población de Gran Bretaña.

Cuando llegué a Inglaterra un domingo, once días más tarde, no me encontré con el panorama esperado. Yo creía que el billete de avión, el hotel y los gastos corrían a cargo de Simon and Schuster, la editorial inglesa que había publicado no sólo *El que lucha con monstruos*, sino también los otros dos libros que había firmado como coautor. Sólo tenía conocimiento de que el diario sensacionalista *The Sun* había pagado directamente a la editorial por el derecho de reproducir durante tres días unos extractos de *El que lucha con monstruos*, y que deseaban hacerme una entrevista para hablar de estos fragmentos. Por esta razón, en un principio ni me sorprendió ni me pareció sospechoso que los de *The Sun* vinieran a recogerme al hotel y me llevaran a Wimbledon Common para hacerme una entrevista. ¿Por qué allí? Porque les parecía, me dijeron, un fondo interesante para la entrevista y además la policía deseaba verme allí por si podía colaborar de alguna manera en el caso del asesinato de Rachel Nickell.

Al oír esto, se me dispararon las antenas: si la policía tenía verdadero interés en consultarme, el procedimiento normal habría sido ponerse en contacto conmigo en mi domicilio, antes de venir a Londres. Pero, puesto que aún no había ocurrido nada,

decidí seguir adelante. Sentado en la terraza de un restaurante, a la sombra del famoso molino de viento de Wimbledon Common, me sometí a la entrevista de *The Sun* sobre el material tratado en *El que lucha con monstruos*. Luego, los del periódico sugirieron que, mientras aguardábamos a la policía, echáramos una ojeada al paraje donde habían asesinado a Rachel.

El lugar, un abedul plateado en forma de Y en el límite de Common, un poco adentrado en el bosque, había sido convertido en santuario por la familia, los amigos e incluso los desconocidos impresionados por el brutal asesinato. Era aquélla una imagen extraña, con ramos de flores, coronas, velas, incienso y otros objetos que llenaban el área aún precintada por la policía y, como telón de fondo, el bosque en plena floración de principios de verano. Había también un gran cartel donde se pedía a los transeúntes que, si disponían de información del asesinato o habían estado en el parque la mañana del suceso, llamaran a una línea directa confidencial o se pusieran en contacto con la policía. Los periodistas de *The Sun* me pidieron que posara delante del cartel y me sacaron una foto. Para entonces, yo empezaba a alimentar serias sospechas de mis entrevistadores y sugerí que, en vista de que la policía no había llegado, diésemos por finalizada la entrevista y así podría regresar al hotel.

El día siguiente por la mañana, lunes, leí con sorpresa el increíble titular: **RACHEL**: *THE SUN* TRAE AL HOMBRE DEL SILENCIO DE LOS CORDEROS, DEL FBI. El *texto* iba acompañado de fotos mías en la habitación del hotel, abriendo el portafolios y con aspecto de prepararme para una investigación, y de varias páginas, no de extractos de *Monstruos*, como habían contratado, sino de este libro y de los otros dos, intercalados con fragmentos de la entrevista, en un montaje que daba a entender que mis comentarios se referían directamente al caso de Rachel Nickell. Por ejemplo, habían destacado algunas afirmaciones que sugerían que, en mi opinión, aquél era el primer crimen del asesino, que iba al parque dos veces por semana y que no dejaría de matar aunque la policía estuviera cerca. Efectivamente, tales afirmaciones eran mías, pero se referían al caso de Richard Trenton Chase, de más de diez años antes.

Indignado, llamé por teléfono a Simon and Schuster y exigí que impidieran que el periódico siguiera insinuando que me habían traído como consultor de la policía y tergiversando mis palabras para que coincidieran con los detalles de este caso. El editor organizó una reunión para el martes por la tarde con todas las partes implicadas para tratar de resolver el asunto.

Entretanto llamé al inspector Ken John, de Scotland Yard, para comunicarle mi turbación. Le dije que la gente de *The Sun* me había secuestrado, por decirlo de alguna manera, y que nada estaba más lejos de mi intención que faltar el respeto a la policía y a su labor investigadora. Ken se rió y me explicó que tanto él como el resto del personal de Scotland Yard comprendían perfectamente las circunstancias, ya que a menudo habían sido víctimas de las manipulaciones de los medios de comunicación. Era uno de los gajes del actual ambiente periodístico, que en las dos últimas décadas se había ido decantando progresivamente por el sensacionalismo.

También me puse a disposición de Ken, si me necesitaba para el caso Nickell, y le aseguré que de esta colaboración no se filtraría ni una sola palabra a la prensa, por lo menos por mi parte. Ken prometió ponerse en contacto con John Bassett, el inspector jefe que estaba al mando del grupo de investigación del caso Nickell, y tratar de organizar una reunión con él para el día siguiente por la tarde.

El martes por la mañana, *The Sun* publicó un segundo artículo igualmente indignante, donde se afirmaba falsamente que ofrecían la continuación de mi «entrevista en exclusiva» acerca del caso Nickell, y la fotografía que me habían sacado en el lugar de los hechos delante del cartel de la policía. Aquella tarde, en la editorial, conocí a muchas personas de *The Sun*, incluido el redactor jefe, a quien vi especialmente complacido por la embarazosa situación que estaba creando. Cuando le rogué que dejaran de publicar aquel material falsamente atribuido, me comunicó que era *The Sun*, y no Simon and Schuster, quien había abonado el importe de mi billete de avión y la habitación del hotel, y que esperaban más entrevistas como compensación. Mi respuesta fue que no pensaba concederles ninguna más, que habían estado utilizando fragmentos de los dos libros sin autorización y que, si esto hubiera sucedido en Estados Unidos, consideraría la posibilidad de demandar al periódico por incumplimiento de contrato y otras actuaciones ilegales. Asimismo, rogué a Simon and Schuster que me sacaran del hotel de *The Sun* y me trasladaran a otro pagado por ellos. Pensé que con esto se zanjaría la cuestión, pero resultó que el redactor jefe de *The Sun* no había terminado con sus exigencias y pretendía que escribiera una reseña sobre el caso Nickell para el periódico y que el viernes siguiente apareciera, además, junto con John Bassett (a quien no conocía aún) en un simposio organizado por el propio periódico sobre el asesinato, en el transcurso del cual la policía anunciaría públicamente que la ayuda prestada por *The Sun* había sido inestimable para resolver el terrible caso. Tras informarle de que, si trazaba un perfil del asesino, se lo entregaría sólo a la policía, abandoné la reunión.

Aquella tarde iba a conocer a John Bassett en el bar favorito de Ken John, y sentía cierto desasosiego porque temía que Bassett viera con recelo mi actuación en el caso Nickell hasta la fecha. Sin embargo, no tenía de qué preocuparme; después de varias cervezas, se mostró cordial y afectuoso e incluso parecía algo complacido de que esta vez la prensa sensacionalista británica pusiera en un brete a un norteamericano, en vez de a su víctima de siempre, un miembro de Scotland Yard. A decir verdad, desde que corrió la voz entre las fuerzas del orden de que su antiguo compañero Ressler, ahora apartado del FBI, venía en gira de promoción, casi esperaban que ocurriera algo parecido a lo que estaba sucediendo.

—Pero puesto que está aquí, y además ya le han relacionado públicamente con el caso, ¿podría ayudarnos? —preguntó Bassett.

Respondí que lo intentaría, y que, si me facilitaban fotos y descripciones del lugar del crimen, el informe de la autopsia y cualquier otro dato que Scotland Yard considerara relevante, trazaría el perfil del posible asesino. Acordamos que me

traerían el material al día siguiente por la tarde.

Bassett y yo no hablamos directamente de ningún honorario, puesto que tanto él como otros representantes de las fuerzas del orden conocían mi postura al respecto, pero deseo mencionarlo aquí porque considero que tenía su importancia en aquel momento, ya que *The Sun* dejó entrever que me habían pagado por trazar el perfil. Yo no cobro por la colaboración que pueda prestar a un departamento de seguridad del estado, en ningún país ni en ningún momento, para solucionar un caso determinado. Cuando me requieren para impartir un curso o dar una conferencia, cobro mis honorarios, pero para cooperar con quienes están en la línea de fuego en una investigación de asesinato, no. Opino que, siempre que sea posible, forma parte de mi obligación como especialista, dentro de unos límites razonables.

El miércoles, durante el día, me llevaron en un coche policial a recorrer la zona que circundaba Wimbledon Common, y tuve la oportunidad de conocer por mis compañeros cuáles eran las características de los barrios de viviendas que cruzábamos. Me parecía verosímil que el hombre en cuestión hubiera llegado al Common andando, e incluso que frecuentara el lugar con asiduidad, posiblemente siguiendo mujeres, y para masturbarse en los bosques y llevar a cabo otros rituales.

El miércoles por la noche, Bassett y yo tuvimos otra deliciosa cena en la que me entregó bastante material del caso Nickell, incluida una evaluación de Paul Britton, pero no el perfil que él mismo había elaborado. En casos como el que nos ocupa, siempre trato de no trazar un perfil si ya he leído el de otra persona. La fuerza de mi descripción es directamente proporcional a mi independencia en el momento de evaluar las pruebas. En esta ocasión, ni siquiera llegué a ver las fotos del lugar del crimen ni el informe de la autopsia, pero confié en gran medida en los recortes de periódico que me facilitó Bassett.

La descripción del perfil alcanzó una extensión de siete páginas escritas a mano. Hice una copia para mis archivos y entregué el original a Bassett.

Lo clasificaba como «homicidio sexual desorganizado, no planeado, espontáneo y oportunista». A Nickell la habían matado con una forma de agresión «por sorpresa […] y frenética»; el asesino había pasado apenas unos minutos con la víctima. Como resultado, puede que no se hubiera dado una penetración en rigor, a pesar de la naturaleza sexual del crimen, y de que el asesino hubiera penetrado a la víctima con un objeto extraño. En otros asesinatos similares, el agresor se había masturbado encima o cerca del cuerpo, pero opinaba que, ya que el hecho había ocurrido a plena luz del día y casi a la intemperie, esta posibilidad era remota.

Otros datos que apoyaban mi diagnóstico de crimen «desorganizado» eran que «el lugar del asalto, de la agresión, de la muerte y del abandono final del cadáver» eran el mismo. Por otra parte, el escenario del crimen era lodoso y seleccionado al azar, los actos sexuales se habían cometido después de la muerte y no había escondido el cadáver. Un asesino «organizado» que persiguiera a una víctima, habría evitado a Rachel porque iba acompañada de un niño o, en todo caso, habría matado al hijo y a

la madre.

Teniendo en cuenta estas hipótesis, aventuré la teoría de que el asesino era un hombre blanco soltero, de veinticinco a treinta años de edad, que vivía solo (o con su padre o su madre). De inteligencia media tirando a baja, «con un expediente académico mediocre», tal vez ni siquiera hubiera obtenido el graduado escolar. Además, «tiene dificultades para relacionarse socialmente y su experiencia sexual ha sido escasa o nula. No sale con mujeres ni tiene contactos masculinos significativos». En realidad, era «sexualmente incompetente, con poca o ninguna experiencia». Su actividad sexual «se limitaba a actos de fantasía o autoeróticos, probablemente con la ayuda de algún tipo de pornografía». Opinaba también que el criminal «destacará por su carácter tímido e introvertido, y por actuar impulsivamente cuando se encuentra bajo tensión».

Era muy probable que viviera en una zona desde la que se pudiera llegar andando a las superficies arboladas del parque, y que hubiera recorrido los senderos del Common, que conocía bien, muchas veces. Aquella mañana debió de andar al acecho de Rachel, pero es poco probable que la conociera de antes.

El agresor probablemente no tenía empleo, o, si lo tenía, sería de rango menor y probablemente lo ejercería en las proximidades del Common. Debido a su estado mental, seguramente no había seguido de cerca el interés de la prensa por el crimen, pero cabía la posibilidad de que se hubiera llevado algún tipo de trofeo del lugar de los hechos, tal vez el monedero de la víctima o una prenda de ropa, y la policía haría bien en buscarlo si registraba su domicilio. Parecía poco verosímil que intentara huir; «puede seguir con su rutina habitual, aunque es posible que se comporte de una manera más introvertida y retraída». Tampoco parecía que abusara de las drogas o el alcohol.

Los vecinos y compañeros le conocerían, no obstante, como una persona «extraña o rara en su comportamiento y apariencia». Al padecer una «esquizofrenia limítrofe», tendría un «aspecto inmaduro» y buscaría la amistad de personas más jóvenes, posiblemente niños. Tendría un historial de problemas mentales que podían remontarse incluso a la preadolescencia, y en esos años estos problemas habrían llamado la atención a las autoridades escolares. Por consiguiente, aconsejé que la policía buscara en los hospitales psiquiátricos cercanos pacientes con pases de salida diurna, o, en el vecindario, a un joven perturbado mental que viviera con su padre o su madre.

En cierto sentido, este perfil era semejante a otro que elaboré en el pasado para el caso de Richard Trenton Chase, un ejemplo típico de asesino «desorganizado», con la excepción de que el de ahora no tenía las facultades mentales tan perturbadas como este último. Sin embargo, la agresión llevada a cabo contra Rachel Nickell suponía un gran riesgo para él, ya que se había efectuado en un lugar prácticamente abierto, donde cualquiera podía haberlo presenciado; de algún modo, esta circunstancia hacía que el ataque pareciera obra de un loco.

Entregué el perfil a Bassett y lo comentamos juntos. También le comuniqué de palabra dos puntos que no constaban en el informe. El primero era que me parecía muy significativo que el asesino no hubiera matado al niño, y que esta reacción podía estar relacionada con su infancia, probablemente atormentada. El segundo punto era que el agresor no era un asesino en serie, por lo menos de momento.

Al día siguiente estaba prevista mi aparición en un programa de televisión y le pregunté a Bassett si había algún detalle del informe que se pudiera hacer público o que pudiera ser útil para la investigación. Me sugirió que insistiera en mi opinión de que el hombre no era un asesino en serie, que aquél había sido su primer homicidio y que no era probable que volviera a matar. El razonamiento de Bassett era que esto tranquilizaría un poco a los ciudadanos. Acepté su sugerencia, aunque no estaba del todo conforme con la teoría. Para mí, no era un asesino en serie… todavía. En mi opinión, el asesino era peligroso, pero aún no había adquirido el gusto por el derramamiento de sangre; no obstante, el «éxito» de este primer asesinato podía alimentar ese gusto y crear el deseo de repetirlo. Sin embargo, pensaba decir que el criminal no era realmente un asesino en serie si con ello podía ayudar a Bassett con la población.

Al día siguiente, viernes, Bassett y yo aparecimos en el mismo programa de televisión, si bien desde lugares distintos. Soltamos nuestro discursito sobre el asesino de Nickell y creí que con esto dábamos por terminado el asunto en sus aspectos públicos. Bassett entregaría mi informe a Paul Britton y Scotland Yard haría con él lo que pudiera. En cualquier caso, si en algún momento se celebraba un juicio contra un sospechoso, Scotland Yard no me convocaría como testigo experto, pues sería más lógico recurrir a un especialista local como Britton.

El asunto, no obstante, no estaba zanjado en absoluto, porque el sábado, cuando me dirigía al aeropuerto, compré un ejemplar de *The Sun* y constaté con gran sorpresa que publicaban un perfil del asesino firmado con mi nombre. No era el informe que había facilitado a Bassett, sino un pastiche formado de fragmentos de *El que lucha con monstruos* y otros libros míos, aplicados al asesinato de Rachel Nickell. ¡Qué intento tan descarado de exprimir mi visita hasta la última gota! Como perfil psicológico, no era malo, sólo que se advertía que no era mío porque utilizaba expresiones que yo jamás habría empleado; por ejemplo, ponían en mi boca la descripción del coche del asesino, el cual, en caso de tenerlo, sería «un viejo cacharro [*banger*] inmundo lleno de porquería». Que yo sepa, en argot británico *banger* es una salchicha, no un coche destartalado. Tras leer este informe ficticio, llamé a la central de Scotland Yard; Bassett no estaba en las oficinas, pero aseguré a quien me atendió que el informe aparecido en *The Sun* no era el mismo que yo había entregado a la policía, a pesar de que el periódico afirmase lo contrario. Después de esta conversación, profundamente aliviado por alejarme de un sistema donde algunos periódicos escriben tranquilamente lo que les parece y lo atribuyen a un autor publicado sin sufrir ninguna consecuencia legal por ello, cogí el avión y volví a

Estados Unidos.

Posteriormente tuve noticias de que efectivamente Bassett había entregado mi informe a Britton, quien a su vez había confeccionado el suyo propio. Britton viajó más tarde a Estados Unidos y visitó mi vieja guarida, la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI, donde solicitó a mi ex colega Roy Hazelwood, experto en casos de abuso infantil, que trazara un nuevo perfil. Yo me encontraba a menos de cincuenta kilómetros por carretera, pero Britton no se molestó en venir a verme después de visitar a mis antiguos colegas. Los tres perfiles, según supe más tarde, llegaban a conclusiones muy similares sobre el posible asesino.

Varios testigos afirmaron haber visto a un hombre joven merodeando por el Common la mañana del crimen, o lavándose las manos en un arroyo cercano poco después de la hora del asesinato. Las descripciones de estas personas, junto con el perfil que yo había trazado, sirvieron para que un dibujante de la policía hiciera un esbozo del posible criminal. Cuatro personas de Alton Estates creyeron reconocer en el dibujo a un vecino suyo, Colin Stagg, de veintinueve años; uno de ellos recordó que Stagg parecía muy agitado después del asesinato e incluso había mencionado el lugar exacto donde había ocurrido antes de que se hiciera público. Por otra parte, una de las personas que habían visto al sospechoso en el parque identificó a Stagg en una rueda de reconocimiento.

Stagg coincidía en muchos aspectos con el pronóstico de los perfiles trazados. En primer lugar, vivía en el bloque de apartamentos que yo había sugerido como domicilio probable del asesino. Tenía entre veinte y treinta años, vivía solo, estaba en el paro y carecía de experiencia sexual. En la puerta de su apartamento se leía la siguiente leyenda: «Cristianos abstenerse. Aquí vive un pagano». En el interior, en una habitación pintada de negro, se encontraron círculos de piedras, un altar, una estrella de cinco puntas y otros grabados normalmente asociados a rituales de brujería. Cuando la policía lo tanteó por primera vez, Stagg admitió haber visto a Rachel Nickell un par de años antes. «Me sonrió y una vez nos sentamos muy juntos al lado del estanque de King’s Mere. Pero nunca la he seguido

Después de esto, el 18 de septiembre, Stagg se convirtió en el sospechoso principal del caso.

Vivía solo con un perro, en un apartamento bastante espacioso donde en otros tiempos habitó su familia. El alquiler y los gastos generales los pagaba gracias al subsidio de paro y estaba perpetuamente sin trabajo.

El registro policial del apartamento y de sus inmediaciones no descubrió ninguna prueba de utilidad, ya que no apareció ningún cuchillo con restos de sangre ni prendas de ropa salpicadas de barro o de sangre. Bajo interrogatorio directo, Stagg sólo admitía ahora que unos dos años antes había visto a alguien que se parecía a Rachel, «empujando un cochecito de bebé». Era «una chica guapa. Vi que se quitaba la blusa y tomaba el sol en biquini. Yo me quedé un rato». Según Stagg, la mujer le había sonreído y él había regresado otro día para ver si podía entablar conversación

con ella, pero no volvió a verla. La mañana del crimen, como era su costumbre, había paseado al perro por Wimbledon Common, pero no mucho tiempo y había regresado a casa, según dijo, una hora antes del asesinato. La policía no halló la forma de comprobar la versión de Stagg. La coartada no era convincente, pero tampoco era desmentida por las pruebas, pues, aunque los testigos aseguraban haberlo visto en Common cerca de la hora del crimen, el asesinato en sí no había sido presenciado por nadie a excepción del pequeño Alex, que sólo supo decir a la policía que el asesino era un hombre blanco.

Stagg no confesó el asesinato, pero admitió haber sido exhibicionista y que una vez había asustado a una mujer no llevando más que una sonrisa y unas gafas de sol. Fue detenido y declarado culpable por exhibición indecente, y le pusieron una multa.

La policía averiguó que Stagg había tenido una infancia bastante difícil; que a su hermano le habían declarado culpable de una violación mientras él estaba paseando al perro; que se declaraba seguidor de la antigua religión Wicca; que poseía un cuchillo de grandes dimensiones y lo suficientemente afilado para desollar un conejo. No había, sin embargo, pruebas suficientes para acusarlo o inculparlo del asesinato, y lo dejaron en libertad.

Había doscientos hombres más condenados por delitos sexuales y que ahora residían en las proximidades del Common, y muchos otros sospechosos cuyas características coincidían con las sugeridas en los perfiles (solitarios de veintitantos años sin empleo, residentes en los alrededores del Common), pero a la vez no podían reunirse pruebas suficientes ni para descartarlos definitivamente ni para justificar que fueran procesados. ¿Qué salida se podía dar al caso? La policía seguía convencida de que Colin Stagg era el asesino más probable de Rachel Nickell. Y, si lo era, ¿cómo obligarlo a delatarse, y evitar que cometiera otros crímenes?

Llegado este punto, el caso tomó otros derroteros y, tal como se desarrolló, más tarde me congratulé de no haber seguido relacionado con él.

La policía recibió la llamada de una mujer que había visto a Stagg en televisión después de que le multaran por exhibición indecorosa, y afirmó haber mantenido correspondencia con él en 1990. El intercambio de cartas se había iniciado a raíz de un anuncio publicado en la sección de «contactos» de una revista. Stagg le había enviado una foto y numerosas cartas; la mujer indicó a la policía que había interrumpido la relación epistolar cuando las cartas tomaron un cariz sexualmente violento. La policía decidió intentar renovar la correspondencia, en esta ocasión con el señuelo de una mujer policía como persona de contacto. En las cartas, llamadas telefónicas y cualquier situación que pudiera surgir, se llamaría «Lizzie James».

El primer anuncio logró despertar el interés de Stagg, y se inició un intrincado intercambio epistolar. Las cartas de la mujer estaban parcialmente redactadas por el psicólogo Paul Britton, con la intención de que Stagg, si en realidad era el asesino, revelara detalles que no se hubieran hecho públicos o dijera algo que pudiera equivaler a una confesión.

Poco a poco las cartas fueron subiendo de tono. «Lizzie» insinuó que una vez había tenido relaciones con un hombre y que «las cosas que ocurrían cuando estaba con él no eran las que suelen gustar a la gente normal. A veces incomodábamos e incluso hacíamos daño a la gente […]. Son cosas que están mal y debería sentirme culpable, pero no puedo olvidar cómo me divertían[7]». Stagg respondió con descripciones de fantasías de sexo de placer y dolor al aire libre, junto a bosques y arroyos, y confesó que, al ver parejas jóvenes en Wimbledon Common, se sentía solo y no deseado.

Se concertó una cita entre Lizzie y Stagg, vigilada por más de treinta policías de paisano. Stagg le entregó una carta donde se combinaban sexo y derramamiento de sangre y, al simular ella cierto interés por este tema, se excitó visiblemente.

En otro encuentro, le dio una carta, uno de cuyos párrafos decía:

Te escribo otra de nuestras cartas especiales. Por ella corre el aire del peligro y espero que te ponga caliente y húmeda, ya me entiendes […]. Te llevo a un lugar que conozco en el parque público vecinal. Está un poco retirado, pero raramente pasea alguien por allí. Hace una tarde soleada y calurosa; extiendo una lona en el suelo y encima una inmensa toalla para que podamos tumbarnos.

Se transmite la idea de que hay alguien mirando, y «¿por qué no darle algo, algo de verdad para mirar?, y tú estás de acuerdo». Finalmente, en la fantasía de Stagg, invitan a una tercera persona a que participe. Hay un cuchillo de por medio, y en la carta queda confuso quién lo sostiene, si la tercera persona o él. Se derrama sangre, que salpica a Lizzie, y «tu cabeza se balancea adelante y atrás y de lado a lado, como en un orgasmo colosal». El final del encuentro equivale al asesinato de la mujer.

En otro encuentro, ella le cuenta una larga historia de sangre, sexo y niños pequeños, y él responde con monosílabos hasta llegar al siguiente diálogo:

> **LIZZIE**: Es terrible intentar contárselo a alguien que no lo entiende, pero, si tú lo entiendes, es más fácil, porque yo no soy una mala persona, ¿sabes? No he hecho nada malo. Yo no creo que sea malo. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?
>
> **COLIN**: Claro que no. De todos modos, ya sabes que apenas hablo con la gente. Soy bastante solitario.
>
> **LIZZIE**: Sí. Pero creo que es importante que lo sepas.
>
> **COLIN**: Bueno, todos hemos hecho cosas en el pasado, cosas que uno no quiere que los demás sepan, y, aunque me avergüenzo de algunas cosas que he hecho, como yo digo, hay que vivir como [ininteligible].

En posteriores conversaciones telefónicas, Stagg dijo que no tenía experiencia con las mujeres, que era terriblemente solitario, que no hablaba con nadie y que ella era su «última esperanza» de compañía femenina. También admitió haberse masturbado en Wimbledon Common, pero seguía diciendo que no estaba implicado en el asesinato de Rachel Nickell.

Más tarde, Stagg confesaría a Lizzie que se encontraba en Wimbledon Common cerca de la hora del crimen, y que aún se excitaba sexualmente sólo de pensarlo.

Describía las heridas de Rachel con unos detalles que no podía haber obtenido de la única fotografía que se había publicado del cadáver; sabía que la mujer yacía en

posición fetal, y facilitaba descripciones muy gráficas de la zona vaginal y anal. Lo recordaba, afirmó, de una fotografía de la policía que había visto cuando le interrogaron en la comisaría de Wimbledon (aunque por supuesto los agentes estaban seguros de que Stagg jamás había visto estas fotos allí). Asimismo, en una conversación telefónica, admitió: «Lo de las cartas, lo digo en serio. Yo soy así, ¿sabes?».

En otro encuentro, después de que Lizzie contase una historia de sexo, sangre y asesinato parecida al crimen de Rachel Nickell, se produjo este diálogo:

> **LIZZIE**: Quiero un hombre como el que hizo eso. Quiero a ese hombre, es el tipo de hombre que deseo. Ya sé que está mal decirlo, y que nadie más en el mundo entero estaría de acuerdo conmigo, pero no puedo evitar desear a ese hombre; y, por ahora, en lo único que puedo pensar es en él […].
>
> **COLIN**: Entonces, ¿quieres decir que hemos terminado porque yo no soy como ese hombre? ¿Es eso?
>
> **LIZZIE**: Tú sabrás. Está en tus manos.
>
> **COLIN**: Bueno, estoy dispuesto a intentarlo, pero no creo que tú… Sé lo que quieres, sí. El caso es que no puedo competir con esto. No he tenido estos sentimientos, ¿sabes? Sólo puedo fantasear con ellos, pero sé que podría hacerlo…

Después de esto, Stagg confesó haber hecho algo terrible en el pasado, a los doce años, en conjunción con su primo: violar y asesinar a una muchacha o una mujer y esconder el cadáver en un bosque.

Según comentó el psicólogo Britton a la policía, esta afirmación era totalmente coherente con la teoría de que Stagg era el asesino de Rachel Nickell.

Poco después, al cumplirse el aniversario del crimen, Stagg concedió una entrevista a un periódico sensacionalista y afirmó que él no la había matado.

La combinación de esta entrevista, que dejaba entrever la posibilidad de que Stagg no confesara jamás, con el riesgo de que, según se desprendía de las cartas y conversaciones, Lizzie o cualquier otra mujer corrieran un peligro inminente, decidieron a la policía a interrogarlo y, al cabo de unos días, hacer un careo con Lizzie. A pesar de que debió de ser un golpe para él descubrir que Lizzie era de la policía, y que sus conversaciones habían sido grabadas y sus cartas mostradas a otras personas, Stagg siguió el consejo de su abogado y respondió con un «sin comentarios» a todas las preguntas. Lo único que dijo fue:

> **COLIN**: Sólo quiero decir una cosa. Soy completamente inocente del asesinato de Rachel Nickell, y todas las conversaciones con… con Lizzie James, fueran por carta o hablando, son producto de la fantasía y de la imaginación, porque ella me dijo que eso la excitaba. La idea de los cuchillos y el sexo no me decía absolutamente nada, porque, según lo que ella contaba de su pasado, de lo que había hecho, creía que la excitaba, creía que podía contarle esas historias para excitarla.

La policía le señaló que la idea de servirse de un cuchillo en un acto de sexo duro la había introducido Stagg en una carta, no Lizzie.

Stagg fue arrestado. Aunque uno de los miembros de la Fiscalía General del Estado se negó a llevar el caso a los tribunales, otro aceptó de buen grado, con la idea de que, puesto que no existían precedentes del caso, sería una buena oportunidad para

establecerlos.

En aquel momento, recibí la llamada de varios periodistas que querían conocer mi opinión sobre el sospechoso. Me negué a dársela, porque es impropio hablar de un asunto que está a punto de entrar en vía judicial; comenté, sin embargo, que era poco probable que me requirieran como perito del fiscal.

El proceso judicial se inició en febrero de 1994 y Colin estaba muy cambiado. Se había dejado crecer el pelo, había perdido mucho peso y tenía novia; tenía además un grupo de seguidores de Alton Estates que ocupaban la tribuna y proclamaban su inocencia.

El proceso se alargó bastante tiempo y en mayo de 1994 recibí, para mi sorpresa, una carta del abogado defensor de Stagg preguntándome si, ya que no me presentaba el fiscal, estaría dispuesto a testificar para la defensa. Ni siquiera respondí a la carta, porque me pareció que con ello traicionaría el trabajo realizado y también a mis amigos de Scotland Yard. Aunque a menudo sostengo que un experto no tiene más que una opinión, y debe darla independientemente de cuál sea la parte del caso que le abona los honorarios, en esta ocasión no quería de ninguna manera que mi opinión se pudiera considerar favorable a la defensa.

Otra precisión en lo que a mí respecta. Recibí una llamada de la prensa comunicándome que tenían en su poder mi informe con el perfil (no el que *The Sun* había inventado, sino el que yo había entregado a John Bassett). Con gran sorpresa me enteré de que lo habían presentado como prueba del caso y, por consiguiente, se había hecho público. Me negué a hacer cualquier otro comentario.

Se presentaron muchas pruebas de que la coartada de Stagg no era convincente. Un vecino comunicó que lo había visto brevemente poco después de la hora del asesinato de Rachel Nickell, viniendo del Common y llevando una bolsa. Otro testigo vio a un hombre parecido a Stagg que llevaba una bolsa similar a la descrita y se dirigía al lugar del crimen antes de que éste se perpetrara. En una rueda de reconocimiento, una tercera testigo reconoció en Stagg al hombre que había visto en el parque momentos antes del asesinato, un hombre, dijo, que le había dado miedo.

No obstante, el tribunal acabó por fallar que el plan de la correspondencia entre Lizzie y Stagg, asesorado por Paul Britton, excedía lo legalmente aceptable y entraba en el ámbito de la incitación al delito. Por consiguiente, Stagg fue puesto en libertad.

Como consecuencia inmediata de la desestimación del caso, Paul Britton fue reprobado por su actuación en él y, por extensión, se pusieron en juicio los perfiles elaborados. Ante las preguntas de los medios de comunicación, traté de aclarar algunos puntos con la mayor contundencia posible. En primer lugar, no podía discutir la decisión del tribunal de que había habido incitación al delito. En segundo lugar, creía que seguían existiendo suficientes motivos para decir que Colin Stagg era el principal sospechoso del asesinato de Rachel Nickell; tal vez nunca se le pudiera declarar culpable, pero el hecho de que la policía le hubiera puesto una trampa no confirmaba ni su culpabilidad ni su inocencia en el crimen. En tercer lugar, y para mí

lo más importante, el tribunal no se había pronunciado acerca de la eficacia o la aplicabilidad de la técnica del perfil. En realidad, había ratificado que la elaboración del perfil psicológico de posibles delincuentes era muy importante para la actuación policial, especialmente en delitos como el asesinato, y que la policía tenía todo el derecho a considerar sospechoso a alguien basándose en perfiles psicológicos.

La polémica creada después del juicio acerca de los perfiles afectó inevitablemente a la rivalidad entre Paul Britton y el profesor David Canter, de la Universidad de Surrey, otro de los eminentes estudiosos de la mentalidad criminal de Gran Bretaña, con un admirable historial propio de perfiles de delincuentes violentos. Mientras que Britton es un psicólogo clínico especializado en la personalidad de los condenados por agresión sexual, Canter es un psicólogo ambiental especializado en interacciones sociales. En los artículos y entrevistas publicados después del caso Wimbledon Common, Canter se mostró muy crítico con la actuación de Britton. Canter, cuya presencia había previsto la defensa, dijo que la opinión de Britton «no tenía la menor base científica» y que la policía había confiado demasiado en su opinión.

Personalmente no coincidía con esta afirmación de que la opinión de Britton no tenía fundamento, pero estaba de acuerdo con Canter en que la pericia para elaborar perfiles psicológicos se gana con gran esfuerzo y larga dedicación, y en que, sobre todo, es una herramienta para ayudar a la policía durante una investigación.

Otros talentos menores aprovecharon la oportunidad de la polémica para arremeter contra la psicología forense. Uno la llamó «nueva brujería» y dijo que el esbozo del carácter que se hacía en un perfil era como el de un horóscopo, es decir, tan amplio que daba cabida a cualquier lectura.

El informe oficial de sir Paul Condon, jefe de la Policía Metropolitana de Londres, apoyó los métodos utilizados en la investigación del caso Wimbledon y afirmó que fundamentar la investigación en un perfil estaba justificado cuando fallaban los demás métodos tradicionales. Expresaba asimismo su esperanza de que la decisión del tribunal no frenase el recurso a los perfiles como herramienta de investigación y hacía un llamamiento para ampliar los conocimientos en este campo. Recientemente, el Nuevo Scotland Yard ha establecido una unidad de ciencias de la conducta que investiga sobre delitos violentos y se encarga de los casos relacionados con ellos. Por otro lado, la policía británica ha establecido la Facultad Nacional de Derecho Penal en Bramshill, la escuela de policía británica, siguiendo el modelo del Centro Nacional para el Análisis de Crímenes Violentos del FBI, con el fin de fomentar en Gran Bretaña la colaboración entre fuerzas policiales y los expertos en salud mental. Estos avances han seguido las pautas recomendadas por la comisión. Sin embargo, ésta hizo aún una última sugerencia: que antes de iniciar una operación encubierta sobre la base de una opinión psicológica, debería solicitarse un segundo parecer antes de seguir adelante.

En la actualidad, Colin Stagg es una celebridad de segundo orden, a quien

ocasionalmente entrevistan los medios de comunicación. Alex, el hijo de Rachel Nickell, lleva una vida tranquila con su padre en otro país. Y el asesinato de su madre sigue en los archivos, aún sin resolver.

9
El estrangulador de la estación y los crímenes de las zonas ABC

El estrangulador de la estación

En los años previos a la excarcelación de Nelson Mandela y a la transición hacia la incorporación de la mayoría negra en el proceso democrático, la nación de Sudáfrica fue escenario de continuos episodios de violencia. No obstante, el fenómeno de violencia personal que afectaba como una plaga a Estados Unidos y a otros países de tecnología más avanzada, era allí menos destacado. En octubre de 1986, sin embargo, se inició una serie de asesinatos de muchachos jóvenes en la zona cercana a Ciudad del Cabo que causó terror, confusión e incertidumbre en la ciudadanía del condado.

Después del hallazgo de cuatro o cinco víctimas, se establecieron los parámetros de los asesinatos. Las víctimas eran muchachos «de color» (lo cual allí significa de ascendencia mixta, es decir, hijos de padres que no pertenecen a la misma tribu), de edades comprendidas entre los once y los quince años, que habían sido secuestrados a plena luz del día en las proximidades de la estación de ferrocarril. Cuando hallaron los cadáveres, por lo general tenían las manos atadas a la espalda con su propia ropa, y se supo que los habían estrangulado, o bien asfixiado hundiendo sus rostros en la arena. Muchas veces la ropa estaba intacta, pero les habían quitado las prendas interiores y las habían abandonado cerca del cadáver; se descubrió también que las víctimas habían sido sodomizadas. Muchas fueron encontradas en matorrales cercanos a las estaciones.

Tras la aparición de los primeros cadáveres, hubo quien opinó que los muchachos habían muerto a manos de una persona blanca por circunstancias posiblemente relacionadas con la violencia política que enturbiaba el país. Hubo, sin embargo, numerosos testigos presenciales que afirmaban haber visto a uno u otro de los muchachos subiendo a un coche conducido por un hombre de tez oscura. Teniendo en cuenta estos testimonios, se especuló que los chicos se dirigían a pie a la estación para coger un tren a la escuela y habían aceptado que un desconocido les llevara en su coche.

No diré que en Estados Unidos un niño que fuera andando por la carretera no hubiera aceptado el ofrecimiento en similares circunstancias, pero la triste realidad es que nos hemos vuelto tan temerosos, justificadamente, de la violencia, que los padres, las escuelas y las fuerzas de orden público advierten repetidamente a los niños de que no acepten invitaciones de desconocidos, y nuestros hijos han aprendido a rechazarlas. Que los muchachos de los alrededores de Ciudad del Cabo aceptaran de buen grado subirse a un coche demuestra que Sudáfrica cuenta con un bajo índice de

este tipo de desafortunados incidentes. Por otro lado, había que considerar también los diferentes patrones culturales. En el desperdigado entorno familiar de la pobre Sudáfrica, era normal que, cuando un joven comunicaba a su madre que quería ir a pasar unos días a casa de la abuela, se le diera permiso aunque tuviera que atravesar el país para hacerlo. Los sistemas de comunicación eran limitados y la abuela no siempre llamaba por teléfono para anunciar que su nieto había llegado sano y salvo. Así pues, era frecuente ver a niños de esta edad subiendo a un tren o viajando por el país prácticamente sin ninguna vigilancia. Algunos muchachos sacaban partido de esta situación y se entretenían en salas recreativas, estaciones de tren y otros lugares donde se veían expuestos a que un desconocido les ofreciera un paseo en coche, un poco de dinero o cualquier otra promesa tentadora.

Si algún significado cultural tuvieron aquellos crímenes fue que los asesinatos en serie son un fenómeno urbano, y que, allí donde crecen las grandes ciudades, su incidencia es mayor que en los entornos rurales o en las pequeñas poblaciones. La gran ciudad fomenta la alienación, el anonimato y el sentimiento de rabia, todos ellos elementos esenciales de los asesinatos en serie.

Se cree que entre 1986 y finales de 1993, el «estrangulador de la estación» secuestró, sodomizó y estranguló a nueve muchachos «de color» y los enterró en fosas poco profundas. La mayoría de los crímenes, sin embargo, se concentraron a finales de la década de 1980; los primeros años de la década de 1990 habían sido relativamente tranquilos. Durante esta tregua, se especuló con la posibilidad de que el agresor hubiera muerto o estuviera encarcelado por otros delitos y por esta razón no pudiera seguir cometiendo crímenes. En todo caso, se desconocía su identidad. La población negra estaba furiosa porque la policía no progresaba en la investigación del caso. Las fuerzas del orden estaban constituidas por blancos en su inmensa mayoría, y los ciudadanos opinaban que la policía era indolente en la búsqueda del estrangulador de unos muchachos de piel oscura. Reggie Schilder, que estaba al mando del caso, se sentía muy frustrado. A diferencia de Ken John, de Scotland Yard, Schilder tuvo que jubilarse sin haber resuelto aquella angustiosa serie de homicidios (más tarde trabajó como empleado en una licorería).

A principios de 1994, los crímenes se reanudaron inesperadamente y a un ritmo alarmante. En enero, en el espacio de diez días, la policía encontró media docena de cadáveres de muchachos cerca de Mitchell’s Plain, en la zona de la península de El Cabo. Reggie Schilder, por lo pronto, estaba convencido de que los crímenes eran obra del mismo hombre a quien había perseguido infructuosamente a finales de la década de 1980. Otros creyeron que se trataba de un nuevo criminal. Los primeros cadáveres fueron hallados cerca de la bifurcación de la vía de tren de Modderdam; el segundo grupo, más al sur, en la zona de Weltevreden. Casi todos los muchachos habían desaparecido en lunes.

A medida que iban apareciendo nuevos cuerpos sin vida crecía el miedo en la comunidad. El 23 de enero, poco después de la hora del almuerzo, unos alumnos de

una escuela primaria vieron a un hombre de aspecto sospechoso que aguardaba cerca de las instalaciones. Unos cuantos niños, a los que se sumaron algunos adultos, salieron en su persecución, pero el desconocido echó a correr hacia los matorrales de un solar abandonado y logró huir. Mientras le buscaban, sin embargo, hallaron el cuerpo medio descompuesto de dos muchachos del lugar.

El atroz descubrimiento no sólo consiguió que la policía redoblara sus fuerzas, sino que también movilizó a la comunidad. Los residentes, furiosos, algunos garrote en mano, se reunieron en el lugar de los hechos y juraron salir a la caza del asesino entre la maleza de la reserva natural de Wolfgat. La multitud sólo se calmó cuando, además de la policía, se presentaron grupos de las fuerzas armadas nacionales para peinar la zona. La muchedumbre, las fuerzas del orden y el contingente de soldados se unieron en la búsqueda y encontraron más cadáveres, con lo que el número total de las víctimas recientes se elevó a once. Un portavoz del Congreso Panafricano expresó el sentimiento de rabia de la comunidad local al anunciar a la prensa su condena de la lentitud en las pesquisas policiales, así como la certeza de que el asesino «llevaría ya mucho tiempo detenido si los muchachos [muertos] fueran blancos».

Aquella denuncia me estremeció, porque en Estados Unidos se habían hecho alegatos similares en muchas ocasiones, especialmente con motivo de los asesinatos de niños de Atlanta y del caso Dahmer. No era cierto en el caso de Estados Unidos, como tampoco era cierto en Sudáfrica. Sí era verdad, en cambio, que inicialmente la policía no había sabido tratar ninguno de estos casos ni había sido capaz de deducir qué tipo de persona o personas estaba involucrado en ellos.

Cada vez que en los días y semanas que siguieron a los primeros crímenes surgía en Sudáfrica la sombra de un sospechoso, grupos de ciudadanos, a veces integrados por centenares de personas, se dirigían al lugar donde creían que se encontraba el sospechoso y volcaban coches, incendiaban caravanas y peinaban las alcantarillas en su busca.

En la segunda serie de cadáveres se encontraron dos pistas. Una era una nota dejada en el bolsillo de una de las víctimas que decía: «Otro más. Aún quedan muchos». La segunda era una dentadura postiza de adulto. Nadie pudo sacar nada en claro de la dentadura, pero la nota era una pista importante. La prensa había numerado erróneamente a esta víctima, pero la nota del asesino la identificaba correctamente con el número catorce. Sólo una persona bien informada de los crímenes podía conocer la cifra total. Por otra parte, alguien llamó al antiguo investigador Reggie Schilder a su número particular, que no constaba en ninguna guía, y le amenazó con matar a catorce muchachos más y dejar los cadáveres delante de su puerta. Aquella llamada, al menos, prácticamente aseguraba que los primeros asesinatos de 1986 a 1988 y los posteriores eran obra de la misma persona.

Hubo también otras llamadas burlonas al coronel Leonard Knipe y a las madres de algunas víctimas; el asesino había obtenido los teléfonos de las mujeres de los trocitos de papel que los muchachos llevaban en el bolsillo.

Poco después de descubrirse el último escondrijo de cadáveres, un grupo de residentes enfurecidos incendió una parte de la reserva natural para impedir que el asesino cometiera en ella sus crímenes. Es posible que el fuego destruyera algunas pistas, pero los astutos residentes que peinaban la zona dieron con otra: un pedazo de cuerda de nilón de color naranja, con un nudo de lazo, que tal vez hubiera usado el asesino. Aunque una de las víctimas había sido estrangulada con una cuerda, el asesino solía inmovilizar a los muchachos con sus propias ropas atándoles con ellas las manos a la espalda.

El hallazgo de tantos cadáveres en un breve período de tiempo llamó la atención de los medios de comunicación de lugares tan distantes como el Reino Unido y el continente europeo. La lista de víctimas, según expresó un periódico, «casi llenaría una clase». Para la policía sudafricana, aquél era el desafío más importante de su historia; sus conjeturas eran que el asesino podía ser un maestro, un abogado o incluso un policía con las cualidades necesarias para fascinar a un muchacho en una estación de tren, un centro comercial o una sala recreativa, y llevárselo en su coche. Se entrevistó a más de seiscientos sospechosos y a centenares de nuevos testigos, pero el oficial de policía regional, el general de división Nic Acker, que estaba al mando de la investigación, opinaba que la única manera de atrapar al estrangulador sería sorprenderlo en el momento de asesinar o enterrar a una víctima, en vista de que al parecer actuaba solo, no dejaba pistas y no alardeaba de sus crímenes con nadie. En el equipo de Acker, formado por personas de distintas razas, colaboraba Micki Pistorius, una psicóloga clínica que estaba finalizando su tesis doctoral sobre los asesinos en serie. A partir de los relatos de los testigos se hicieron cinco retratos robot, pero diferían tanto los unos de los otros que su utilidad era muy relativa. Se recurrió a expertos extranjeros, entre ellos el doctor David Canter, de la Universidad de Surrey, Reino Unido, y algunos miembros de la Interpol.

Micki Pistorius estaba terminando el doctorado en psicología y había leído casi todas las fuentes disponibles sobre homicidios múltiples y en serie. Había convencido a las autoridades policiales de que la única manera de llevar a buen puerto la investigación era abordar el caso desde el punto de vista conductual. Lejos de ser una idea anticuada, como era su reputación fuera de Sudáfrica, las autoridades policiales la acogieron con entusiasmo e incluso se aventuraron a aplicarla a otros asesinatos que no se veían capaces de resolver por los métodos tradicionales. Sin embargo, si seguía el enfoque conductual, la reputación personal de Micki estaba claramente en juego; buscando una ayuda más directa, se dirigió a Thomas Müller, de la Interpol de Viena, y a través de él se puso en contacto conmigo en Estados Unidos. Al coronel Knipe le había llegado la voz de que el asesino podía haber escrito a Jeffrey Dahmer a la cárcel, y quería seguir esta posible pista. Se me pidió que, confidencialmente, averiguara a través de Dahmer si era cierto, intentara obtener la carta (o las cartas) y le convenciese de que guardara silencio por el bien de la investigación. Así pues, tanteé el terreno con Dahmer y me salió el tiro por la culata, porque aprovechó mi

petición para avisar a los periódicos de Chicago y Milwaukee y comunicar públicamente, a través de la prensa, que cierto investigador, que había trabajado en el FBI, había sido lo bastante listo para interesarse por su opinión del caso; anunció también a bombo y platillo que estaba interesado en colaborar, pero sólo a cambio de unos honorarios. Era evidente que, desde su ingreso en la cárcel, la actitud de Dahmer había cambiado: en una palabra, se había vuelto comercial y vendía todo lo que podía a través de los abogados (incluso los cubiertos y los platos que había utilizado para consumir los restos de sus víctimas). Incluso había pensado en empezar a pintar y vender los cuadros, como John Gacy. En sus declaraciones a la prensa, Dahmer no había asociado mi nombre al caso sudafricano, pero muchos periodistas intuyeron que se refería a mí porque me acosaron con llamadas telefónicas; mi respuesta a todas ellas fue el acostumbrado «Sin comentarios» que dirijo a la prensa cada vez que estoy en plena investigación de un caso.

En el lugar de los hechos, proseguía la búsqueda. Se encontró otra posible pista junto a una de las víctimas: un bloc de notas con versos obscenos y distorsiones obscenas de algunas escenas de la novela *Matar a un ruiseñor*. Se ignoraba si el bloc era del estrangulador, pero se hicieron pruebas para comprobar si la caligrafía coincidía con la del papel encontrado en el bolsillo de la víctima.

Aquellas notas y otros escritos indicaban que los crímenes podían haber entrado en una fase distinta, en la que el asesino se ponía en contacto con la policía y se burlaba de ella, en lugar de tomar las medidas necesarias para esquivar su identificación, como hacía antes. Su estrategia de desplazarse a pie y elegir zonas apartadas para sodomizar y estrangular a las víctimas había dificultado su captura. Otra muestra de que el asesino había hecho lo posible para evitar su identificación era su ingeniosa forma de enterrar a las víctimas en lugares que no serían descubiertos hasta pasado un tiempo. Ahora, sin embargo, estas notas a la policía parecían indicar que iniciaba una nueva etapa.

En aquel momento, la policía decidió no hacer pública una parte de la información sobre el lugar de los hechos. Había pruebas de que el asesino regresaba allí donde estaban enterradas sus víctimas mucho tiempo después de haber cometido los asesinatos: cerca de los cadáveres totalmente descompuestos se encontraron botellas de vino y cerveza con las etiquetas aún visibles.

La secuencia de los veintiún asesinatos indicaba que el asesino iniciaba la serie de crímenes, paraba, estaba inactivo por una breve temporada y luego volvía a matar. Entre febrero de 1988 y marzo de 1989, no hubo víctimas, y lo mismo ocurrió durante un período más largo, entre abril de 1989 y octubre de 1992, y posteriormente durante otro año, desde finales de octubre de 1992 hasta diciembre de 1993. Tal vez el criminal hubiera cometido asesinatos aún no descubiertos, o hubiera estado preso.

Micki Pistorius y su equipo de investigadores expertos se basaron en mi anterior obra *Sexual Homicide* y en otros materiales para trazar un perfil aproximado del

asesino y me pidieron que lo corrigiera y ampliara. El resultado final de nuestra colaboración telefónica y por fax fue un perfil más extenso. Cuando lo terminamos, vi con asombro que era muy completo y explícito. Pistorius clasificaba al asesino (y yo estaba de acuerdo con ella) de psicópata organizado que seleccionaba deliberadamente unas víctimas «puras», los escolares, en vez de niños de la calle dispuestos a ofrecer sexo por dinero.

La psicóloga presuponía que se trataba de un hombre negro de entre veinticinco y treinta y siete años, soltero o tal vez divorciado. Probablemente vivía con otras personas, quizá en una habitación realquilada a familiares o amigos. Si vivía solo, su casa no estaría en una zona completamente aislada, sino en un barrio poblado donde los vecinos podrían estar al corriente de sus movimientos.

Sería un hombre inteligente, bilingüe (hablaría afrikaans y una lengua tribal) y elegantemente vestido, uno de esos hombres que prefieren llevar corbata; pero, sobre todo, su aspecto no llamaría la atención. Si trabajaba, tendría un empleo de clase media como policía, profesor o sacerdote (o se haría pasar por colaborador de una organización benéfica). Tendría las tardes libres y frecuentaría las salas recreativas y las estaciones. Tendría coche, suyo o que podía pedir prestado sin problemas. Era probable que tuviera antecedentes por sodomía, hurto o robo.

Aunque viviera rodeado de gente, el estrangulador sería un solitario que para hablar preferiría los niños a los adultos, y guardaría un fuerte rencor contra las figuras de autoridad. Incluso era posible que pagara a un cómplice, que podía ignorar que colaboraba con un asesino o estar demasiado asustado para transmitir la información. El asesino tal vez hiciera alarde de sus proezas, o insinuara misteriosamente que había hecho cosas que nadie sabía o que tenía más información del caso que la misma policía.

Podía ser que confeccionara un álbum con recortes de periódico de los casos, así como vídeos de los informativos de televisión. Disfrutaba siendo el centro de atención de los medios de comunicación y, ahora, jugando al gato y al ratón con la policía.

En cuanto a sus relaciones sociales, probablemente tenía una sola relación sexual insatisfactoria con un adulto, hombre o mujer, y prefería la pornografía o la masturbación. Era posible que su padre le hubiera sodomizado de joven; las víctimas le recordaban su experiencia traumática y castigaba a la comunidad por no haber acudido en su ayuda cuando él tenía la misma edad que aquéllas.

En contra de la práctica habitual, se hizo pública una parte del perfil. El objetivo principal era evitar que futuras víctimas cayeran en manos del asesino. La descripción iba acompañada de una lista de fechas en que no se habían encontrado cadáveres, con la esperanza de estimular la memoria de algunos testigos que tal vez en la información distinguieran la sombra de algún conocido. Las autoridades no temían que el asesino leyera su descripción y se ocultara al ver que estaban a punto de identificarle. Al fin y al cabo, la comunidad ya estaba alertada y las circunstancias

cada vez eran menos propicias para que el estrangulador siguiera cometiendo asesinatos.

A petición de las autoridades sudafricanas, en febrero y marzo planeé mi viaje a aquel país para principios de mayo. No podía escaparme antes de Estados Unidos porque tenía que testificar en algunos juicios que se celebraban aquellos días. Por otra parte, Pistorius me preguntó si, en vista de que el asesino empezaba a provocar a la policía y a jugar con los medios de comunicación, había alguna posibilidad de aprovechar éstos para tenderle una trampa. Recientemente el asesino, o alguien que se hacía pasar por él, había enviado o dejado varias notas para la policía. En un supermercado, encontraron un papel que decía: «Quedan catorce niños para…». Las palabras que iban detrás de «para» estaban borradas. En una llamada telefónica a la policía, se repitió el mensaje; la persona dijo: «Veinte cadáveres, faltan catorce». También un periódico recibió dos cartas, aunque iban dirigidas al coronel Leonard Knipe, responsable de la investigación de los estrangulamientos. Estaban escritas en letra de imprenta y firmadas por el «Hijo de Sam», el nombre que David Berkowitz, el asesino en serie, había elegido para darse a conocer. En una de las cartas, su autor decía: «Me aseguraré de que el recuerdo de Westley Dodd, John Gacy y Wayne Williams perdure para siempre. Nosotros vamos contra la corriente. Si todo el mundo fuera como nosotros, Sodoma y Gomorra parecería un lugar encantador para vivir». Había también una postdata: «No hay que compadecerse de ellos porque estén muertos. La arena ocultará la vergüenza y el dolor de sus ojos».

Desde un punto de vista psicológico, las cartas eran muy reveladoras: las alusiones al dolor y a la vergüenza de la infancia, las referencias bíblicas, la mención de los asesinos en serie norteamericanos y la inteligencia que reflejaba la redacción de las frases. Era razonable pensar que las notas eran auténticas, por lo menos en lo que respecta a las estructuras mentales de un asesino cuando intenta racionalizar o justificar sus actos y, a la vez, dar pistas a la policía para que le atrapen y poder así dejar de matar.

Sin embargo, ¿podía la policía aprovecharse de la disposición a comunicarse del asesino para tenderle una trampa? Le respondí a Pistorius que establecer contacto con él podía ser una manera de atraerlo, pero que la policía debía tener en cuenta que de este modo también podía incitarlo a matar de nuevo, antes de lo que lo hubiera hecho sin mediar provocación. La publicidad *per se* tal vez no era lo que deseaba el asesino, aunque pareciera buscarla. Dado que la prensa estaba informada de mi inminente llegada, se me ocurrió la posibilidad de un montaje, con el pretexto de mi visita, que atrajera al asesino a un lugar establecido donde pudiera descubrirse a sí mismo. Tal vez una aparición pública despertase en él una respuesta. Una técnica similar, con un anuncio en un medio de comunicación, había llevado a Wayne Williams a descubrirse como el autor de los crímenes infantiles de Atlanta. Que el estrangulador citara en sus notas a otros asesinos en serie me hacía pensar que tal vez respondiera a la estratagema.

Aún no se había preparado la emboscada y faltaban varias semanas para mi anunciada visita cuando encontraron otro cadáver y también un testigo importante. Un muchacho que había intentado convencer a su amigo de que no aceptara la invitación de un desconocido de subir a un tren (el amigo era el muchacho que después encontraron muerto) proporcionó a la policía una descripción completa del individuo: piel oscura, peinado estilo afro, una cicatriz en la mejilla y otra en el lado opuesto de la cara, debajo del ojo, y cierto tartamudeo; hablaba tanto xosa como afrikaans. Un retrato robot, confeccionado con diferentes fotos pero que parecía sumamente real, se distribuyó a los periódicos. La población dio con un gran número de hombres que coincidían con la descripción, pero, después de ser interrogados por la policía, fueron puestos todos en libertad. Centenares de ciudadanos furiosos se concentraron a las puertas de una comisaría de policía donde estaba retenido un sospechoso y amenazaron con destrozar el local y linchar al hombre; hubo que emplear gases lacrimógenos para dispersar a la multitud. Fue una muestra de lo exaltados que estaban los ánimos en la comunidad.

Unas tres semanas después de hacerse público el retrato robot, cambió la suerte de la policía. Una clínica psiquiátrica de Ciudad del Cabo comunicó que un hombre parecido al retrato robot había ingresado voluntariamente en la clínica en unas fechas que coincidían con el hallazgo de los cadáveres de las víctimas. Surgió otra pista gracias a un residente de Mitchell’s Plains que sospechaba de un vecino: Norman «Afzal» Simons, un maestro de escuela primaria de veintinueve años que también había trabajado a tiempo parcial en algunas mercerías de la cadena Woolworth. La policía le siguió varias horas hasta que salió de una clínica y le detuvo. El hombre no opuso resistencia.

Los detalles de la vida de Simons eran un testimonio de la exactitud del perfil trazado por Micki Pistorius con un poco de colaboración por mi parte. Vivía con sus padres en la zona; su madre fue definida como «enfermiza» y católica devota, y su padre era conductor de transporte público; la familia era extremadamente pobre en su juventud. Se acusaba a un hermano de haber abusado sexualmente de él. Su empleo era de clase media; tenía la voz suave y se sentía cómodo hablando con los niños; iba limpio y bien vestido; estaba dentro del margen de edad; y resultó que, en los períodos en los que no se habían encontrado víctimas, estaba haciendo prácticas de profesorado. Una vecina, madre de tres niños, creyó reconocerlo al ver el retrato robot pero, tal como habíamos previsto, lo había protegido para que no le descubrieran, en parte porque era incapaz de conciliar al monstruoso estrangulador con el hombre amable que ayudaba a sus hijos a hacer los deberes. «Todos los chicos del barrio le querían», declaró la mujer a un periódico; le conocía desde que era un adolescente y lo consideraba un «auténtico caballero con un rincón especial [en el corazón] para los niños».

La investigación reveló que Simons había sido un miembro muy apreciado de la comunidad, adorado por sus alumnos y a quien muchos amigos confiaban el cuidado

de los niños. En realidad, había llevado una doble vida: desempeñaba seriamente su cargo oficial pero mataba a niños que recogía por la calle y que tenían la misma edad que sus alumnos.

Los periódicos reunieron información que demostraba las conjeturas que habíamos hecho los expertos conductuales. Simons hablaba siete idiomas, trabajaba con grupos de jóvenes, pero de vez en cuando desaparecía, aquejado, según se lamentaba, de una grave depresión. No tenía relaciones adultas con ningún hombre ni con ninguna mujer. Remedando el comportamiento de otros asesinos en serie, incluso había solicitado entrar en la policía en el momento en que ésta buscaba más desesperadamente al estrangulador. La gente que le había conocido de niño recordaba ahora sus intensos ataques de furia. En su juventud, se burlaban de él y le humillaban porque era mestizo. «Le caía bien a todo el mundo, pero él no lo creía. Pensaba que la comunidad no lo aceptaba. Incluso cuando estaba con sus amigos, siempre daba la impresión de guardar las distancias», dijo uno de sus compañeros de infancia.

Micki Pistorius me escribió inmediatamente después de la detención para expresarme su gratitud por mi colaboración a distancia. «Para mí fue una gran suerte haber leído sus libros y hablar con usted personalmente», dijo la psicóloga, porque las lecturas y las conversaciones le habían permitido trazar un perfil muy preciso del asesino; también fue lo bastante crítica consigo misma para hacer un incisivo análisis de las partes en las que había fallado y que no coincidían con las particularidades de los crímenes y la vida de Norman «Afzal» Simons; por ejemplo, Simons no había vuelto al lugar de los hechos, no tenía ningún cómplice, jamás había estado en la cárcel y en su adolescencia había abusado de él su hermano, no su padre.

El último dato salió a la luz en el curso de la larga declaración que Simons escribió voluntariamente para la policía entre el 12 y el 13 de abril de 1994, después de su detención. En ella hablaba de sentimientos de «soledad y vacío […] un odio a mi difunto hermano, que en paz descanse. Desde entonces, cambió mi manera de comportarme. Me volví solitario/vacío y sucio por dentro». Se refería a su hermano como «difunto» porque el joven, que había abusado de él en 1982, ya había fallecido. Simons reconocía haber recibido tratamiento por depresión en varios hospitales y clínicas. Admitía ser homosexual, no haber «tenido aún experiencia alguna con mujeres, aunque tenía una novia». Reveló indirectamente que había leído la cobertura informativa y que estaba dolido por algunas de las cosas que había dicho la policía acerca del estrangulador; aseguraba que él había sido extremadamente útil a la comunidad, a diferencia del estrangulador, cuyos actos eran considerados destructivos para la comunidad.

En su declaración escrita, Simons no reconoce ser el estrangulador, pero «me preocupa mucho que alguien pueda hacer tanto daño a la comunidad. Estoy completamente seguro de que el estrangulador es una persona muy elocuente que sabe ganarse a los niños».

Esto en cuanto a la declaración escrita. En la conversación sostenida con los

agentes de policía en el curso de los días siguientes, Simons fue más sincero. Confesó que en 1986 había suspendido los exámenes por un «*amafufunyana* destructor en mi vida. Nadie sabía o se creía mi fracaso. En aquel momento empezaron los crímenes. En el momento en que aparecieron los deseos/voces/espíritus para llevarme a Johannesburgo a matar».

Aquel tipo de retórica me resultaba familiar; era lo que en el ámbito de la psiquiatría se conoce como «ensalada de palabras». Los enfermos mentales, especialmente los esquizofrénicos paranoides, a menudo utilizan palabras extravagantes y poco convencionales, así como frases que sólo tienen significado para ellos.

Efectivamente, como revelaba la ensalada de palabras, las muertes por estrangulamiento habían comenzado en 1986. Simons dijo también que unas voces, que le hablaban al oído y dentro del estómago, le decían «Sufrimiento, no alegría», y eran «muy serias y dominantes». Aunque afirmaba que la memoria se le había deteriorado desde la década de 1980, «sabía que lo que hacía estaba mal, que era perverso e inaceptable. Nunca pude expresar aquellas fuerzas/sentimientos».

Las voces le ordenaban «hablar con los niños. Éstos, inocentes, me escuchaban y seguían mis instrucciones. A veces parecía que estas fuerzas actuaban sobre los niños para obligarles a escuchar. En estos momentos, mi personalidad cambia y soy capaz de hacer el mal».

Detalló las dificultades de su infancia, en la que una mujer mayor, ajena a su familia, «gobernaba» su vida. Cuando cometía los asesinatos, «intervenían dos fuerzas […] la sodomía y la plaga de Xosa sobre mí». Los crímenes fueron en aumento, creía, a partir de 1991, cuando murió su hermano. Entonces «las dos fuerzas se apoderaron de mi ser hasta finales de 1993. Vivía como si fuera una persona feliz, pero no lo era en absoluto». En diciembre de 1993, la frecuencia de los asesinatos aumentó hasta llegar a uno cada pocos días.

«Ahora que he confesado —dijo—, no sé si me abandonarán las fuerzas y podré descansar». Más tarde añadió: «Siempre tenía en la cabeza el propio acto de cometer los asesinatos. El llanto de los niños y el mío. La lucha por salir de la situación. Por ser libre. Os he hecho mucho daño. El aspecto que tenían vuestros cuerpos después. No puedo soportarlo. Es realmente atroz, lo siento mucho […]. Es duro, muy duro estar poseído por fuerzas desconocidas».

Finalmente no fui a Sudáfrica para este caso. El viaje se retrasó por varios motivos, entre ellos las inminentes elecciones sudafricanas. Luego capturaron a Simons y mi presencia ya no era tan necesaria.

A pesar de la confesión, Simons se declaró no culpable de los cargos presentados en relación con su última víctima. (Tal vez aceptó la alegación de no culpabilidad porque en su mente había separado la declaración escrita, en la que no admitía su culpabilidad, y la confesión oral, en la que se había responsabilizado de los

crímenes). No se presentaron cargos por los otros asesinatos porque apenas había pruebas que le relacionaran con ellos. En el juicio, los psicólogos declararon que, en el momento de los delitos, Simons era mentalmente competente, la confesión a la policía fue admitida como prueba y los testigos oculares del secuestro de la última víctima le identificaron. El juez W. A. Van Deventer dictaminó que la acusación había probado el caso y le declaró culpable. Al estar abolida la pena de muerte en Sudáfrica, Simons fue condenado a una pena de veinticinco años de cárcel. Los otros asesinatos quedaron en los registros de los casos no resueltos oficialmente, pero en aquella zona no hubo más niños secuestrados y estrangulados después de su detención.

He tratado este caso con detalle y he reproducido algunos extractos de la confesión del estrangulador para demostrar que los esquemas mentales de los asesinos en serie tienen muchos puntos en común, por muy distinto que sea su entorno sociocultural. El llanto de Norman Simons al tomar conciencia de sus crímenes y su impotencia ante las «fuerzas» que controlan su vida son un reflejo de cuanto he oído y leído a lo largo de los años de otros asesinos en serie de Estados Unidos, y un indicio de sus delirios y alucinaciones psicóticas. La similitud es sorprendente, pero tal vez predecible. Se diría que, cuando una vida normal se eclipsa, las diferencias de los modelos culturales también se desvanecen, y que, en los límites externos del comportamiento, las desviaciones son las mismas en todo el mundo.

Tal vez esto nos dé que pensar, pero también debería darnos una esperanza: la esperanza de que este tipo de crímenes «inexplicables» se pueden, sin embargo, explicar y entender, y de que, por consiguiente, es posible tomar medidas para resolverlos y, tal vez, evitar que sucedan.

Ésta fue la razón que impulsó a Micki Pistorius a promover la fundación de una unidad especial de agentes y su formación como especialistas en la investigación de violaciones y asesinatos en serie, que formaría parte de las nuevas Fuerzas de la Policía Nacional de Sudáfrica, el equivalente de la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI. Que la policía sudafricana trazara un perfil acertado del estrangulador de la estación de Mitchell’s Plains, y que la descripción fuera útil para su detención, fueron dos argumentos de peso para el establecimiento de esta unidad especial y para el recurso continuo a técnicas de investigación de la conducta por parte de las fuerzas policiales.

Otra circunstancia influyó decisivamente en la fundación de la unidad. En la época en que Norman Simons compareció ante el tribunal, en Sudáfrica actuaba por lo menos otro asesino en serie: entre julio y octubre de 1994 se hallaron quince cadáveres de mujeres negras adultas, abandonadas medio desnudas en una zona industrial minera.

La escena era una atroz evocación de lo que la policía había encontrado al descubrir el primer grupo de víctimas de Norman Simons: cadáveres medio desnudos tendidos en la arena o en un campo apartado. Los cuerpos sin vida hallados cerca de Pretoria-Johannesburg, un barrio periférico de Cleveland, en octubre de 1994, eran de mujeres negras entre veinte y treinta años. Según se determinó, algunas llevaban allí desde mayo, pero otras habían fallecido en fechas más recientes. La investigación forense de los cadáveres descompuestos resultó difícil, pero, gracias a los esfuerzos constantes de la policía, fue posible identificar provisionalmente a algunos y reunir datos a través de familias que habían denunciado desapariciones; la conclusión fue que todas las mujeres muertas se desplazaban a un lugar de trabajo lejano, buscaban empleo o eran estudiantes. A las víctimas las habían violado antes de estrangularlas con su ropa interior o con el asa del bolso. Por lo menos a dos de ellas les habían retirado dinero de la cuenta bancaria después de su muerte y, según parece, el asesino se había llevado los bolsos y otros objetos personales que podían facilitar la identificación de las víctimas. También llamó por teléfono a los familiares de dos de las mujeres tras haberlas asesinado. A una de las víctimas la habían visto por última vez subiendo al coche de un desconocido en Pretoria.

Los medios de comunicación pregonaron estos detalles, y la policía creyó que la atención dispensada a los crímenes impulsaría al asesino, como mínimo, a buscar otro lugar.

La intensa labor policial en la zona de Cleveland procuró en diciembre de 1994 un sospechoso, David Selepe. Le detuvieron y cuatro días más tarde, a punto de indicar los lugares donde supuestamente había abandonado a las víctimas, se dio la vuelta y atacó a un agente con un palo. El sargento Timothy Mngomezulu mató a Selepe de un disparo. Después de esto, las autoridades policiales de Cleveland sostuvieron que «sin duda Selepe estaba relacionado» con los crímenes y que «tenían pruebas para demostrarlo», aunque no las hicieron públicas. Más tarde, la policía manifestó que en el coche de Selepe se había encontrado sangre de una de las mujeres y que tenían pistas que le relacionaban con otras cinco víctimas. En la posterior investigación sobre la actuación del sargento, se dictaminó que éste había actuado en defensa propia.

En enero de 1995, ante el hallazgo de una serie de cadáveres cerca de Atteridgeville, otro barrio periférico, la policía creyó inicialmente que podía tratarse de un asesino imitador y siguió insistiendo en que Selepe era el autor de los crímenes de la zona de Cleveland. Sin embargo, a medida que aumentaba el número de muertes y se establecía el *modus operandi*, pareció poco verosímil que se tratase de un imitador y más probable que Selepe tuviera, como mínimo, un compinche que siguiera asesinando, o que la relación de Selepe con las primeras muertes hubiera

sido tangencial. En total, la policía halló en Atteridgeville los cuerpos sin vida de catorce mujeres y una niña de corta edad, supuestamente hija de una de ellas. También esta vez las habían violado y estrangulado; no se advertía el menor esfuerzo por ocultar los cadáveres, aunque de nuevo el terreno estaba en una zona aislada. La mayoría de las víctimas de este grupo no tenía trabajo, y la policía creía que el agresor podía haberlas convencido para subir a su coche con la promesa de un empleo.

Se expusieron diversas teorías sobre la identidad del asesino, o de los asesinos, ya que la policía no podía descartar que los autores fueran varios que se imitaran entre sí. El ritmo aterrador al que eran asesinadas las mujeres parecía indicar que aquello no era obra de un solo hombre. De ser así, este criminal desconocido ocuparía un lugar entre los peores asesinos en serie de la historia, y estaría a la altura de Gacy (treinta y tres víctimas) y Chikatilo (cincuenta y tres). No obstante, mientras que Sudáfrica seguía con preocupación esta calamidad, el resto del mundo mostraba un interés más bien escaso; tal vez el largo historial de violencia de aquel país hubiera acostumbrado a los ciudadanos de países más desarrollados a recibir noticias de muertes desde el extremo sur de África.

La investigación prosiguió en cada uno de los distintos lugares donde se habían producido los crímenes. Luego, en septiembre de 1995, se encontraron nuevos cadáveres cerca de la cárcel de Boksburg, otro barrio periférico. También en esta ocasión las mujeres habían sido violadas y estranguladas, despojadas de ropa e identificación y abandonadas sin enterrar en un espacio abierto. La historia de una de ellas, Monica V., podría muy bien haber sido la historia de las demás. El 12 de septiembre Monica, de treinta y un años, salió de casa de su abuela en busca de trabajo, como venía haciendo todos los días desde enero, mes de su llegada. Se pintó de rojo las uñas de los pies, se puso los mejores adornos que tenía y salió con la esperanza de que aquél fuera su día de suerte. En casa se quedó su hijo de cuatro años. Aunque normalmente estaba en estrecho contacto con su familia, Monica no llamó a su abuela aquella tarde, ni tampoco al día siguiente, por lo que sus familiares empezaron a preocuparse. Una tía suya recordaría más tarde que a Monica no le gustaba llevar la misma ropa más de un día, por lo que, si hubiera encontrado un trabajo o hubiera pasado la noche con un hombre (lo que era muy improbable, ya que tenía un novio, el padre del niño), habría vuelto a casa para cambiarse. La familia buscó inútilmente en los hospitales, pero al leer en el periódico que se habían hallado unos cadáveres cerca de Boksburg, tuvieron el terrible presentimiento de que Monica podía ser uno de ellos. En efecto, allí estaba. Como el cuerpo sin vida de una mujer de cuarenta y tres años, agente de aduanas del aeropuerto internacional de Johannesburgo, y el de otra mujer de Soweto, de veintinueve.

Los crímenes habían cobrado proporciones epidémicas. El presidente Nelson Mandela anuló un viaje al extranjero y se quedó para afrontar lo que parecía un aumento general del índice de criminalidad. Desde el eclipse del *apartheid,* dijo un

periódico, las probabilidades de que un sudafricano fuera víctima de un homicidio eran ocho veces superiores a las de un norteamericano. Mandela visitó el lugar de los crímenes, en Boksburg, acompañado del ministro de Seguridad, Sydney Mufadami, el ministro de Justicia, Dullah Omar y el inspector jefe de la Policía, George Fivaz, e hizo un llamamiento a los habitantes de las localidades para que colaborasen con la policía en la búsqueda del criminal o criminales.

La oleada de asesinatos en serie, unida a la cifra creciente de violaciones, atracos a mano armada y otros actos delictivos, podía atribuirse, según los sociólogos, a las generaciones de *apartheid* que habían destrozado las familias y la vida tradicional. «El tejido de esta sociedad está deteriorado y la consecuencia es el desmoronamiento de la ley y del orden», afirmó Lloyd Vogelman, director universitario del Centro de Estudio de la Violencia y la Reconciliación de Witwatersrand. En su opinión, en el clima creado se entendía la violencia como algo aceptable: «En él la gente estaba insensibilizada y podían florecer psicópatas como los asesinos en serie».

El teniente general Wouter Grové, jefe del Servicio Nacional de Investigación del Crimen, ordenó incluso a sus hombres que consultaran a los *sangomas*, los brujos sudafricanos, sobre los crímenes. Esto parecería absurdo en Estados Unidos, pero en Sudáfrica era indispensable y muy sensato, ya que las costumbres tribales siguen teniendo muchos adeptos. Cerca de los cadáveres se habían encontrado cuchillos envueltos en cintas rojas, espejos, velas, plumas de pollo, pájaros empalados, Biblias quemadas y otros objetos usados a menudo en los rituales, lo que hacía temer que los crímenes formaran parte de algún rito abominable, tal vez dirigido por un grupo nativista. En Sudáfrica, son frecuentes aún los sacrificios de animales relacionados con actividades tan prosaicas como mudarse de casa, y es sabido que regularmente se celebran «asesinatos *muti*», en los que una persona mata a otra y luego se come el corazón o los ojos para recibir su fuerza. Se analizó la posibilidad de una vinculación con los rituales nativistas, pero se descartó totalmente; lo que había ocurrido era que ciertos grupos religiosos habían utilizado el terreno para sus rituales, pero no habían dado con los cadáveres de las mujeres. Micki Pistorius llegó a considerar la posibilidad de que en los crímenes estuviera envuelto algún grupo satánico, pues en aquella zona se conocían varios, aunque más tarde llegaría a la conclusión de que no era así.

El general Grové y el inspector Fivaz también autorizaron a Micki Pistorius, que había elaborado un perfil previo del posible asesino, a llamarme a Estados Unidos e invitarme a Sudáfrica para asesorarles en aquellos terribles asesinatos. Por aquel entonces, ya conocía personalmente a la psicóloga porque ésta había asistido a las conferencias anuales de formación organizadas por Scotland Yard y había presentado ante los expertos y estudiantes congregados el magnífico trabajo de su departamento en el caso del estrangulador de la estación.

A pesar de la eficacia de su labor en el caso anterior, Micki y sus superiores creyeron que, al enfrentarse ahora con un caso especial (por el número de cadáveres y

los distintos emplazamientos), la policía sudafricana no debía dejarse arrastrar por el ego y el orgullo en el proceso de investigación, sino asegurarse la colaboración de los expertos. Con esta decisión demostraron ser más realistas y menos egoístas que muchos departamentos de policía de Estados Unidos y otros países que, frente a un crimen insólito, actúan de modo territorial y no consideran siquiera la posibilidad de recurrir a otras personas más experimentadas.

Acepté de buen grado la petición que venía de Sudáfrica y allí fui, en cuanto pude reorganizar mi agenda y conseguir un billete, a finales de septiembre. El Nuevo Scotland Yard también recibió una solicitud de colaboración similar, pero yo no vi a ninguno de sus representantes.

Cuando llegué a Johannesburgo, un fin de semana, vi que tenía todas las puertas abiertas, gracias al inspector Fivaz, responsable en buena medida de la reforma y modernización de las fuerzas policiales sudafricanas. En lo esencial, había dispuesto que Micki y yo trabajásemos con el grupo operativo de las tres zonas, Atteridgeville, Boksburg y Cleveland (en la prensa se referían a ellas como las zonas ABC de los crímenes), y había puesto a nuestra disposición recursos como un coche con chófer y acceso a un helicóptero. Micki Pistorius y yo programamos mis actividades: el lunes, visita por tierra a los solares donde habían abandonado los cadáveres; el martes, inspección de las mismas zonas desde el aire; el miércoles, pasaría el día en el laboratorio forense y examinaría las fotos, los informes de las autopsias y otros documentos relacionados con el caso; el jueves, daría un curso intensivo a los investigadores de los crímenes, con objeto de ampliar sus conocimientos y aclararles las ideas respecto a casos como aquél; el mismo jueves, Micki y yo nos reuniríamos con el inspector jefe y le presentaríamos el informe escrito por cada grupo operativo, incidiendo en el análisis del lugar de los hechos, las estrategias de investigación y nuestro perfil criminal del posible homicida; a la presentación formal del informe a Fivaz asistiría la prensa; el viernes, el general Grové, Micki y yo ofreceríamos una rueda de prensa para presentar estos materiales.

A medida que iba familiarizándome con la investigación, me llamaron la atención algunos aspectos del modelo organizativo. La policía sudafricana, a diferencia de las fuerzas locales de Estados Unidos y de todo el mundo, se había percatado de la monstruosidad de aquellos crímenes e inmediatamente había formado un grupo operativo para combatirlos. En Estados Unidos, habrían tenido que pasar meses, o incluso años, después de una serie de asesinatos, para que se hiciera algo así. Por otro lado, las unidades locales de las fuerzas sudafricanas que cubrían por separado las zonas donde se habían encontrado los cadáveres, seguían su propia investigación independientemente unas de otras.

Primero visité los lugares en coche y luego en helicóptero. Cerca de Boksburg, podían verse aún en el suelo las marcas ennegrecidas dejadas por los cuerpos en descomposición, aunque habían retirado los restos de las víctimas asesinadas. Los lugares donde se habían cometido los crímenes estaban amenazados por la presencia

de curiosos, pero hasta cierto punto estaban bien protegidos, e incluso recogimos algunas pistas, nuevas o que antes habían pasado desapercibidas, que indicaban que el asesino, o los asesinos, habían vuelto a ellos después de haber matado a las mujeres.

Empecé a creer firmemente que esos lugares estaban totalmente relacionados unos con otros. Esta conclusión la respaldaban las pruebas de los laboratorios forenses de la policía sudafricana (que, dicho sea de paso, eran los mejor equipados que había visto hasta entonces), así como las fotografías, los extensos informes policiales y otros documentos reunidos por el capitán Hennop, con el que trabajé todo el día.

A lo largo de toda la semana, me estuvieron llamando periodistas al hotel interesados en saber qué opinaba de la situación; esquivé las preguntas cautelosamente, con la excusa de que antes debía pasar la información a las autoridades y que ellos decidirían si podían hacerse públicos algunos datos. A pesar de todo, hubo una amplia cobertura informativa de mi participación en el caso, mi visita a los lugares del crimen, etcétera. Incluso se filtraron algunos datos a otros países.

A mediados de semana, las autoridades policiales recibieron un comunicado de mi antiguo grupo del FBI, la Unidad de Ciencias de la Conducta: ofrecían asistencia experta en el caso. Declinaron cortésmente la propuesta porque ya tenían contactos con el señor Ressler.

Describimos detalladamente nuestras conclusiones en el «análisis del lugar de los hechos» que Micki y yo presentamos al general Grové y al inspector Fivaz. El análisis era resultado de la actividad conjunta de los comandantes de policía que supervisaban las zonas ABC, el trabajo del laboratorio y otros departamentos, y la colaboración de Micki y mía.

Los dos principales puntos a destacar eran que los tres casos (de Atteridgeville, Boksburg y Cleveland) estaban relacionados, y que existía la posibilidad de que hubiera más de un asesino en cada uno de ellos. Las conclusiones se basaban en varios aspectos del informe.

El *modus operandi* señalaba más similitudes que diferencias entre los tres grupos de asesinatos.

Al inspeccionar los tres emplazamientos, se observaba cierta continuidad y una progresión evidente. A medida que pasaba el tiempo, mejoraba la técnica del asesino (o asesinos). En Cleveland, el método para matar era el estrangulamiento con las manos, mientras que en los otros dos lugares se hacía un lazo con la ropa de la víctima para asfixiarla. En Boksburg, la técnica era aún más depurada: estrangulamiento por lazo con torniquete, mediante una prenda de ropa y un palo o bolígrafo para retorcer el nudo. En las cuatro últimas víctimas, en Boksburg, se daba otra característica: tenían las manos atadas a la espalda, con una correa que rodeaba el cuello: totalmente inmovilizadas.

Creíamos que los municipios y los terrenos donde habían abandonado a las víctimas eran conocidos por el asesino (o asesinos), y que habían sido inspeccionados antes de dejar en ellos los cadáveres. Esto podía indicar, según el informe, «que el individuo o individuos podían haberse criado en estas zonas, o haber ido allí con frecuencia como parte de su rutina de vida o por razones de trabajo». No eran lugares elegidos al azar, sino seleccionados cuidadosamente. En los últimos crímenes, por lo menos, había claros indicios de que las víctimas habían llegado vivas y que allí las habían violado y asesinado. Era muy probable que el asesino o asesinos, al llegar al lugar con la mujer, hubieran enseñado a la víctima los cadáveres para atemorizarla y someterla a agresión sexual. Tal vez le dijeran que, si accedía, podría salvar la vida.

Los lugares eran, por sí solos, una parte importante de la historia. Estaban muy apartados, lo que suponía pocas posibilidades de ser visto; sin embargo, estaban cerca de las líneas de ferrocarril y se podía entrar y salir de ellos fácilmente en coche. Desde el aire y desde tierra, se veía que la disposición de los cadáveres era diferente en cada uno. Los cadáveres de Cleveland estaban dispersos en una gran extensión, en Atteridgeville estaban más concentrados, y en Boksburg aún más en una superficie bastante pequeña. Esto daba a entender que el grado de seguridad y arrogancia había aumentado considerablemente: el asesino o asesinos creían que no les cogerían. Creímos que, en el caso de Boksburg, esta disposición también podía reflejar un sentimiento de aversión a la policía y a la sociedad en general, ya que parecía un mensaje de desafío.

Aunque los emplazamientos estuvieran apartados, los cadáveres no estaban ocultos, sino totalmente expuestos, lo que indicaba una clara voluntad de que los encontraran y un deseo de conmocionar a la sociedad.

En general, había pocas pistas en los lugares de los hechos. Tal vez se hubiera utilizado la ropa interior de una víctima previa para estrangular a otra e intercambiado sus prendas para confundir a la policía. A falta de otras pistas, esto señalaba no sólo su grado de inteligencia, sino también que el asesino o asesinos estaban al corriente de la dinámica de las investigaciones de la policía. Este conocimiento podía proceder de los reportajes de los medios de comunicación sobre sus asesinatos, o sobre los asesinatos de otros, o de la lectura de libros y revistas de «crímenes de la vida real».

La selección de las víctimas también era importante. Las mujeres procedían de zonas rurales y se habían trasladado a la ciudad en busca de trabajo o de mejores condiciones. Las escasas señales de lucha permitían deducir que probablemente habían sido tentadas o engañadas para que subieran al coche, convencidas de que iban a conseguir un empleo.

Si en realidad se trataba de dos asesinos, uno sería el líder dominante, agresivo y organizado, y el otro el seguidor más pasivo y posiblemente desorganizado. El segundo participaría siguiendo las directrices del líder, y los asesinatos servirían para hacer realidad las fantasías de los dos hombres. Se ha comprobado que en la mayoría de los casos en que dos asesinos actúan juntos, el cabecilla es quien viola y el

seguidor, el que mata. Era probable que el asesino, el seguidor, se masturbara. Tanto si se trataba de una sola persona como de dos, creíamos que era posible que volvieran a lugar de los hechos un tiempo después de la muerte de la víctima, para prolongar la fantasía con un ritual que incluiría la masturbación.

Aparte de la evaluación de las pruebas, también hicimos algunas recomendaciones a la policía que podían ser útiles para la investigación. Algunas deben mantenerse en secreto porque son técnicas aplicables a otros casos y revelarlas comprometería su eficacia en el futuro. Otras, sin embargo, pueden resumirse sin inconvenientes. Por ejemplo, la policía de Estados Unidos confía mucho en la información aportada por los vecinos del lugar donde se ha producido el crimen, que a menudo llega a través de una llamada anónima. Como en aquella zona de chabolas había pocos teléfonos, sugerimos a la policía que instalara unidades móviles para que los ciudadanos pudieran comunicar avisos, pistas o cualquier otra información a las autoridades. También recomendamos una recogida más meticulosa de pruebas; las muestras del suelo del lugar de los hechos, por ejemplo, podrían compararse con la tierra encontrada en el vehículo de un sospechoso. En general, intentábamos asegurar las zonas contra cualquier intervención externa, a fin de proteger cualquier posible pista. En caso de interrogar a un sospechoso, aconsejamos que dirigiera el interrogatorio un psicólogo de la policía o que hubiera uno presente.

En la última parte de mi informe al inspector jefe, figuraba el posible perfil del criminal. Recalco que era la última parte porque el perfil debe ser el resultado de una deducción después de sopesar todos los datos disponibles en el momento, no un juicio apresurado ni una intuición derivada de un conocimiento superficial. Un perfil es una conclusión lógica a la que se llega tras un buen análisis de las pruebas.

Mi perfil lo había elaborado a partir del que previamente había preparado Micki Pistorius.

El asesino sería un hombre negro, de unos treinta años, probablemente trabajador por cuenta propia, de clase media alta, con vehículo propio o con facilidad para disponer de él (probablemente un modelo caro) y que manejaría mucho dinero, el suficiente para lucir ropa llamativa y joyas.

Intelectualmente, estaría por encima de la media, sería espabilado y muy sofisticado, y se preciaría de manipular fácilmente a la gente. Arrogante, se consideraría un hombre que se ha hecho a sí mismo y mejor que los demás. Probablemente hablaría varios idiomas y, por efecto de su habilidad manipuladora, en el pasado habría intervenido en asuntos de estafa o robo. Sería extrovertido, las mujeres le encontrarían encantador y él se tendría por un mujeriego o un *playboy*. Podría estar casado o divorciado.

Estaría al corriente de la actualidad, leería el periódico y vería los informativos de la televisión, especialmente las noticias de asesinatos. Quizá hubiese leído libros u otros documentos sobre asesinos en serie y conocería muy bien este tema. Desafiaba a la policía a que lo atrapara y, al hablar con otros, era posible que hiciera alarde de

ser el asesino o que se refiriera a él en tercera persona.

Tiene un fuerte impulso sexual y lee pornografía. Sus fantasías, con las que se masturba, son agresivas y ve a las mujeres como meros objetos de abuso. Disfruta seduciéndolas y dominándolas. Cuando aborda a una víctima, lo hace de una manera calculadora: es perfectamente consciente de que va a matarla, y se recrea con la idea mientras la conquista.

Le motivan el poder y las emociones. Planea un asesinato, elige a una víctima determinada, la atrae con engaños, la agrede sexualmente y la mata, dejando pocos rastros en el lugar del crimen. Después, disfruta con la atención que los medios de comunicación dispensan al caso.

Este hombre se vio expuesto a la violencia y al sexo en la infancia, y asocia sexo con agresión. Tuvo una relación ambivalente con su madre y sufrió abusos por parte de su padre, que probablemente también era agresivo con su madre. A pesar de su actitud, el padre estaba emocionalmente ausente, y su hijo le echa de menos y sigue adorándole en secreto. Le gustaría demostrar a su padre que es capaz de mantenerse económicamente y que es un auténtico mujeriego. Le gustaría demostrar a su madre que ya no es un niño y que es sexualmente capaz. Sus fantasías están llenas de venganza, una venganza contra sus padres.

Probablemente los crímenes los precipitó alguna experiencia negativa con una mujer, de quien pensaría que lo había tratado injustamente. Entre el aspecto físico de esta mujer, el de su madre y el de las víctimas habría semejanzas muy marcadas.

Sugerí que en aquel momento estaba burlándose de la policía y que posiblemente muy pronto empezaría a llamarles al teléfono de emergencias.

El asesino mostraría signos inconscientes de remordimiento hacia algunas víctimas (las primeras) y en el interrogatorio posiblemente recordara algunos de sus nombres, mientras que a las últimas se referiría sólo con un número. Los crímenes le proporcionaban una satisfacción inmediata, pero nunca aliviaban la profunda sensación de vacío que le acompañaba desde la infancia, ni le compensaban por el trato injusto que, a su modo de ver, había recibido de una mujer adulta.

En la rueda de prensa, me preguntaron si la psique africana le podía parecer impenetrable a un experto en la psicología de los asesinos norteamericanos, y yo respondí que estaba demostrado que los psicópatas eran extraordinariamente parecidos en todas partes. «La esquizofrenia —expliqué a los periodistas— es la misma en Nueva York que en una tribu zulú: la misma dinámica, las mismas ideaciones paranoides». Para cometer crímenes como los de las zonas ABC, añadí, «hay que distanciarse completamente de la humanidad. Él [el asesino] podría ser un africano no convencional».

A finales de septiembre, después de cinco días en Sudáfrica, regresé a Estados Unidos. Diez días después de mi partida, un hombre que afirmaba ser el asesino en serie empezó a llamar al periódico *Star*: «Soy el hombre que tanto buscan», y confesó

al periodista Tamsen de Beer que estaba cansado de matar. Según dijo, en 1978 le habían detenido «por un delito que no había cometido», una violación; por aquel delito le «habían torturado» y los otros prisioneros «habían abusado sexualmente» de él durante los catorce años que había pasado entre rejas. Insinuó que los crímenes eran una reacción a lo que consideraba un error judicial y un atropello, y añadió que su madre, su padre y su hermana habían muerto mientras estaba en la cárcel. Citó mi nombre: «Ressler les ha dado una información falsa». También demostró un interés personal por la «psicóloga», aunque a la vez que menospreciaba los perfiles, dijo: «Nadie puede imaginarse lo que hago. Soy una persona normal». La razón principal de su discrepancia con el perfil (y conmigo y con Micki Pistorius) era que no tenía coche, sino que cogía taxis, y a los lugares donde asesinaba llegaba andando.

El desconocido prosiguió descalificando a la policía por su chapucera labor de colaboración con la comunidad. Aseguró no tener nada que ver con los crímenes de Cleveland, que otros asesinos le imitaban, y que él jamás habría matado a la niña que encontraron muerta al lado de su madre. «Obligo a las mujeres a ir a donde yo quiero, y cuando llegamos les digo: "¿Sabes una cosa? A mí me hicieron daño, y ahora lo hago yo". Luego las mato». Reveló que, cuando un cadáver estaba completamente vestido, era porque había estrangulado a la mujer con el asa del bolso; si estaba desnudo o medio vestido, había utilizado la ropa interior. Se deshacía de los bolsos y de la ropa interior, dijo, para evitar que le identificaran por las huellas dactilares. Hizo otras declaraciones similares sobre la posición de los cadáveres, su situación, su número y sus identidades (aseguró que algunos nombres y apellidos estaban intercambiados); cuando la policía comprobó los datos, llegó a la conclusión de que la persona que llamaba era el asesino. El hombre también le habló al periodista de «una mujer que no creo que la policía haya descubierto todavía», y describió el lugar donde estaba oculta. A la pregunta del periodista acerca del número total de víctimas, respondió que eran setenta y seis (número muy superior al de los cadáveres encontrados), y explicó que elegía a las víctimas que físicamente le recordaban a la mujer que (según él) le había acusado falsamente de violación y le había mandado a la cárcel.

El *Star* se puso en contacto con la policía, que rogó al periodista que, si el hombre volvía a llamar, le pidiera una «prueba», es decir, detalles adicionales de algún aspecto de su vida o de sus hazañas, y que intentara mantener la comunicación el mayor tiempo posible para que tuvieran tiempo de localizarla. Y así lo hizo. Cuando el hombre llamó por tercera vez, los agentes tuvieron tiempo de rastrear la llamada, que procedía de una cabina de la estación de ferrocarril de Germiston. Acudieron a toda prisa, pero el hombre ya no estaba.

Al día siguiente, las autoridades hicieron pública la fotografía de un sospechoso, Moses Sithole, de treinta y un años, consejero juvenil, contra el que se había formulado una orden de detención. Llevaban un tiempo siguiéndole la pista y habían visitado a su familia y a otros miembros de su círculo. De Sithole se sabía que

utilizaba hasta seis sobrenombres, y coincidía con el perfil en muchos aspectos, como la edad, la profesión, el nivel intelectual, los antecedentes penales y los hábitos de desplazamiento. Los datos que condujeron a la policía a considerarlo sospechoso no tenían ninguna relación con la información facilitada en las llamadas, y muchos creían que el hombre del teléfono no era la misma persona. Sin embargo, la policía sabía que sí lo era, como también sabía que la información que el hombre divulgaba por teléfono tenía el claro objeto de entorpecer la persecución.

El miércoles, 18 de octubre, la policía recibió aviso de que Sithole podía presentarse en una zona cercana a una fábrica textil, en el suburbio de Benoni, al este de Johannesburgo, a buscar un arma a casa de un pariente. Bajo una lluvia torrencial, dos agentes se hicieron pasar por guardas de seguridad privada y le cerraron el paso en un callejón. El hombre atacó a uno de ellos con un hacha de mano y el agente disparó dos tiros de advertencia. Sithole no se detuvo y el agente tuvo que dispararle, en los pies y en el estómago. El otro policía sufrió heridas leves causadas por el hacha. Afortunadamente para la investigación, las heridas de Sithole no pusieron su vida en peligro y, tras una cura de urgencia, fue trasladado a un hospital militar.

Los periodistas localizaron a muchas personas que habían conocido a Sithole cuando era consejero juvenil o cuando estaba en la cárcel (donde formaba parte de un coro). Unos recordaban haberle visto «sentado en un banco, con maletas caras», hablando con las mujeres que tenía cerca, mientras que otros describían su «labor social» con mujeres jóvenes a las que se ofrecía para acompañarlas a su tierra natal, y decían que era «muy inteligente y astuto». La hermana de Sithole reveló que había utilizado el teléfono de su casa para recibir llamadas de mujeres jóvenes que se interesaban por un empleo, hasta que empezó a sospechar de él. Desde aquel momento, Sithole dejó de aparecer por casa de su hermana. El lugar de los crímenes de Boksburg estaba justo enfrente de la cárcel donde había cumplido condena por violación.

El inspector Fivaz manifestó que los primeros interrogatorios confirmaban que se había aprovechado de su cargo de consejero juvenil para acercarse a las víctimas, a veces mediante llamadas telefónicas o cartas. «Su estado psicológico cuando abordaba a la gente era muy muy aceptable», dijo Fivaz a los periodistas.

En el momento en que escribo estas líneas, Sithole ha sido acusado de treinta y seis asesinatos y está pendiente de juicio.

10
Apocalipsis en el metro

Preliminares: el gas sarín y los primeros incidentes

El gas venenoso conocido como sarín fue creado por los científicos nazis en la Segunda Guerra Mundial. Es inodoro e incoloro, y quinientas veces más potente que el cianuro; una sola gota basta para matar a un ser humano, por inhalación o por contacto cutáneo. El sarín es líquido a temperatura ambiente, pero se mezcla fácilmente con el agua y desprende vapores letales. Actúa sobre el sistema nervioso: la primera consecuencia es la reducción del campo de visión y la imagen borrosa, después la dificultad para respirar y, finalmente, la parálisis nerviosa que detiene el funcionamiento de los pulmones y lleva directamente a la muerte. El sarín se ha fabricado en muchos países con fines militares y se cree que se utilizó con este propósito en la guerra entre Irán e Iraq. Existían ciertas pruebas también de que Iraq planeaba utilizarlo en la guerra del Golfo de 1991.

Japón es un país que oficialmente no produce sarín y en él la venta de esta sustancia es ilegal. Sin embargo, los componentes necesarios para su fabricación están disponibles en el mercado.

La noche del 27 de junio de 1994, en Matsumoto, una ciudad de la prefectura de Nagano, a unos doscientos cincuenta kilómetros al oeste de Tokio, un hombre dio parte a la policía de ciertos vapores nocivos; estaba tan enfermo que tuvo que ser hospitalizado. A las pocas horas, más de doscientas personas de aquel barrio residencial tuvieron que ser ingresadas en hospitales de la zona porque sufrían mareos, náuseas y trastornos oculares. El hombre que dio el aviso se recuperó, pero otras siete personas murieron. Para su sorpresa, y para gran consternación del país, la policía identificó el agente homicida como gas sarín. Se encontraron rastros de la sustancia en el aire, en un estanque y en el agua de un cubo que tenía en el patio el hombre que había informado a la policía. También se encontró en el cuarto de baño de un apartamento contiguo donde se alojaban los empleados de una compañía de seguros.

Aquel ataque aparentemente no provocado, que se había cobrado siete vidas, era un completo misterio para las autoridades. ¿Quién podía haberlo hecho? ¿Quién tenía los conocimientos necesarios para fabricar un gas tan letal? ¿Cuál podía ser el motivo para atacar así a un barrio entero? Afortunadamente, los vapores sólo se habían extendido en una pequeña área de unos ciento cincuenta metros.

En casa del hombre que había dado el aviso encontraron una veintena de productos químicos; se le interrogó durante horas, pero la investigación posterior estableció que, si bien algunas de las sustancias podrían haberse combinado para

producir el gas, el hombre carecía de equipamiento necesario para fabricarlo y las había utilizado con otros fines, como revelar película fotográfica. Los medios de comunicación empezaron a hablar de un «accidente» o «fuga» de gas letal.

El 9 de julio de 1994, a la una de la madrugada, se detectaron síntomas similares (náuseas, dolores en el pecho) en un pueblo de montaña llamado Kamikuishiki, en la prefectura de Yamanashi, a unos quinientos kilómetros al norte de Tokio. Docenas de personas sufrieron los síntomas, aunque no murió ninguna, y el aire estuvo impregnado del nocivo olor durante varios días. La policía decidió que el agente no era sarín propiamente dicho, sino un producto derivado creado en el proceso de elaboración de este gas. Era asombroso que en un período relativamente tan corto se hubieran producido dos ataques con gas, y que en ambos estuviera presente el sarín, pero nadie era capaz de imaginar la relación entre los dos lugares y los dos incidentes.

Los residentes del pueblo estaban convencidos de que los vapores tóxicos procedían de las cercanas instalaciones de la secta religiosa conocida como Aum Shinri Kyo, con cuyos residentes se habían querellado por cuestiones de terrenos, permisos de construcción y hostigamiento. Algunos vecinos habían visto a miembros de Aum salir de uno de sus edificios con máscaras de gas. Al plantearse la posibilidad de que Aum tuviera algo que ver con los hechos, algunos cayeron en la cuenta de que otra de las instalaciones de la secta tenía asuntos pendientes con un tribunal de Matsumoto. Se recordó también que en julio de 1993 se habían recibido quejas de gases nocivos procedentes de una de las instalaciones Aum en el distrito de Koto, en Tokio.

Muchos meses después de los hechos de Matsumoto y Kamikuishiki, la policía confesó no estar más cerca de la resolución de los incidentes que en el momento en que se habían producido. Tampoco había podido hacer mucho con los siete incidentes distintos denunciados en septiembre en el estado occidental de Nara, donde mucha gente sufrió irritaciones en los ojos y sarpullidos.

El 4 de enero de 1995, la secta Aum cursó una reclamación acusando al presidente de una empresa química de haber vertido sarín en sus instalaciones religiosas de Kamikuishiki. La secta no sólo negaba ser la fuente de los vapores, sino que afirmaba ser víctima del gas.

En febrero de 1995, un experto en armas químicas, que anteriormente había visitado Japón para investigar el incidente de Matsumoto, advirtió de que tal vez en este lugar se hubiera hecho el ensayo de un ataque terrorista de mayores proporciones.

El 5 de marzo de 1995, muchos pasajeros del metro de la línea Keihin Kyuko a Yokohama se quejaron de irritación en los ojos y vómitos, y fueron trasladados con urgencia a los hospitales. Diez días más tarde, junto a la máquina recogedora de billetes de la estación de Kasumigaseki, en la línea de Marunouchi (pegada al edificio de la asamblea, sede del gobierno nacional, y cerca del Palacio Imperial de Tokio), se

encontraron tres maletines abandonados. Los tres contenían un líquido misterioso, pequeños ventiladores a motor, una abertura de ventilación y una batería. De uno de ellos salía vapor.

Estos dos últimos incidentes, aunque no tuvieron consecuencias fatales, eran un presagio tan evidente de peligro que la policía pidió miles de máscaras de gas y equipos protectores al ejército y empezó a ejercitarse en su uso secretamente. Las sospechas se centraban cada vez más en Aum, y la policía se entrenaba especialmente para el asalto planificado a las múltiples instalaciones que la secta tenía repartidas por todo el país. El sábado, 19 de marzo, se llevó a cabo un espectacular ejercicio de instrucción policial en Camp Alaska, al norte de Tokio. Al mismo tiempo, las fuerzas del orden de la ciudad de Osaka asaltaron la sede local de la secta Aum después de que los familiares de un estudiante denunciaran que el grupo le retenía en contra de su voluntad. En Tokio, lanzaron un cóctel molotov contra el edificio de la secta en el distrito de Aoyama.

Ataque en el metro

El lunes, 20 de marzo de 1995, a las ocho de la mañana, hora punta, los pasajeros de dieciséis estaciones de cinco líneas de metro con dirección a Tokio empezaron a sentir náuseas, dificultad para respirar e irritación en los ojos. En todos los casos, la sustancia irritante parecía consistir en un líquido que rezumaba de unos paquetes envueltos en papel de periódico que había en el suelo de los vagones atestados. Centenares de viajeros, que unos momentos antes se habían visto apelotonados en los vagones, salían ahora en tropel aplastándose unos a otros. Cientos de ellos se desmayaron, mientras varios miles huían asfixiados, entre arcadas, boqueando en busca de aire, a veces arrastrándose para salir de los trenes y alcanzar la escalera que les llevaría a la calle. La primera llamada a la policía se produjo a las ocho y diecisiete minutos. Unidades de la policía, bomberos y ambulancias se dirigieron a toda prisa a las estaciones afectadas, a la vez que se alertaba a las unidades militares. Se interrumpió el servicio en buena parte de la red.

Una de las estaciones más perjudicadas fue Kasumigaseki, donde se cruzaban tres líneas. Allí el subjefe de estación, Kazumata Tatahashi, se acercó a examinar lo que los pasajeros describían como un *bento*, una fiambrera, que despedía humo. Tatahashi cogió la caja y la sacó fuera del vagón, perdió el conocimiento y murió poco después: fue la primera víctima mortal conocida del ataque, y también su primer héroe, ya que su acto de apartar sin vacilación el objeto salvó del desastre a centenares de personas. La siguiente víctima fue un agente de policía; también él había sido uno de los primeros en acercarse a otra caja *bento* que despedía un humo blanco.

Soldados especializados en guerra química, con unos trajes de color naranja parecidos a los que llevan los astronautas, ocuparon las estaciones, esparcieron por el aire un compuesto que neutralizaba el gas y buscaron los agentes químicos; mientras, en el exterior, miles de personas abarrotaban y desbordaban los más de treinta hospitales de la zona y el pánico se extendía por toda la ciudad. El personal administrativo comentaba el horror de la escena: por todas partes se veía gente con espasmos, desplomándose y vomitando sangre.

Murieron doce personas, otras quinientas fueron ingresadas en estado crítico y cinco mil sufrieron algún daño. Un empleado administrativo, evacuado de la estación de Ginza, la parada contigua de Kasumigaseki, le decía a un periodista: «Se oye hablar de la violencia gratuita en Norteamérica, de gente que dispara a desconocidos, y también del terrorismo en el Oriente Medio, pero nadie se espera que esto ocurra aquí, en Tokio. Empiezo a creer que tal vez ya no estemos seguros en Japón».

La reacción nacional ante el atentado fue gigantesca por su alcance y su intensidad. Muchos ciudadanos estaban auténticamente aterrorizados. ¿Dónde sería el próximo ataque? ¿Presagiaba aquello bombardeos capaces de matar a miles de personas? ¿Debían alterar su rutina de ir al trabajo, o quedarse en casa? ¿Comprar

máscaras de gas? ¿Negarse a creer en la habilidad de la policía y los militares para atrapar a los agresores y evitar nuevos actos de violencia?

El pánico podría haber empeorado y haber inducido a la población a dudar de la capacidad de su gobierno y de su estructura social para sobrevivir, pero las autoridades identificaron y encarcelaron inmediatamente a los presuntos autores del atentado.

Se creía que los autores del atentado eran miembros de la Verdad Suprema Aum, una secta budista cuyo líder era el místico semiciego Shoko Asahara. El grupo, creado unos diez años antes, había acumulado una gran cantidad de suelo y reclutado un buen número de adeptos en Japón y Rusia, además de en Australia, Estados Unidos y otros lugares del mundo. Al día siguiente del atentado en el metro, la policía tomó al asalto las oficinas centrales de Aum en Tokio, así como los locales que tenían en otras poblaciones de Japón, pero no relacionó públicamente su actuación con el atentado, sino que la justificó como respuesta a las protestas formuladas contra los detenidos y a la desaparición de un funcionario público que había estado relacionado con el grupo. Encontró pruebas de que elaboraban sarín y de que tenían tres fábricas capaces de producir modelos del fusil de asalto ruso AK-47.

Eran productos un tanto insólitos para unas instalaciones de lo que se anunciaba como una secta de budistas no violentos, pero las actividades del grupo estaban tan lejos de la no violencia como del verdadero budismo. Como se sabría más tarde, Asahara había planeado que el atentado en el metro fuera el primer combate de una guerra contra la nación japonesa, al que seguirían ataques más directos contra los edificios del gobierno y así, a la larga, hasta llegar al Apocalipsis. Con este fin, la secta no sólo disponía de instalaciones para fabricar sarín y otros agentes químicos mortales, sino también rifles, bombas, granadas y otras armas mortíferas.

Aunque la secta Aum se declaraba seguidora de Buda, no lo era, según el Dalai Lama, líder de los budistas tibetanos, para quien no eran más que seguidores de un camino erróneo, pues confiaban más en una persona que en las enseñanzas de la religión. La religión de Aum era, en realidad, una mezcla de hinduismo, yoga, vago misticismo y adoración del propio líder religioso. Asahara, cuyo verdadero nombre era Chizuo Matsumoto, era el sexto hijo de un fabricante de tatamis de la isla de Kyushu, y se había educado en un internado para ciegos. Allí, al ser sólo parcialmente invidente, se había convertido en un líder (un auténtico rey en el país de los ciegos). Tras abandonar el internado, estudió acupuntura y se trasladó a Tokio con la esperanza de ser aceptado en la Universidad y estudiar medicina. No fue admitido y él se lo tomó muy mal. A continuación, inició su vida profesional más o menos como un estafador, vendiendo remedios chinos a base de hierbas, actividad que muy pronto le valió un arresto y una multa por parte del gobierno. Después de un viaje al Himalaya, en 1986, anunció que había alcanzado el nirvana y empezó a reclutar seguidores. En una revista llamada *Twilight Zone* escribió que con sus «experimentos antigravedad» había logrado mantenerse tres segundos suspendido en el aire, y que confiaba en «volar libremente» al cabo de un año. En 1989, el anuncio de un libro que había escrito sobre técnicas para desarrollar los propios poderes sobrenaturales proclamaba que el autor podía enseñar aptitudes tales como «ver el futuro, leer en la

mente de los demás, convertir los deseos en realidad, ver por rayos X, viajar a la cuarta dimensión, escuchar la voz de Dios, etcétera». Poco tiempo después, Asahara declararía que, además de ser el más eminente místico budista, también era «el Cristo».

A finales de la década de 1980, mientras el gobierno calificaba oficialmente la secta de religión menor, varios miles de seguidores creían en el camino de Asahara al nirvana, basado en gran medida en el yoga, aunque con prácticas tales como beber té hecho con cabellos del líder o cocinar con el agua sobrante de su baño.

Asahara acumuló una gran cantidad de riquezas y bienes raíces porque inducía a sus miembros a donar todos sus ingresos y posesiones de valor (hacerlo les reportaba alcanzar un rango superior). La secta empezó a construir clínicas y otras instalaciones para que sus integrantes no tuvieran necesidad de salir al exterior. Dirigían negocios como tiendas de pasta y agencias de viajes para generar dinero en metálico, y fundaron empresas falsas que les servían de tapadera para acumular partidas de productos químicos, aparentemente destinados a actividades agrícolas.

Aunque era extravagante según los estándares normales, e incluso según los estándares de las religiones no tradicionales, al parecer la secta actuó, en general, dentro de los límites legales hasta noviembre de 1989, fecha del asesinato de la familia Sakamoto. En el lugar del secuestro se encontró una insignia que relacionaba directamente a la secta con la desaparición de la familia, si bien aquélla negó la relación. Después del asesinato, empezaron a actuar fuera de la ley. Es importante destacar que el hombre asesinado trabajaba con las familias de algunos miembros de Aum. Las actividades de la víctima, pues, habían alimentado la paranoia de Asahara; se consideraba que trabajaba activamente contra la secta y era, por consiguiente, un enemigo al que había que eliminar.

El segundo momento crucial parece que fueron las elecciones de febrero de 1990. Asahara y veinticuatro seguidores suyos se presentaron a la asamblea legislativa, y todos perdieron por un margen muy amplio. Asahara culpó del fracaso a una manipulación de los resultados electorales. El peso psicológico de la derrota se hizo notar: ahora no se trataba de un solo enemigo que perjudicaba a la secta y al que había que escarmentar, sino de todo el país que despreciaba las enseñanzas de Aum y de Asahara. La paranoia creció. En una reunión especial, el líder comunicó a sus seguidores que tenían que hacer donación de todas sus posesiones porque se acercaba el día fatídico. Sin duda en aquel momento tomó la decisión de armar la secta con un sofisticado arsenal en un enérgico intento de hundir el estado japonés por diferentes medios, entre éstos, a la larga, acciones terroristas directas. Asahara creó un gobierno en la sombra dentro de la organización Aum, con juntas directivas para inteligencia, armamento, ciencia y tecnología y otras similares. Se preparaba para la guerra mientras hablaba a sus seguidores del Apocalipsis, que preveía para 1997, inmediatamente después de una guerra nuclear entre Japón y Estados Unidos. Por aquel entonces, reinaría la anarquía entre los habitantes del planeta y se olvidarían las

enseñanzas de Buda. Sólo los miembros de Aum, que sobrevivirían al holocausto nuclear, aportarían al individuo la capacidad de participar en la era de *shoho*, en la que la sociedad alcanzaría la plena armonía con las enseñanzas de Buda.

Existen pruebas de que la inminencia del asalto a las sedes de Aum se había filtrado a la secta con la esperanza de que la noticia evitara precisamente el tipo de ataque que se efectuó. Incluso hay quien achaca a la policía la responsabilidad del atentado, ya que ésta conocía la posibilidad de un ataque con sarín.

Aunque no se ha demostrado esta acusación, la lentitud deliberada de la actuación de la policía en los meses siguientes al atentado del metro suscitó comentarios adversos. Aunque los primeros asaltos se efectuaron un día después del incidente, no se encontró ni se detuvo a Asahara ni a nadie del círculo íntimo de ministros en la sombra. La policía, con su voluntad de asegurar los derechos constitucionales a los miembros de la secta, actuó con pies de plomo para reunir pruebas de la participación directa de los líderes en el atentado con gas y otros delitos.

Mientras la investigación seguía su curso a ritmo pausado, Asahara, desde un lugar oculto, conseguía hablar selectivamente con los medios de comunicación, y su portavoz, Murayama, aparecía casi todos los días perorando en los informativos de televisión: según él, Aum no había puesto el sarín en el metro y la policía les había tendido una trampa. Se produjeron otros atentados en lugares públicos, entre ellos en unas galerías comerciales de la estación de tren de Yokohama, pero no con sarín. Estos ataques causaron heridos, aunque no víctimas mortales. En otro incidente prendieron fuego, en un lavabo de la estación de Shinjuku, a un lote de productos químicos que al mezclarse podían producir gas de cianuro; los cuatro empleados que lo apagaron se pusieron enfermos. Otros artefactos de cianuro similares fueron hallados y desactivados en otros lugares y en otras estaciones: gracias a estas rápidas y afortunadas intervenciones, fue posible evitar, por poco, catástrofes que podían haberse cobrado la vida de diez mil personas. En otra ocasión, enviaron un paquete bomba al despacho del gobernador de Tokio, donde resultó gravemente herida su secretaria.

Los cabecillas de la organización Aum fueron sometidos a interrogatorio y algunos confesaron (diez altos cargos acabaron por admitir sus crímenes). Entre los detenidos los primeros meses, tal vez el más importante fuera Hideo Murai, el «ministro de ciencia y tecnología», pero fue asesinado en la calle en presencia de la policía y de las cámaras de televisión. Un hombre que esgrimía un cuchillo surgió de entre la multitud y lo mató de una puñalada. El incidente recordaba el asesinato de Lee Harvey Oswald a manos de Jack Ruby, tras el magnicidio del presidente John F. Kennedy en 1963: el agresor afirmó haber actuado por el bien de la nación y estaba relacionado con el crimen organizado. Otros creyeron que Aum había querido silenciar a Murai porque había cometido un desliz importante en el transcurso de una entrevista para la televisión; creían que estaba a punto de confesar y que podía implicar directamente a Asahara en los delitos más importantes, principalmente el

atentado con sarín en el metro.

Tras dos meses de recoger pruebas, detener a individuos sin formular cargos y escuchar confesiones, la policía entró en las instalaciones de Kamikuishikimura, recorrió una serie de pasadizos subterráneos secretos y finalmente encontró a Asahara en una pequeña cámara de acero interior entre la segunda y la tercera planta, ataviado con el uniforme Aum de seda morada y rodeado de libros, cintas, un reproductor de casetes y 117 000 dólares en metálico. Fue detenido y acusado de ordenar el atentado del 20 de marzo. «¿Cómo iba a cometer estos delitos un ciego como yo?», preguntó a la policía en respuesta a la acusación.

Poco antes de la detención de Asahara, muchos de los ministros más importantes se entregaron a la policía y otros fueron detenidos cuando se disponían a abandonar el país.

Quiero hacer un inciso para comentar la serie de asaltos coordinados a las instalaciones de Aum que llevó a cabo la policía a lo largo de casi dos meses. He participado en muchas operaciones similares del FBI y de la CID del Ejército de Estados Unidos y puedo afirmar con admiración que aquellos asaltos, de gran envergadura, se hicieron muy bien. A pesar de los recursos para la violencia que había demostrado poseer anteriormente la secta, y de la casi total certeza de que podía haber armas almacenadas en las instalaciones, las asaltos se llevaron a cabo sin un solo disparo y sin ninguna víctima mortal en ambos bandos. Es más: las fuerzas de asalto pudieron rescatar a media docena de personas retenidas por la secta en contra de su voluntad y que se encontraban al borde de la muerte. En Waco, Texas, el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas, el FBI y otros organismos gubernamentales que participaron en el asalto a las instalaciones de Koresh se enfrentaron con violencia a la posible violencia, con trágicos resultados. En una situación muy similar, la policía japonesa logró entrar en las disparatadas instalaciones de una secta que ya había matado a muchas personas y salir limpia de la operación, practicando además detenciones a las que muy difícilmente podrían oponerse los tribunales aduciendo irregularidades de preparación o de procedimiento.

Esclarecimiento de los crímenes

Tras la detención de Asahara y la confesión de muchos de los sectarios de más rango, fue posible esclarecer muchos crímenes inexplicables que habían quedado sin resolver. La primera emanación de gas sarín, en Matsumoto, había sido un atentado contra el sistema judicial local, con objeto de sabotear un caso pendiente contra Aum. Para ello utilizaron una furgoneta frigorífica con un orificio para liberar el gas venenoso. Aunque los previstos destinatarios del ataque eran los tres jueces que llevaban el pleito por la adquisición de un terreno y que se alojaban en el apartamento, muchas de las víctimas eran ajenas al litigio.

También se aclaró el incidente del pueblo de montaña: el gas iba dirigido contra sus habitantes, como represalia por ayudar a los miembros de la secta que querían huir y a sus familiares que intentaban rescatarlos.

Se descubrió, asimismo, que eran autores de entre cinco y diez asesinatos individuales más, entre ellos el de un abogado que había representado a varias víctimas de la secta, Tsutsumi Sakamoto, de su mujer y de su hijo de un año. Mataron a Sakamoto porque denunciaba las actividades del grupo y Asahara temía que les fuese revocado el estatus de corporación religiosa. Los tres miembros de la familia fueron ejecutados con inyecciones de cloruro de potasio y estrangulamiento. En otros incidentes, los seguidores de la secta habían esparcido otro veneno, el gas VX, contra ciertos adversarios. Uno de ellos era Hiroyuki Nagaoka, representante de un grupo de familiares de seguidores de Aum; Nagaoka se desplomó y entró en coma, aunque posteriormente se recuperaría. Un miembro de la secta que había pertenecido a las Fuerzas de Autodefensa de Japón, confesó, según se dijo, haber sido el autor, y también haber rociado a dos personas no relacionadas con el grupo. La policía cree que estas dos personas fallecieron, pero que su muerte no se relacionó con el veneno. El mismo asesino también reconoció ser responsable de la muerte de al menos dos antiguos miembros que habían desertado. La secta también había asesinado a un contable, después de secuestrarlo y torturarlo para que revelara el paradero de su hermana, que había desertado. Asahara había dispuesto que lo asesinara un hombre que había sido detenido mientras ayudaba a otros a escapar, y que iba esposado. Le ordenó que estrangulara al contable si quería seguir con vida. Otro miembro confesó haber matado a una mujer de ochenta años después de que accediera a legar a la secta bienes por valor de sesenta millones de yenes. Hubo otros intentos de asesinato, de los que sólo algunos se cobraron víctimas mortales. Aum llegó al extremo de intentar matar a un dibujante de historietas por haber hecho una caricatura poco halagadora de la secta.

La lista de delitos siguió aumentando. Aum había robado vehículos para utilizarlos como emanadores de gas, había entrado en oficinas del gobierno con el fin de robar permisos de conducir y otros documentos que pudieran proporcionar una

identidad falsa a los agresores; había robado informes oficiales sobre las fuerzas armadas para obtener datos del poder de los «enemigos»; había intervenido líneas telefónicas de amigos y enemigos, retenido a muchas personas que tenían familiares en la secta, e incluso organizado asaltos a sus propias instalaciones para poder decir que eran acosados en lugar de admitir que eran ellos quienes acosaban a la sociedad. Algunos altos cargos se habían operado las yemas de los dedos para evitar su identificación en caso de arresto. Los miembros de la secta estaban obligados periódicamente a zambullirse en aguas heladas, ingerir comida en mal estado que les producía diarreas, y someterse a la acción de máquinas que emitían descargas eléctricas y otros mecanismos de tortura. Les habían forzado a «donar» a la secta todas sus posesiones de valor y sus herencias, y a persuadir a sus familiares de que hicieran lo mismo. Regularmente les mantenían en un estado drogado y privado de sueño y se les instaba a alquilar «sombreros de la felicidad», unos auriculares con electrodos que supuestamente reproducían las ondas cerebrales de Asahara en su propio cerebro, a un coste de 11 500 dólares al mes por cada miembro.

Las tácticas seguidas por la secta de inyectar y drogar a sus adeptos, y de torturarlos repetidamente para que fueran dóciles, me recordaban extraordinariamente a los experimentos enfermizos de Jeffrey Dahmer para convertir a sus víctimas en zombis: la línea entre el comportamiento psicótico individual y el comportamiento psicótico colectivo es extraordinariamente fina.

Mi visita a las instalaciones de Aum

Poco después de los sucesos del metro, y bastante antes de la detención de Asahara, visité algunos lugares relacionados con la secta y el atentado. Previamente había recibido numerosos datos de las agencias de noticias, pero no tenía conocimiento de la información que estaba en manos de la policía y que, por entonces, no se había hecho pública.

Cuando inspeccioné la estación de Kasumigaseki, me di cuenta de que era un lugar excelente para cometer un atentado, desde el punto de vista terrorista, por las posibilidades de sembrar el caos entre una gran multitud. El tránsito de pasajeros por esta estación es demasiado elevado para que se puedan controlar estrictamente los bultos, y los terroristas no tienen ninguna dificultad para introducir sus materiales. Viendo que la jefatura de policía estaba junto a la estación, llegué a la conclusión de que ésta formaba parte del objetivo y de que el ataque iba dirigido simbólicamente contra quienes Aum consideraba sus enemigos: la policía y el gobierno.

Si el ataque hubiera tenido los resultados esperados, podrían haber muerto cinco mil funcionarios. En realidad, la planificación dejaba bastante que desear, ya que, por suerte para los pasajeros, el sistema de emanación estaba mal diseñado; el gas no se dispersaba bien y carecía de vías de propagación. Sin estos fallos, probablemente el desastre habría alcanzado grandes proporciones, con decenas de miles de muertos.

Parece evidente que el atentado se puso en marcha apresuradamente porque Aum preveía una incursión policial en su recinto. Si ésta se hubiese producido, se habrían descubierto los materiales para fabricar el sarín y habrían sido confiscados. El atentado en el metro, pues, se llevó a término antes de perfeccionar todos los detalles del sistema de propagación.

El ataque fue fundamentalmente una acción terrorista y como tal hay que entenderlo. Esta precisa definición de terrorismo figura en un artículo técnico de la década de 1970, pero es aplicable a este incidente:

Se puede llamar terrorismo a la amenaza de violencia, los actos individuales de violencia o la campaña de violencia que se dirigen principalmente a infundir terror (aterrorizar). El terrorismo es violencia destinada a causar un efecto: no sólo, y a veces en absoluto, un efecto sobre sus víctimas. En realidad, la víctima puede no guardar ninguna relación con la causa de los terroristas. El terrorismo es violencia dirigida a los observadores. El miedo es el efecto que persigue, no su consecuencia. Este punto, como mínimo, diferencia las tácticas terroristas de los asaltos y otras formas de delitos violentos que pueden causar terror, pero no son terrorismo.

También me llevaron a visitar las principales instalaciones de Aum en Tokio. Por aquel entonces, los miembros de la secta aún se ocultaban en su interior, por lo que no pudimos entrar. Desde fuera, parecía un edificio completamente normal, aunque

con unas medidas de seguridad excesivas. Las ventanas estaban cerradas con tablas, había guardias en el exterior, etcétera. Para una actividad inofensiva, no hacía falta un nivel de seguridad tan alto. La presencia de vigilantes, vallas y alarmas proclamaba a voz en grito que detrás de esa fachada normal se incubaban cosas inicuas. El mismo ambiente se respiraba en el hospital-clínica de Aum, utilizado para programar a la gente, especialmente a la que se resistía al adoctrinamiento.

Me sorprendió comprobar el alcance de Aum, su riqueza y su influencia en Japón antes del atentado. Es cierto que, en Estados Unidos, una secta así también podía llegar a ser tan importante y poderosa, pero creo que antes habría tropezado con barreras e impedimentos legales. En Japón, al contrario que en Estados Unidos, las sectas tienen mayor legitimidad y se las equipara casi a las religiones, apenas controladas y supervisadas por el gobierno. Para mí, hay una diferencia esencial entre una secta y una auténtica religión: mientras que una religión congrega a sus fieles para adorar algo que está más allá de sí mismos, una secta congrega a los suyos para adorar al líder.

El estatus de Aum era prácticamente el de una religión, y esto le permitía acumular dinero, ya que no pagaba impuestos sobre sus actividades. Se cuidaba bien de ofrecer una fachada para legitimarlas (hospital, fábrica, granja, centro docente, tienda de pastas alimenticias, agencia de viajes), pero en lugar de utilizar esta infraestructura en operaciones legales, invirtiendo el dinero generado en otros fines, enmascaraba con ella acciones ilegales.

También visité las inmediaciones de los locales de Aum cerca del pueblo situado al pie del monte Fuji. Me impresionaron las dimensiones de los dormitorios, de las fábricas, de todo. Tampoco allí se nos permitió la entrada, pero las normas de seguridad eran completamente desproporcionadas a la extensión de las instalaciones y a las actividades teóricamente legales que supuestamente se desarrollaban al otro lado de la verja. El guardia que la custodiaba llevaba unos auriculares y escuchaba una cinta. Pregunté qué era lo que escuchaba, y me dijeron que los rezos de Asahara.

Mucho se ha escrito en Japón acerca de Asahara y de la secta Aum, considerándolos fenómenos específicamente japoneses, y muchos de sus aspectos sociales se han señalado abusivamente como causa de lo ocurrido.

Aunque innegablemente algo hay de verdad en ello, creo que es absurdo afirmar que un caso así podía ocurrir «sólo en Japón». He aquí por qué.

Estudiando el historial de los líderes de muchas sectas, encontré una dinámica psicológica muy similar entre Asahara y Charles Manson, figura principal de la «secta familiar» norteamericana, David Koresh, cabecilla de la Rama Davidiana, el líder político libio Muamar Gadafi y el depuesto jefe de Estado de Nigeria, Idi Amin. Todos ellos procedían de entornos pobres y tuvieron una infancia difícil. Empezaron su carrera como charlatanes, si se les puede llamar así, hablando con elocuencia a la gente en busca de dinero y lealtad. Con cada éxito, crecía su arrogancia, y empezaron a creer que podían conseguirlo todo, y que las leyes humanas no se les podían aplicar. Su personalidad era cada vez más paranoica, hasta alcanzar proporciones casi psicóticas, y se convirtieron en un peligro para la sociedad: personas que podían, y en algunos casos así lo hicieron, apoderarse de un país y utilizar para sus propios fines a la población y sus recursos.

Analicemos la acción más extremista de la secta, el atentado en el metro. Uno de los fenómenos de la era moderna más difícil de entender es el terrorismo dirigido contra las sociedades menos represivas, las democracias de Estados Unidos, Europa occidental y Japón. Y el aspecto más sorprendente es que los autores de estos actos terroristas no son la escoria de la sociedad, ni tampoco agentes extranjeros, sino hijos de la clase media, privilegiados que han sido los principales beneficiarios de la sociedad que intentan destruir.

Una razón convincente de por qué los jóvenes de clase media participan de buen grado en el terrorismo gira alrededor del rápido ritmo de los cambios. En épocas en que las actitudes cambian rápida y repetidamente, algunos jóvenes rechazan enérgicamente la tradición cultural y las instituciones sociales, y llegan a creer que su misión es aniquilar las normas aceptadas y las instituciones que las perpetúan. Un artículo de una publicación de la policía científica, de la década de 1970, lo definía así: «La juventud inteligente e idealista puede considerar los esfuerzos de sus padres como un derroche de energía, lo cual les empuja a reevaluar los objetivos de la generación anterior y de la sociedad en general».

En períodos en que los valores tradicionales son amenazados por un rápido cambio social, escribió el futurista Alvin Toffler, se generan dos tipos de reacción psicológica muy conocidos, que a su vez motivan a diferentes tipos de persona. Un grupo afianza su actitud tradicional y consolidada y se convierte en reaccionario. El otro grupo tiende a perder su dimensión moral, a actuar de manera confusa, retraída y

alienada y, a veces, a valerse de la violencia irracional.

Entre los jóvenes, se observa cierto patrón de comportamiento. La mayoría de los estudiantes pasa por una época de rebelión bastante normal contra los ideales de sus padres. Esta etapa normalmente se supera con la adopción de una versión menos radical de dichos ideales y el reconocimiento de que tienen más posibilidades de cambiar el sistema trabajando desde dentro que quedándose fuera de él. Algunos jóvenes, sin embargo, no salen de esta etapa de rebelión y se quedan como congelados dentro de ella. Según la teoría del psiquiatra Erich Fromm, estos jóvenes, al enfrentarse con la frustración o el fracaso, convierten esta frustración en agresión, y la dirigen contra la sociedad y sus instituciones.

Aunque la secta Aum no se puede categorizar exclusivamente como grupo terrorista, tiene muchas afinidades con ellos: por ejemplo, el tipo de personas que forman parte de la jerarquía, y la función que desempeñan en ella. Tradicionalmente se han asociado tres funciones con estos grupos: el líder, el activista y el idealista.

El *líder* es, por lo general, una persona con una dedicación total, un gran teórico con una personalidad muy fuerte. En el caso de las sectas, más que en los grupos estrictamente terroristas, su personalidad es bastante paranoica. En todos los casos, los líderes manifiestan cualidades mentales rígidas, entusiastas y demasiado recelosas; a menudo proyectan en otras personas sus defectos y carencias personales, y atribuyen motivos perversos a quienes no están de acuerdo con ellos. Los líderes crean y elaboran un sistema de creencias centrado en torno a sí mismos y que les considera únicos e insustituibles.

El líder, por sí solo, no es capaz de obtener grandes resultados. Para cumplir su «misión», es esencial que cuente con unos seguidores; no cualquier clase de seguidores, sino principalmente los que se describen en las dos categorías siguientes.

El *activista* es un oportunista con una personalidad antisocial, que ve en la secta, o en el grupo terrorista, un camino a la riqueza y al poder. En los grupos terroristas, muchas veces esta función la ejerce una persona con antecedentes delictivos. Es el «músculo» de la organización, el responsable de que se cumplan los deseos y las órdenes del líder, aunque puede no ocuparse personalmente él, sino insistir en delegar en otros. Es el comandante de campo, pero también el charlatán, el embaucador capaz de sacar cualquier cosa a quien sea. En la secta Aum, algunos ministros de alto rango desempeñaban la función del activista; aunque ninguno tenía antecedentes penales, todos eran claramente unos oportunistas que veían en la secta una forma de conquistar un poder que jamás habrían conquistado individualmente. Inoue, uno de los ministros más importantes, responsable al parecer personalmente del reclutamiento de una décima parte de los diez mil seguidores que la secta tenía en Japón, era uno de los activistas del grupo Aum.

Los oportunistas de esta clase no son enfermos mentales ni están locos, pero, en general, no tienen en cuenta las necesidades de los demás y su capacidad para los sentimientos de culpa y de compasión es escasa. Un estudio encargado por el FBI

sobre este tipo de personalidad llega a la conclusión de que al oportunista «no le asusta la violencia; en realidad, le fascinan las emociones que ésta le produce. Al contrario que los demás ciudadanos de clase media, las inquietudes centrales de su vida son las dificultades, la fuerza, la agudeza y las emociones, y no el comportamiento respetuoso con la ley, el esfuerzo y la gratificación a largo plazo».

El *idealista* es el eterno estudiante, que a menudo ha abandonado su carrera, y cuya norma de vida comporta la búsqueda permanente de «la verdad». Dentro del grupo, desempeña por lo general el cargo de funcionario menor, a cuyo talento y conocimientos (que no son de primer orden) se recurre con frecuencia, aunque no se le permite ejercer el mismo poder que tienen el líder o el activista. Es el soldado que cumple las órdenes incondicionalmente, que estará dispuesto a dejar recipientes con gas sarín en el metro, siempre que se le presente como un acto de lealtad al líder que apoyará los objetivos del grupo. En la secta Aum, muchos médicos, abogados y otros profesionales expertos cumplían ciegamente las órdenes que les daban los ministros, y alguna vez el propio Asahara, de cometer actos cuya ilegalidad conocían perfectamente. En un libro clásico sobre el tema, *The True Believer* [El verdadero creyente], Eric Hoffer caracteriza la personalidad del sectario idealista como «un autoestopista con un profundo sentimiento de culpa que levanta el pulgar a todas las causas, desde el cristianismo hasta el comunismo. Es un fanático que necesita un Stalin o un Jesucristo a quien adorar y por quien morir. Es el enemigo mortal de las cosas tal como son, y se empeña en sacrificarse por un sueño que no es posible hacer realidad». Una de las formas que tiene ese idealista de expresar su sentimiento de culpa es llevar una vida ascética en la pobreza más extrema. Estos seguidores tienen una autoestima muy baja y, sin el apoyo afectivo del grupo, se sienten perdidos. Tienden a quedarse en el grupo porque, para ellos, sólo allí su vida parece tener sentido y objetivos.

Una mujer que se hacía llamar Kayoko, una antigua concertista de piano que pasó varios años en la secta Aum, no era ajena a la forma de pensar de muchas otras personas de su nivel cultural cuando describía las razones de su incorporación al grupo y sus creencias. Como persona, le inquietaba que a su vida le faltara algo, ser incapaz de crear un «sonido perfecto», que sus interpretaciones al piano no alcanzaran el máximo nivel por «falta de la energía esencial». Optó por creer que el régimen de aprendizaje espiritual de Asahara le ayudaría en su trabajo con la música. Como ciudadana, también echaba algo de menos en Japón: «Proliferan los crímenes y las intimidaciones, la gente se comporta de una manera egoísta y no le importan los demás. Se da demasiada importancia a las posesiones materiales». En el misticismo de Asahara y en sus predicciones sobre la inminencia del fin del mundo, encontró el antídoto a las carencias de la sociedad japonesa.

Los miembros de Aum tenían, en su mayoría, un nivel cultural alto. Había entre sus filas médicos, abogados, militares y otros profesionales, incluidos algunos con un doctorado. Sin embargo, muchos de ellos no habían logrado acceder a los niveles más

altos que les permitían sus posibilidades y, por consiguiente, eran más o menos inelegibles para ocupar puestos importantes en grandes empresas, el camino más seguro hacia el éxito material en la sociedad japonesa.

La sociedad japonesa ha sido criticada, desde dentro pero también desde fuera, por un compromiso excesivo con el trabajo, por una indiferencia hacia los demás, por la falta de comunicación entre generaciones y el distanciamiento entre los miembros de las familias. Éstas son precisamente las características que suscitarían inquietudes en los individuos vulnerables, inquietudes que se podrían satisfacer, aunque fuera sólo en parte, ingresando en una sociedad autosuficiente y aislada en sí misma como Aum Shinri Kyo. Aum también se valía de la añoranza de sus individuos vulnerables por antiguas virtudes —de cuyo olvido se ha acusado a la sociedad japonesa— como la disciplina, la perseverancia, la humildad, la austeridad y la prudencia.

La incorporación a la secta de tantos hijos instruidos de la clase media alarmó y entristeció a la población japonesa, pero, como indica este análisis, su presencia en el grupo y su voluntad de cumplir las acciones más ruines de la secta eran predecibles, si no evitables.

A raíz de la detención de Asahara y de las revelaciones sobre los crímenes de la secta, la Agencia de Investigación de la Seguridad Pública del Ministerio de Justicia interrogó a unos seis mil seguidores de la secta Aum y a sus familiares, y llegó a la conclusión de que muchos seguían creyendo en la inocencia de su líder y estaban decididos a perseverar en su doctrina. Ésta incluía mensajes del líder desde la cárcel, en los que expresaba su deseo de continuar aportando dinero y esfuerzo. También insistía en profetizar que el Apocalipsis se acercaba.

En nuestra época, tal como se ha documentado en este libro, el ámbito de la violencia abarca desde los actos intensamente individuales de abuso de menores y asesinato de Miyazaki hasta los múltiples crímenes de asesinos en serie como Colin Ireland, Andrei Chikatilo, Jeffrey Dahmer y Norman Simons, o las innumerables acciones de la secta Aum dirigidas no sólo contra antiguos miembros y oponentes, sino también contra muchos ciudadanos desconocidos. Que la cifra y la intensidad de estas acciones aumenten en todo el mundo es testimonio de que la sociedad está desarrollando una tendencia aberrante y cada vez más virulenta.

El incremento del índice de abusos infantiles y el crecimiento similar, en número y proporción, de hogares rotos y familias desestructuradas, son factores que contribuyen al desarrollo de esta tendencia. La inmensa mayoría de los agresores sexuales de menores, por ejemplo, sufrieron este mismo trato cuando eran niños. Y en la infancia de muchos asesinos en serie se reproduce el esquema de una figura paterna ausente y de una madre fría o distante. Hoy, más que antes, se dan muchos casos de adolescentes que no tienen más remedio que convertirse en adultos en situaciones en que las figuras paternas positivas residen fuera de casa o no son

accesibles, y que desarrollan una inclinación antisocial agresiva. Esta tendencia se expresa muchas veces mediante la incorporación a una banda callejera, o al equivalente sectario de estas bandas. De ellas proviene precisamente el incremento de casos de tiroteos en la calle, contra la policía o contra bandas rivales, que inevitablemente causan la muerte de víctimas inocentes.

En otros casos, cuando el entorno deteriorado del joven ha fomentado estas tendencias, el muchacho sigue el «camino de la introversión», donde la agresividad y las ideas antisociales se transforman en fantasías personales que le empujan a atacar a otros.

Este impulso psicológico de nuestros jóvenes hacia la violencia se agrava en cuanto la violencia es descrita frecuentemente, por los medios informativos y las obras de ficción, como un elemento aceptado de la vida. En los productos de «entretenimiento» que nos ofrecen la MTV, los canales de televisión, la televisión por cable, o la pantalla gigante de un cine, vemos constantemente escenas de sexo mezclado con violencia que legitiman esta interrelación. Los espacios informativos ofrecen escenas de jóvenes que eliminan a sus enemigos con armas de fuego, sin comentar en ningún caso que ésta es una manera inaceptable de resolver una situación difícil. Los vídeos musicales, dirigidos principalmente a adolescentes y adultos jóvenes, presentan imágenes cargadas de sexo y violencia; según algunos estudios sobre contenidos televisivos, contienen la mayor cifra de actos amenazadores o violentos por minuto, superando incluso a los dibujos animados infantiles, que ocupan el segundo lugar.

Antes, en la pantalla del cine, la violencia estaba levemente relacionada con lo romántico (por ejemplo, en las películas del Oeste), pero, en la actualidad, esta variante moderada se ha visto sustituida por el vínculo entre el *thriller* y el sexo. Esta relación se puede ver en películas de terror como *La noche de Halloween* o *Pesadilla en Elm Street*, y en dramas como *Atracción fatal* o *Instinto básico*.

En las películas de terror dirigidas a adolescentes, es corriente que una escena con unos jóvenes en plena actividad sexual preceda inmediatamente a la agresión del malvado asesino. El público adolescente, que ve la asociación de sexo y violencia en el momento de su despertar sexual, se encuentra condicionado a esperar que sexo y violencia vayan unidos.

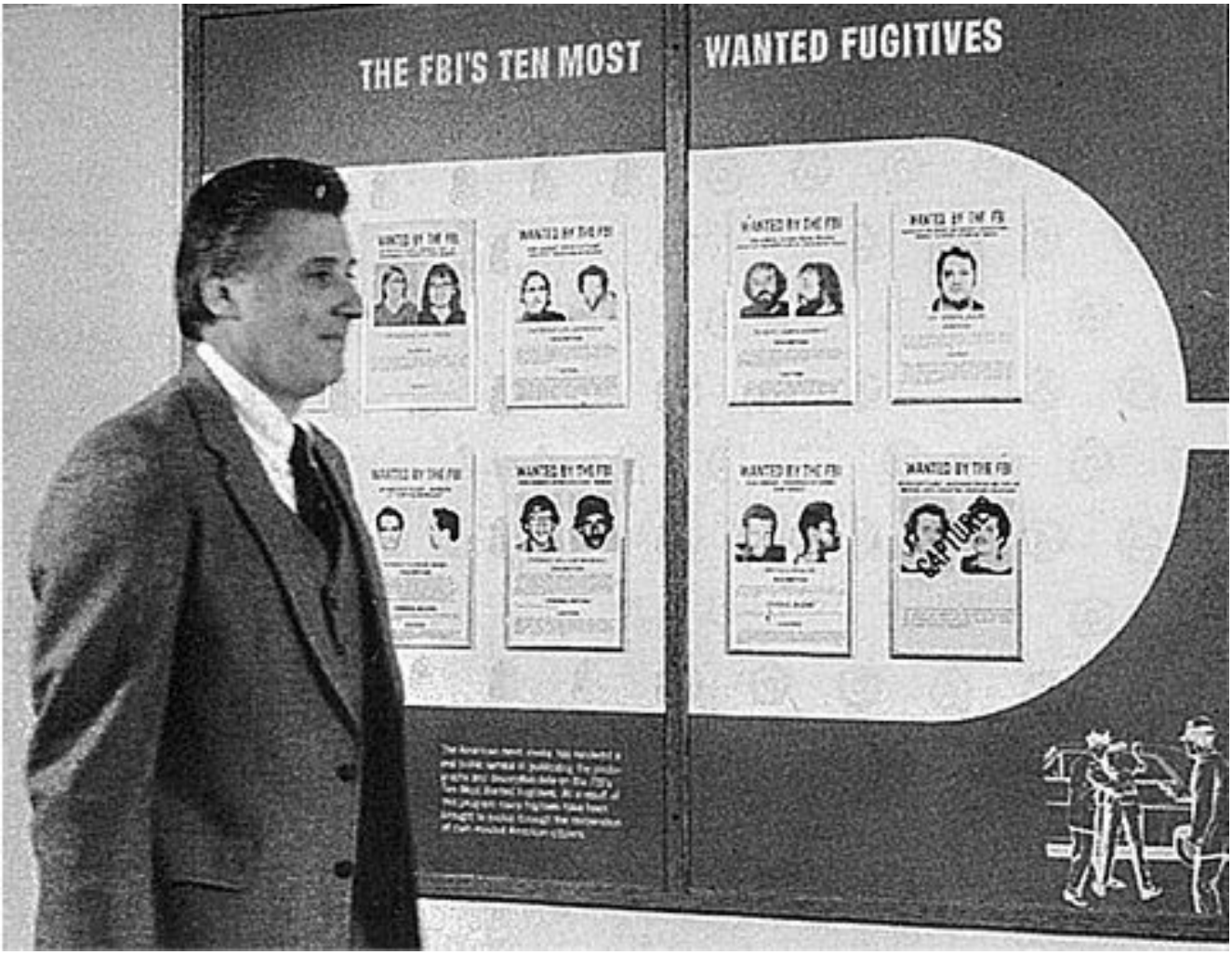
En los materiales considerados específicamente pornográficos (a los que ahora se puede acceder más fácilmente en todo el mundo que en la época anterior al vídeo), el problema es la intensificación. Cada nuevo producto tiene que ser más audaz y peligroso que el anterior, o, de lo contrario, no se venderá. En estos vídeos pornográficos, como en muchos otros productos convencionales, se promueve la idea de que el sexo es algo que se hace «a» otra persona, no «con» otra persona. También así se vincula sexo y violencia. Todos estos productos elevan indirectamente el nivel ya existente de emociones fuertes transferidas y acercan, incluso a la gente normal, al límite de la violencia.

Ante la existencia, y la rentabilidad, de esta cultura que fomenta la violencia, que se ha extendido más allá de las fronteras nacionales y que afecta a todos los países prósperos, altamente tecnificados y occidentalizados, sólo podemos albergar la esperanza de que los casos de violencia documentados en este libro, desde los crímenes secretos del agresor de niños hasta los asesinatos públicos y masivos de la secta Aum, no se repitan ni imiten con demasiada frecuencia.

FOTOGRAFÍAS



El mayor Robert K. Ressler, jefe de la policía militar en Sattahip, Tailandia, 1969.



El agente especial supervisor Robert K. Ressler en la Academia del FBI, donde ejerció como instructor y criminólogo de 1974 a 1990.



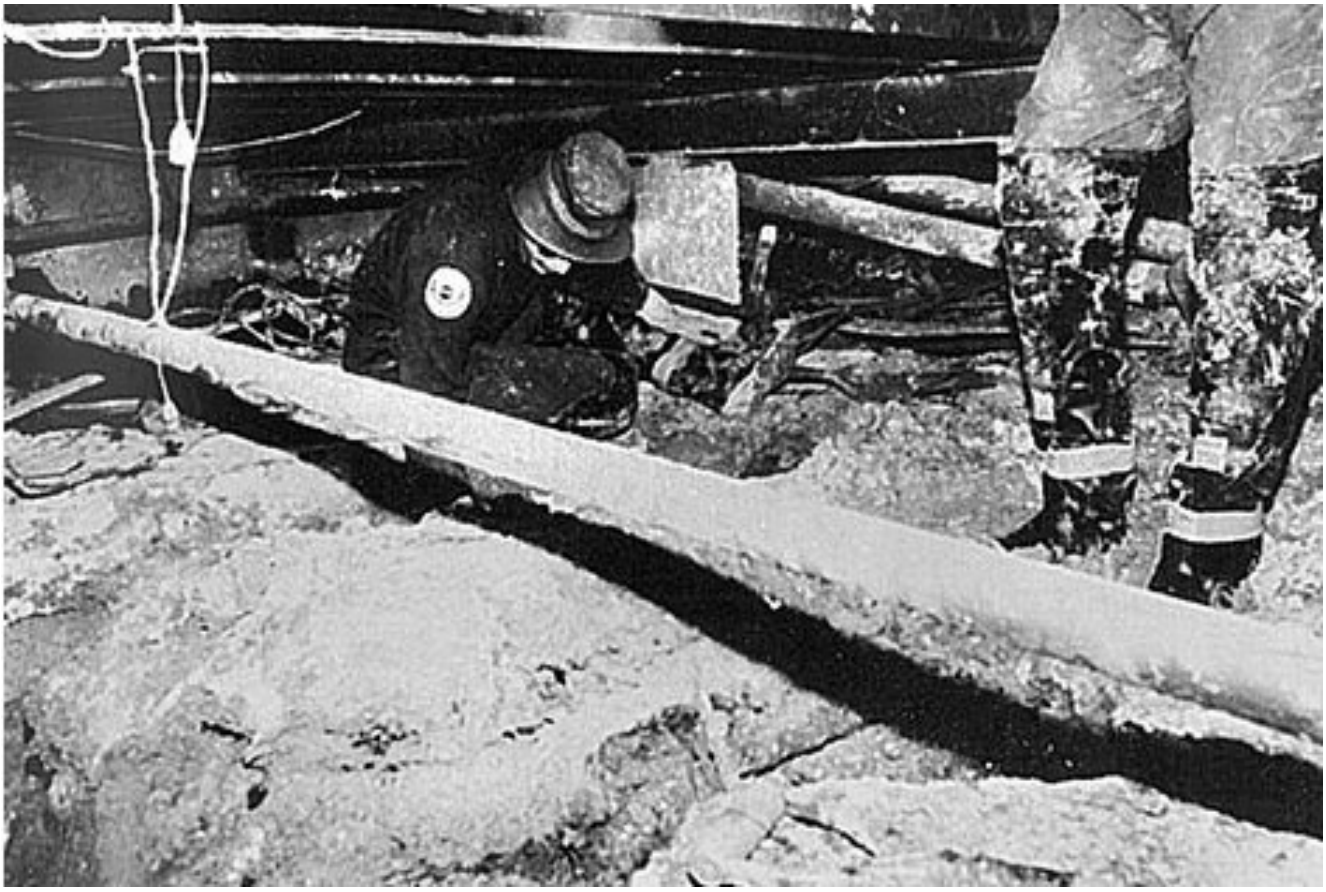
Ressler y «Aníbal Lecter». Ressler fue asesor de Thomas Harris, autor de *El silencio de los corderos*.



Robert Ressler con John Wayne Gacy, asesino en serie convicto.



Autorretrato de Gacy vestido de payaso, regalo del artista a Robert Ressler.



La policía cava debajo de la casa de Gacy.



Cadáveres bajo las tablas del suelo de la casa.



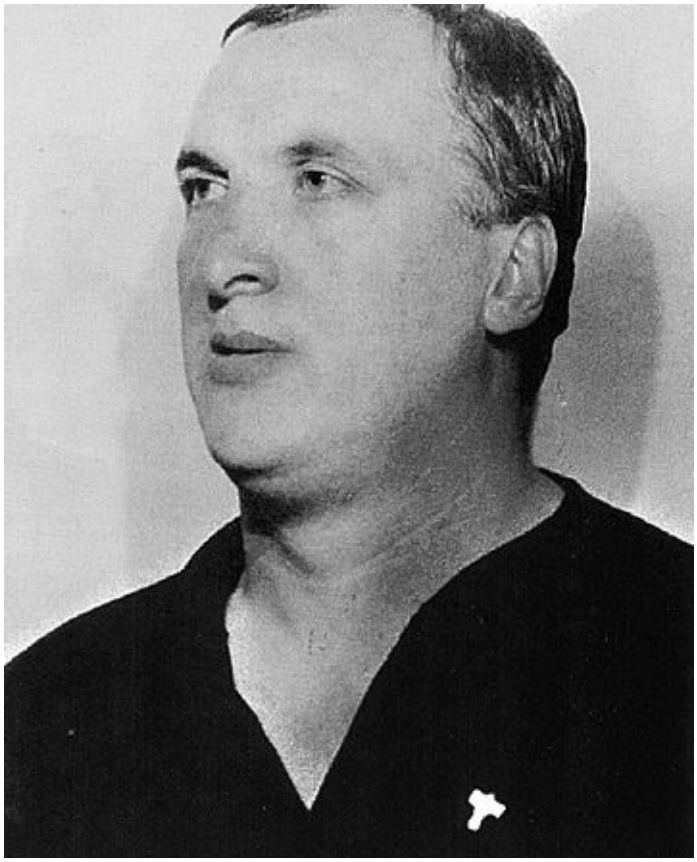
Ressler entrevista a Jeffrey Dahmer, convicto de asesinato, en la biblioteca de la cárcel.



Robert Ressler examina el lugar donde fue asesinada Rachel Nickell, en Wimbledon Common. (Rex Features)



Ressler con Kenneth John, el detective de Scotland Yard encargado del asesinato de Wimbledon Common.



Colin Ireland, el asesino de Southend (Reino Unido), que se declaró culpable, ante el Tribunal Penal Central, del asesinato de cinco homosexuales. (PA News)



Ressler y el psicólogo criminal austríaco Thomas Müller, frente al Nuevo Scotland Yard.



El asesor Ressler en Sudáfrica, con el equipo operativo del caso de asesinato en serie de las zonas ABC.



Micki Pistorius, protegida por agentes de seguridad sudafricana, informa a los investigadores en el lugar donde se encontró el cadáver de una de las numerosas víctimas del estrangulador.



Micki Pistorius, psicóloga criminal sudafricana, y los investigadores se dirigen a través de la maleza al lugar donde el asesino abandonó a sus víctimas.



Una víctima maniatada y asesinada por el estrangulador de las zonas ABC.



Ressler, de nuevo con Thomas Müller, posa con el agente de la policía sudafricana que detuvo a Moses Sithole, acusado de haber asesinado a casi cuarenta mujeres en la zona comprendida entre las ciudades de Pretoria y Johannesburgo.



Un equipo de la *Nippon TV* filma la reconstrucción del secuestro de una de las víctimas del asesino de las zonas ABC (los actores pertenecen a la policía sudafricana).



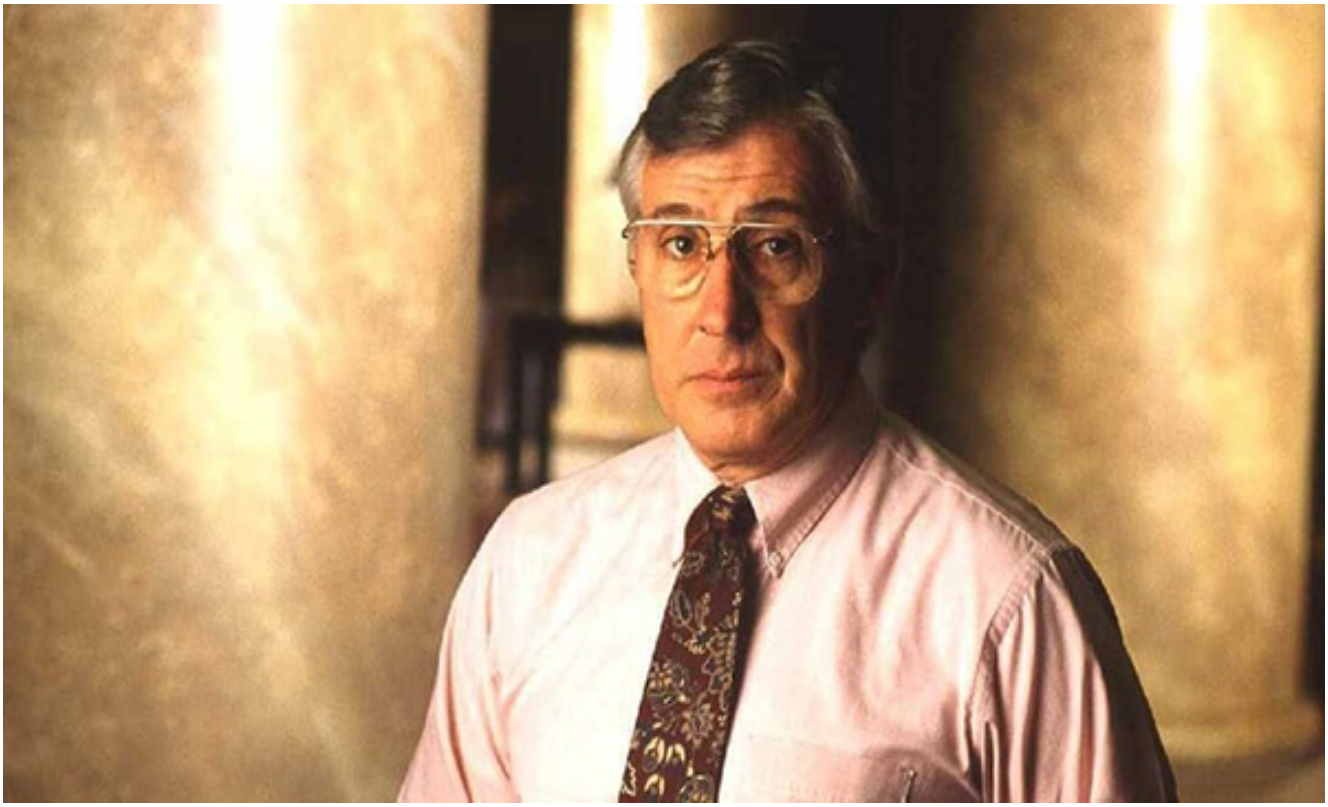
Robert Ressler frente a las instalaciones principales de la secta Aum en Tokio. La secta fue responsable del ataque con gas sarín en la estación de metro de Kasumigaseki, en la capital de Japón.



Ressler en los locales donde la secta Aum fabricaba el mortífero gas sarín.



Robert Ressler comparte unos momentos de descanso con la silueta de un fugitivo de Aum, considerado la «máquina de matar» de la secta (y posteriormente detenido).



ROBERT KENNETH RESSLER (Chicago, 1937 – Virginia, 2013) fue un criminólogo y escritor estadounidense. Después de diez años en el ejército de Estados Unidos trabajó durante veinte años en el FBI y fue profesor de la escuela de criminología de este organismo. Era especialista en la identificación y captura de asesinos, para la que se ayudaba de su habilidad para trazar su perfil psicológico. Gracias a esta cualidad tuvo un estacado papel en el desarrollo de la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI (Behaviour Science Unit, BSU). En los años setenta fue él quien acuño el término Seriall Killer y más tarde formularía una clasificación de asesinos en serie que se sigue usando actualmente.

A lo largo de los años entrevistó a cientos de asesinos, como Ted Bundy, Jeffrey Dahmer, John Wayne Gacy, David Berkowitz, Edmund Kemper o Charles Manson.

En los noventa se retiró del FBI, aunque siguió prestando ayuda a la policía de diferentes países en casos complicados, y asesoró al equipo de películas como El silencio de los corderos y American Psycho.



TOM SHACHTMAN (Nueva York, 1942) es un autor, periodista, cineasta y educador estadounidense. Ha escrito y producido documentales para *ABC*, *CBS*, *NBC* y *BBC*. Sus artículos han aparecido en numerosas publicaciones, como *The New York Times* y *Newsday*, también ha publicado más de treinta libros a través de gran variedad de temas, desde Historia, biografías a libros infantiles.

Notas

[1] Audie Murphy (1924-1971), héroe de la Segunda Guerra Mundial. (N. de la T.) <<

[2] Literalmente, *Freeze!* significa «¡Congélate!». (N. de la T.) <<

[3] Un tatami: 180 x 90 centímetros aproximadamente. (N. de la T.) <<

[4] Género de películas cómicas de cine mudo, protagonizadas por policías, creado por Mack Sennett. (N. de la T.) <<

[5] Los Jaycees (nombre derivado de las siglas de Junior Chamber of Commerce) es una organización benéfica presente en muchas ciudades de Estados Unidos, formada por jóvenes que se abren paso en el mundo de los negocios y que realizan actividades sociales en favor de la comunidad. (N. de la T.) <<

[6] Más tarde, terminada la grabación, Dahmer me dijo que en el tanatorio se había excitado tanto que tuvo que ir a los lavabos a masturbarse. <<

[7] Los extractos de las cartas proceden de transcripciones policiales de los interrogatorios de Stagg, en los que «Lizzie» participaba y a veces le releía fragmentos de sus cartas. Los extractos de los encuentros y las llamadas telefónicas proceden del registro de grabaciones hechas por la policía. <<